

CLARA WEST



LA Apuesta Más
ARRIESGADA

UNA NOVELA DE PINE BARREN

la apuesta más arriesgada

CLARA WEST

índice

[También de Clara West](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo 1](#)

[Epílogo 2](#)

[Extracto de La Señal Rota](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[También de Clara West](#)

La Apuesta Más Arriesgada © 2026 Clara West

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidos la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la legislación sobre derechos de autor. Para solicitar autorización, póngase en contacto con la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares es pura coincidencia.

también de clara west

La serie Pine Barren University

Más Allá de los Límites

La Práctica Hace la Perfección

Cambiando las Reglas del Juego

La Colisión Perfecta

La Apuesta Más Arriesgada

La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.

uno

ROOK

LAS LUCES del techo del estadio me golpean las retinas con la fuerza de una bofetada, y por un segundo lo único que veo es una nada blanca e incandescente. Después el mundo vuelve de golpe, y distingo miles de cuerpos apiñados en cada centímetro disponible de la Devil's Cauldron, su rugido colectivo estampándose contra mi pecho.

Me detengo al borde del túnel, sonriendo mientras la vibración viaja por el hielo, sube por mis patines y se mete en mi cuerpo, cargándome como una batería. Están coreando mi nombre, pero no saben que esto es mi droga. Mi dosis. El hermoso y bendito caos y ruido que mantiene el silencio a raya.

Me lo bebo todo. Las camisetas rojas y negras forman un mar pulsante en las gradas. Alguien sostiene un cartel que dice "ROOK FOR PRESIDENT" con mi cara pegada con un Photoshop pésimo sobre el Monte Rushmore, mientras otro reza "MARRY ME #31" en purpurina.

Dios santo, no soy Taylor Swift. Yo paro discos. A veces.

La energía me golpea en oleadas, cada una aflojando el nudo que lleva viviendo entre mis omóplatos desde que Maine y Mike se graduaron y fueron drafteados. Porque ahora yo soy el líder en la sala de los hermanos del hockey, el tipo al que el entrenador necesita para mantener a los animales del circo a raya.

Guío a los chicos hacia el hielo, mi momento de autoindulgencia replicado por más de unos cuantos de camino a la pista. Porque esto es un hogar para muchos de nosotros, incluido para mí —uno que no incluye las cazuelas pasivo-agresivas de mi madre ni las conferencias filosóficas de obrero de mi padre después de su tercera cerveza.

El entrenador Pearson ya está junto al banquillo, con los brazos cruzados pero con una sonrisa en la cara. Me dedica un asentimiento sutil, de esos que significan buen trabajo y no la cagues al mismo tiempo, pero no sorprende que evite los focos. Gane o pierda, bien o mal, le da el mérito a sus jugadores y se lleva toda la mierda.

A diferencia de otros...

Mientras nos alineamos en el centro del hielo, uno que adora los focos —nuestro director deportivo, Art Galloway— avanza hacia el centro de la pista con la confianza de un hombre que jamás se ha topado con un espejo que no le gustara. Lleva el pecho hinchado, su traje de cinco mil dólares beneficiándose de lo que estoy bastante seguro es una situación de Spanx.

—¡Afición de los Devils! —Su voz retumba por todo el estadio—. ¡Esta noche celebramos el comienzo de una dinastía!

La multitud detona, y alguien dispara una bocina de aire que está claramente prohibida por las normas del estadio, pero seguridad no va a tocar a nadie esta noche. Porque esta es nuestra casa y nuestra noche: la ceremonia de izado del banderín del campeonato por el que luchamos y sangramos el año pasado.

Galloway está gesticulando ahora, una mano carnosa barriendo hacia nuestro banquillo y después hacia las vigas donde el banderín del campeonato espera. Su anillo de campeonato de fútbol americano de la NCAA —que lleva a cada partido aunque no ha jugado un solo down desde la era Reagan— atrapa la luz.

—Dentro de un momento escucharemos a nuestro nuevo capitán —trueno Galloway, señalando hacia el túnel—, pero antes, idemos la bienvenida de vuelta al hielo de Pine Barren a dos de los arquitectos clave de nuestra temporada de campeonato: Maine Hamilton y Mike Altman!

El rugido que sigue amenaza con volarle el techo a la Devil's Cauldron. Maine y Mike salen al hielo con sus nuevas camisetas de la NHL, con un aire algo cohibido mientras saludan a la multitud y se colocan al final de la fila de jugadores, ambos dedicándole un pequeño pulgar en alto.

Joder. Parecen profesionales de verdad.

Pero la sonrisa de Maine es la misma, ese destello engreído de dientes que solía hacer que las chicas de las hermandades se quedaran sin fuerzas en las rodillas. Mike se ve como siempre: calmado, controlado, como si ya llevara tres jugadas de ventaja en cualquier partido que estemos jugando. En algún lugar de las gradas, Sophie y Maya están gritando sus nombres.

—Ahora —dice Galloway, arrebatándole de nuevo la atención a la multitud—. Permítanme presentar al mejor portero... no, al mejor capitán del hockey universitario: ¡James Fitzgerald!

El ruido de algún modo se intensifica, lo cual no debería ser físicamente posible. Mis compañeros golpean sus palos a un ritmo que coincide con los latidos de mi corazón. Hasta Schmidt lo está haciendo, aunque parece personalmente ofendido por su participación en algo tan entusiasta.

Probablemente calculando la fuerza exacta necesaria para el nivel mínimo socialmente aceptable de golpeo de palo.

Galloway se acerca —y joder, el hombre se mueve sobre el hielo con toda la gracia de un hipopótamo tranquilizado— y me agarra del hombro con su mano. No es amistoso. Sus dedos se hunden en el músculo y se siente posesivo, como si quisiera ser dueño de mí tanto como parece querer adueñarse de la atención de este momento.

—Este es tu año, hijo —dice, su aliento caliente contra mi oído, la voz lo bastante baja para que solo yo la escuche—. No me decepciones.

Las palabras me caen al estómago y empiezan a pudrirse de inmediato.

Pero no hay tiempo para responder, porque la multitud quiere espectáculo.

Me impulso hacia el centro del hielo y el foco sigue mi movimiento con precisión depredadora, su calor haciendo que el

sudor me pique a lo largo de la columna. La energía de la multitud se siente distinta cuando estás solo en medio de ella: no es solo ruido, sino peso, miles de personas creyendo que eres algo especial.

Algo más que el niño que aprendió a ser ruidoso porque el silencio significaba peligro, me recuerda mi mente, muy servicial.

Agarro el micrófono del soporte y se siente bien en la mano porque esta es la parte fácil. La parte en la que no tengo que pensar, solo actuar. Le dedico a la multitud una sonrisa amplia y alzo un puño en el aire, provocando otra ronda de vítores y aplausos.

—¡Joder, qué ruidosos son! —grito, y la risa se extiende por el estadio—. Quiero decir... —Lanzo una mirada exagerada hacia donde se sienta la administración de la universidad, todos caras mojigatas y ceños fruncidos—. ¡Jolín! Apto para toda la familia, ese soy yo. No he dicho una palabrota en mi vida, pregúntenle a mi madre.

Más risas.

Dios, podría inyectarme este sonido directamente en las venas.

—Sobre este campeonato —continúo, patinando en un círculo lento para poder dirigirme a todo el estadio—. Fue un esfuerzo de equipo, obviamente, lo que significa darle las gracias a Leo Cooper por marcar el gol de la victoria. Sinceramente, es lo más interesante que tiene, señoras, así que formen una cola ordenada.

Más risas y Cooper poniendo los ojos en blanco.

—¡Ben Kellerman, nuestra arma secreta en defensa, que la semana pasada bloqueó un tiro sin pedirle perdón al disco! ¡Eso es progreso! ¡Para los playoffs puede que hasta golpee a alguien sin disculparse! ¡O al menos lo piense muy agresivamente! —Le dedico una sonrisa a Kellerman—. En serio, Ben fue clave para la victoria...

La pantalla gigante encuentra a Kellerman, y su cara está tan roja que podría alimentar el campus durante unas horas. Va a repetir este momento en su cabeza durante semanas, probablemente tumbado en la cama a las tres de la mañana, preguntándose si todo el mundo piensa que es tan desastre como lo estoy haciendo sonar. Lo es, pero de una forma entrañable.

—Y Erik... —Hago una pausa dramática, señalando con mi palo hacia Schmidt. La pantalla gigante lo encuentra, y su expresión ya se ha asentado en una resignación cansada—. ¡...que celebró nuestro

campeonato haciendo una hoja de cálculo para organizar nuestros entrenamientos de verano! ¡Con margen extra para el tráfico!

Schmidt se limita a negar con la cabeza, pero hay una levísima curva hacia arriba en la comisura de su boca. La multitud se lo traga, sus risas mezclándose con los aplausos.

—Pero en serio —digo, y dejo que mi voz baje lo justo para señalar el giro. Las risas se desvanecen hasta un silencio expectante—. Este banderín le pertenece a cada aficionado que perdió la voz gritando por nosotros. A todos los que creyeron en el hockey de Pine Barren cuando decían que no podíamos competir con las grandes universidades.

El estadio se queda callado —no en silencio, sino en esa quietud contenida en la que miles de personas se inclinan hacia delante al mismo tiempo— y están esperándome.

—Y les prometo... —Alzo mi palo por encima de la cabeza—. ¡Este no será el último!

El lugar se vuelve nuclear. El edificio tiembla. Y les hago un gesto a mis compañeros —tanto a los actuales como a Mike y Maine— para que se unan a la vuelta de honor. Como hicimos en aquel partido decisivo hace unos meses, nos movemos como una sola unidad, alzando los palos para saludar a distintas secciones de la grada.

Es entonces cuando me fijo en Kellerman.

El chico ha dejado de patinar por completo. Está ahí parado en la línea azul, con la cabeza echada hacia atrás, mirando el banderín con la boca abierta. Asombro puro, sin filtros. Tiene los ojos vidriosos, completamente desbordado por la emoción a pesar de haber sido parte de la victoria.

Ese eras tú hace tres años, mirando a Maine y Declan, a Mike y Linc, pensando que eran dioses entre mortales.

Ahora Kellerman me mira a mí con esa misma expresión. Para él, no soy el desastre que una vez le prendió fuego a su bolsa de equipo intentando secar los guantes con un mechero, ni el tipo que accidentalmente se encerró en el baño del autobús de camino a Syracuse.

Soy su capitán. Su héroe.

Dios, el chico no tiene ni idea de que solo soy un muy buen estafador con reflejos rápidos.

Me acerco patinando, sacándolo de su trance.

—¡Acostúmbrate, Kellerman! ¡Esto es solo el principio!

Su cara se transforma, abriéndose en una sonrisa tan amplia que parece doler.

—Ojalá tengas razón, Rook. Me encantaría otro.

La sinceridad en su voz me retuerce algo en las tripas, y el peso de su confianza se siente pesado. Es un chico leal que probablemente se tiraría del techo del estadio si le dijera que ayudaría al equipo, y la responsabilidad de eso me aterra dado que yo siempre había tenido a otros a quienes admirar y seguir.

La ceremonia llega a su fin, y en el vestuario es un caos controlado. Los chicos están a medio vestir, gritándose unos a otros, música a todo volumen. Todo el desorden es hermoso, el tipo de caos que te llena cada rincón del cerebro tan completamente que no puedes pensar en nada más.

Es entonces cuando me acorralan.

—¡Ahí está nuestro chico! —La voz de Maine corta por encima de todo lo demás, y de repente me están atrayendo hacia un abrazo que huele caro.

—Eh, Estrella —sonríó—. Has mejorado de ropa desde que llegó el dinero de la NHL...

Mike está justo detrás.

—Eh, ¿crees que pagamos por algo de esta mierda? Si necesitas un traje o unas zapatillas, avísame...

Nos sumergimos en la misma conversación fácil que hemos compartido durante años, aunque los dos son distintos. Solo han pasado tres meses desde la graduación, pero ya se comportan de otra manera. Tienen los hombros más anchos, o quizá simplemente los llevan de otra forma. Ocupan más espacio, lo reclaman.

—El banderín del campeonato queda bien ahí arriba —dice Mike, pero hay un peso en su tono, algo que lo transforma de observación en expectativa.

—Tu equipo ahora, Rook. —La mano de Maine me atenaza el hombro—. Tu función. Tú la diriges.

—Pero sin presión —añade Mike con una sonrisa que no le llega del todo a los ojos—. Solo el legado entero del hockey de PBU, un programa que construimos de la nada.

—No seas el que lo echa a perder —dice Maine, y aunque está sonriendo, todos sabemos que no bromea.

Se van juntos, y los veo marcharse: los gigantes que solían cargar con el equipo, que siempre sabían exactamente qué hacer, o al menos eso es lo que yo sentía. La puerta del vestuario se cierra tras ellos con un golpe seco y definitivo que resuena contra las paredes de hormigón.

El silencio que sigue es ensordecedor.

Uno a uno, el vestuario se vacía. Primero los novatos, prácticamente corriendo para llegar a las fiestas. Después los de segundo y tercero, marchándose en grupos, sus voces desvaneciéndose pasillo abajo. Schmidt pasa junto a mí de salida, hablando por teléfono con su novia, mientras Cooper se limita a asentir, que es su versión de una despedida emotiva.

Pronto solo quedamos yo y el sonido del agua goteando de un cabezal de ducha.

Plic. Plic. Plic.

El silencio empieza a colarse por los bordes. La piel me queda demasiado apretada y hay un zumbido en los oídos que no tiene nada que ver con el ruido de antes. No lo soporto, así que necesito salir de aquí. Quizá encontrar una fiesta, con ruido y suficiente cerveza para difuminar los bordes de todo.

Pero antes —Dios, qué patético— necesito verlo otra vez.

Cuando llego al estadio, es una morgue. Las luces están bajadas al mínimo de emergencia, bañándolo todo en un amarillo enfermizo. Miles de asientos vacíos me devuelven la mirada, acusatorios en su vacío. El hielo se extiende frente a mí, marcado por nuestros patines.

El silencio me presiona contra los tímpanos hasta que duelen. Este es el silencio del que llevo huyendo desde los siete años, desde que aprendí que el silencio significaba que la tormenta se estaba formando y alguien iba a explotar, y que yo había fallado en mi trabajo como conserje emocional de la familia.

El banderín cuelga allí en la penumbra, enorme e inmóvil. Sin la energía de la multitud, sin las luces y la celebración, se ve mal. Menos como un símbolo de victoria y más como una acusación, porque es todo lo que se supone que debo ser y todo lo que sé que no soy.

Un banderín está bien. Pero ese lo consiguieron Maine y Mike. ¿Piensas hacerlo mejor que ellos, o simplemente estás calentando el asiento?

La voz en mi cabeza suena exactamente como mi padre después de tres cervezas, no lo bastante borracho para arrastrar las palabras, solo lo bastante borracho para ser un cabrón. El pecho se me aprieta y de repente tengo siete años otra vez, de pie entre mis padres en la cocina, intentando hacer suficiente ruido y caos para detener la pelea antes de que empiece.

Con las manos temblando y el corazón saltándose latidos, le doy la espalda al banderín y prácticamente corro hacia la puerta. La mano se me resbala en el picaporte dos veces —la palma resbaladiza de sudor— antes de lograr abrirla de un tirón, y entonces la puerta se cierra de golpe detrás de mí con un sonido que me persigue túnel abajo.

Necesito ruido. Necesito cuerpos apretados. Necesito música tan alta que me haga doler los dientes y cerveza que sepa horrible pero que haga todo suave y manejable. Ya tengo el móvil en la mano, el pulgar volando por la pantalla en un mensaje al chat del grupo:

¿Dónde hay fiesta? ¡El capitán necesita celebrar! 🏆🍺

Tres puntos aparecen de inmediato. Después cinco. Después diez. Todo el mundo responde a la vez, y el zumbido constante de las notificaciones contra mi palma es la sensación más bonita del mundo. Cada vibración es una pequeña promesa de que no estaré solo, no estaré en silencio y no tendré que sentarme con esta sensación.

Prácticamente corro hacia la salida, hacia el ruido, hacia el bendito caos que mantiene a los monstruos a raya.

dos

MORGAN

ART GALLOWAY QUIERE que le suplique, y antes me prendo fuego.

La silla de cuero gime debajo de mí mientras me aferro al borde, negándome a hundirme en ella. Eso es lo que quiere: que me recueste, que me ponga cómoda, mientras me da palmaditas en la cabeza y me despacha sin más que condescendencia disfrazada de tarjeta de presentación de la tienda de equipo usado de su primo.

Mi carpeta descansa abierta sobre su escritorio de caoba como una prueba, sus páginas un golpe de realidad para combatir toda su mierda. Cada página está marcada con pestañas y códigos de color, prueba de las promesas que hizo cuando voló a Montana para reclutarme como capitana del equipo inaugural de hockey femenino de Pine Barren.

Tres meses atrás, se había sentado frente a mí en una cafetería de Missoula, con los ojos brillantes de lo que yo había confundido con entusiasmo genuino.

—Estamos construyendo algo especial, Morgan —había dicho, deslizado folletos relucientes sobre la mesa—. Apoyo total de la NCAA. Instalaciones de primer nivel. Vas a hacer historia.

Pero ahora, la carpeta documenta cada garantía que se evaporó en el momento en que firmé mis papeles de transferencia.

—...y como puede ver en los datos comparativos —digo, con la voz nivelada como un filo—, nuestra asignación actual de tiempo en el hielo es inferior al sesenta por ciento del estándar mínimo de la NCAA División I, lo cual es francamente inaceptable dado que este es un programa completamente nuevo con jugadoras que nunca han jugado juntas.

Mi dedo golpetea la gráfica que pasé tres horas perfeccionando, porque sabía que él buscaría cualquier excusa para desestimar lo que intento mostrarle. Puedo verlo a la caza, sus ojos rastreando una línea torcida, un error tipográfico, un dato incorrecto... cualquier cosa que le permita descartarme como una chica histérica jugando a ser deportista.

Sus gafas de lectura están torcidas sobre su nariz, pero parece no necesitarlas para leer; incluso se las quita cuando mira algo de cerca. Un accesorio, probablemente, porque los hombres como él no leen de verdad, sino que esperan a que dejes de hablar para poder explicarte por qué estás equivocada.

—Sesenta por ciento —repite, estirando las palabras como si las saboreara—. ¿Sabes? Cuando yo jugaba al fútbol americano aquí...

—Con todo respeto, señor Galloway, el equipo de fútbol americano nunca tuvo que compartir tiempo de cancha con otros tres programas mientras intentaba establecerse desde cero.

Enarca las cejas ligeramente.

—¿Ya me estás interrumpiendo? Eso no es muy... universitario de tu parte.

La palabra queda suspendida entre nosotros, cargada de subtexto. Sé lo que en realidad está diciendo: nada propio de una señorita.

—El problema del tiempo en el hielo se agrava por una escasez significativa de recursos. —Paso a la siguiente pestaña; el papel satinado produce un suave shiff—. Estamos reutilizando cinta que debería ser desecho médico, y mi extremo de tercera línea juega con un palo que se sostiene con plegarias.

Cada palabra sabe a metal —el sabor de la humillación—, porque ya he sido víctima de esta clase de estafa antes. En la preparatoria, me robaron la capitanía a base de mentiras y manipulación, y la

adolescente que fue emboscada por su mejor amiga debería haber visto esto venir.

Pero al parecer necesitaba la lección dos veces.

Su silla cruje. Detrás de él, su muro de la gloria grita su inseguridad: fotos con cada atleta semifamoso que haya pasado por PBU, una camiseta de sus tiempos de jugador de fútbol americano en PBU que ya no le cabría ni por un brazo, y ese anillo de campeonato que gira cuando quiere que lo notes.

—Vaya, menuda presentación, Morgan —dice, en un tono que usaría con una becaria que le recoge la ropa de la tintorería—. Gracias por haberte esforzado tanto.

—Me esforcé porque mi equipo merece recursos —digo—. Los recursos que usted prometió cuando me reclutó.

—¿Prometí? —Se recuesta, y su silla protesta bajo el peso—. No recuerdo haber hecho promesas. Recuerdo haber discutido posibilidades, trayectorias potenciales...

—Usted dijo, y cito textualmente: «franjas de práctica garantizadas equivalentes a las del equipo masculino». —Paso a la página donde transcribí sus palabras exactas de nuestra reunión—. Eso fue el 15 de marzo, 2:17 de la tarde, en el Breakwater Café de Missoula.

Se ríe. De verdad se ríe. Como si le hubiera contado una anécdota encantadora sobre un cachorro.

—¿Grabaste nuestra conversación?

—Documento todo lo que importa.

—Qué... minuciosa.

Hace un gesto hacia la pared, donde una foto de la ceremonia del banderín de la semana pasada ocupa el lugar de honor. Él sonriendo mientras el equipo masculino se agrupa a su alrededor, chicos que jamás han tenido que justificar su existencia. La etiqueta de precio del marco todavía es visible: 89,99 dólares, que nos comprarían una semana de cinta.

—Mira, Morgan, cada programa deportivo necesita entender las prioridades estratégicas. —Sus manos se cruzan sobre su estómago, tensando los botones de la camisa—. El equipo masculino genera un

retorno de inversión enorme. Campeonatos, elegidos en el draft de la NHL, compromiso de los donantes.

Claro. Porque cuarenta y tres días conmigo al mando de este programa son definitivamente tiempo suficiente para curar el cáncer, dividir el átomo y hacer que los ríos de oro de los patrocinadores fluyan hasta su oficina, pienso, pero me las arreglo para no decirlo. A estas alturas ya debería tener tres Stanley Cups, y quizá un Premio Nobel para ir sobre seguro.

Parece interpretar mi silencio como una invitación a continuar, cuando en realidad necesito todo mi autocontrol para no poner los ojos en blanco o soltar alguna respuesta mordaz. Pero cuando se inclina hacia delante, algo cambia en su expresión, y su sonrisa se transforma en algo que me aprieta el estómago.

—Lo que tu programa necesita, niña, es demostrar que puede poner culos en las butacas —dice.

Al decir «culos», su mirada baja.

Sin disimulo. Sin prisa. Sin siquiera fingir que es accidental.

Su mirada comienza en mi cara y desciende con paciencia depredadora. Se detiene en mi pecho —un segundo, dos— el tiempo suficiente para que su asistente Patricia prepare una cafetera entera. Luego baja a mi cintura, mis caderas, y finalmente al punto donde mi falda —que de pronto se siente ocho centímetros demasiado corta— se encuentra con mis muslos.

Y durante todo el recorrido, queda claro que no solo está mirando.

Está tasando mercancía.

Mi mercancía.

Cada instinto biológico me grita que huya. Mis músculos se tensan, esa respuesta ancestral de presa inundando mi sistema con adrenalina que no tiene adónde ir. La oficina de pronto se siente más pequeña, las paredes cerrándose, la puerta demasiado lejos.

Pero he sobrevivido cosas peores —una crucifixión social a los diecisiete, y un corazón roto cortesía de James Fitzgerald un año después— y ni loca le doy a este cretino la satisfacción de creer que me ha intimidado. Así que me quedo ahí sentada, con el desdén claro en mi rostro, hasta que termina.

Y cuando sus ojos finalmente regresan a mi cara, su mueca celebra lo que acaba de pasar. El inventario que acaba de hacer de mi cuerpo. Los pensamientos asquerosos que probablemente le acaban de llenar la cabeza. La perspectiva de pasear a la chica bonita en cenas de donantes y decir «miren qué progresistas somos».

Pero entonces estira el brazo sobre el escritorio. Su mano, húmeda de un sudor enfermizo, aterriza sobre la mía donde descansa sobre mi carpeta. El contacto me hiela las venas. No es miedo —maté esa emoción hace años— sino repulsión tan pura que podría arrancar la pintura.

Dos palmaditas.

Como si fuera un golden retriever que ejecutó un truco.

—Admiro tu empeño, niña. De verdad. —Su pulgar se mueve, apenas, acariciando el costado de mi mano.

El movimiento es tan sutil que casi podría ser accidental, de no ser por el brillo de satisfacción en sus ojos, vigilando mi reacción como un gato con un ratón acorralado. Pero sé que ceder —decir algo o apartarme— no solo me marcará como débil, sino que también será la sentencia de muerte de cualquier posibilidad de financiamiento.

Continúa.

—Esa clase de... dedicación abre puertas, porque las oportunidades se presentan para chicas con tus... atributos particulares.

La pausa antes de «atributos» es obscena, porque ambos sabemos a qué se refiere.

Chicas.

No mujeres. No deportistas.

Chicas.

Pero no retiro la mano. Eso es lo que quiere: verme retroceder para poder hacerse la víctima. Solo estaba siendo amable. Ya sabes cómo exageran. Y, no por primera vez, recuerdo a mi madre diciéndome que nunca dejes que los tipos asquerosos vean cómo te afectan, que en cambio te conviertas en la persona a la que nadie se atrevería a dar palmaditas en la mano.

Pero ella nunca aprendió a los diecisiete que la confianza es solo una traición con la mecha más larga.

—Bueno. —Galloway retira su mano, dejando humedad en mi piel—. Estoy seguro de que encontrarás soluciones creativas, una chica lista como tú...

—Pero...

Me corta con un gesto desdeñoso de la mano.

—Solo recuerda: todo imperio empezó con alguien dispuesto a jugar a largo plazo.

Mientras se ríe de su propia sabiduría, queda claro que ha dejado de fingir que escucha y que estoy despedida. Cierro la carpeta despacio; el golpe basta para que levante la vista, y durante medio segundo, dejo que lo vea: la furia que podría reducir a cenizas todo este departamento deportivo.

Luego devuelvo mi expresión a la neutralidad profesional.

—Gracias por su tiempo, señor Galloway.

—Lláname Art —dice, con esa sonrisa espantosa extendiéndose, sus ojos recorriéndome de arriba abajo otra vez—. Aquí somos todos familia.

Camino hacia la puerta, y cuando mi mano toca el pomo, siento su mirada otra vez. No mirándome a mí, sino mirándome el culo y catalogando la vista trasera. La sensación me trepa por la columna, pero no corro, porque ni muerta le doy esa satisfacción.

Abro la puerta con precisión controlada, cruzo el umbral y la cierro con un clic suave. De vuelta en la recepción, Patricia levanta la vista de su escritorio, su expresión una sinfonía de lástima y resignación que puedo leer como un libro abierto, una mirada que probablemente les ha dedicado a un millón de empleadas y estudiantes a lo largo de los años.

Lo siento, cariño. Ya he visto esta película.

Me alejo con la carpeta apretada contra el pecho. Y, con cada paso, me maldigo por haber caído, porque sabía que esto pasaría cuando me mudé de un programa pequeño pero decente a Pine Barren por la promesa de la gloria de División I.

No esperaba el acoso visual ni la palmadita que todavía me eriza la piel, pero la forma general era predecible: las promesas

evaporándose y los recursos colgando justo fuera de mi alcance. Todo diseñado para recordarme que no soy capitana ni jugadora ni persona, que soy solo una niña jugando a disfrazarse en un mundo de hombres.

En esto termina la confianza.

El pensamiento llega con la cara de James Fitzgerald aquella noche, años atrás, cuando su risa atravesó mi pregunta sobre nuestro futuro y convirtió meses de conexión en un remate. Esa fue la última vez que confié en alguien, y no parece que Galloway vaya a romper la tendencia.

Mi equipo necesita el tiempo en el hielo, el equipamiento y los recursos que Galloway me había prometido cuando voló a Montana para venderme la idea de capitanear el equipo femenino de PBU. Pero está claro que Galloway nunca nos dará lo que necesitamos, porque nos ve como accesorios en lugar de deportistas.

Se acabó el suplicar.

Si Art Galloway piensa que voy a sonreír y hacerme la mansa, a hacerme la bonita para los donantes y a desfilas feliz por el hielo con un tercio del tiempo que los hombres reciben, está catastróficamente equivocado. Porque yo construí el programa de Montana desde la nada, y voy a hacerlo de nuevo aquí mismo.

Sin su ayuda.

Sin la ayuda de nadie, si es necesario.

No confíes en nadie, pienso. Quizá debería tatuármelo justo en la frente.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Amelia «Mills» Ramírez, mi segunda al mando:

¿Cómo te fue, Capi?

Me quedo mirando la pantalla, porque sé que ella es la avanzadilla de las dos docenas de chicas que depositaron su fe en mí, que confiaron en mí, cuando prometí que construiríamos algo real. Y, por mucho que me cueste confiar en alguien últimamente, tampoco voy a decepcionar a las personas que lo han apostado todo por mí.

Escribo una respuesta:

Trabajando en ello.

Porque eso es lo que haces cuando la gente cuenta contigo. Mientes. Finges que tienes un plan. Actúas como si no estuvieras plantada en un pasillo con el sudor de otro hombre todavía contaminándote la piel, calculando exactamente cuánta indignidad puedes tragar antes de ahogarte.

Sobrevives.

Y después encuentras la manera de ganar de todas formas, solo para restregárselo a todos.

tres

ROOK

SOLO LLEGO DIEZ MINUTOS TARDE. No pasa nada. ¿Verdad?

Empujo las puertas de la sala de juntas con el hombro, y mi bolsa de equipo anuncia mi llegada con un estruendo que hace saltar todas las botellas de agua de la mesa. El ruido interrumpe cualquier sermón burocrático que estuviera en marcha, y todas las cabezas giran hacia mí, que es exactamente lo que necesito.

No puede haber silencio incómodo si todos están pendientes del payaso.

—¡Perdón, perdón! —Abro los brazos de par en par, aceptando el aplauso imaginario por una entrada que haría a mi madre apretar la mandíbula tan fuerte que necesitaría ir al dentista—. El tráfico era absolutamente brutal viniendo de... —hago una pausa, dejo que se inclinen— la otra punta del campus.

El capitán de béisbol me dedica un parpadeo lento y teatral, con la mirada dirigida al techo en una plegaria silenciosa de paciencia.

—Por Dios, Fitzgerald —murmura entre dientes, aunque sin verdadera malicia: solo la resignación agotada de alguien que ya ha presenciado mis entradas.

La capitana del equipo de natación —¿Jennifer? ¿Jessica? ¿Jemima?— parece lista para ahogarme en la parte poco profunda de la piscina. Sus dedos tamborilean contra la mesa en un ritmo que

grita: «Tengo responsabilidades de verdad y me estás haciendo perder el tiempo», y, sinceramente, es bastante justo.

Pero sus reacciones son ruido de fondo porque Art Galloway ya se está levantando de su sillón ejecutivo.

—¡Aquí está nuestro campeón! —Sonríe, con la voz retumbando como si me estuviera presentando en el Garden en lugar de en una reunión—. Ven aquí, Rook. Te guardamos el buen asiento.

Señala la silla a su derecha, el asiento que grita «este tipo importa más que ustedes, plebeyos», y la validación me entra en el torrente sanguíneo como cafeína pura, ahogando temporalmente ese susurro persistente que me acecha desde que izaron nuestra pancarta.

¿Qué va a pasar cuando se den cuenta de que no eres Maine?
¿Ni Mike?

Avanzo hacia la cabecera de la mesa pavoneándome, asegurándome de chocar los cinco con el capitán de lacrosse, que es buen tipo a pesar del desafortunado vello facial que parece como si se hubiera pegado pelos púbicos en la barbilla.

—Qué bien te ves —miento, porque ¿qué más le dices a alguien que claramente perdió una apuesta o posiblemente su espejo?

Lanzo un par de asentimientos y sonrisas a algunos de los otros capitanes que conozco, pero hay muchos aquí que no, de deportes menores o que acaban de llegar al campus. La capitana de gimnasia parece tener doce años, toda ojos grandes y postura perfecta, probablemente preguntándose si todos los jugadores de hockey son este nivel de desastre.

Alerta de spoiler: lo somos.

—Ahora que nuestro campeón nacional vigente ha llegado, continuemos con las presentaciones —dice Galloway, con la mano aterrizando sobre mi hombro. El peso de su palma es reconfortante y asfixiante a la vez, como si estuviera reclamándome y midiendo si valgo la inversión al mismo tiempo.

Cuando me dejo caer en el trono de cuero, me siento satisfecho, cálido y a salvo, porque esa breve bendición pública es exactamente la dosis que necesitaba. Fue color y movimiento y afirmación todo en uno, no silencio ni las preguntas susurradas de mi cabeza.

La pancarta dice que importo.

Galloway dice que importo.

Así que, por ahora, mi síndrome del impostor se arrastra de vuelta a su rincón.

—Como decía —continúa Galloway, todo dientes y encanto calculado—, este año tenemos una nueva incorporación a nuestra familia deportiva. La universidad ha invertido en un programa de hockey femenino, y me gustaría que todos le dieran la bienvenida a su capitana fundadora, Morgan Riley.

El nombre me congela, aniquilando la sensación cálida por completo.

Mis pulmones olvidan su único trabajo. Mi corazón se detiene, reconsidera, y luego se dispara a toda velocidad como si intentara atravesarme las costillas y salir corriendo. No puedo moverme, apenas puedo respirar, y no estoy seguro de querer pensar en la fusión nuclear que Galloway acaba de detonar.

El aire reciclado de la sala de juntas de pronto se siente denso como cemento, presionando contra mi pecho, y estoy convencido de que todos pueden oír la sangre rugiendo en mis oídos como rápidos de agua blanca. Porque, de todas las personas en todos los lugares, esto no puede estar pasando.

Pero entonces una figura se levanta desde el otro extremo de la mesa. Se parece a ella, claro. Pero es más como su gemela malvada que asesinó a la original y le robó la cara, porque la Morgan que yo conocí tenía bordes suaves, sonrisas cálidas que empezaban en sus ojos y pelo que atrapaba la luz como cobre hilado.

¿Pero esta mujer?

Parece tallada en permafrost. Su blazer está tan severamente entallado que podría cortar cristal. Ese precioso pelo rojo está recogido tan tirante que podría causar migrañas. Su postura pertenece a un póster de reclutamiento militar: hombros cuadrados, espalda recta, lista para recibir una bala o disparar una.

Y esos ojos —Dios, esos ojos que, durante unas semanas, me miraron como si yo significara algo— ahora son gris pizarra y vacíos como un cielo de enero. Es como ver a una desconocida usando la

cara de Morgan, y lo incorrecto de todo esto me retuerce el estómago en nudos que no sabía que eran posibles.

El tiempo se fractura, y de pronto ya no estoy en este purgatorio fluorescente.

Tengo dieciocho años y estamos en un campamento de hockey del último año de preparatoria, con los mejores jugadores y jugadoras del país reunidos durante dos semanas de conferencias y entrenamiento con profesionales. Es básicamente un ataque hormonal adolescente, y tanto Morgan como yo fuimos víctimas voluntarias.

Está acostada a mi lado sobre arena áspera, los dos bajando del subidón de nuestra primera vez. Su cabeza descansa en mi pecho, su dedo trazando patrones en mi estómago. Y, por única vez en mi vida, el silencio no se siente como la cuenta regresiva de una bomba, sino como flotar.

—Estás callado —dice, su aliento cálido contra mi piel.

—Sí —digo, sorprendiéndome con mi propia honestidad—. Se siente bien.

Y así es. Con ella, el silencio no significa que alguien va a lanzar un plato después de un insulto o un puñetazo después de demasiadas cervezas. Solo significa que estamos aquí, juntos, y eso es suficiente. Me hace preguntarme si así es la vida para la mayoría de la gente, poder simplemente... estar.

Avance rápido a nuestra última noche. Estamos sobre el capó de mi camioneta, mirando estrellas que parecen imposiblemente brillantes. Lleva puesta mi sudadera —nadando en ella, la verdad— y estoy teniendo pensamientos peligrosos sobre que se la quede para siempre. Se gira hacia mí con una mirada que me comprime el pecho.

—¿Y qué pasa cuando termine el campamento? —Su voz apenas está ahí—. Con nosotros.

La pregunta queda suspendida entre nosotros como una mecha encendida, y de pronto el silencio que había sido cómodo con ella durante dos semanas se vuelve ruidoso. El pánico me inunda el sistema —esa necesidad familiar, desesperada, de desactivar, desviar, hacer que esto sea cualquier cosa menos real— porque real

significa que puede doler... real significa que podríamos convertirnos en mis padres.

—Bueno —me oigo decir, con la voz demasiado fuerte, demasiado alegre—, supongo que siempre tendremos estas dos semanas de increíble... —hago un gesto vulgar, moviendo las caderas— ...rendimiento atlético para recordar, ¿no? De verdad que clavamos el aterrizaje. Diez de diez, totalmente recomendable.

Se estremece como si la hubiera abofeteado.

—¡O a lo mejor podemos ser amigos por correspondencia! —La hemorragia verbal continúa mientras mi nivel de pánico aumenta—. ¿La gente todavía hace eso? ¡Muy romántico! Podemos mandarnos esos corazoncitos con los mensajitos de dulce. «Sé mía», «Eres dulce», «¡Perdón por ser un inútil emocional!»

Su cara se cierra por completo. Persianas antes de un huracán.

—Claro —dice, plana y definitiva—. Solo diversión.

Se baja del capó de mi camioneta y se aleja sin siquiera mirar atrás. Me quedo sentado ahí, ahogándome en el silencio que yo creé, sabiendo que acabo de tirar algo irremplazable porque tuve demasiado miedo de decir: «Creo que me estoy enamorando de ti, Morgan, y ya resolveremos los detalles después...»

La voz de Galloway me arrastra de vuelta al presente.

—Morgan viene a nosotros de la Universidad de Montana, donde construyó su programa de la nada. —Está usando su voz de «miren lo que adquiriré», la misma que usó cuando anunció el nuevo marcador el año pasado, como si Morgan fuera un juguete para su colección.

Mis ojos se fijan en ella cuando Galloway se mueve detrás de su silla. Su mano aterriza en su hombro, y algo primitivo en mis entrañas se contrae con fuerza suficiente para sentir sabor a cobre, porque ese contacto no es profesional. Su pulgar acaricia la tela de su blazer mientras sus dedos se curvan posesivamente alrededor de su hombro.

Es un gesto que dice: mía, no tocar.

La rabia me inunda el sistema, caliente y violenta. Mis manos se cierran en puños debajo de la mesa, las uñas tallando medialunas en mis palmas. Cada músculo se tensa con la necesidad de lanzarme a

través de esta superficie pulida y retirarle la mano, preferiblemente a la altura de la muñeca y con fuerza letal.

La parte racional de mi cerebro —lo que queda de ella— grita que empezar una pelea con el director deportivo sería suicidio profesional. Pero la parte cavernícola que recuerda cómo se sentía la piel de Morgan bajo mis dedos ya está calculando trayectorias y puntos de impacto.

Puedo verlo perfectamente: yo saltando esta mesa como un héroe de acción desquiciado, tacleando a Galloway a través de la ventana detrás de él, el vidrio haciéndose añicos dramáticamente. Sería glorioso, pero definitivamente me expulsarían, aunque tal vez valdría la pena.

Pero me contengo, porque Morgan no reacciona.

Soporta su contacto con la quietud de alguien que ha practicado esto. Y cuando habla sobre construir programas competitivos y excelencia, su voz es acero, cada palabra calculada para máximo impacto profesional y mínima revelación personal.

Cuando su mirada recorre la sala, pasa sobre mí como si fuera parte del mobiliario o una de las fotos de equipo que adornan las paredes. El desaire es tan completo que me pregunto si imaginé esas dos semanas o si inventé a la chica que se reía de mis chistes pésimos y me besaba como si yo fuera oxígeno.

El resto de la reunión pasa borroso. Galloway perorata sobre presupuestos y planes de viaje mientras mi cerebro gira en un solo carril: Está aquí y te odia. Todo el tiempo, Morgan toma notas, y yo estoy sentado como si alguien hubiera reemplazado mi cerebro con algodón de azúcar: pegajoso, inútil, disolviéndose.

Cuando Galloway finalmente nos libera con lugares comunes sobre «excelencia» y «tradición», y una última palmada en la espalda para mí y solo para mí, mi cuerpo se mueve en piloto automático. Mi monólogo interno —el conserje emocional que no puede dejar que el silencio o el desorden simplemente existan— empieza a gritar.

¡Arregla esto! ¡Haz un chiste! ¡Di algo estúpido! ¡Esa es tu especialidad!

La intercepto en el pasillo antes de que pueda escapar.

—¡Morgan! ¡Espera!

Se detiene y se gira, su cara un retrato de indiferencia.

—¿Qué?

Despliego mi sonrisa marca registrada, la que nunca me ha fallado.

—Qué locura encontrarte aquí, ¿no? —digo—. Es un mundo pequeño. O una universidad pequeña... o... —Mi boca es un tren sin frenos—. O una universidad de tamaño mediano, en realidad, si lo piensas. O sea, no es diminuta pero tampoco enorme. Somos como la Ricitos de Oro de las universidades. Justo la medida.

—Creo que nos veremos en varias funciones del departamento deportivo —dice, su voz afilada como un picahielo—. Confío en que te comportarás de manera apropiada.

El subtexto aterriza como un golpe al cuerpo: Somos desconocidos y seguiremos siendo desconocidos, así que por favor no pongas esto a prueba.

—Morgan, yo... —Lo siento. Fui un cobarde. Tenía dieciocho años y era estúpido y me he arrepentido cada día.

—Si me disculpas —dice, su tono lo suficientemente cortante para sacar sangre—. Tengo un equipo que preparar.

Se aleja, sus tacones marcando golpes perfectos, medidos. Cada paso pone más distancia entre el ahora y el entonces, entre quiénes éramos y en quiénes nos hemos convertido. La veo irse, y es esa noche otra vez, excepto que esta vez sé que no va a volver.

Me quedo en el pasillo vacío, mi arsenal habitual inútil contra la fortaleza que ella ha construido. Y, por primera vez en tres años, estoy pensando de verdad en esa noche y en la pregunta que tuve demasiado miedo de responder. Pero, más que nada, en la chica que se fue porque no pude decirle la verdad.

Que ella era la única persona que hacía que el silencio se sintiera seguro.

Y ahora ha vuelto, envuelta en una armadura que yo la obligué a ponerse.

El pasillo se siente demasiado silencioso, demasiado parecido al interior de mi cabeza cuando me permito pensar en lo que he perdido. Necesito ruido. Necesito caos. Necesito literalmente

cualquier cosa que ahogue la voz que susurra: Tú hiciste esto. Tenías algo real y lo destruiste porque tenías miedo.

Agarro mi bolsa de equipo y salgo disparado, ya enviando un mensaje al chat grupal del equipo:

O'NEIL'S. ESTA NOCHE. CÓDIGO ROJO.

Schmidt responde de inmediato:

¿De qué nivel de desastre estamos hablando?

Respondo:

DEFCON 1. Traigan a todo el equipo.

Leo es el siguiente:

¿Incluso a los novatos?

Respondo:

Especialmente a los novatos. Necesitan aprender a autodestruirse como se debe.

Porque si no puedo arreglar esto —la forma en que me miró como si yo no existiera, como si ya estuviera muerto para ella— al menos puedo asegurarme de estar demasiado borracho para pensar en ello. Ese es básicamente el lema de la familia Fitzgerald: Ante la duda, añade alcohol y volumen.

Pero incluso mientras las respuestas siguen llegando, llenando mi teléfono de emojis y promesas de tragos, no puedo quitarme la imagen de la mano de Galloway en su hombro y la forma en que ella lo soportó con esa quietud aterradora. Como si hubiera estado soportando cosas sola durante tres años.

Porque yo le enseñé que dejar entrar a la gente solo lleva a la decepción.

cuatro

MORGAN

NUNCA MÁS SE suponía que iba a significar algo.

Después de tres años, cuatro meses y dieciséis días convirtiéndome en una máquina que funciona a base de rencor y aislamiento. Después de tres años perfeccionando el arte de que me importe una mierda James Fitzgerald y su energía de zona catastrófica. Después de tres años negándome a confiar en cualquiera que tuviera pene.

Y bastaron exactamente cinco minutos cerca de él para que mi cuerpo organizara un motín bioquímico en toda regla.

La puerta cortafuegos se cierra de golpe detrás de mí, y mi cabeza encuentra la pared. El frío me atraviesa el cráneo, pero no es suficiente para congelar el recuerdo de sus ojos grises abriéndose con reconocimiento al verme, o su sonrisa estúpida —esa que sugiere una familiaridad fácil que le regala a todo el mundo, pero que una vez me hizo sentir que pertenecía a algún lugar.

Respiro entre los dientes, bocanadas cortas que forman vaho en el hueco de escalera sin calefacción. El hormigón huele a limpiador industrial y a décadas de aire atrapado, pero lo trago de todas formas, intentando reemplazar su olor. Tres años, y mi cerebro traidor todavía recuerda a qué huele...

¡Argh!

Sabía que él estaría aquí cuando me uní a Pine Barren, por supuesto. Galloway había irradiado orgullo al hablar de él, el nuevo capitán del vigente campeón nacional. Pero Galloway no conocía nuestra historia, y yo tenía un plan: tratarlo como cualquier otro obstáculo entre mí y la supervivencia de mi equipo.

Pero los planes no contemplan la traición biológica.

Había llegado diez minutos tarde, el estruendo de su bolsa de equipo al caer anunciando su llegada como una salva de veintiún cañonazos, los brazos abiertos de par en par mientras aceptaba aplausos por haber encontrado la sala con éxito. Todo era clásico de él —convertir la incompetencia en arte escénico que todo el mundo, inexplicablemente, encuentra encantador en vez de motivo de homicidio.

Y yo me quedé ahí sentada, congelada, mientras cada una de mis defensas cuidadosamente calibradas empezaba a hacer cortocircuito. Pero, peor aún, estaba ese calor trepándome por la columna cuando soltó esa carcajada atronadora que coloniza cada frecuencia disponible...

No.

Negándome a dejar que me nuble los pensamientos ni un segundo más, me despego de la pared y bajo las escaleras de dos en dos. Tras una caminata rápida por el campus, llego a la pista de hielo y me dirijo al vestuario femenino. Está metido en lo que solía ser un almacén antes de que, a regañadientes, nos hicieran un hueco.

Solo el pensamiento me enfurece, y se siente bien.

Porque la rabia es mucho mejor que reconocer que estoy mojada.

No en sentido metafórico, sino real, física, humillantemente mojada.

Y bastaron cinco minutos de proximidad con James Fitzgerald para que todas mis ilusiones sobre tener una armadura emocional quedaran en ridículo, y para socavar toda mi identidad como alguien que toma decisiones basadas en la lógica y la evidencia.

Todo, deshecho por una respuesta límbica primitiva a esa sonrisa torcida.

La puerta del vestuario se abre y, dentro, cuarenta mil dólares de «fondos iniciales» nos han comprado paredes de bloques pintadas de beige institucional, luces fluorescentes que zumban, y taquillas rescatadas de una preparatoria demolida que todavía tienen «GO WILDCATS» estampado en la parte de arriba.

Pero es todo mío.

Cada centímetro meticulosamente organizado y fregado.

Me dirijo a mi taquilla y me desvisto, con ganas de quemar toda esta rabia y emoción sobre el hielo. Primero el blazer, después la camiseta interior y la falda de tubo. A medida que las prendas salen, las cuelgo con precisión militar mientras concentro mi rabia en hombres adultos que tratan el deporte femenino como una obra de caridad que son demasiado educados para rechazar.

La ropa interior sale al final.

Negra. Práctica. Corte deportivo porque había planeado entrenar después de la reunión. Diseñada para absorber la humedad durante el esfuerzo físico, no... esto. Observo la evidencia con fascinación clínica, después de tres años de condicionamiento, de construir mis muros y mantener a la gente a distancia.

¿Y ahora?

Húmeda.

En ese tramo escondido de playa, con las olas ahogando el resto del mundo, recuerdo el momento exacto en que bajé la guardia y lo dejé entrar. Cada muro que había levantado después de la traición de Melissa, demolido por un chico con caos en los ojos y manos que temblaban al tocarme.

—¿Estás segura? —Su voz era diferente en la oscuridad, cuando se despojaba de la actuación.

—Las estadísticas sugerirían que... —empecé, porque incluso entonces, incluso con su aliento cálido en mis labios, no podía simplemente decir sí como una persona normal.

Se rio, suave y en privado.

—A la mierda las estadísticas. Te estoy preguntando a ti.

—Sí. —Crudo. Honesto. Aterrador.

El primer beso fue cuidadoso, casi vacilante, los dos temblando. Después su lengua encontró la mía y lo cuidadoso se fue por la

ventana. El aire fresco mezclándose con el calor de su boca, sus manos enmarcando mi cara con una delicadeza que contradecía todo de su persona pública.

Nuestra ropa desapareció a tirones torpes y sin gracia. Recuerdo el impacto del aire en la piel desnuda, cómo mis pezones se endurecieron al instante con la brisa del mar, cómo sus ojos se oscurecieron al verme desnuda. Nadie me había mirado así, como si fuera algo que valía la pena memorizar, que valía la pena venerar.

Sus dedos me recorrieron las costillas, mapeando cada punto sensible hasta que yo estaba temblando. Y cuando los dos estábamos desnudos sobre la arena, él estaba en todas partes — boca en mi cuello dejando marcas, en mis pechos arrancándome sonidos que no sabía que podía hacer, en mi vientre haciendo que los músculos temblaran y se contrajeran.

—Dios, Morgan. —Se apartó, pupilas dilatadas bajo la luz de la luna—. Eres...

—Nerviosa —ofrecí.

—Yo también. —Apoyó su frente contra la mía, temblando —este portero de metro noventa que se enfrentaba a cañonazos a ciento sesenta por hora sin pestañear—. Quiero que esto sea bueno para ti. Quiero... joder, quiero que todo sea bueno para ti, pero no sé muy bien lo que estoy haciendo...

Las palabras golpearon más fuerte que cualquier caricia. En un mundo donde todo el mundo quería algo —notas, victorias, perfección—, él solo quería darme algo bueno. Y, cuando finalmente entró en mí, después de usar sus dedos para aprender exactamente cómo hacerme jadear y arquearme, ardió.

Le clavé las uñas en los hombros con fuerza suficiente para dejar marcas. Pero era necesario, romper músculo para reconstruirlo más fuerte. Fue despacio, tan despacio que pude sentir cada centímetro, su cuerpo entero temblando de contención, gotas de sudor en su frente.

—Muévete —jadeé—. James, por favor...

Lo hizo. Despacio, y después más rápido cuando le rodeé la cintura con mis piernas y lo atraje más adentro. El ritmo que encontramos fue torpe y perfecto, puntuado por olas y respiraciones

y el sonido obsceno y maravilloso de piel contra piel, todo demasiado y no suficiente y exactamente correcto.

Cuando el orgasmo llegó, se apoderó de todo mi cuerpo, cada terminación nerviosa disparándose mientras jadeaba su nombre. Lo sentí seguirme, su gemido vibrando a través de mí mientras hundía la cara en mi cuello, mi nombre en sus labios. Todo había durado unos cinco minutos torpes, pero había sido perfecto.

Hasta que lo arruiné, un día después, el último del campamento, sentada en el capó de su camioneta.

—Entonces... ¿qué pasa ahora?

Palabras que lo destrozaron todo.

Lo vi tensarse, y lo vi esquivar con un chiste y una sonrisa.

El cambio en él fue instantáneo. El silencio cómodo y fácil entre nosotros no solo desapareció; detonó. Se echó hacia atrás como si yo hubiera quitado el seguro de una granada, su cuerpo rígido. Después vinieron las bromas, la evasiva verbal. Pero no escuché todo, porque supe entonces que se había acabado.

Había confiado en él y me había engañado.

Me fui caminando para que no pudiera ver que me había hecho daño, aunque las lágrimas me escocían en los ojos. El chico al que le había dado todo me había prometido que quería dármelo todo, y en vez de eso lo tomó. Y en algún lugar entre su camioneta y mi cama, Morgan Riley murió y nació yo.

La puerta del vestuario se abre de golpe, rompiendo mi ensoñación, y me doy cuenta de que estoy de pie en nada más que mi sujetador deportivo.

—Entrenadora —digo, intentando disimular lo raro de la situación.

—¿Reunión difícil? —La entrenadora del equipo femenino —Bri Walsh— no espera respuesta, dejando caer su bolsa con un golpe seco—. Déjame adivinar... Galloway no prometió nada, insinuó que todo lo que nos falta es culpa nuestra, y lo hizo sonar como si debiéramos estar agradecidas de que nos deje existir.

—Mientras explicaba cómo el equipo masculino se merece su nuevo sistema de videoanálisis porque son «ganadores probados».

—Me paso la camiseta de entrenamiento por la cabeza con la fuerza

suficiente para engancharme el pendiente—. Aparentemente necesitamos demostrar nuestro «potencial de mercado» antes de poder tener equipamiento funcional.

—Potencial de mercado. —La voz de Bri podría congelar el vodka—. Igual deberíamos hacernos todas animadoras...

—Aludió al cociente de tetas y culos... —Sonríó con sorna, a pesar de mi tortura mental anterior—. Aunque lo llamé «indicadores de interacción del público».

Bri empieza a cambiarse con eficiencia practicada.

—¿Sabes qué me mata? Que era un tercer suplente de apoyador que se pasó cuatro años calentando banquillo.

—Bienvenida a la meritocracia, donde el mérito lo determinan tipos que tocaron techo a los diecisiete.

La puerta se abre otra vez. Amelia Ramirez —Mills— entra ya vestida para entrenar y basta una mirada a mi cara para que silbe bajito.

—Mierda. ¿Quién se murió?

—Nuestro presupuesto de equipamiento. —Me encojo de hombros—. También mi fe en la humanidad, pero esa lleva un tiempo en soporte vital.

—¿Estás bien? —Se acerca, preocupación genuina irradiando de ella, junto con la amenaza de violencia hacia quien necesite recibirla.

—Estoy fenomenal, Mills. —Resoplo—. Me encanta mendigar migajas de hombres que creen que existo para su entretenimiento.

Mills levanta las manos en señal de rendición, pero capto la mirada que intercambia con la entrenadora Walsh. La mirada de *Morgan está insoportable*. Odio esa mirada casi tanto como odio que mi cuerpo siga catalogando exactamente cómo se sentían las manos de James Fitzgerald hace tres años.

—Al hielo —digo, terminando de ponerme el resto del equipo—. Ya.

La pista está perfecta, con hielo fresco reflejando las luces del techo, y cuando el aire frío me llena los pulmones se siente como un hogar. Piso el hielo y empujo fuerte, necesitando el ardor en los muslos, el raspar en los oídos, la simple física de la cuchilla contra el hielo.

Control. Precisión. Potencia.

Todo lo que me construí para ser después de esa noche en la playa.

Cuando las demás se unen, puntuales en vez de temprano, las llevo a través de ejercicio tras ejercicio, el silbato cortante en la pista vacía. Frenadas que levantan arcos perfectos de hielo. Arrancadas que queman cuádriceps. Las otras jugadoras —mis chicas, mi equipo, mi responsabilidad— no tienen respiro.

Y, aunque responden con muecas y maldiciones entre dientes, hacen el trabajo. Porque yo me exijo más de lo que les pido a ellas. Porque, a diferencia de todos los demás en este edificio, ellas creen en lo que estamos construyendo. Porque confían en que las guiaré a través de toda la mierda hacia algo mejor.

—¡Riley! —llama Bri desde el banquillo—. ¿Puedes acercarte?

Patino hacia ella.

—¿Sí?

—Necesitas bajar el ritmo —dice—. Cada una de esas chicas ya te está dando todo lo que tiene.

—Todo no es suficiente —digo—. Tienen que ser perfectas, porque todo el mundo está esperando a que fracasemos y demostrar que el hockey femenino no es más que una casilla de Title IX.

—Necesitan no estar lesionadas antes de que juguemos nuestro primer partido. —Su voz es suave pero firme—. Y la rabia no es un combustible sostenible.

¿Quieres apostar?, pienso, pero no lo digo.

Porque la rabia me sacó adelante en Montana, me sirvió para construir una reputación como alguien con quien no te metes, me llevó a través de cada entrenador que dijo que era demasiado fría para ser una líder de verdad. La rabia es fiable, controlable y segura —a diferencia de lo que mi cuerpo hizo en esa sala de juntas.

A diferencia del recuerdo de Rook diciendo mi nombre, suave y sorprendido.

A diferencia de esa parte de mí —pequeña, enterrada, pero aparentemente no muerta— que se pregunta qué habría pasado si me hubiera quedado en el capó de esa camioneta, si hubiera

luchado en vez de irme, o si lo hubiera obligado a explicar por qué dos semanas de perfección merecían terminar con chistes.

Pero eso tiene la rabia.

Es mucho más fácil que la esperanza.

Solo que mi cuerpo no recibió el comunicado.

cinco

ROOK

NUESTRO TIEMPO en el hielo terminó hace cinco minutos, pero seguimos aquí.

Schmidt está colocando conos para un ejercicio de escapada a medias que en realidad es solo una excusa para lucir su asquerosamente perfecto tiro de muñeca. Lo cual tiene gracia, dado que Kellerman acaba de lanzar un tiro tan desviado que casi le da al entrenador, que está tranquilamente en el banquillo dado que el entrenamiento terminó oficialmente.

—¡Buen tiro, Keller! —grito—. ¿Apuntabas al estacionamiento?

Todo el equipo se parte de risa, y esto es exactamente lo que necesito. Veinte tipos metiéndose unos con otros y riéndose a carcajadas, los patines cortando el hielo con ese rechinar específico que es mejor que cualquier música. Llena cada frecuencia disponible en mi cráneo, sin dejar espacio para las cosas calladas.

Como mi padre preguntándome si un campeonato es todo lo que tengo dentro.

O el silencio quirúrgico de mi madre cuando menciono mi promedio.

O la forma en que Morgan me atravesó con la mirada en aquel pasillo como si fuera un fantasma.

—¡Eh, Rook! —llama Martinez, deslizándose de espaldas con el palo en alto—. ¿Vas a tirar o te vas a quedar ahí parado haciéndote

el guapo?

—¡Las dos cosas! —suelto, agarrando un disco, disfrutando del raro momento lejos de la portería—. ¡Tengo muchos talentos! ¡Pregúntale a tu madre!

Más risas. Cooper ni siquiera levanta la vista de donde está recogiendo discos metódicamente por las bandas, pero alcanzo a ver el más leve meneo de cabeza. Viniendo de él, eso es prácticamente una ovación de pie.

Dios, podría inyectarme este sonido directamente en las venas. Es mejor que cualquier droga, incluso mientras tomo impulso para lo que definitivamente va a ser un fallo vergonzoso, porque los porteros tiran para la mierda. Pero los porteros especialmente tiran para la mierda cuando hay movimiento en el rabillo del ojo.

Camisetas oscuras. Una fila de ellas. El equipo femenino.

Y al frente de esa fila: Morgan Riley.

Jesucristo.

Tres años, y todavía parece capaz de parar el tráfico, empezar una guerra, o hacerme cometer algo espectacularmente estúpido, lo cual, siendo honestos, probablemente está a punto de pasar. Porque ¿de qué otra forma puedo lidiar con el silencio que ha caído sobre los chicos ahora que nos observa un grupo expectante de iguales?

Pero ni siquiera miro a las demás. Ni a Mills con su ceño de chica dura, ni a la novata —Sarah, creo— que prácticamente vibra de nervios, ni siquiera a la entrenadora Walsh de pie detrás de ellas con los brazos cruzados.

Solo la miro a ella.

Tiene ese cuerpo de atleta que hace que otras mujeres parezcan blandas: hombros tallados en granito, una cintura que se estrecha antes de llegar a esas caderas que encajaban perfectamente contra las mías. Incluso con todo el equipo puesto, incluso desde aquí, es una maldita arma.

El tipo de belleza que te vuelve idiota.

Todo ese músculo magro y esa fuerza controlada, contenidos por pantalones de entrenamiento ajustados que marcan curvas que recuerdo haber trazado con mis manos. Su pelo rojo fuego que

parece estar en llamas, recogido tan tirante que le tira de las sienes, enfatizando esos pómulos afilados capaces de cortar cristal.

Es lo único en lo que he podido pensar durante unos días, desde que me despachó en el pasillo fuera de la reunión de todos los capitanes. No se lo he dicho a nadie, porque los chicos me caerían encima sin parar, pero Morgan Riley lleva viviendo gratis en mi cabeza casi una semana.

Y ahora estoy mirándola embobado como un novato enamorado que nunca ha visto a una chica en su vida. Muy fino, Fitzgerald. Portero campeón reducido a un idiota boquiabierto por una sola mujer en equipo de hockey.

Pero ella no me está mirando. Está mirando el hielo —su hielo, según el horario— con esos ojos grises pálidos capaces de congelar el mismísimo infierno. Cada línea de su cuerpo es rígida, desde la espalda recta hasta los nudillos blancos con los que agarra el palo. Pero no se mueve, no grita, y no irrumpe en el hielo para reclamar lo que es suyo.

Solo... espera.

La paciencia y el silencio son de algún modo peores que la ira, como ver a alguien cargar un arma bala por bala. Se me empieza a erizar la piel, hormigas marchando bajo mis protecciones en formación perfecta, y sé que todos los ojos de la pista de hielo excepto los de Morgan están puestos en mí.

Esperando movimiento, color y volumen.

—¡Eh, Rook! —la voz de Kellerman rompe el silencio—. ¿Un ejercicio más?

El chico está intentando ayudar, bendito sea. Lanzándome un salvavidas al verme ahogarme en toda esta tensión no dicha. Pero no sabe lo que está pidiendo, ni conoce la historia entre Morgan y yo que está sangrando por todo este hielo ahora mismo.

Y así, sin más, llega la hora de decidir, frente a veinte tipos que me eligieron capitán porque mantengo las cosas ligeras, divertidas, porque mantengo la fiesta viva pase lo que pase. Todos sonriendo, esperando que sea exactamente quien creen que soy, frente a veinte chicas nuevas en Pine Barren que quieren ser iguales.

El silencio se estira.

Es el tipo de silencio que me hace doler los dientes, el que me recuerda a las cenas de los domingos cuando mamá y papá se sentaban en extremos opuestos de la mesa, los cubiertos raspando la porcelana mientras nadie decía una maldita palabra. El tipo de silencio que siempre terminaba con platos rotos o puertas cerradas de un portazo.

Siento la presencia de Morgan en las bandas como un peso físico.

Lo responsable sería dar por terminado y ceder el hielo. Pero eso significaría patinar hasta allí y mirarla a esos ojos árticos que alguna vez tuvieron tanta calidez cuando le hablaba. O sea, podría intentar tener una conversación de adultos en privado, donde tendría que reconocer lo que pasó entre nosotros, donde le diría que me arrepiento de lo que pasó.

Donde tendría que admitir que pienso en aquella última noche en el campamento de verano cada puto día. Cómo me reí cuando ella preguntó «¿y ahora qué?». Como si fuera el remate de un chiste que solo yo entendía. Cómo vi su cara cerrarse, cómo la vi reconstruir esos muros ladrillo por ladrillo mientras yo seguía hablando, seguía bromeando, seguía siendo exactamente el cobarde que ella había empezado a creer que yo no era.

Decido arreglar esto a mi manera y hacer lo que Rook haría. Hacer que reaccione, que haga algo aparte de quedarse ahí parada juzgando cada uno de mis fracasos. Porque si consigo que se quiebre —que se ría, que grite, aunque solo ponga los ojos en blanco— entonces estamos teniendo una interacción. Entonces no es solo su desprecio silencioso y mi patética necesidad de llenar cada vacío con ruido.

El plan se forma al instante, completo y espectacularmente estúpido. Porque ese es mi superpoder, ¿verdad? Tomar una situación mala y empeorarla exponencialmente mediante la magia de un mal control de impulsos y un miedo patológico al silencio o la sinceridad.

—¡Una más! —grito, lo bastante alto para que todos me oigan, especialmente ella—. ¡Pero que sea memorable, joder!

Agarro un disco y gano velocidad hacia el centro del hielo —no hacia la portería... hacia ella...— y mis filos muerden profundo

cuando pivoteo en el último segundo, echando todo mi peso como si intentara detener una escapada. La rociada que sale de mis patines es un arco magnífico de hielo raspado que atrapa la luz de los focos como diamantes.

La física siendo lo que es, ese hielo tiene que ir a algún lado.

Va directo a Morgan.

La rociada le golpea la chaqueta como mil diminutos dedos medios hechos de agua congelada. Le cubre el casco y definitivamente le llega a la cara. La veo encogerse, apenas. Mis compañeros estallan en carcajadas detrás de mí, pero el sonido se siente distante, amortiguado, como si estuviera bajo el agua ahogándome en mi propia estupidez.

—Perdona, Morgue —digo, las palabras fuertes y teatrales e inmediatamente lamentables—. ¡No sabía que esperabas el hielo de los campeones!

El apodo que acabo de inventar sobre la marcha se queda flotando en el aire como un desafío, verbalizando exactamente cómo nos mira a mí y a mi equipo. Pero ya salió, y no hay forma de meterlo de vuelta en la botella, aunque ella no reacciona de inmediato, lo que me hace preguntarme si lo escuchó.

Durante una fracción de segundo, algo destella en sus ojos. No es ira. Ni siquiera molestia. Es decepción, del tipo que viene de ver tus peores suposiciones confirmadas. Del tipo que dice: Sabía que eras exactamente así de patético.

Entonces hace algo peor que gritar, peor que devolver el golpe. Se limpia el hielo de la cara con un solo movimiento deliberado de su guante, lento y controlado, como si se estuviera quitando algo asqueroso e indigno de su atención. El gesto es tan fríamente despectivo que bien podría ser un dedo medio levantado.

—Vámonos —le dice a su equipo, con voz firme y profesional mientras me da la espalda—. Entrenaremos afuera.

La siguen en formación perfecta, ninguna mira atrás. El sonido de sus patines sobre el piso de goma es medido, disciplinado. Todo lo que yo no soy. Todo lo que mi equipo no es. Y mientras Schmidt patina hacia mí, puedo sentir su desaprobación irradiando como calor de un horno.

—Viejo —dice Schmidt, pero hasta él parece darse cuenta de que no hay buena forma de terminar esa frase.

Estoy parado en el centro del hielo, las virutas derriéndose en charcos alrededor de mis patines, sintiéndome como el cabrón más grande del mundo. Porque tuve la oportunidad de ser mejor, de hablar con ella, de disculparme, y en cambio le rocié hielo en la cara y la llamé con un nombre diseñado para herirla y ganarme más risas, más ruido, más caos.

¿Y lo peor?

Ni siquiera me dio la satisfacción de una reacción. Simplemente... se fue. Se llevó a su equipo y se largó como si yo no valiera la energía que le costaría responder. Como si no fuera nada. Ruido de fondo. Un inconveniente menor que rodear, como un bache o un chicle en la acera.

Ahora, parado aquí, viéndola irse otra vez, me doy cuenta de que la cagué. Otra vez. Porque aparentemente eso es lo mío con Morgan Riley: tomar algo que podría ser bueno y prenderle fuego solo para ver los colores bonitos, y después lamentar que no quede nada más que cenizas.

—Se acabó el entrenamiento —digo, con la voz más áspera de lo que pretendía—. Fuera del hielo.

Nadie discute. Probablemente pueden oler el autodesprecio saliendo de mí en oleadas, mezclándose con la peste de mis protecciones. Mientras salen en fila, Schmidt me atrapa la mirada. No dice nada —nunca lo hace— pero su expresión dice suficiente: La cagaste.

Sí. Lo sé.

Me quedo en el hielo después de que todos se van, mirando el punto donde ella estaba parada. Hace tres años, la dejé irse porque tenía demasiado miedo de ser real. Hoy la ahuyenté porque estoy demasiado roto para ser mejor. Mismo resultado, de todos modos. Se fue, y soy exactamente quien ella sabía que era.

Finalmente me muevo, patinando hacia el banquillo con todo el entusiasmo de alguien que va a su propia ejecución. Mi teléfono probablemente ya está explotando con los chicos repitiendo el momento, convirtiéndolo en una leyenda que durará más que yo

aquí. ¿Se acuerdan de cuando Rook bañó en hielo a la capitana del equipo femenino?

Contarán esa historia durante años.

Pero la mujer de la que desesperadamente quería sacar algún tipo de reacción aparte de un silencio pétreo —porque no soporto el silencio— no la contará en absoluto. Solo lo archivará como confirmación de que soy exactamente tan inútil como sospechaba, tras otro ejemplo más de haberla decepcionado.

Agarro mi botella de agua del banquillo, pero las manos me tiemblan demasiado para quitar la tapa. Patético. Soy el tipo que para cañonazos a ciento sesenta por hora con la cara, y no puedo abrir una puta botella de agua porque una pelirroja me miró como si no fuera nada.

No, en realidad.

Peor.

Exactamente lo que esperaba.

seis

MORGAN

SOY la última en entrar al vestuario, y la puerta se cierra de golpe a mi espalda con un estruendo metálico que me reverbera hasta los huesos. El sonido es la manifestación física de la rabia que ruge dentro de mí tras la patética actuación del puto de James Fitzgerald en el hielo.

Aún siento el rocío frío de las virutas de hielo derritiéndose contra mi cuello, deslizándose bajo mi ropa. Mis manos se cierran en puños ante el insulto, pero me obligo a aflojarlas y a calmarme. Porque, igual que retirarse en vez de escalar, es necesario.

Porque por mucho que quisiera demostrar exactamente cómo un palo de hockey puede convertirse en un arma, hacerlo habría sido la jugada equivocada. Claro, habría sido satisfactorio en el momento, humillar al machote delante de sus amiguitos, pero no iba a hacerlo a costa de mi equipo.

Ahora solo necesito convencerlas de que largarnos fue la decisión correcta.

Todas me miran, veinte mujeres siguiendo el rastro del hielo derretido que gotea de mi ropa, buscando grietas en mi armadura. Aún no me conocen bien, porque somos extrañas unidas por promesas de reclutamiento y un sueño compartido de legitimidad.

Y este es el momento en que podríamos convertirnos en un equipo.

La mitad de estas chicas se transfirieron de otras universidades, quemando puentes por una oportunidad en algo que ni siquiera existe todavía, bajo una líder en la que no les queda más remedio que confiar. La otra mitad son las que ya estudiaban en PBU y se presentaron por su cuenta, con cinta adhesiva en los patines y más corazón que técnica.

Pero ahora mismo están unidas, porque todas las mujeres han sentido esto antes.

Cada una de esas chicas conoce la sensación exacta del desprecio de Fitzgerald. Todas han conocido a ese chico que te rompe el proyecto de ciencias para hacerse el gracioso, que ocupa tres asientos del autobús con su bolsa de hockey mientras tú vas de pie, que trata tu existencia como entretenimiento o como molestia, pero nunca como algo igual.

Pero este... joder.

En los años desde la última vez que lo vi, sigue siendo más grande que la vida misma, capaz de llenar cada espacio disponible con ruido y esa sonrisa exasperante que dice que las consecuencias son algo que le pasa a otros. Su presencia es un huracán al que le da igual lo que destruya, siempre que alguien se ría de los escombros. Y, si no tengo cuidado, yo y mi equipo seremos la cristalería frente a su toro desbocado.

Tres años, y no ha cambiado en absoluto.

El recuerdo intenta salir a la superficie, con tanta fuerza que siento la arena entre los dedos de mis pies, pero me muerdo el interior de la mejilla hasta saborear cobre. Esa chica ya no existe. Era débil, y la cremé la noche que se alejó de ese chico con la dignidad apenas intacta.

—Morgan... ¿estás bien? —pregunta Sarah, una de mis novatas.

Todavía tiene ojos inocentes, todavía cree que preocuparnos las unas por las otras basta para que importemos. Es de Iowa, recuerdo, tierra de maizales, donde los vecinos todavía te llevan guisos cuando estás enferma y los partidos de hockey de la preparatoria llenan las gradas. Su preocupación es genuina, lo cual lo hace peor, porque no necesito eso.

Lo que realmente necesito son soldados, así que le dedico un único asentimiento seco. Agradecimiento por el gesto, descarte del sentimiento. —Estoy bien, Sarah —digo.

—Capitana —dice Mills, dando un paso al frente, metro sesenta y tres de determinación comprimida, construida como si la hubieran diseñado para repartir golpes en las esquinas y salir sonriendo entre la sangre. La cicatriz que le cruza la ceja le da un aire permanente de escepticismo que me resulta extrañamente reconfortante.

—Veo la pregunta en sus ojos —digo, manteniendo la voz controlada—. Quieren saber por qué las saqué del hielo en vez de enfrentar a los matones.

Algunas chicas se remueven incómodas, mis palabras resonando contra las paredes desnudas. Y, mientras miro a cada una de ellas, noto que todas están un poco inquietas e inseguras sobre lo que acaba de pasar ahí fuera. Dejo que cale, porque la incomodidad es buena. Significa que están pensando.

—Vamos a dibujar la jugada. —Me muevo al centro del vestuario—. Les plantamos cara. Intercambiamos insultos. Quizá alguien empuja a uno, sabiendo que ellos no nos van a empujar a nosotras... —Dejo que mi voz se apague—. Entonces se ríen, lo graban para redes y nos hacen quedar como histéricas.

Jen, ex-Michigan State, cruza los brazos. Tiene el cuerpo de alguien que creció lanzando fardos de heno y peleando con hermanos. —Podemos defendernos solas.

—Estoy segura de que sí. —Mantengo la voz clínica, aunque una parte de mí quiere darle la razón. Parte de mí quiere ver la sorpresa en la cara de James cuando mi puño conecte con su mandíbula perfecta—. Y cuando aparezca seguridad del campus, o haya un vídeo viral, ¿a quién creen que castiga Art Galloway?

El nombre golpea fuerte, porque todas lo conocen, el director deportivo que nos programó el hielo a las cinco de la mañana y las diez de la noche porque «los chicos necesitan las horas buenas de entrenamiento, cariño», y que me dedica sonrisas condescendientes en las reuniones como si yo estuviera jugando a disfrazarme.

—¿A sus campeones nacionales que generan millones? —digo—. ¿O al programa femenino que lo obligaron a crear?

Silencio, porque las cuentas son simples, brutales e innegables.

—Habríamos perdido antes de empezar —concluyo—. Aunque no creo que Fitzgerald tenga una motivación más profunda que arrancarle una risa a sus amigos, sí creo que reaccionar tiene el potencial de volverse contra nosotras, no contra ellos. Así que me negué a darle esa satisfacción a él o esa munición a Galloway.

—¿Entonces nos lo tragamos sin más? ¿Como si no importáramos? —pregunta Rachel, defensora de segundo año con hombros de luchadora, la voz quebrándosele un poco.

Suelto una risa seca, sin humor, solo reconocimiento. —Él ya piensa eso. Ponernos emotivas no cambia los hechos.

La puerta se abre. La entrenadora Walsh entra, expresión tallada en hielo pero ojos ardiendo con la rabia de alguien que ha vivido esta escena cien veces. Bri jugó en División I en Minnesota, fue profesional en Canadá, y habría llegado a los Olímpicos si la cadera no le hubiera reventado. Y está claro que sabe exactamente lo que pasó.

Nuestras miradas se cruzan. Veo mi propio agotamiento reflejado. Las dos estamos cansadas de esta pelea, en Pine Barren y en un millón de sitios más, pero somos las únicas que pueden enseñarles a estas chicas cómo sobrevivirla. Y, si tenemos suerte y somos fuertes y listas y nos dejamos el alma y conseguimos algunas victorias, quizá podamos cambiarlo un poco.

—Su capitana tiene razón —dice, su voz reforzando la mía con autoridad—. Si jugamos su juego, perdemos.

Se mueve con esa ligera cojera en el paso izquierdo que solo aparece cuando está furiosa, pero tiene toda la razón. Y por esto quise jugar para ella, no solo por su conocimiento táctico, sino por esta capacidad de ayudar a forjar un equipo, y ella fue lo que Galloway usó en última instancia para convencerme de unirme.

—Ahí fuera, ellos tienen todas las ventajas —dice Bri—. Los horarios, el presupuesto, el apoyo de la administración. ¿Pero aquí dentro? —Señala nuestras paredes de hormigón, la única ducha que funciona, el fluorescente parpadeante que los de mantenimiento ignoran porque es solo el vestuario femenino—. Aquí dentro tenemos disciplina, nos tenemos las unas a las otras, y tenemos el

factor sorpresa, porque no nos creen capaces de ser más que una nota al margen.

Su mirada encuentra la mía otra vez, y asiente. Está claro que su pequeño discurso ha terminado, y me cede la palabra y el permiso de ser exactamente tan fría como necesite. Y, en ese momento exacto, algo cambia en mi pecho, la rabia catalizándose en propósito y estrategia.

—Él quiere que te pongas emotiva, Morgan —dice, bajando la voz para que solo yo la oiga—. Este momento es combustible que puede arder con fuerza y ayudarte a forjar un equipo.

Miro a mis jugadoras. Sarah con su sinceridad del Medio Oeste. Mills con cicatrices de batalla y lealtad inquebrantable. Rachel con violencia apenas contenida tras años de que le digan que es demasiado agresiva para ser chica. Veinte mujeres que están aquí porque les vendí una visión.

Hora de que exista.

—La entrenadora tiene razón —digo, con la voz más fría que el hielo que dejamos atrás—. No peleamos con niños haciendo berrinches.

Me acerco a la pizarra blanca que alguien robó de la facultad de ciencias, con sus ruedas tambaleantes y óxido en el marco, donde vive nuestro patético horario de entrenamiento. Borro lo que hay (5:00 a.m. lunes, 10:00 p.m. martes, cuando-podamos-robar-hielo miércoles), y, en letras grandes, escribo: QUE SE JODAN TODOS.

—Nuestro único argumento será el trabajo. —Golpeo la pizarra con la fuerza suficiente para hacerla temblar—. Nadie nos da respeto, así que nos lo tomamos.

Espaldas se enderezan. Mandíbulas se tensan. En un mundo donde cada una de estas chicas ha sido menospreciada o ignorada un millón de veces, este es un lenguaje que cada atleta en este vestuario entiende: no palabras ni política, no esperar a que los demás cambien, no encajar en su molde, sino empujar por resultados.

—Me puso un nombre —digo—. Lo dijo como insulto, porque ve que soy fría, alguien que no reaccionó como él quería. —Hago una pausa, asegurándome de tener hasta el último átomo de su atención

—. A partir de ahora, en este vestuario y sobre el hielo, lo van a usar.

La confusión parpadea, y entonces Mills interviene. —Si James Fitzgerald quiere a la Morgue, le damos —a él y a todos— la Morgue. Fría. Definitiva. Letal.

La comprensión se extiende. Una a una, lo entienden. No es solo un apodo, sino un nuevo nombre de equipo, una identidad. Un arma forjada a partir de un insulto. Sobre el papel, quizá somos las Pine Barren Devils, pero ese es su nombre, no el nuestro. Nuestro nombre es un golpe de realidad helado donde el ego queda enterrado bajo una avalancha de goles.

—La Morgue —dice Mills, probándolo—. Me encanta, joder.

—El equipo masculino puede quedarse con sus fiestas y sus bromas —añade Jennifer.

Mis labios se curvan en algo más afilado que una sonrisa. —Zapatillas de correr. Ya.

Se mueven como una sola unidad. Sin preguntas. Equipamiento arrancado con violencia eficiente, zapatillas atadas con determinación. Yo también me cambio, enfundándome en mallas de compresión y un top corto como una armadura, y cuando salimos, Bri me busca con la mirada. Su aprobación está escrita en su postura, porque sabe que esta carrera no va de forma física.

Va de construir un equipo y de transformación.

Tomar veinte dolores individuales y forjarlos en un arma única.

Salimos disparadas, y mis pulmones protestan por la transición del vestuario húmedo al aire cortante del otoño, pero abrazo el ardor. El campus está casi desierto, pero los pocos que andan por ahí se detienen y miran mientras veinte mujeres pasan en sincronización perfecta, nuestras pisadas creando un ritmo de tambor de guerra.

Yo marco el ritmo, lo bastante rápido para que duela, no tanto como para romper la formación. Detrás de mí, la respiración se esfuerza, pero nadie se queda atrás. Sarah, con su asma, mantiene el ritmo a pura fuerza de voluntad. Rachel, hecha para la potencia, no la resistencia, mantiene la posición a pura obstinación.

Pasamos junto a tipos con chaquetas de hockey de los Devils — aficionados, no jugadores— que nos gritan.

—¡Qué bien se ven, chicas! ¿Entrenan para algo o solo intentan bajar de peso?

Hace dos semanas, algunas les habrían levantado el dedo.

Esta noche, ni siquiera giramos la cabeza.

Somos la Morgue. No reconocemos a los vivos.

El camino nos lleva alrededor de la explanada, frente a edificios de administración donde Galloway probablemente está sentado contando los ingresos del equipo masculino, frente a los comedores donde la historia de lo que hizo Rook se propagará. Frente a la estatua de bronce del fundador de la universidad, cuya placa declara con orgullo que esta institución se construyó sobre «excelencia e igualdad», dos principios que aparentemente expiran en las puertas de la pista de hielo.

Cada pisada declara: Seguimos aquí. No nos vamos a ninguna parte. Venimos a tomar lo que es nuestro.

Mis pulmones arden, mis piernas gritan, mi sudor escuece. Pero este dolor es limpio, controlado. Dolor que elegí con propósito. Enfocado, dirigido, convertido en arma. No como el caos que acarrea James Fitzgerald, todo ruido y payasadas y una necesidad desesperada de atención.

El ritmo me llena la cabeza, ahogando todo lo demás. Porque no hay espacio para recuerdos de playas ni promesas susurradas, ni lugar para sensaciones fantasma de sus manos en mi pelo. Solo hay veinte pares de pies golpeando el pavimento en perfecta sincronía, escribiendo nuestra declaración de guerra por todo el campus.

Somos la Morgue.

Y todos —incluido el puto de James Fitzgerald— están a punto de descubrirlo.

siete

ROOK

EL MORETÓN en la espinilla de Erik Schmidt parece obra de un mazazo —morado desangrándose en verde, los bordes amarillentos como papel de periódico viejo— y verlo me retuerce algo tenso y culpable en las tripas, porque esto lo hice yo. Bueno, no directamente, pero sigue siendo culpa mía.

—Joder, Schmidtty —digo, forzando mi voz a su volumen habitual—. Esto es como arte moderno. Podríamos enmarcarlo, venderlo a...

Me lanza esa mirada Schmidt patentada, la que sugiere que está haciendo un análisis coste-beneficio del homicidio.

—Es del entrenamiento del martes. Cuando decidiste que teníamos que practicar «escenarios de caos» en vez de, y te cito textualmente, «la misma mierda aburrida de siempre». ¿Te acuerdas?

Cierto.

Martes.

Hace tres días.

El día después de que humillé públicamente a Morgan y a todo su equipo rociándola de hielo como un animal territorial meando para marcar su territorio. El recuerdo de su mirada me golpea con fuerza —esos ojos grises pálidos que antes me miraban como si yo importara, vaciándose por completo.

No enfadados. No decepcionados. Solo... vacíos.

Para. Haz ruido. Llena el espacio.

—Los escenarios de caos son esenciales para la cohesión de equipo —anuncio a la sala en general, con la voz rebotando contra las paredes—. Nunca se sabe cuándo...

—¿Cuándo vas a necesitar esquivar discos voladores mientras saltas a la pata coja? —la voz de Leo Cooper me corta en seco, aunque ni siquiera levanta la vista de donde está volviendo a encitar su palo con metódica precisión, cada vuelta tan exacta como la sutura de un cirujano—. Tácticas revolucionarias, Rook.

—Cooper, me estás matando. —Me llevo la mano al pecho con dramatismo, tambaleándome hacia atrás hasta chocar contra el casillero de Ben Kellerman. El chico pega un brinco como si le hubiera dado con un desfibrilador, y el teléfono se le estrella contra el suelo—. ¡Kellerman! ¿Estabas viendo porno?

—¿Qué? ¡No! Estaba... —Se le pone la cara roja como un tomate—. ¡Le estaba escribiendo a mi mamá!

—Peor todavía —bramo, recogiendo su teléfono y sosteniéndolo bien alto por encima de mi cabeza. Se estira para alcanzarlo, todo un metro noventa y tres de extremidades desgarradas y ansiedad—. ¿Qué clase de guarradas le mandas a tu queridísima...? Ah... ¿Esto es una cazuela o algún fetiche raro?

—¿Ves? —protesta.

Miro la pantalla otra vez, y sí, su mamá le ha mandado definitivamente una foto de lo que parece ser una cazuela.

—¿Esto es de atún? Dios, Kellerman, pobre tipo.

Le devuelvo el teléfono de un lanzamiento, ya en movimiento, ya buscando la siguiente distracción, porque sé que justo al otro lado de esta pared, Morgan y su equipo se están preparando para su turno en el hielo, después de que el nuestro —más largo, con horarios más convenientes y más frecuente— llegara a su fin.

Desde la «Guerra del Hielo» (como la bautizó Cooper), el equipo femenino se ha convertido en una colección de fantasmas que acechan el pabellón. Veinte pares de ojos que nos atraviesan con la mirada en cada oportunidad posible, a menos que se vean obligadas a interactuar, mientras que Morgan no ha reconocido mi existencia ni una sola vez.

Ni una mirada fulminante. Ni un gesto de desprecio.

Nada.

Y están ganando. No sobre el hielo, porque la temporada aún no ha empezado, pero en esta guerra psicológica nos están aplastando. Se nota en cómo las bromas de mis compañeros se han vuelto forzadas, sus risas con un tono demasiado agudo. Intentan conectar con el equipo femenino y no reciben nada a cambio.

Ayer, Kellerman intentó sujetarle la puerta a Mills —un gesto dulce de un chico cuya mamá claramente lo educó bien— y ella pasó de largo como si fuera un mueble. Se quedó ahí, sujetando la puerta abierta hacia la nada, con cara de golden retriever al que su dueño acaba de fingir que no existe.

—¡Eh, Rook! —La voz de Javier Martínez se abre paso—. ¿Todo bien, capitán?

No. Me aterroriza el primer partido porque quizá revele que soy un impostor, al mismo tiempo que estoy cagado de miedo y no puedo dejar de pensar en la mujer que probablemente está a menos de diez metros y una pared de distancia, y estoy a un pelo de suspender... bueno... todas las asignaturas...

—¡Mejor que nunca, Javi! —Agarro un rollo de cinta y se lo lanzo a la cabeza. Se agacha, riéndose—. Tus reflejos están mejorando. Debe ser por todo ese...

El sonido empieza como un susurro, luego se convierte en un gruñido grave que viene de algún lugar en las entrañas del edificio. Todos se quedan paralizados. Hasta mi energía maníaca se detiene en seco mientras nos giramos hacia la zona de las duchas, donde el sonido se va haciendo más fuerte, más furioso, creciendo hacia algo claramente apocalíptico.

CRACK.

El ruido es catastrófico, y durante un segundo perfecto, nos quedamos todos petrificados.

Luego llega el agua.

No gotea ni se filtra ni pide educadamente que la dejen pasar. Explota por debajo de la puerta del cuarto de instalaciones en un torrente marrón oxidado. El hedor llega primero, y joder, sabes que la cosa es grave cuando jugadores de hockey acostumbrados a

vestuarios empapados en sudor están con arcadas y corriendo al otro lado de la sala.

—¡HOSTIA PUTA!

El vestuario estalla. Schmidt salta a un banco con la pierna magullada, aterrizando con fuerza y soltando lo que suena a insultos en alemán extremadamente creativos. Kellerman está haciendo una especie de danza interpretativa para esquivar el agua que sube. Martínez se aplasta contra su casillero.

Yo estoy agarrando equipo al azar —camisetas, protecciones, y el suspensorio de la suerte de alguien que definitivamente debería haberse lavado hace seis meses— y lanzándolo todo a terreno elevado mientras el agua sigue llegando. Ya cubre los tobillos, tibia de una manera que me da escalofríos, con trozos de... algo... flotando por ahí.

—¡Mi portátil! —grita alguien.

—¡Mi camiseta!

—¿¡Por qué tiene grumos!?

La puerta se abre de golpe y el entrenador Pearson irrumpe. Normalmente no es un tipo agresivo, pero ahora mismo su cara está pasando por colores que no sabía que la piel humana pudiera alcanzar: blanco, rojo, morado, y algo que probablemente tiene nombre en alemán y requiere atención médica inmediata.

—¿¡PERO QUÉ COJONES...!?

—Entrenador Pearson.

La voz de Art Galloway corta el caos. Está en el umbral, inmaculado con su traje a medida, proyectando calma de alguna manera mientras se asoma al borde de nuestra plaga bíblica.

La boca de Pearson se cierra de golpe, tan rápido que oigo el chasquido de sus dientes, y la dinámica de poder cambia al instante. Y cuando Galloway levanta una mano, la sala se queda en silencio salvo por el gorgoteo constante de nuestro nuevo pantano interior.

—Caballeros —dice, con esa cualidad particular en la voz que te hace inclinarte hacia delante aunque cada instinto te grite que corras—. Parece que tenemos una situación.

Una situación. Estamos metidos hasta los tobillos en lo que sea que ha salido del colon del edificio, y él lo llama una situación.

Estamos a una semana del primer partido y de repente no sabemos si tenemos vestuario o algún equipo que no esté empapado.

Da un paso adelante.

—Un momento desafortunado, desde luego. Pero la adversidad, caballeros, es oportunidad.

Lo veo venir antes de que lo diga. La leve curvatura de sus labios, la forma en que sus ojos ya están calculando algo que no tiene nada que ver con la fontanería. El estómago se me cae a algún lugar por debajo del nivel de las aguas residuales, mientras al mismo tiempo me pregunto si Galloway ha visto siquiera un poco de adversidad en toda su vida.

—Habrá que arreglar esto. Podría llevar semanas. —Hace una pausa, dejando que cale—. Sin embargo, tenemos la fortuna de disponer de instalaciones alternativas.

No. No, no, no...

—Con efecto inmediato, compartirán temporalmente el vestuario del equipo femenino de hockey.

La reacción es instantánea y ensordecedora. Gritos y vítores rebotan contra las paredes. Kellerman de hecho le da un golpe de pecho a Martínez, resbala inmediatamente en el agua residual, se estampa contra el suelo con la fuerza suficiente para crear una salpicadura que alcanza a tres personas, y luego sale sonriendo.

No tienen ni idea de que estamos a punto de invadir la guarida del león.

Los ojos de Galloway me encuentran a través del caos, con su expectativa clara.

—Capitán Fitzgerald —dice—. Confío en que ayudará a coordinar esta transición.

Cada instinto que tengo me grita que lo esquive. Martínez sonreiría y seduciría con su encanto. Cooper lo abordaría con el rango emocional de una hoja de cálculo. Joder, Kellerman probablemente nos disculparía hasta lograr una coexistencia pacífica, un «perdón» tartamudeado cada vez.

Pero una veintena de pares de ojos están puestos en mí ahora, esperando que su capitán lidere la carga hacia esta gloriosa nueva oportunidad. Galloway observa con esa expectativa paternal.

Pearson observa con la frustración apenas disimulada de un entrenador al que acaban de sentar en el banquillo de su propio vestuario.

Y en algún lugar cercano, Morgan aún no sabe que su santuario está a punto de ser violado por la persona exacta que se ha esforzado tanto en borrar de su existencia. Pero mientras el silencio se prolonga, el agua sigue gorgoteando, marrón y con grumos, y me doy cuenta de que no hay elección real.

Necesitamos un sitio decente para prepararnos antes del entrenamiento, ¿no?

Mi cara se parte en una sonrisa.

—¿Vestuario mixto? Bueno, chicos, iparece que la Navidad se ha adelantado!

El rugido que se levanta probablemente podría romper cristales. Ya estoy en movimiento, ya estoy actuando. Un vistazo a Galloway revela que está sonriendo en el instante antes de girarse y marcharse, con su trabajo hecho. Por su parte, el entrenador Pearson se limita a negar con la cabeza y retirarse a su despacho. ¿Y los chicos?

Bueno, son mi ejército a mis órdenes.

—Schmidtty, tú te encargas de que los trastos de nadie toquen los trastos de nadie. Equipo, me refiero. Saquen la mente de la alcantarilla. —La risa es automática—. Cooper, tú llevas la logística, porque eres el único aquí que sabe lo que significa esa palabra.

—Yo sé lo que significa logística —protesta Kellerman, con la voz quebrándosele un poco al darse cuenta de que habría sido mejor quedarse callado.

—Pensabas que era un tipo de yogur hasta la semana pasada, colega —digo, dándole una palmada en la espalda—. ¿Te acuerdas? ¿Preguntaste si venía en sabor fresa?

—¡Eso era lojística! ¡Con jota!

Más risas. Más ruido. Todo gas. Sin frenos.

—Ahora, reglas básicas para la invasión... quiero decir, la reubicación temporal. —Estoy yendo de un lado a otro, chapoteando en el agua con fuerza suficiente para crear pequeños tsunamis—. Vamos a ser caballeros. Vamos a demostrar a las señoritas que

podemos compartir espacio como adultos maduros que definitivamente no acaban de resbalar en aguas residuales.

—Pero ¿y si se están cambiando cuando nosotros...? —empieza alguien.

—¡Entonces cierras los ojos y piensas en tu madre! —bramo—. ¡O en la madre de Cooper! Bueno, no, la mamá de Cooper está bastante buena...

—Confirmo —grita alguien, y Cooper se limita a negar con la cabeza con la resignación de alguien que ha escuchado ese chiste exactamente doscientas cuarenta y siete veces.

—El punto es —continúo, necesitando seguir hablando— que mantienen los ojos en lo suyo, o al menos que no los pillen mirando...

Otro rugido.

—¡Ahora agarren su equipo, chicos! ¡Nos vamos de aventura! Probablemente ya hayamos pillado disentería, ¡pero da igual!

El movimiento es instantáneo, unas decenas de jugadores de hockey chapoteando en agua residual, agarrando equipo y haciendo bolsas. El entusiasmo nos arrastra a todos, y nos movemos con la confianza de gente que nunca ha perdido nada que importara, y a la que nunca le han dicho que no.

Voy a la cabeza del grupo mientras empezamos a arrastrar nuestro equipo por el complejo, el golpeteo de los palos contra el hormigón resonando por los pasillos. Detrás de mí, mis compañeros van a todo volumen, sus voces llenando hasta el último centímetro de espacio disponible.

Se creen que soy su héroe conquistador, guiándolos al paraíso.

La puerta del vestuario femenino se alza ante nosotros, y ya puedo sentir cómo cambiará el aire cuando crucemos ese umbral. Cómo veinte pares de ojos nos atravesarán con la mirada justo hasta que se den cuenta de lo que está pasando. Cómo Morgan probablemente me apuñalará con el objeto punzante más cercano cuando se lo diga.

Pero la cuestión con ser el conserje emocional de la familia es que nunca aprendes cuándo parar de limpiar. Incluso cuando el desastre es tuyo, incluso cuando la fregona está ardiendo y el cubo

está lleno de gasolina, sigues sonriendo y actuando mientras el desastre se desata a tu alrededor.

Porque esto es lo que hago.

Hago ruido para ahogar el silencio.

Aunque el silencio esté a punto de tragarme entero.

Aunque merezca ahogarme en él.

ocho

MORGAN

EL SONIDO LLEGA PRIMERO: risas masculinas que retumban a través de las paredes de bloques de cemento. Mi bolígrafo se congela a mitad de trazo sobre el cuaderno de jugadas que llevo una hora estudiando. Las X y O cuidadosamente dibujadas se desdibujan cuando mi mano se cierra involuntariamente, y la tinta se expande en un pequeño charco acusador donde he presionado demasiado.

Genial. Ahora tendré que rehacer la página entera.

Aparto el papel arruinado, pero antes de que pueda pensar en empezar de nuevo, la puerta revienta hacia adentro y un mar de tipos de hockey invade el pequeño y precario vestuario que mi equipo y yo hemos conseguido hacer nuestro desde el inicio del semestre.

Mason Nash lidera la carga: un metro ochenta y ocho de jugador de hockey privilegiado, la clase de tipo que probablemente tiene «Futuro CEO» en su biografía de Instagram a pesar de un promedio que haría llorar a una planta de interior. Detrás de él, media docena de sus compañeros de equipo se derraman en nuestro santuario, sus voces rebotando contra las paredes en el espacio demasiado pequeño.

La furia que me inunda es familiar, controlada. Mi respiración se ralentiza para seguir mi ritmo de día de partido: inhalar cuatro, mantener cuatro, exhalar cuatro. La misma técnica que me ayuda a

rastrear cinco jugadoras rivales a la vez ahora me ayuda a catalogar cada cuerpo invasor que viola nuestro espacio.

Nuestro vestuario no es lujoso. Las taquillas se atascan al abrirlas, requiriendo una técnica específica de sacudida-tirón-jalón que todas hemos perfeccionado. Todo está pintado de ese blanco institucional que muestra cada marca de roce. La presión de las duchas oscila entre neblina suave y manguera de bomberos sin punto intermedio.

Pero es nuestro.

Cada taquilla temperamental. Cada banco que hemos reclamado con iniciales talladas escondidas debajo. Cada centímetro que hemos fregado después de que Galloway nos diera un armario de escobas glorificado y lo llamara «instalaciones adecuadas». Y, desde la Guerra del Hielo hace tres días, solo hemos redoblado nuestros esfuerzos para convertir esto en nuestra fortaleza.

Ahora ellos están aquí.

Bri se pone de pie en el mismo instante que yo, años de instinto atlético activándose mientras nos movemos sin hablar, nuestros cuerpos formando una barricada humana en la puerta. Detrás de nosotras, oigo una inspiración brusca de Mills y el chirrido de tacos contra el cemento mientras mis jugadoras se mueven, inseguras.

La ola de ruido se estrella contra nuestro muro de silencio.

La risa de Nash se entrecorta. Muere. La confusión se propaga hacia atrás por sus filas, la expresión de cada jugador pasando de suficiencia divertida a perplejidad al darse cuenta de que no nos movemos, no hablamos y no los reconocemos más allá de la barrera física de nuestros cuerpos.

Así es, chicos. Su existencia requiere nuestra validación, y se nos ha agotado el stock.

Otro de tercer año, Stiles, empuja hacia delante, y al instante reconozco su tipo: un defensa de final de banquillo que confunde los cheques de donación de su padre con talento real, y que no se cuestiona por qué juega cuatro minutos por partido mientras pueda «estar con los colegas» en los entrenamientos y las fiestas.

Su cara adquiere ese tono particular de rojo que los niños pequeños adoptan cuando les niegan un caramelo en la caja del

supermercado. —¿Cuál es el problema, señoritas? ¿Se han perdido?

La condescendencia en su voz es tan espesa que podría untarla en una tostada. No me digno a responder. Ni siquiera desvío la mirada para reconocer que ha hablado. Mis ojos permanecen fijos en un punto justo detrás de su hombro izquierdo, esperando a que él aparezca, porque sé que viene.

El silencio se estira unos segundos y se vuelve incómodo. Claramente, es insoportable para personas que necesitan validación constante como las plantas necesitan luz solar, porque el equipo masculino ha perdido todo su volumen bullicioso ante un par de mujeres plantadas en su camino diciéndoles no.

Finalmente, al darse cuenta de lo que está pasando, llegan los refuerzos. Mills se materializa a mi lado. Cada centímetro de su metro sesenta y tres irradia violencia controlada. Se planta junto a mí, y puedo sentir la tensión enrollada en su cuerpo compacto. Detrás de nosotras, las demás se levantan de los bancos.

Luego las otras. Sarah agarra su palo como un arma, los nudillos blancos. Jen se truena el cuello, una vez, dos veces. Rachel ya tiene esa mirada en los ojos, la que precede a mandar a alguien volando hasta la semana que viene. Todas tienen palos en la mano, como si fueran a ir a la guerra si hace falta.

La Morgue, en efecto.

El apodo que me han puesto se ha convertido en la identidad de todo nuestro equipo.

Nash suelta otra carcajada, pero ahora es forzada, insegura. —Tranquilo, Stiles. Pueden morder.

Solo si nos provocan. Y no comemos comida basura.

Stiles se enrojece aún más, da otro paso adelante, su dedo apuntando hacia el pasillo. —Nos han dicho que este vestuario es nuestro ahora. Así que a menos que ustedes...

—Y una mierda —por fin abro la boca, soltando un bufido de asco—. Fuera de aquí de una puta vez, niños, porque no son bienvenidos.

—Ay, qué miedo —arrastra Nash, pero su voz tiembla lo justo para delatarlo—. ¿Qué vas a hacer, poner una queja?

—No —digo, mi voz bajando a algo más suave, más peligroso—. Yo no pongo quejas. Yo resuelvo problemas.

Entonces el teléfono de Bri vibra, el sonido cortando a través de todo. Le echa un vistazo, y veo cómo sus hombros caen, cómo la derrota reemplaza al desafío en un latido. Durante un momento, ella había sido otro ladrillo de mi muro, pero ahora es evidente que hay una grieta en su determinación.

Gira la pantalla hacia mí. Las palabras se desdibujan, luego se enfocan de golpe, un mensaje de Galloway:

Acomoden al equipo masculino de inmediato. Esto no es una solicitud.

La marca de tiempo dice hace un minuto. El cabrón esperó, sabiendo que los tipos venían de camino a armar escándalo, dejándonos hervir el tiempo suficiente para sentirnos poderosas, y luego aplastándonos con un solo mensaje. El estómago se me contrae tan fuerte que saboreo la bilis al fondo de la garganta.

Bri se aparta.

El gesto es pequeño —un simple cambio de peso— pero se siente sísmico. Los hombres avanzan en oleada, y de pronto nuestro espacio ya no es nuestro. Las bolsas de equipo golpean contra nuestro suelo limpio. Los palos chocan contra paredes que nosotras mismas pintamos durante un fin de semana de integración. Sus voces llenan cada rincón.

Y en la retaguardia de este ejército conquistador está James Fitzgerald.

Verlo me golpea de forma súbita y brusca, dejándome sin aliento por razones que me niego a examinar. Esa sonrisa amplia está estampada en su cara, pero durante medio segundo vacila cuando sus ojos encuentran los míos, y es evidente que ve el asco visceral en mi mirada.

—¡Señoritas! —Su voz retumba por la sala, y algo bajo en mi estómago se tensa ante el sonido familiar. Tres años, y mi propio cuerpo aún recuerda cómo solía susurrar chistes terribles contra mi cuello solo para sentirme reír—. ¡Parece que vamos a ser compañeros de piso!

Los chicos rugen como leones amaestrados. Claramente, a todos les divierte el acontecimiento, su invasión de nuestro espacio. Y ni por un puto minuto se ha detenido ninguno de ellos a pensar en cómo podríamos sentirnos al respecto, o cómo podría afectar nuestro inicio de temporada con partidos a pocos días.

No grito, pero cuando hablo, mi voz corta su celebración limpia y afilada. —Si van a estar aquí, habrá reglas.

La sala se queda en ese silencio particular de gente preparándose para el espectáculo. Alguien suelta una risita, claramente sin reconocer mi determinación ni el peligro de esta confrontación, y lo archivo para futura retribución. Porque se me da bien eso, encontrar maneras de servir venganza elegante cuando menos se lo esperan.

—Silencio de doce a dos. Es cuando estudiamos vídeo de partidos. Su equipo se queda en la pared este y el nuestro en la oeste. Sin cruces. Sin «préstamos». Sin excepciones. —Dejo que las palabras queden suspendidas—. Y si alguno de ustedes se comporta como un acosador con alguna de nosotras, personalmente lo cortaré con una cuchilla de patín.

Detrás de Fitzgerald, alguien murmura algo sobre «mamá imponiendo la ley».

—¿Mamá? Qué adorable. —Sonrío, empalagosamente dulce y cien por cien falsa—. Las mamás hornean galletas y dan besitos en los golpes. Yo rompo espíritus y colecciono lágrimas en frascos para mi café de la mañana. Así que escúchenme bien cuando les digo: no me jodan ni jodan a mis chicas, y nos llevaremos bien. Ahora, el horario de duchas...

—Para, para, para. —Fitzgerald levanta las manos en rendición teatral, y odio notar que sus dedos siguen ligeramente torcidos por viejas fracturas, y el diente astillado de cuando intentó demostrar que podía abrir una botella de cerveza con los dientes—. Tranquila, Morgue. Lo captamos. Llevas el barco con mano dura.

Morgue.

El apodo aterrizo como una bofetada, y sé que me ve estremecerme porque una sombra de consciencia cruza sus facciones. Algo parpadea detrás de sus ojos —arrepentimiento, tal

vez, o simplemente la certeza de que ha cruzado una línea que no sabía que existía.

Su boca se abre como si fuera a decir algo más, o quizás a disculparse, pero entonces traga las palabras que se estaban formando y aparta la mirada. Me pregunto si es arrepentimiento, pero descarto el pensamiento, porque Rook no hace reconocimiento, hace evasión. En respuesta, la rabia que me inunda ahora es diferente.

Más caliente.

Personal.

Lo miro, lo miro de verdad por primera vez desde aquella noche hace tres años cuando me mostró exactamente quién era. Sigue siendo hermoso de esa forma descuidada que probablemente le saca de multas de tráfico. Su pelo sigue siendo un desastre, peinado por lo que parece un secado agresivo con toalla y buena genética.

Sigue siendo el mismo chico que me hizo reír hasta que me dolió el estómago, y luego me hizo llorar hasta que no podía respirar. Y el pensamiento trae una extraña especie de paz. Ya no hay confusión. No más preguntarme a las dos de la madrugada si tal vez lo malinterpreté todo.

Sin decir una palabra más, le doy la espalda. El gesto es deliberado, definitivo.

Detrás de mí, Nash grita. —¡Joder, Rook, de verdad le caes mal!

—La historia de mi vida —responde Rook, pero su voz suena demasiado aguda.

Bien.

Camino hasta mi taquilla y empiezo a recoger mis cosas. Tableta. Cuaderno de jugadas. Botella de agua. Cada movimiento es controlado mientras por dentro mi mente recorre a toda velocidad los próximos movimientos de Galloway. Porque esto no se trata solo de espacio en el vestuario, sino de recordarnos que existimos bajo su voluntad.

Mills aparece a mi lado, voz baja. —Capitana, esto es una mierda.

—Sí —conuerdo, metiendo la tableta en mi bolsa con quizás demasiada fuerza—. Lo es.

—No podemos simplemente...

—No podemos hacer nada. —La miro a los ojos—. No ahora. No así.

Su mandíbula se tensa, pero asiente. A nuestro alrededor, los hombres se instalan como una especie invasora. Alguien ya se ha apoderado de nuestro altavoz Bluetooth, reemplazando nuestra playlist de motivación cuidadosamente curada con algo que suena como si la masculinidad tóxica hubiera cobrado consciencia y formado una banda.

Le doy dos días antes de que alguno nos pida que les hagamos sándwiches. Tres antes de que alguien sugiera un concurso de camisetas mojadas «para fomentar el espíritu de equipo».

¿Y Fitzgerald?

Está de pie en medio de todo, dirigiendo el tráfico con energía desesperada, cuidándose de no mirarme. Pero puedo sentir su consciencia de mi presencia como calor en la piel, la forma en que orienta su cuerpo para rastrear mis movimientos incluso mientras parlotea con cualquiera que quiera escucharlo.

—Kellerman, aquí —llama—. Intenta no tocar nada. Creo que lo tienen organizado por... no sé, ¿un calendario de ciclo mensual?

El chiste cae en seco, y tengo la sensación de que incluso sus compañeros están captando la energía rara entre nosotros. Kellerman mira de él a mí y de vuelta, su boca abriéndose en lo que probablemente va a ser una pregunta increíblemente incómoda, pero Rook lo corta con una carcajada demasiado fuerte.

—¡En fin! ¡Sigamos adelante! —dice—. Vamos a, no sé, instalarnos e intentar no morir.

En respuesta, pongo los ojos en blanco y me dirijo a mi equipo. —A entrenar en veinte, chicas. Equipo completo.

Se mueven de inmediato, navegando con eficiencia entre cuerpos masculinos y equipo tirado sin cuidado. Hemos entrenado en peores condiciones. Joder, hemos entrenado en un estacionamiento cuando Galloway «olvidó» notificarnos un cambio de horario de hielo. Y, una vez que me he cambiado, me dirijo a la puerta.

Noto cómo Fitzgerald se aparta para dejarme pasar, cómo orienta su cuerpo para darme más espacio del necesario. Hace tres años,

pensaba que su incapacidad para estarse quieto o callado era encantadora. Ahora sé que es simplemente miedo a los momentos de silencio en los que la verdad podría escaparse accidentalmente.

La puerta se cierra detrás de mí con finalidad.

La guerra ha comenzado.

nueve

ROOK

EL VESTUARIO compartido y las instalaciones de entrenamiento se han convertido en mi propio infierno.

Ha pasado una semana desde nuestra invasión, y la proximidad forzada ya no se limita al vestuario. La tubería reventada —esa puta tubería reventada que de algún modo se ha convertido en el asesinato del archiduque Francisco Fernando de nuestro departamento deportivo— lo ha contaminado todo en la zona de hockey masculino del pabellón.

La sala de pesas.

Las salas de tratamiento.

Hasta las putas máquinas expendedoras.

Ahora cada metro cuadrado de este sitio se ha transformado en un campo de batalla de agresividad pasiva. El equipamiento se limpia con asco teatral, como si los piojos del recreo hubieran sobrevivido hasta el deporte de Division I. Hasta los putos espejos tienen fronteras invisibles, las líneas de visión cuidadosamente mantenidas para evitar contacto visual accidental.

El olor es su propia tortura especial. Mis chicos apestan a sudor rancio y batidos de proteína de ayer, mientras que el lado de las chicas desprende un aroma limpio y cortante, como si se hubieran bañado colectivamente en eucalipto y superioridad moral. Es como si hubiera dos territorios distintos marcados por guerra olfativa.

Y hoy, la batalla tiene sonido.

El gimnasio vibra con bandas sonoras en duelo: el rap estridente de mi equipo contra la playlist de las chicas —pop femenino sin tregua, que de algún modo hace que cada repetición se sienta como un referéndum sobre la masculinidad—. Los graves chocan entre sí, creando una guerra sónica que me hace doler las muelas.

Nash está intentando lo que generosamente podría llamarse ligar con una de las novatas del equipo femenino junto a las pesas libres. Ella lo mira como se mira a un vendedor puerta a puerta que no capta la indirecta: sin enfado, simplemente desinteresada en cualquier salvación espiritual o juego de cuchillos que esté intentando colocarle.

Parece que esta ronda de nuestra batalla permanente ha terminado, hasta que él se flexiona, literalmente se flexiona, joder, en mitad de una frase, como si eso fuera a marcar la diferencia y llevarla a la cama. Pero ella ni parpadea. Simplemente vuelve a sus curls de bíceps como si él fuera un aparato del gimnasio que desgraciadamente aprendió el habla humana.

Joder, estamos actuando para un público que ya se marchó del teatro.

La guerra fría que Morgan declaró con su silencio cuando la roció de hielo la ha librado todo su equipo, con un desdén evidente hacia nosotros. Y mis chicos no saben qué hacer con que los ignoren. Están acostumbrados a ser el plato fuerte, y de repente son música de ascensor... ahí, pero ignorados.

Así que se han puesto más ruidosos.

Más insoportables.

Tanteando los límites como niños pequeños con utensilios de cocina.

Stiles gruñe en el press de banca como si intentara comunicarse con las ballenas. El peso ni siquiera es tanto —le he visto sacar el doble sin despeinarse—, pero está creando deliberadamente una banda sonora que haría sonrojarse a un tenista.

A este ritmo, el jueves nos estaremos golpeando el pecho y el viernes meando en el suelo para marcar territorio. Aunque, conociendo a Stiles, probablemente fallaría y se marcaría a sí mismo.

Y a través de todo esto, día tras día, el equipo de Morgan se mueve con una intensidad disciplinada que nos hace parecer exactamente eso: unos niños crecidos. Se asisten entre ellas con confianza. Rotan por los aparatos sin discutir. Joder, hasta tienen hojas de cálculo con planes de entrenamiento y asistentes asignados.

Se comunican con cabeceos y ojos en blanco, como si tuvieran un elaborado lenguaje silencioso que sin duda incluye gestos específicos para «ignorad a los neandertales». E incluso las que entraron sin beca al equipo femenino, chicas que llevan años en Pine Barren y que solían salir de fiesta con nosotros, ahora se aseguran de ignorarnos.

Son un equipo perfecto, liderado por la Morgue.

Está en la barra de dominadas, y yo intento no fijarme en cómo se le flexionan los hombros con cada repetición, la potencia controlada que habla de horas de entrenamiento dedicado. Su coleta pelirroja oscila con precisión de metrónomo. Su forma es perfecta, porque todo lo que hace es correcto y eficiente y competente.

Entonces un estrépito metálico me arranca de la ensoñación, metal deslizándose contra metal, pesado e inestable.

Mills —la dínamo defensiva de Morgan, que parece lista para empotrar a alguien contra las bandas a base de pura rabia— se está preparando en el press de banca. La barra está cargada con peso. Dos discos a cada lado, quizá más, y sé que esto no es una serie de trabajo.

Esto es un intento de marca personal.

Su compañera habitual, una delantera desgarrada cuyo nombre no he aprendido porque me mira como si fuera radiactivo, no aparece por ningún lado. Mills escanea la sala, y la veo calcular el riesgo frente a la recompensa de necesitar a alguien que la asista versus aceptar ayuda del enemigo.

Entonces Kellerman —el dulce, entusiasta e ingenuo Kellerman, un golden retriever con forma de estrella de hockey en ciernes— prácticamente vibra de energía nerviosa.

—Puedo asistirte —ofrece, con la voz quebrándosele como si tuviera trece años otra vez—. Si tú... o sea, sé cómo. No voy a...

¿No va a qué? ¿Tocarla inapropiadamente? ¿Dejarle caer la barra en la cara? ¿Combustionar espontáneamente por la proximidad femenina?

Mills duda, pero el pragmatismo gana. Le da un cabeceo lo bastante afilado para hacer cirugía con él.

—No toques la barra a menos que me quede atascada. Solo guíala si pido ayuda.

Kellerman asiente con tanto entusiasmo que me preocupa el latigazo cervical.

—Sí, claro. Te tengo.

Famosas últimas palabras de alguien que definitivamente no la tiene.

Mills saca la barra de los soportes con una exhalación controlada. La primera repetición es limpia. En la segunda se frena a mitad, pero la saca adelante. La tercera... choca contra el muro y sus músculos se rebelan, la barra congelada a quince centímetros de su pecho y los brazos temblándole violentamente.

—¡Ayuda! —suelta entre dientes.

El desastre se despliega a cámara lenta. Mi cuerpo se pone en movimiento antes de que mi cerebro reaccione, gracias a ese mismo instinto de portero que me hace lanzarme antes de que el tiro salga. Y, mientras cubro la distancia, veo a Kellerman entrar en pánico y cagarla con la asistencia.

En lugar de ayudarla con presión ascendente constante, encontrando la cantidad justa de carga para asistirle sin hacerse cargo del todo, tira de la barra de un tirón. Tiene el agarre mal, un apalancamiento pésimo, y la física toma el control. La barra se inclina, un extremo hundiéndose hacia la garganta de Mills.

El tiempo se fragmenta.

La barra inclinándose sin retorno.

Los ojos de Mills abriéndose de par en par.

La cara de Kellerman transformándose en horror.

La trayectoria que termina con una tráquea aplastada.

Muévete.

Cubro la distancia en lo que parece un solo latido y meto las manos bajo el lado que cae con milímetros de margen. El moleteado

me muerde profundo, desgarrándome la piel mientras rujo y empujo hacia arriba con todo lo que tengo, pero la alternativa es ver cómo le aplastan el cuello a alguien bajo mi mando.

La barra se estrella contra los soportes. El silencio después es tan completo que oigo la respiración entrecortada de Mills, cada exhalación una plegaria de alivio. Mi propio corazón intenta escapar por la caja torácica, porque a pesar de toda la mierda que ha estado pasando entre los dos equipos, alguien casi se hace mucho daño.

Kellerman balbucea:

—Mierda, joder, Mills, no quería... joder, ¿estás bien?

Mills está blanca como el papel, las manos aún agarradas a la barra, los nudillos de un blanco hueso. La vulnerabilidad le destella en los ojos durante exactamente un segundo, mientras su mente sin duda procesa lo que casi ocurrió, y luego la mirada es reemplazada por una furia dirigida a Kellerman.

—¿Estás...? —empiezo.

Pero Morgan se materializa a nuestro lado. No comprueba cómo está Mills, su foco clavado en mí.

—Aléjate de mi jugadora —dice.

—Morgan, yo...

—No. —Su voz es baja, controlada, peligrosa—. Enséñales a tus malditos cachorros a asistir antes de que maten a alguien. Puede que tus chicos te adoren por el caos y las risas constantes, pero a veces necesitas liderar de verdad si quieres ser capitán de un equipo, James.

Sus palabras aterrizan como una cadena de golpes al cuerpo. El silencio en el gimnasio es algo físico, presionando desde todos los lados. Su furia es un calor que siento en la piel. Y el viejo y conocido pánico empieza a treparme por la garganta. Arréglalo. Hazles reír. Haz que no sea serio.

Es como si mi cerebro tuviera una secuencia de anulación automática para catástrofes sociales, porque mi boca se mueve antes de que la parte más inteligente de mi cerebro pueda objetar. Una sonrisa ancha y quebradiza me parte la cara. Mi voz es demasiado alta, una actuación desesperada para toda la sala en silencio.

—¡Venga, gente, se acabó el espectáculo! ¡Aquí no hay nada que ver! —Gesticulo vagamente con una de mis manos ahora sangrando, y luego me centro en el mortificado Kellerman—. Excepto tú, chaval. Tú y yo tenemos una cita con un vídeo de formación básica llamado «Introducción a los Objetos Pesados». Tranquilo, tiene dibujos. Casi todo.

Unos cuantos compañeros sueltan risas nerviosas y estranguladas, pero el sonido muere al instante en el denso y horrorizado silencio que sigue. El chiste no solo cae en seco: se estrella y arde, un Hindenburg de humor fuera de lugar que se incendia igual de rápido y se desploma igual de fuerte.

La expresión de Morgan, que había sido una máscara de furia incandescente, simplemente se vacía. La rabia desaparece, reemplazada por una quietud profunda y vacía. Es la mirada de alguien que acaba de presenciar algo tan patético que está por debajo de una respuesta. Me mira como si fuera la cosa más decepcionante que ha visto en su vida.

Se me contrae el pecho cuando su mirada aterriza como una bala, porque el asco en su expresión y la leve curvatura de su labio dejan claro que me considera personalmente responsable de lo que acaba de pasar, y que nada de lo que diga o haga va a cambiar eso.

Se gira hacia Mills con una transformación instantánea de hielo a calidez.

—Estás bien —murmura, apenas audible—. Respira hondo. Cuenta conmigo.

Las palmas me sangran y me arden como el infierno donde el extremo de la barra me cortó, pero no puedo dejar de mirar cómo examina a Mills sin hacerlo evidente, posicionándose entre su jugadora y nosotros como un escudo humano. Entonces, a la vista de todos, Morgan camina hacia una barra vacía.

Sin calentamiento. Sin ceremonia. La carga ella misma, cada disco de veinte kilos deslizándose con precisión mecánica. El metal canta con cada adición. Está cargando más peso del que intentó Mills, y el mensaje es claro: no nos necesitan, ni nuestra ayuda, ni nuestra presencia en su espacio.

El último disco encaja con un estrépito metálico, mientras todos en la sala observan.

Erik Schmidt aparece a mi lado.

—Le salvaste el culo. Todo el mundo lo vio.

Asiento, pero sé que ese es el problema. Todos me vieron salvar a su jugadora porque mi jugador la cagó. Todos vieron al equipo de Morgan necesitarnos y odiarnos por ello. Todos vieron la disciplina de su jugadora al intentar levantar el peso y la falta de concentración y técnica de mi jugador al joderlo todo.

Todos me vieron soltar un chiste cuando en la mente de Morgan soy el villano designado.

Morgan se posiciona bajo la barra, y aun en mi frustración, la observo. Su forma es perfecta, y tengo que sacudir la cabeza para desterrar pensamientos de cómo se ve esa forma perfecta sin ropa deportiva encima. Entonces saca el peso de los soportes y completa tres repeticiones perfectas, cada una una demostración de control absoluto.

Cada una un dedo medio a la idea de que pudiera necesitar a alguien.

Deja el peso en los soportes y se levanta, sin siquiera respirar con dificultad. Sus ojos encuentran los míos al otro lado del gimnasio, y el mensaje bien podría emitirse por megafonía para todo mi equipo. Nos está diciendo que aunque el equipo femenino recibe menos atención y menos financiación, los considera más talentosos y más disciplinados que nosotros.

Y no estoy seguro de que se equivoque.

—Tío —dice Nash, apareciendo a mi lado, aún apestando a desesperación y malas decisiones—. Eso ha sido jodidamente heroico. Literalmente le salvaste...

—Déjalo —le corto.

Empiezo a entender que con Morgan, cada interacción es un escenario sin victoria posible. ¿Salvarle a una jugadora? Soy el gilipollas cuyo equipo creó el peligro. ¿Intentar hacer las paces? Soy un cobarde que no afronta los problemas. ¿Hacer un chiste? No soy lo bastante serio. ¿Existir en el mismo espacio? Soy el invasor de su santuario.

Lo peor es el calor que no se va. La atracción hacia ella que tres años no pudieron matar y que su desprecio solo hace más fuerte. Mi cuerpo parece empeñado en torturarme con el deseo por alguien que ha convertido la indiferencia armada en una forma de arte.

Pero no puedo dejar de mirarla.

Yo hice esto. Le enseñé que necesitar a alguien era debilidad. Que confiar te hace daño. Que bajar la guardia significa convertirte en un chiste.

La certeza me pesa en el pecho más que cualquier barra mientras Erik por fin me arrastra hacia la salida. A nuestras espaldas, el gimnasio vuelve lentamente a la vida, las conversaciones reanudándose en voz baja. Pero el daño está hecho, las líneas de batalla trazadas con rotulador permanente.

Estoy en el lado equivocado, sosteniendo el arma humeante de la incompetencia de mi equipo, marcado con todo lo que ella cree que soy. Todo lo que yo creo que soy: el fraude, el impostor, el tipo que enmascara toda su mierda siendo tan ruidoso y tan constante que no queda tiempo para pensar.

Y lo peor es que tiene razón en todo.

diez

MORGAN

EL CURSOR parpadea frente a mí como una acusación, y he escrito exactamente tres palabras en dos horas:

Queja formal ref.:

Eso es todo. Es lo único que he logrado.

Y la última ni siquiera es una palabra de verdad.

La pantalla del portátil me quema las retinas con su resplandor, la única fuente de luz en mi apartamento. Me duelen los hombros de estar encorvada, y el borde del escritorio me presiona los antebrazos con una línea que va a dejar marca.

La línea del destinatario está casi tan vacía como el campo del asunto, porque no logro decidir quién merece esta variedad particular de rabia: Galloway con su mirada errante, el rector de la universidad, que probablemente juega al golf con él los fines de semana... o alguien a quien le importe una mierda que hoy casi le aplasten la tráquea a Mills.

Completo la línea del asunto:

Queja formal ref.: Conducta peligrosa, hockey masculino

Es tan aséptico. Tan profesional. Como si esto fuera sobre infracciones de normativa en vez de cómo se me paró el corazón al ver esa barra inclinándose hacia la garganta de Mills, o de que todavía puedo oír el chirrido de metal contra metal, la voz de

Kellerman quebrándose en un «Oh, mierda», el jadeo húmedo que soltó Mills cuando la barra le besó la garganta.

Mis dedos flotan sobre las teclas, pero las palabras no se ordenan en nada que lo capture. ¿Cómo cuantificas un casi desastre en lenguaje burocrático? ¿Cómo explicas que tu mejor jugadora y única amiga casi se hace daño porque un golden retriever sobredimensionado no supo asegurar un press de banca?

Pero eso no puedo escribirlo, aunque sea verdad. Así que, con un suspiro, me froto los ojos con tanta fuerza que veo estrellas. La verdad es que no debería sorprenderme, porque esto es lo que pasa cuando te obligan a compartir instalaciones con un equipo que trata los espacios profesionales como la casa de su fraternidad.

Ayer, Nash y Stiles convirtieron las jaulas de sentadillas en su club de comedia privado, con chistes de pollas lo bastante altos como para oírlos a través de mis auriculares. El día anterior, alguien—uno de los hombres, sin duda—dejó un batido de proteínas fermentando en la sauna hasta que olió como si algo se hubiera muerto.

Pero todo eso puedo documentarlo.

Lo que no puedo documentar es cómo James se materializó como una especie de ángel de la guarda, moviéndose más rápido de lo que nunca le he visto moverse fuera del hielo, ni cómo todo su cuerpo cambió en ese instante de payaso de clase a algo completamente distinto.

Algo que me apretó el pecho.

Una sensación que odio, especialmente aquí.

Como siempre, mi apartamento está en silencio salvo por el zumbido mecánico del ventilador del portátil. He cultivado este silencio, lo he construido ladrillo a ladrillo. No hay compañeras de piso con sus derrames emocionales desordenados ni decoración que invite preguntas. Solo yo, mi bolsa de equipo en la esquina y la disciplina que me mantiene afilada.

Pero esta noche el silencio se siente viscoso, presionando contra mis tímpanos.

Me obligo a concentrarme en la pantalla. Los últimos días de cohabitación se despliegan en mi mente, y la guerra de colonias del

lunes merece su propia mención especial. Porque por lo visto el equipo masculino descubrió una oferta de almacén de Axe y decidió marcar su territorio mediante guerra química.

Luego está el saqueo sistemático. Tres rollos de cinta atlética desaparecidos como por arte de magia, solo que lo único que desaparece de verdad es nuestro presupuesto. Mills me había enseñado el armario de suministros vacío con esa furia tensa y controlada que me recordó por qué la hice mi lugarteniente.

—Veintisiete dólares el rollo —había dicho, aporreando la calculadora del móvil con fuerza suficiente para romper la pantalla—. Tienen diez veces nuestro presupuesto y nos roban nuestra mierda.

Y su música... filtrándose por las paredes... bajos retumbantes sobre zorras y botellas que me dan dolor de muelas. Hemos probado a poner la nuestra más alta, pero se convierte en una carrera armamentística sónica que acaba dejando a todo el mundo con migraña.

Sin embargo, todo esto es soportable.

Molesto, exasperante, pero soportable.

Lo que verdaderamente me rompió fue ver cómo Mills casi se hace daño de verdad.

Joder con Kellerman y su entusiasmo de cachorro y la conciencia espacial de un pez de colores con conmoción cerebral. Falló por una fracción de segundo, entró en pánico y sobrecompensó, pero la física no perdona. Todavía lo veo: la barra deslizándose a la izquierda, los ojos de Mills abriéndose de par en par.

Me estaba moviendo, pero demasiado lenta, con las manos estirándose hacia una barra que ya caía.

Entonces aparece James, de la nada, con las manos atrapando la barra a quince centímetros de la garganta de Mills. Mills se había levantado del banco de un salto, la mano en la garganta, respirando en jadeos superficiales, como un pájaro. Y James había mirado a Kellerman con una expresión que nunca le había visto en esa cara suya de eterno payaso.

Fría. Enfocada. Aterradora.

Kellerman había soltado un quejido. De verdad.

Después James se había girado hacia mí, y durante un segundo nuestras miradas se cruzaron. Le sangraban las manos, y había algo en su expresión que parecía—

No. No voy a hacer esto.

Empiezo a teclear.

A las 15:42 horas, la atleta del equipo femenino de hockey de PBU Amelia Ramirez se encontraba realizando entrenamiento de fuerza supervisado cuando una negligencia grave—

Borrar.

Demasiado clínico, como si estuviera redactando un informe por un golpe de chapa.

Nuevo intento:

El acoso sistemático que hemos soportado ha culminado hoy en un incidente que requirió la intervención de James Fitzgerald para evitar una tragedia que su propio equipo—

Borrar.

Ahora sueno histérica. Exactamente lo que Galloway espera: otra mujer emocional que no puede con la presión.

Mi cerebro de ciencias políticas se activa, trazando el escenario y cómo se desarrollará. Si mando este correo, Galloway lo leerá con esa media sonrisa condescendiente que hace que sus ojos ya de por sí lascivos parezcan aún más depredadores. Programará una reunión, jugará a ver quién la tiene más grande, y se acabó para mí y para mis chicas.

Morgan, diría, usando mi nombre de pila como si fuéramos amigos, como si no llevara semanas dirigiéndose a mi pecho cada vez que hablamos. Entiendo que estás teniendo dificultades con la integración, pero aquí necesitamos gente de equipo, y las quejas y la publicidad no ayudan a nadie. No le pasó nada, y los chicos lo sienten, así que ¿lo dejamos correr?

Después vendría el cuchillo envuelto en preocupación:

Quizá deberíamos reconsiderar si este acuerdo está funcionando. No me gustaría ver al programa femenino perjudicado por... conflictos de personalidad.

—Joder —susurro.

La palabra rebota en las paredes desnudas, y me giro desde la pantalla para mirar de verdad lo que he creado aquí. El salón que no es para vivir. La ausencia de fotos porque las fotos invitan preguntas. Ni cojines porque la comodidad sugiere vulnerabilidad. No es un apartamento; es un búnker.

Mi teléfono está a oscuras sobre la mesa. Lo agarro, lo desbloqueo y el registro de llamadas se ilumina:

Entrenadora Walsh.

Mills.

Mamá.

Papá.

Gino's Pizza.

Eso es todo. Cuatro obligaciones y un servicio de reparto.

Dios, tengo veintiún años y mi relación más íntima es con un repartidor, que probablemente ha visto más emoción auténtica en mí que cualquier otra persona, porque al menos él ha presenciado la combinación de pantalones de chándal y pelo sin lavar. No hay nadie más ante quien me dejaría ver tan desastrosa.

Mi pulgar se queda suspendido sobre «Mamá».

Me encantaría hablar con ella del incidente, pero un recuerdo destella y me congela el dedo en su sitio. Tengo dieciséis años otra vez, sentada en la isla de nuestra cocina. El granito está frío bajo mis palmas, presionadas planas para que no tiemblen. Estoy sollozando tan fuerte que me duelen las costillas, cada respiración desgarrándome al bajar.

Mi mejor amiga acababa de terminar su destrucción sistemática de tres meses de mi vida, solo porque a mí me habían nombrado capitana del equipo de hockey y a ella no. Y después de descubrir que cada mentira y cada susurro quirúrgico en el vestuario era obra suya... bueno... todo salió a borbotones entre sollozos entrecortados.

Mi madre había escuchado con esa quietud particular que significaba que estaba procesando datos, no emociones. En todo momento, su cara no cambió. Ni cuando le conté lo de los rumores. Ni cuando le expliqué el muro de silencio. Ni siquiera cuando admití que había estado almorzando en los baños.

Pero lo que más me destrozó fue que, cuando se me acabaron las palabras y las lágrimas, se levantó y se fue. El clic de sus tacones sobre el mármol fue preciso mientras caminaba a su despacho y volvía con un bloc de notas, y lo deslizó por el granito con dos dedos.

—Escribe los hechos —dijo, clínica como una forense—. La emoción es un mal cimiento, Morgan, así que anota cada incidente: horas, fechas y testigos. A partir de ahí, los hechos, la lógica y la documentación son lo que te sacarán adelante... si vas a salir adelante.

Sin abrazo.

Sin lo siento.

Solo un bloc de notas y una lección de asepsia emocional.

No he vuelto a llorar delante de ella ni de nadie más desde entonces.

Dejo el teléfono.

Mis dedos encuentran el teclado de nuevo. Esta vez, no intento ser profesional:

James:

Que te jodan. Que se joda tu complejo de héroe. Que se joda la manera en que apareciste de la nada cuando tu chico casi mata a Mills. Que se joda la manera en que me miraste, durante un segundo, antes de parpadear y enterrarlo, porque había algo en tus ojos que parecía comprensión.

Que te jodan por aquel verano, cuando confié en alguien —en ti— por primera vez en años. Que te jodan por hacerme creer que la conexión emocional era segura. Por enseñarme que bajar la guardia significa convertirme en un chiste. Por ser un cobarde que huye de todo lo real.

Pero sobre todo, que te jodan por obligarme a escribir esto. Por ocupar terreno en mi cabeza tres años después. Y que te jodan por estar justo ahí hoy, lo bastante cerca para tocarte, y seguir siendo inalcanzable. Por sangrar por mi jugadora cuando no fuiste capaz de ser real conmigo.

Lo selecciono todo.

Cada admisión de debilidad.

Y le doy a borrar.

Cierro el portátil y la habitación se hunde en la oscuridad. No hay luz aquí dentro, solo yo y la conciencia que ha ido reptando como una intoxicación por monóxido de carbono. El conocimiento de que tengo todo lo que creía querer —el equipo, el título, el respeto— pero que estoy completa y catastróficamente sola.

La oscuridad se cierra sobre mí, y por primera vez en tres años, me pregunto si la seguridad no estará matándome. Si los muros que levanté para mantener fuera a los James Fitzgerald me han dejado sin más compañía que mi rabia. Me quedo sentada en la oscuridad, escuchando mi respiración, el ritmo mecánico de sobrevivir sin vivir.

En algún lugar al otro lado del campus, el equipo masculino probablemente está en una fiesta, haciendo el pino sobre barriles de cerveza y tomando malas decisiones que al menos involucran a otras personas. James probablemente está acaparando la atención, haciendo que todos se sientan parte de algo más grande, y haciendo que la soledad parezca una opción que solo tomarían los idiotas.

Siendo todo lo que yo ya no puedo ser porque elegí no serlo.

Y, probablemente, he olvidado cómo.

Mi teléfono vibra. Seguramente es Mills, comprobando con esa lealtad sincera que me hace sentir un fraude, o la entrenadora Walsh con otro conflicto de horarios, o mi madre preguntando por el LSAT porque por lo visto querer estudiar Derecho significa que tu futuro ya está tallado en piedra.

Alguien que necesita a la mujer que les he hecho creer que soy.

Pero no contesto, y el teléfono se apaga como la habitación.

Tan a oscuras como yo.

Durante unos minutos más, me quedo sentada en mi fortaleza perfecta, recreándome en el autodesprecio. Todo ese rato, intento no pensar en cómo se veían las manos de James, sangrando pero sin soltar, fuertes de una manera que no tenía nada que ver con músculo. Intento no pensar en cómo, cuando me miró, por un momento, me vio.

Más allá del hielo, hasta la chica ahogándose debajo.

Pero entonces me lo sacudo de encima. Porque mañana me despertaré y lo elegiré otra vez, porque la alternativa —necesitar a

alguien, confiar en alguien— es lo único que no puedo sobrevivir una tercera vez. La primera traición fue cirugía sin anestesia. La segunda fue la prueba de que la herida no sanará. Una tercera sería fatal.

—¿Esto es todo? —me pregunto—. ¿Para siempre?

Pero la oscuridad no contesta.

Nunca lo hace.

once

MORGAN

EL AGUA FRÍA es la gota que colma el vaso y convierte la guerra fría en caliente.

Mientras agujas árticas me perforan el cuero cabelludo y descienden por mi columna, el sonido que se arranca de mi garganta no tiene nada de humano. Es el ruido que haces cuando tu cuerpo decide que más de una semana de presión ha reventado por fin y se acabó hacerse la buena.

Siete putos días, y por fin encontraron mi punto de quiebre. No con su música, ni con su equipamiento colonizando nuestros bancos, ni siquiera con el robo sistemático de nuestros suministros que Mills ha estado documentando en un cuaderno titulado «Evidencia para La Haya».

No. Me quebraron con la temperatura del agua.

Porque en la jerarquía de necesidades de Pine Barren University, el equipo masculino aparentemente requiere cuarenta y cinco minutos por cabeza para alcanzar el pico de rendimiento varonil, lo cual implica suficiente producto para el pelo como para abastecer un salón de belleza y un acicalamiento que haría a un pavo real presentar una demanda por sentirse inadecuado.

Golpeo la manija de la ducha con la palma con la fuerza suficiente para que escueza, y el movimiento brusco le arranca un grito a mi hombro, justo donde me habían estampado contra las

bandas durante el entrenamiento. Pero el dolor no es nada comparado con la astilla helada de rabia y odio que siento clavada en el cráneo como un picahielo.

Después de una semana entrenando en condiciones de segunda mientras el equipo masculino se queda con el buen hielo, el buen equipamiento, lo bueno de todo... se acabó. No la clase de «se acabó» de estar molesta o frustrada, sino esa variedad impoluta en la que la corteza prefrontal se toma un café y le deja el volante al cerebro reptiliano.

La toalla que me espera es otro insulto más: tan fina que se puede leer a través de ella y tan áspera como para exfoliar a un rinoceronte. Apenas cubre lo esencial, llega a medio muslo siendo generosa y deja los hombros completamente al aire, pero el pudor dejó de importarme hace rato.

Irrumpo en el vestuario compartido y la presencia de ellos me asalta con toda la sutileza de una despedida de soltero en Las Vegas: un cóctel de testosterona y privilegio que viene de nunca haber tenido que cuestionar si perteneces. Ignorando las risas, mis ojos lo encuentran antes de que mi cerebro pueda intervenir.

James está de espaldas, y el universo oficialmente tiene un doctorado en ironía cruel, porque queda claro que él no se está congelando y que sí se llevó lo último del agua caliente. Pero ahora es como si estuviera atrapada en un trance, furiosa pero paralizada, rabiosa pero embobada.

Se pasa una mano por el pelo, y el movimiento hace que cada músculo de su espalda se desplace de maneras que deberían requerir un permiso. Mi cuerpo responde con un calor que nace en lo bajo del vientre y se propaga por mis venas como si me hubiera inyectado estupidez pura.

No. Ni de broma.

Pero mis hormonas aparentemente no recibieron la nota sobre la dignidad. Están demasiado ocupadas catalogando la envergadura de sus hombros, la forma en que su pelo mojado se riza ligeramente en la nuca... detalles que no me corresponde notar, y mucho menos recordar cómo se sentían bajo las yemas de mis dedos.

Se gira —quizá porque oye las pisotadas de mis pies, o quizá porque siente mi mirada asesina perforándole la columna— y nuestros ojos se encuentran. El vestuario no se queda en silencio y el tiempo no se ralentiza, nada de esas mierdas de cliché, pero su sonrisa fácil sí muere a medio formarse cuando se da cuenta de que soy yo.

Chorreando y furiosa y enfundada en un conjunto de rizo que apenas cuenta como prenda.

Su mirada desciende, y la siento como algo físico: un recorrido lento y ardiente sobre mi piel que me aprieta el estómago y hace que mis muslos se junten de manera involuntaria. El agua aún se aferra a mi clavícula, cada gota repentinamente viva bajo su mirada, rodando hacia el borde de la toalla como una invitación.

De pronto, la toalla se siente más fina y más pequeña.

Sus ojos trazan más abajo, siguiendo el camino del agua, y el calor florece en lo bajo de mi vientre a pesar del hielo que aún gotea de mi pelo. Me imagino su lengua siguiendo ese mismo recorrido, caliente contra mi piel fría, y mis pezones se tensan dolorosamente bajo la toalla inadecuada.

El pensamiento me cabrea conmigo misma por desearlo, y más aún con él por hacerme desearlo.

Su pecho sube bruscamente con una inhalación rápida que contrae sus abdominales, y que Dios me ayude, sigo cada ondulación de músculo como si mi cuerpo estuviera llevando la cuenta. Tres años, y todavía me afecta así, como si una sola chispa pudiera incendiar la habitación.

El vestuario se desdibuja en ruido blanco. Solo quedan sus ojos, oscuros y hambrientos a pesar de todo, a pesar del público, a pesar de que se supone que ahora somos personas diferentes. Están clavados en mí, enviando señales a su cerebro, y de repente me pregunto si él está recordando.

A qué sé.

Cómo sueno cuando me toca en el punto exacto.

Cómo se siente tener su polla en mi boca.

Cómo se sentía llenarme en el asiento trasero de su camioneta.

Lo bien que encajábamos antes de que él decidiera que éramos mejor como chiste.

El momento se estira, tenso como un cable, los dos atrapados en esta suspensión terrible y perfecta donde cualquier cosa podría pasar. Observo cómo trabaja su garganta al tragar, su nuez subiendo y bajando. Su mandíbula se aprieta, se relaja, se aprieta de nuevo. El deseo y la culpa y todo tipo de mensajes tan claros como neón en su cara.

Habría sido tan fácil.

Un momento de honestidad hace tres años y podríamos ser personas distintas ahora.

Pero eso ya pasó.

Sacudo la cabeza, obligándome a apartar los pensamientos, rompiendo el trance.

—¿Hay alguna razón —digo— por la que tu equipo se sienta con derecho a cada gota de agua caliente de este edificio? ¿O es que la consideración básica no se cubre en Neandertal del Hockey 101?

Las risas y el parloteo mueren al instante y todas las cabezas giran hacia nosotros. Puedo sentirlos catalogando la escena: su capitán niño de oro con cara de puñetazo en las tripas, la Reina del Hielo en una toalla a un estornudo de la catástrofe, y suficiente tensión sexual sin resolver como para abastecer de energía a la costa este.

James abre la boca. Su lengua asoma para humedecerse el labio inferior —otro tic, otro recuerdo que no necesito— y por un segundo estúpido creo que podría decir algo real. Pero entonces su mirada se desvía más allá de mí, siguiendo un movimiento detrás de mi hombro, y todo su lenguaje corporal cambia.

—Señor Galloway —dice, irguiéndose, la advertencia en su voz provocándome un vuelco en el estómago antes siquiera de darme la vuelta.

Pero antes de que pueda evolucionar más allá de su programación base, la nueva voz corta el aire húmedo.

—¿Algún problema, hijo? —dice Art Galloway, rodeándome para posar una mano posesiva sobre el hombro desnudo de James.

Los ojos de Galloway me encuentran, y su expresión pasa por varias fases distintas de lo espantoso. Primera: evaluación. Cataloga mi estado con la eficiencia de alguien que ha hecho de ello una carrera. Segunda: cálculo. Prácticamente puedo verlo haciendo las cuentas de cuánto puede salirse con la suya.

Tercera: consumo.

Su mirada empieza por mi cara, se detiene en mi garganta donde el pulso me martillea visiblemente, y luego emprende un descenso deliberado. Se demora en todo lo que la toalla no cubre —mis hombros, donde la toalla apenas contiene nada, y después la extensión de muslo que de pronto se siente como una pista de aterrizaje para su atención.

—Riley —dice, y mi nombre en su boca necesita ser quemado—. Espero que nuestros capitanes manejen estos pequeños... desacuerdos... de manera profesional.

Sus ojos hacen otro repaso, más lento esta vez.

—Y, bueno —dice, cada palabra lenta y sus ojos sin apartarse jamás de mi cuerpo—. Quizá con una vestimenta un poco más... apropiada.

La pausa antes de «apropiada» carga suficiente subtexto como para requerir una advertencia de contenido. Ha logrado que estar en toalla en un vestuario después de una ducha suene como si hubiera cometido algún tipo de delito moral, su capitana de hockey femenino de pronto culpable de algo pornográfico.

—No hay agua caliente —digo, manteniendo la voz firme a pesar de querer presentarle la cara a una pared—. Como todos los días desde que nos obligó a compartir.

La sonrisa de Galloway se ensancha.

—Estos edificios viejos tienen problemas de mantenimiento, pero seguro que ustedes las chicas pueden... arreglárselas.

Fuego me quema el estómago, pero me trago el ácido que quiero escupirle, porque sé que mi equipo pagará el precio si le contesto a Galloway. Así que me trago el orgullo, porque veinte mujeres dependen de que mantenga la boca cerrada y juegue el juego.

Pero ¿James?

Esa podría ser otra historia.

Porque ya no estoy mirando a Galloway. Estoy mirando a James. Sus manos cerradas en puños a los costados, los nudillos blancos contra los muslos, el pecho subiendo y bajando con respiraciones controladas, las fosas nasales dilatadas: todas las señales de alguien que lucha por hablar.

Está claro que sabe ser un héroe cuando es sencillo y no hay costo.

Pero ¿ahora?

¿Con la mano de Galloway en su hombro como una marca de propiedad?

¿Cuando Galloway venera el suelo que pisa su niño de oro?

Di algo.

La vena en su sien palpita con más fuerza y sus labios se entreabren, y yo me quedo ahí, esperando palabras que lo significarían todo pero que no le costarían nada, porque el equipo masculino tiene cada recurso, cada ventaja y cada gramo del favor del director deportivo. Joder, si alguien podría hablar sin consecuencias, es él.

Pero el silencio se estira, y James no hace absolutamente nada.

—Ustedes trabajan duro, muchachos —anuncia Galloway al vestuario, dándole a James otro apretón en el hombro—. Se merecen esas duchas calientes.

El descarte es quirúrgico.

Los hombres merecen comodidad, y las chicas merecen sobras.

Se da la vuelta para irse, se detiene en la puerta para un último vistazo, y entonces la puerta se cierra con un clic decisivo, dejando atrás el tipo de silencio que te hace desear la muerte o al menos sordera temporal. Nadie lo llena, ni los chicos que de repente están súper interesados en el contenido de sus taquillas, ni las pocas chicas que están aquí.

Pero entonces lo hace.

De verdad lo puto hace.

Hace un chiste.

—Ustedes las chicas siempre dicen que quieren más atención, Riley... —dice, sonriendo—. Parece que la conseguiste.

El chiste no es que no aterrice, es que se evapora al contacto con la furia gélida del vestuario. Porque no solo se había quedado callado y no me había defendido, sino que había tomado el sentimiento de la agresión visual babosa de Galloway, lo había reempaquetado como broma de vestuario e intentado devolvérmelo.

No digo ni una palabra. Solo lo miro, y dejo que vea la certeza fría y dura de que es la persona más decepcionante que he tenido la desgracia de conocer. Hasta sus compañeros desvían la mirada, encontrando de pronto fascinantes las marcas en sus botas.

Su sonrisa estúpida flaquea, y después muere por completo.

Sin decir una palabra más, me doy la vuelta y camino de regreso a las duchas, mis pies descalzos golpeando las baldosas mojadas con cada paso. No corro, porque correr les daría satisfacción. Camino con la columna recta, los hombros hacia atrás, y cuando llego a la ducha sigue estando ártica cuando la abro.

Pero ahora se siente apropiada.

El «te lo dije» líquido del universo.

Apoyo las palmas abiertas contra la pared de azulejo y dejo que el agua helada me castigue por mi propia estupidez. Que se lleve la agresión visual de Galloway, el calor de la cercanía de James, el sabor amargo de esperar algo diferente de cualquiera de los dos y acabar decepcionada.

El frío se me mete en los huesos, y lo recibo. Me quedo ahí hasta que los labios se me entumecen, hasta que los dedos adquieren ese blanco violáceo preocupante, hasta que no siento nada excepto la bendita ausencia de sentir. Es como si el agua me devolviera a mi estado natural, me guste o no.

Fría.

doce

ROOK

LAS GRADAS de arriba del todo ofrecen una perspectiva diferente, desde luego.

Desde aquí, en los asientos baratos, apenas se distinguen los números de las camisetas, y ni hablar de ver el disco. El aire sabe a rancio, y los asientos de plástico han adquirido ese tono gris especial que solo se consigue cuando diez mil culos diferentes se han sentado en ellos a lo largo de los años.

Perfecto, la verdad.

Un trono de mierda para un capitán que es un fraude total.

Me hundo más en el asiento, el plástico frío mordiéndome a través de los vaqueros. La rodilla no para de rebotar, culpa de esa energía nerviosa que no tiene adónde ir. Hace dos horas estaba ahí abajo con mi equipo, tirando por la borda el partido inaugural como jugadores de liga de bar.

Resaca de campeonato, lo había llamado el entrenador Pearson.

No había gritado ni levantado la voz, porque todos sabemos cuál es el problema.

Habíamos sido blandos, egoístas e indisciplinados.

Un equipo de héroes convertido en ceros.

Pearson había hecho una disección larga y calmada del partido, sin perdonar a nadie ni ningún momento. Nunca alzó la voz y su mirada nunca se detuvo demasiado en ninguno de nosotros, pero yo

sentía que cada momento iba dirigido a mí. No directamente — Pearson es demasiado profesional para eso—, pero el subtexto estaba claro.

Esto es culpa tuya, capitán, después de un parón entre temporadas de payasadas y estándares relajados.

Y la verdad es que tiene razón. Mil veces en los entrenamientos dejé que Kellerman se saliera con la suya en errores de novato por los que debería haberle apretado las tuercas. Dejé que Schmidt intentara hacerlo todo solo. Dejé que todo el sistema se derrumbara porque estaba demasiado ocupado siendo el colega de todos y el tío más ruidoso de cada habitación.

Y no había dedicado ni un segundo a liderar de verdad.

El vestuario después había sido una tumba. Sin música, sin bromas, solo cinta arrancándose de las espinilleras con una violencia apenas contenida. El silencio me había presionado hasta que quise gritar, pero por una vez mantuve la boca cerrada y escapé.

Había vagado por el campus, esquivando los mensajes que me invitaban a fiestas pospartido, y luego los que preguntaban si estaba bien. Mientras mis piernas ya cansadas seguían avanzando, me había perdido en una bruma de autorecriminación. Solo después de una hora decidí que quería ver el partido del equipo femenino, así que me puse la capucha y entré.

Y ahora estoy aquí, escondido en la oscuridad como un fantasma de la ópera del hockey, sin la máscara y sin el talento. No hay nadie a mi alrededor, porque el equipo femenino no llena la pista como nosotros, así que todos los aficionados que han venido están concentrados en las gradas inferiores mientras yo estoy aquí arriba, solo en el silencio.

Pero el silencio no ayuda.

Nunca lo hace.

Solo hace sitio para el recuerdo de ayer.

Morgan en esa toalla.

La imagen golpea con fuerza física. Las gotas de agua todavía aferradas a su clavícula, ese destello de muslo pálido antes de que se subiera la toalla de un tirón, la forma en que su pelo mojado se

había oscurecido hasta un cobre bruñido contra su cuello. Mi cuerpo recuerda demasiado bien, incluso a través del autodesprecio.

Pero no es solo la imagen lo que me destroza, sino lo que vino después. La mano gruesa de Galloway cayendo sobre mi hombro, posesiva y casual. Sus ojos consumiéndola como si fuera su póster de revista. La forma en que había dicho chiquilla con esa risita condescendiente.

¿Y yo?

Pues, mientras su mirada le recorría las piernas, lenta y deliberada, asegurándose de que ella supiera que estaba mirando, yo me había quedado ahí plantado como un maniquí de grandes almacenes. De esos con la sonrisa vacía. Y por primera vez en mi vida, me había quedado callado.

La bocina humana, silenciada.

Galloway cree que camino sobre el agua, y sé que una sola palabra mía, en esa sala, llena de esos tíos, y habría retrocedido. Yo tenía todo el poder en esa sala y Morgan no tenía ninguno, y lo usé para no hacer absolutamente nada.

La única otra vez que me había sentido así de paralizado había sido aquella última noche con Morgan en el campamento de hockey del último año. Después de dos semanas de felicidad —hockey de primer nivel durante el día y fuegos artificiales con ella por la noche—, sus ojos grises se habían clavado en mí bajo la luz de la luna.

—¿Y qué pasa cuando nos vayamos de aquí? —había preguntado, con la voz suave.

El pecho se me había cerrado y todo mi cuerpo se había paralizado, igual que en aquel momento con Galloway. La pregunta había quedado suspendida entre nosotros, cargada de posibilidad, y en lugar de estar a la altura del momento como quería, me escudé con broma tras broma desesperada.

Y la vi cerrarse ante mí.

Tres años después, escenario diferente, misma cobardía. Hablo mucho cuando no hay nada en juego —fuerte y orgulloso—, pero si dieran trofeos por fallar sistemáticamente en los momentos cruciales, tendría una estantería entera. El campamento de verano, mi primer partido como capitán, el vestuario con Galloway...

Fracaso.

Fracaso.

Fracaso.

—¿Fitzgerald? ¿Eres tú ahí arriba?

La voz atraviesa mi fiesta de autocompasión, y bajo la mirada para ver a uno de los empleados de la pista —Jimmy, creo— de pie en el borde de la grada inferior, entornando los ojos hacia mí en la penumbra.

—Sí, solo estoy viendo —respondo con la voz ronca por el desuso—. Me alegro de verte, Jimmy.

—El equipo femenino está a punto de empezar el calentamiento. ¿Seguro que no quieres un asiento más cerca de la acción?

—Las vistas desde aquí son espectaculares —digo, forzando mi sonrisa de siempre—. De verdad que te dan perspectiva sobre la cantidad de chicle que hay pegado debajo de estos asientos.

Jimmy se ríe y niega con la cabeza.

—Bueno, que lo disfrutes, y no te tomes la derrota muy en serio.

Le dedico un saludo militar burlón y desaparece de vuelta hacia el vestíbulo. Un segundo después, oigo el sonido de patines sobre hielo abajo, el equipo femenino saliendo en fila para su partido inaugural entre los tibios aplausos de una pista que solo está llena a un tercio. Aun así, no es mal público, teniendo en cuenta que son un equipo nuevo.

Pero el público es el menor de sus problemas.

Desde aquí arriba, sus camisetas parecen sacadas de los objetos perdidos de una liga juvenil. Los números están claramente planchados, porque se ven los bordes despegándose, y no tienen nada del ejército de personal de apoyo ni el equipamiento especializado en el banquillo que tiene el equipo masculino.

Parte de mí quiere irse, porque me siento como un impostor aquí. Y, sinceramente, lo último que necesito es ver cómo destrozan al equipo de Morgan mientras me quedo aquí marinándome en mis fracasos. Ya me siento culpable después de que Galloway la desestimara antes, y una paliza a manos de Princeton sería la guinda.

Pero algo mantiene mi culo pegado a este plástico incómodo.

Se lanza el disco y me acomodo para ver lo que supongo será una masacre.

Y cinco minutos después, estoy inclinado hacia delante, con los codos en las rodillas.

Están ejecutando una trampa 1-2-2 en zona neutra. Pero no es la versión vaga y chapucera que la mayoría de equipos universitarios — masculinos o femeninos— intentan cuando quieren agotar el reloj. Esto es lo auténtico, que requiere que cada jugadora sepa exactamente dónde tiene que estar en todo momento y confíe en sus compañeras por completo.

Su centro —Rachel, creo, que parece capaz de placar a un tren de mercancías— fuerza a la portadora del disco hacia la banda. En lugar de perseguir, retrocede para taponar el centro. Las alas se cierran en perfecta sincronización, creando un muro en la línea azul. La defensa —Morgan incluida— se queda en posición, paciente y disciplinada.

Princeton intenta forzar un pase por el centro, pero lo interceptan limpiamente, y de repente el equipo de Morgan está en transición, cinco jugadoras moviéndose como una sola unidad hielo arriba. Y entonces me doy cuenta de que no solo están jugando un sistema, están jugando el que yo debería estar aplicando.

El que gana cuando no tienes a los mejores jugadores.

Cosa que yo no tengo, desde que Mike y Maine se graduaron.

Madre mía, joder.

Unos minutos después, les pitan una penalización, y su inferioridad numérica es perfecta. Palos siempre en las líneas de pase, cuerpos rotando, y siempre hablándose entre ellas. Las oigo incluso desde aquí arriba, comunicándose con gritos cortos y secos que mantienen a todas conectadas.

El otro equipo no consigue instalarse.

No pueden entrar en la Morgue.

El desastre de nuestra superioridad numérica me cruza la mente: Kellerman estaba en la punta, encargado de mantener la línea azul, pero cuando el disco rodó por la banda, lo persiguió en lugar de quedarse en posición. Su delantero entró caminando, solo y justo

por donde Kellerman debería haber estado, y la clavó en mi escuadra.

Gol.

Había golpeado mi palo contra el poste con la fuerza suficiente para partirlo. No porque Kellerman cometiera un error, sino porque le había dejado pensar que las jugadas de héroe eran aceptables, y porque no le había machacado exactamente cómo quería que se manejara esa situación.

Pero, ahí abajo, el equipo de Morgan mata la penalización sin permitir ni un tiro.

Mis ojos la encuentran y me quedo clavado.

No es la jugadora más rápida, su patinaje es eficiente pero no bonito, y su manejo de palo es pasable. Pero puede que sea la jugadora más inteligente que he visto nunca. No persigue, anticipa, y cuando tiene posesión, hace la jugada sencilla —la jugada correcta— cada vez.

Nunca la heroína.

Cuando recibe una carga brutal contra las bandas —de esas que deberían haberse pitado pero no se pitaron—, cae con fuerza, el casco rebotando contra el cristal con ese crac inconfundible. Todo mi cuerpo se tensa, pero ella se levanta inmediatamente y se lo sacude.

Sin quejarse. Sin retorcerse teatralmente. Profesional.

El partido sigue adelante, el marcador atascado en 0-0 en las profundidades del tercero. No es hockey bonito, pero estoy completamente cautivado. Porque, aunque no hay jugadas de videoclip ni alardes, Morgan y su equipo están dando una clase magistral de hockey de desgaste, sistemático y disciplinado.

Hockey ganador.

Con tres minutos por jugar, Morgan fuerza una pérdida en la línea azul. La defensora rival se queda clavada, y Morgan la supera, lanzándose hacia la portería. La portera sale a achicar. Morgan no intenta una finta. La defensora la alcanza por detrás, mandándola a estrellarse contra la banda del fondo.

Pero antes del impacto, desliza el disco.

Mills está ahí, exactamente donde el sistema dice que debería estar.

Entierra ese gol basura como quien saca la basura.

1-0.

Hay celebración, pero contenida. Sin alardear. Solo felicidad genuina unas por otras, por su sistema, por la prueba de que hacer las cosas bien funciona de verdad. Y, cuando Morgan patina hasta el banquillo y le da un toque al casco de Mills, es un agradecimiento y un reconocimiento y una señal de confianza.

El gesto me golpea en el estómago.

Defienden la ventaja durante tres minutos de infierno. Al final, Princeton saca a su portera, y son seis atacantes contra cinco defensoras que parecen a punto de desplomarse. A pesar de todo, el equipo de Morgan se dobla pero no se rompe. Despejan discos, bloquean tiros con la cara, hacen toda la mierda ingrata que gana partidos.

En el último tiro desesperado, Morgan recibe un disparo en el tobillo que tiene que doler.

Y entonces suena la bocina final.

1-0.

El escaso público pierde la puta cabeza, y el equipo celebra con abrazos agotados. Pero no hay vuelta de honor ni aspavientos, solo un saludo agradecido a los aficionados que vinieron a verlas y la tranquila satisfacción de un trabajo muy bien hecho. Y, un momento después, Morgan saca a su equipo del hielo.

Me quedo mientras la pista se vacía. Las luces empiezan a apagarse, sección por sección, la oscuridad extendiéndose hacia mí. El equipo de mantenimiento llegará pronto, pero no puedo moverme. Y, pronto, soy la única persona en toda la zona de gradas de la pista, un lugar donde he jugado docenas de partidos pero donde nunca he presenciado un momento más significativo.

Porque acabo de ver a una capitana de verdad liderar.

He visto a alguien construir una fortaleza con retales mientras yo dejo que un palacio se derrumbe. Ella está construyendo un imperio con nada, mientras yo destruyo una dinastía con todo. Morgan Riley —la mujer que humillé con chistes de mierda, cuyos recursos he ayudado a robar con mi silencio cómplice— es el doble de líder que yo.

Y lo hizo con números planchados y sobras de hielo.

trece

MORGAN

GANAMOS.

Uno a cero, una batalla defensiva que demostró cada una de las cosas que llevo machacándole a mi equipo desde el primer día. Mis jugadoras ejecutaron a la perfección, Princeton no pudo con nosotras, y el puñado de gente que se presentó enloqueció cuando Mills enterró ese gol sucio a falta de dos minutos.

Y no importa.

No después de pasar los últimos cuarenta minutos escuchando a un administrativo menor con corbata de poliéster y sonrisa condescendiente explicarme las «realidades fiscales». Había sido idea de la entrenadora Walsh —golpear con una solicitud de más recursos justo después de una victoria emocionante— y no había servido de nada.

El trajeado nos dio el tipo de explicación que le darías a un niño de tres años sobre por qué no puede desayunar helado. No dejaba de llamar a la entrenadora Walsh «cielo» y de referirse a nuestro programa como «las chicas». Y su sugerencia final fue que deberíamos estar «agradecidas por la oportunidad de jugar a este nivel».

Agradecidas.

La palabra se me asienta en el estómago como leche agria, cuajándose en algo tóxico. Las sienes me laten con cada latido y me

duelen las manos de tenerlas cerradas en puño dentro de los bolsillos mientras él soltaba su perorata sobre cómo el equipo masculino «genera ingresos» y nosotras «aún estamos encontrando nuestro sitio».

La entrenadora Walsh me había lanzado una mirada de advertencia —de las que dicen ahora no, aquí no— y yo me había mordido la lengua tan fuerte que sabía a cobre. Tenía razón, por supuesto. Crear enemigos no iba a ayudar. Pero Dios, el autocontrol que me costó no meterle el portátil por la garganta...

Acabamos de dejar a Princeton en cero.

Acabamos de demostrar que merecemos estar aquí.

Pero al parecer eso es irrelevante cuando eres «las chicas».

Empujo la pesada puerta que sale del ala administrativa, culpable por no haber conseguido lo que mi equipo necesitaba cuando ellas me dieron todo lo que tenían. Mientras al equipo masculino les hacen todo a medida hasta los malditos calcetines, mis jugadoras tienen que mendigar, pedir prestado y arreglárselas.

Joder, Mills tuvo que pegar la cuchilla del patín con cinta durante el descanso porque no podemos permitirnos equipo de repuesto, y—

Un movimiento me llama la atención al fondo del pasillo, interrumpiendo mi furia.

James Fitzgerald.

Solo, para variar. Sin su circo habitual de payasos rodeándolo.

Está apoyado contra la pared a la puerta de la sala de estudio del equipo masculino, con la cabeza echada hacia atrás contra el bloque de hormigón, los ojos cerrados. Durante un segundo puedo mirarlo sin la función, sin el público, y sin sus ojos taladrándome.

Tres años le han dado cuerpo. Tiene los hombros y el pecho más anchos, de una forma que hace que la sudadera del equipo se tense cuando se mueve. La delgadez desgarrada que recuerdo ha sido sustituida por algo más sólido. Incluso agotado, incluso con esos hombros caídos hacia delante, ocupa el espacio de otra manera ahora.

Parece alguien que carga con el mundo a cuestas.

Pero entonces abre los ojos, y nuestras miradas se cruzan a través de la distancia.

Todavía hay calidez en sus ojos, pero ahora hay arrugas alrededor que antes no estaban, del tipo que te salen después de tres años siendo el payaso favorito de todo el mundo. El agotamiento lo hace parecer real en lugar del anuncio ambulante de bebida energética que suele interpretar.

Veo el momento exacto en que registra mi presencia —todo su cuerpo se endereza, la columna tensándose de golpe. Por un segundo, creo que va a darse la vuelta e irse en la otra dirección, lo cual sería muy propio de él, huyendo de cualquier cosa que pueda requerir un sentimiento real.

Pero no lo hace.

Se despega de la pared con un esfuerzo visible y empieza a caminar hacia mí. Sin chulería. Sin brincos. Sin brazos abiertos para su adorado público. Solo... camina. Tiene las manos hundidas en los bolsillos y los hombros ligeramente encorvados hacia delante.

Parece cansado y humano.

Parece... vulnerable.

Odio darme cuenta. Odio que alguna parte traidora de mi cerebro catalogue el moratón tenue en su cuello de un disco perdido, y la forma en que tiene el labio inferior mordido en carne viva en algunos puntos. Odio recordar exactamente cómo se sentían esos labios entre mis dientes, y entre mis piernas—

¡Para!

Nos encontramos en la mitad del pasillo bajo las luces duras del techo. Se detiene a un metro de distancia, fuera de mi espacio personal pero lo bastante cerca como para oler ese aroma cálido y especiado que es solo él. Y entonces me doy cuenta con horror de que, después de años, mi cerebro todavía tiene su firma de feromonas archivada.

¡Dios! ¡Qué desperdicio tan espectacular de almacenamiento neuronal!

—Buen partido esta noche, capitana. —Su voz es baja, áspera en los bordes, sin nada del estruendo y la fanfarronería habituales.

Viniendo directamente de la desastrosa reunión por los recursos, la validación casual que viene de él me golpea como un cañonazo en el pecho. Como si su opinión fuera el estándar de oro que he estado

esperando, el reconocimiento desde las alturas. Como si necesitara que el puto James Fitzgerald me dijera lo que ha conseguido mi equipo.

Se me escapa un sonido, una media risa que trepa desde ese lugar donde guardo todas las lecciones que aprendí aquel verano. Le hace encogerse, los hombros subiéndole a la defensiva, y la confusión que le inunda la cara sería hilarante si no estuviera tan lejos del humor que ni siquiera lo distingo por el retrovisor.

—Sígueme —me oigo decir, las palabras cortantes y frías.

Porque lo último que necesita mi equipo es que yo monte un espectáculo.

Giro sobre mis talones y me dirijo al pasillo de servicio que corre detrás de los vestuarios. Es donde guardan el equipo de mantenimiento, las colchonetas de repuesto y toda la infraestructura sin glamour que mantiene este sitio en funcionamiento. Más importante aún, es privado.

Sin cámaras y sin nadie que presencie lo que estoy a punto de hacer.

Nadie que me impida decir por fin lo que debería haber dicho hace tres años.

Oigo sus pasos detrás de mí, y la puerta se cierra tras nosotros con un estruendo metálico que resuena en el espacio confinado. Cuando estoy segura de que estamos solos, giro tan rápido que casi se choca conmigo. Trastabilla hacia atrás, y ahora está atrapado entre la puerta y yo.

Bien.

Que se sienta desequilibrado, para variar.

—¿Buen partido? —Las palabras salen como veneno—. ¿Eso es lo que crees que es esta mierda entre nosotros? ¿Hockey?

Doy un paso más, lo bastante cerca como para que tenga que bajar la mirada para encontrar mis ojos. Lo bastante cerca como para ver cómo se le dilatan las pupilas en la penumbra. Lo bastante cerca como para que no tenga dónde esconderse detrás de chistes, sonrisas o esa energía maníaca que usa como armadura.

—Eres un chiste, Fitzgerald. —Mi voz es baja—. Eres un bufón de corte bailando para un depredador que mira a mis jugadoras como si

fueran platos de un menú. Lideras una manada de gilipollas creídos que tratan nuestro espacio como su parque de recreo personal, ¿y tienes la audacia de decirme «buen partido»? ¿Crees que eso hace que algo de esto esté bien?

Su cara pasa por la sorpresa, luego el dolor, luego algo más oscuro. Se le tensa la mandíbula, un músculo palpitando bajo la piel, y el color le inunda las mejillas. Entonces las palabras le explotan, su voz rebotando en las paredes de hormigón.

—¿Qué demonios quieres de mí, Morgan?

Es la primera vez que lo oigo genuinamente enfadado —sin función, sin público, solo frustración cruda que le quiebra la voz al decir mi nombre. Bien. Porque, por una vez, es él quien siente algo de la confusión, el dolor y la rabia que yo sentí hace tres años, y que ahora siento cada día mientras a mi equipo lo pisotean.

—¡Salvé a tu jugadora! ¡Le quité esa barra de encima a Mills! ¡Y no puedo controlar lo que hace Galloway! ¡Lo estoy intentando, ¿sí?! —Las manos le salen de los bolsillos, gesticulando sin control, y puedo ver que le tiemblan—. Estoy intentando mantener a mi equipo a raya, intentando compartir el espacio, intentando...

Se interrumpe, pasándose ambas manos por el pelo con pura exasperación. Su pecho se agita, y hay algo salvaje en sus ojos. Pero esas dos palabras flotan en el aire —lo estoy intentando— y algo dentro de mí se queda muy quieto. La rabia no se disipa; cristaliza, convirtiéndose en algo más frío y más peligroso.

Está intentándolo.

Ahora.

Tres años tarde, cuando no le cuesta nada, cuando no hay riesgo, cuando él es el rey de su mundo con todos los recursos que quiere, y yo soy la reina del hielo que tiene que mendigar migajas y aceptar que la miren con lascivia para conseguirlas. Ahora quiere un trofeo de participación por no ser un completo gilipollas.

Pero entonces no.

No cuando importaba.

No cuando estuve ahí de pie con el corazón abierto de par en par, mostrándole todo lo que había dentro, y él decidió que todo era un chiste.

—¿De ti? —Mi voz baja hasta ser apenas un susurro, pero en el pasillo estrecho, bien podría ser un grito—. No quiero nada de ti.

Doy un paso más, lo bastante cerca para tener que echar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual. Lo bastante cerca para verle cada pestaña. Lo bastante cerca como para que, si fuera otra persona, si no hubiera aprendido la lección, pudiera ponerme de puntillas y—

No.

—Aprendí esa lección hace tres veranos. —Las palabras salen precisas y quirúrgicas, y veo cómo se le arruga la frente en confusión por un momento antes de asestar el golpe de gracia—. La última vez que estuvimos solos, James. La primera vez que oí el chiste disfrazado de emoción.

El silencio que sigue es absoluto.

Veó cómo la sangre le abandona la cara en tiempo real. Su boca se abre y se cierra.

Sus ojos se abren. Más. Y más.

Lo sabe.

Y ahora, por una vez en su vida, no tiene absolutamente nada que decir.

Ningún chiste, ninguna evasiva, ninguna sonrisa encantadora para suavizar el momento incómodo.

Solo silencio.

Y en ese silencio, puedo verlo todo desarrollarse en sus ojos: confusión, luego reconocimiento, luego algo que podría ser vergüenza. O quizá solo quiero creerlo. Quizá quiero que sienta aunque sea una fracción de lo que sentí aquella noche cuando le entregué mi corazón y lo vi hacer malabares con él para arrancar unas risas.

Quizá quiero que entienda lo que es desangrarse durante tres años por una herida que a quien te la hizo ni le importó haber causado.

Le sostengo la mirada un latido más, dejando que vea lo que pienso de él.

Después me doy la vuelta y me alejo.

Mis pasos resuenan en el espacio estrecho, firmes y medidos aunque siento las piernas inestables. No corro. No salgo hecha una furia. Simplemente camino, cada paso deliberado, dejándolo ahí de pie bajo esa luz parpadeante con el peso de su cobardía como compañía.

La puerta se cierra a mi espalda con un clic definitivo, y estoy de vuelta en el pasillo principal. Hay estudiantes pasando, parloteando sobre fiestas y trabajos, el sonido lejano de un balón de baloncesto rebotando, y el mundo real sigue su curso mientras yo acabo de detonar una bomba de tres años en la cara de James Fitzgerald.

Me tiemblan las manos.

Las hundo en los bolsillos y sigo caminando. Mi respiración quiere salir en jadeos, pero la fuerzo a mantenerse firme. El partido de antes parece de hace una vida, y la reunión con el administrativo bien podría haber sido un sueño, porque lo único en lo que puedo pensar es en la cara que puso cuando mencioné aquel verano.

La cara de un hombre que acaba de darse cuenta de que el suelo bajo sus pies ha sido arenas movedizas todo este tiempo, y que lleva hundiéndose sin saberlo. Bien. Que se hunda. Que se ahogue, como me he estado ahogando yo durante tres años y solo ahora lo admito.

Le toca a él.

catorce

ROOK

LAS PAREDES del pasillo me están aplastando, el hormigón frío mordién dome a través de la camiseta mientras me recuesto, mis pulmones olvidándose de su único trabajo. Morgan se ha ido, pero sus palabras cuelgan en el aire muerto como un diagnóstico — cobardía terminal, sin cura conocida— escrito en neón justo en mi frente.

Lo hiciste entonces, y sigues haciéndolo ahora.

Me llamó bufón de corte de un acosador.

Y no se equivoca.

Las palabras se entierran más hondo con cada repetición, más allá del músculo y el hueso, directo a ese lugar blando y podrido que llevo años fingiendo que no existe. Porque no fue solo un insulto, fue una autopsia psicológica completa realizada mientras todavía respiraba.

El tipo que mantiene el ambiente ligero. El capitán que hace reír a todos y no impone estándares porque es demasiado difícil. El niño de siete años que aprendió que tirarse al suelo y llorar, aunque fuera fingido, podía detener la mano de mamá a medio camino de la cara de papá, y que un chiste en el momento justo podía desactivar la bomba antes de que los vecinos llamaran a la policía otra vez.

Las rodillas me fallan. Me deslizo pared abajo hasta que el culo toca el linóleo frío, y de pronto tengo doce años otra vez, encerrado

en el armario de mi habitación con las manos aplastadas contra las orejas, intentando amortiguar el sonido del jarrón favorito de mi madre explotando contra la pared de la cocina.

Esa fue la noche en que papá se fue durante tres semanas, la misma noche en que pensé que si conseguía hacerlos reír a los dos en el desayuno, fingir que todo era normal, quizá volvería. Y al final volvió, y el ciclo empezó de nuevo.

Y ahora tengo el pecho más apretado que nunca desde aquella noche, encogido en mi armario mientras el piso de abajo explotaba en el tipo de gritos que hacían al perro esconderse debajo del porche. Me tiemblan las manos, como si estuviera en abstinencia de algo a lo que no sabía que era adicto.

Ese algo siendo la negación, aparentemente.

Te está dando un ataque de pánico en un pasillo. Así se lidera, ¿no?

Me levanto del suelo usando la pared como muleta, y de repente necesito encontrar a alguien —Schmidt, Cooper, literalmente cualquiera con un tronco encefálico funcional y cuerdas vocales operativas— que me diga que Morgan se equivoca y que simplemente está resentida por... ¿qué exactamente?

¿Porque me quedé congelado mientras Galloway se la follaba con los ojos?

¿Porque mis compañeros tratan su vestuario como su propio club de comedia?

¿Porque demostré la madurez emocional de un pez dorado?

La rabia defensiva dura exactamente tres latidos antes de cuajarse en algo peor. Porque debajo de ella, sus palabras ya han hecho metástasis, extendiéndose por mi sistema como tiende a hacer la verdad cuando llevas dos décadas evitándola.

Hace tres veranos, la última vez que estuvimos solos.

Mis pies me llevan de vuelta a la sala de estudio del equipo en piloto automático, la memoria muscular navegando mientras mi cerebro intenta calcular la evaluación de daños. Schmidt levanta la vista de sus apuntes codificados por colores cuando entro a trompicones, con toda la pinta de haber vuelto de cuatro años de guerra.

Schmidt es el tipo de persona que prepara sus comidas los domingos, tiene una aplicación de meditación con una racha de cuarenta y siete días, y realmente lee los términos y condiciones. Y su expresión pasa de concentración a algo que nunca he visto dirigido a mí: decepción.

No del tipo furioso.

Del tipo cansado.

Del tipo que dice que llevaba esperando esto y desearía haberse equivocado.

—Pareces un cadáver —dice, con una voz más plana que un bicho en la carretera.

Necesito que me diga que Morgan está loca.

Necesito validación envuelta en lealtad de hermanos.

—He tenido una charla animada con la capitana Riley —anuncio, mi voz rebotando contra las paredes como si intentara llenar el Madison Square Garden—. Todo es tan jodidamente serio con ella. Nadie tiene permiso para sonreír. Es como... joder, estamos jugando un partido, no haciendo una cirugía a corazón abierto.

El bolígrafo de Schmidt detiene su recorrido meticuloso por sus apuntes. Me observa con esos ojos que nunca parecen parpadear a intervalos humanos normales, y casi puedo sentir los engranajes girando en su cabeza, calculando cuánto quiere decir.

—Es como lo de ayer —sigo atropellando, incómodo con el silencio—. Sí, perdimos, pero todos actúan como si alguien hubiera muerto. Necesitamos relajarnos. Dejar de darle tantas vueltas a todo. Divertirnos ahí fuera. Recordar por qué empezamos a jugar, antes de que todo se volviera tan jodidamente serio.

Unos segundos de silencio, y después Schmidt suspira.

—No creo que se equivoque...

Cinco palabras que golpean como una combinación que no vi venir: jab, jab, cruzado, uppercut, buenas noches.

—¿Qué? —Mi voz se quiebra como si tuviera trece años.

—Necesitamos un capitán, Rook. —Schmidt empieza a guardar sus cosas, deslizándose meticulosamente cada cuaderno codificado por colores en su compartimento asignado como si estuviera operando

—. Mike habría sentado a Kellerman por la mierda que hizo en el segundo periodo.

—Eso no es verdad... —empiezo, pero ya se ha puesto de pie.

—Sí lo es —dice, y por primera vez desde que lo conozco, Erik Schmidt suena genuinamente triste—. Y los dos lo sabemos.

—Yo...

Se detiene en la puerta, una mano en el marco, y me corta.

—¿Sabes qué es lo peor? Eres un portero increíble. De élite, incluso. Pero eres un capitán de mierda, porque estás tan ocupado siendo el amigo de todos que olvidaste que ya tenemos amigos. Lo que necesitamos es alguien que nos haga mejores.

Después se cuelga la mochila al hombro y se va.

Me quedo sentado, mirando la puerta como si fuera a disculparse por lo que acaba de pasar. Y, al cerrar los ojos, la frase de Schmidt se extiende por mi cerebro como tinta derramada sobre una alfombra, manchando todo lo que toca, imposible de limpiar.

No creo que se equivoque...

El partido de anoche vuelve con claridad de IMAX. Estar en el vestuario veinte minutos después de que la cagada de Kellerman nos costara el partido, Kellerman hundido en su taquilla, prácticamente vibrando de ansiedad, esperando que cayera el hacha, y veinte pares de ojos esperando a que yo lo abordara.

¿Y qué hizo el capitán Fitzgerald?

Hizo un chiste. Evitó el momento tenso. Ignoró la oportunidad de enseñar.

Esto no es un incidente aislado.

Esta es toda mi filosofía de liderazgo.

Rebusco en el archivo mental de entrenamientos recientes, reuniones de equipo y momentos cruciales en los que se requería capitanía de verdad. Momentos en los que arreglar la mierda que está rota habría exigido confrontación real, momentos tensos, o esos silencios que incomodan a todos.

Y cada una de esas veces, elegí la risa fácil en lugar de la conversación difícil.

Cada vez, decidí ser la mascota del equipo en lugar de su capitán.

Contrasto esos recuerdos con los de ver al equipo de Morgan. Cada jugadora sabiendo exactamente dónde estar, cuándo rotar y cómo apoyar a las demás. Sin confusión ni jugadas de héroe. Solo hockey puro, destilado, nacido de una capitana que exige excelencia y no acepta menos.

La siguen a la batalla porque se lo ha ganado con competencia, no con comedia. Confían en ella porque les exige responsabilidad, no porque las deja escapar con un guiño y una sonrisa. Están ganando gracias a su liderazgo, no a pesar de él.

Mi equipo tiene equipamiento que cuesta más que el coche de la mayoría de la gente. Todo personalizado, desde patines moldeados a nuestros pies con algún proceso de la NASA hasta palos que son básicamente varitas mágicas de fibra de carbono. Nuestra sala de recreo tiene sillones de cuero y un sistema de sonido capaz de reventarte los tímpanos.

Cuando no está inundada, claro.

Su equipo tiene camisetas con números planchados que se despegan por las esquinas, equipamiento sostenido con rezos, cinta americana y puro rencor, y un vestuario que antes era un armario de almacenamiento y todavía huele como tal. Y están jugando mejor hockey que nosotros, porque ella es mejor capitana que yo.

No —porque ella es una capitana de verdad y yo soy solo un chiste andante que lleva una letra que no merece.

Lo peor es que no puedo ni fingir que se equivoca. Caló todo mi número en unos treinta segundos, arrancó las capas de evasión y distracción para encontrar al crío aterrorizado que hay debajo, ese que tiene tanto miedo del conflicto que prefiere ver arder todo antes que tener una conversación incómoda.

Pero esto no se trata solo de ser un capitán de mierda o de perder partidos o de decepcionar al entrenador Pearson o de cagarse en el legado de Maine y Mike. Se trata del fallo fundamental que tengo en el núcleo, porque ahora me doy cuenta de que mi fracaso con Morgan hace tres años y mi fracaso como capitán no son asuntos separados.

Son la misma puta herida, supurando durante dos décadas.

Me obligo a mirar de verdad aquella noche. No el montaje del director que he estado proyectando en mi cabeza durante tres años —ese en el que soy el pícaro encantador que mantiene las cosas informales y ella es la chica que no pudo con eso— sino la versión documental que nadie quiere ver.

Estrellas esparcidas por un cielo de terciopelo negro. Arena todavía tibia del sol del día. La cara de Morgan, iluminada por la luna y las luces lejanas del paseo marítimo, mirándome con una expresión tan abierta que debería haber venido con una etiqueta de advertencia: manejar con extremo cuidado.

"¿Y qué pasa cuando el campamento termine?", preguntó, con la voz suave. "Con lo nuestro."

El silencio que siguió no pudo haber durado más de tres segundos, pero en mi memoria se estira como un chicle. Son tres segundos de potencial en los que podría haber dicho algo real, como que yo también tenía miedo y que no sabía qué vendría después pero que quería descubrirlo.

En vez de eso, entré en pánico como si la casa estuviera en llamas y yo fuera el único que oía la alarma de humo.

Los chistes salieron a borbotones, cada palabra un cuchillito, y seguí lanzándolos, viendo cómo su cara echaba el cierre en tiempo real, viendo cómo algo precioso e irremplazable hacía las maletas y se marchaba para siempre. Porque eso es lo que hago. Soy un equipo de descontaminación emocional, conteniendo sentimientos peligrosos antes de que puedan propagarse.

Cada palabra una bala.

Cada chiste una traición.

Su cara pasando de abierta a cerrada a vacía.

Como ver en cámara rápida cómo muere una flor.

No reaccionó de forma exagerada. No me malinterpretó.

Vio exactamente lo que era: un cobarde disfrazado de payaso.

Dios santo, no solo la perdí. Le enseñé que confiar en la gente — confiar en mí— era el peor error que podía cometer.

El silencio de la sala de estudio ya no se siente vacío. Se siente lleno de cada conversación seria que he esquivado, cada oportunidad de enseñar que he desviado con humor, y cada

posibilidad de conexión real que he asesinado con un remate a tiempo.

Mi teléfono vibra. Probablemente sea alguno de los chicos preguntándose dónde estoy, por qué no estoy en la fiesta que alguien estará montando para fingir que no acabamos de hacer el ridículo en nuestra propia pista. La fiesta donde debería estar ahora mismo, centro de atención, con tres cervezas encima y a cinco chistes de conseguir que todos olviden que nos estamos desmoronando.

Pero no puedo obligarme a levantarme y salir ahí fuera y representar el papel de Rook el Bufón, el Rook de todo-va-bien-la-próxima-los-pillamos, la encarnación humana de la positividad tóxica. Porque Morgan acaba de dinamitar veinte años de mierda cuidadosamente construida, y estoy sentado entre los escombros.

Lo peor es que tenía razón en todo.

Soy un bufón que baila para la diversión de un depredador. Lidero un equipo de imbéciles privilegiados que nunca han enfrentado una consecuencia que yo no convirtiera en chiste. Destruí lo que teníamos porque me daba demasiado miedo ser real durante cinco putos minutos. Y lo sigo haciendo ahora, completamente alérgico a ser genuino como capitán y como hombre.

¿Y qué coño hago ahora?

La pregunta cuelga en la sala vacía como un desafío que no estoy listo para aceptar. Porque ¿cómo arreglas algo que se rompió cuando tenías siete años, escuchando platos hacerse añicos en el piso de abajo? ¿Cómo aprendes a ser serio cuando toda tu estrategia de supervivencia está construida sobre asegurarte de que nada se ponga serio o silencioso?

No tengo respuestas.

Pero sí tengo silencio, por primera vez en años, pesado y asfixiante y exactamente lo que merezco. Afuera, la vida del campus continúa —risas, música, los sonidos normales de gente a la que no le acaban de exponer toda su identidad— pero de repente me siento a la deriva, desconectado de todo.

Como si hubiera estado jugando en la posición equivocada toda mi puta vida.

GANÉ, entonces ¿por qué me sigo sintiendo como la mierda?

El aire de la mañana tiene dientes, mordiendo la piel expuesta por encima del cuello de mi chaqueta, mientras mis pasos crean una cadencia militar sobre el ladrillo, precisa y controlada como me he entrenado para ser. Mientras camino, cada aliento forma una pequeña nube que se disipa al instante, como cada conexión que he logrado evitar.

Esto es control.

Esto es soledad.

Anoche le practiqué una cirugía a la psique de James sin anestesia. Le retiré cada capa, expuse cada patético mecanismo de defensa, cada chiste desesperado que ha empuñado como armadura. Y ese momento final —aprendí la lección sobre eso hace tres veranos— fue el tiro de gracia.

La expresión en su cara. Dios, esa expresión. Fue como ver a alguien darse cuenta de que ha estado respirando mal toda su vida. Su boca se abrió, luego se cerró, y por una vez en su maldita vida, James no tuvo nada que decir.

Y el silencio —ese silencio hermoso y terrible— se extendió entre nosotros como un cañón que ninguno de los dos podía cruzar. Vi sus ojos recorrer la confusión, el reconocimiento, y luego algo peor que la ira: comprensión.

Finalmente vio lo que yo vi hace tres años: que era exactamente el cobarde que siempre supe que era. Mientras lo pienso, mi columna se endereza con la postura que mi Madre me inculcó.

Adueñate de tus emociones, Morgan, decía siempre. Adueñate de tu espacio.

Y mientras cruzo el campus hacia la cafetería, hago lo posible por obedecerla.

A pesar del frío, Pine Barren University encargó su clima del mismo catálogo del que saca su material promocional: una mañana de otoño absurdamente perfecta, con luz dorada filtrándose entre hojas que parecen pintadas una por una.

Los estudiantes están desparramados por la explanada en grupos, disfrutando del sol. Algunos estudian, otros simplemente están ahí, pero todos están aquí para estar con otros. Y aquí estoy yo, la loba solitaria, caminando sola, sin duda emitiendo mi habitual vibra de «que-te-jodan-y-ni-se-te-ocurra-acercarte».

Una pareja pasa a mi lado, pegados por la cadera como si compitieran en una carrera de tres piernas en la que nadie les pidió que participaran. Ella lleva la camiseta de baloncesto de él, algo tierno y casualmente posesivo a la vez, y la mano de él reclama el bolsillo trasero de ella con la desesperación de alguien que teme que se le escape volando si la suelta.

—Un burrito de desayuno tiene huevos —insiste ella, con una indignación fingida que le ilumina la voz—. Los huevos son literalmente lo más «desayuno» que se ha inventado en la historia.

—Pero están envueltos en una tortilla —contraataca él, atrayéndola cuando ella finge escapar—. Eso los convierte en almuerzo. Es ciencia.

Idiotas... mi mente intenta sonar convincente mientras se pierden fuera de mi alcance auditivo. Están borrachos de intimidad, pero en tres semanas uno de los dos desaparecerá del mapa después de un susto de embarazo, o para irse a un programa de intercambio, o simplemente porque llegará el martes y se aburrirán.

Mientras intento convencerme de que estoy exactamente donde quiero, haciendo exactamente lo que quiero, el edificio de artes liberales se alza frente a mí, todo pretensión gótica y gárgolas

innecesarias. Doblo la esquina, catalogando la batalla de hoy: inventario de equipamiento donde descubriré qué más se ha «tomado prestado» el equipo masculino...

Entonces los colores de los Devils me detienen en seco.

Mi cuerpo reacciona antes de que mi cerebro procese la amenaza, y puro instinto me empuja de vuelta a la sombra de un arco de piedra. Porque ahí, justo ahí, James y algunos de los chicos de hockey están sentados en el muro bajo que bordea el pretencioso jardín de meditación del edificio de filosofía.

Todos hablan, pero alguien ha reemplazado a James con una versión desinflada de sí mismo. Esos hombros que normalmente se expanden ocupando todo el espacio se han desplomado hacia dentro. Sus manos perpetuamente en movimiento —siempre tamborileando, o dirigiendo orquestas invisibles— descansan quietas sobre su regazo. Mira a la nada, presente pero no del todo.

La satisfacción me atraviesa. Ahí está lo que realmente eres sin tu número de circo, pienso.

Porque esto es asumir las consecuencias, una representación visual de lo que pasa cuando alguien finalmente se niega a reírse de tus evasivas y no acepta la mierda que les echas encima a los demás desde una posición de privilegio. Y si tiene que quedarse ahí sentado un rato, bueno... le hará bien.

Quizá necesite aprender a funcionar sin rueditas emocionales.

Una parte de mí quiere pasar caminando justo por delante de ellos —de él— pero mis piernas se quedan congeladas. Porque aquí, entre las sombras, observando, por fin puedo confirmar mi hipótesis: que debajo de la energía maníaca y el espectáculo, hay un niño asustado que nunca aprendió a hablar sin convertirlo en un remate.

Pero también hay datos que no cuadran.

Erik Schmidt está sentado a su lado, lo suficientemente cerca como para que sus hombros casi se toquen. Sin hablar, porque Schmidt trata las palabras como acciones bursátiles: las acumula para obtener el máximo rendimiento. Pero su presencia es intencional. Lee lo que parece un libro de texto de economía, pero sus ojos no se han movido ni una vez por la página.

Está montando guardia y sosteniendo a James al mismo tiempo.

Al otro lado, Leo Cooper replica la misma posición. El genio de la química que una vez le dijo a un periodista que la interacción humana era «un uso ineficiente de recursos cognitivos» se ha plantado ahí. Su libro de química permanece cerrado: un hombre que trata el tiempo de estudio como una misa eligiendo la proximidad por encima de la productividad.

Un grupo de otros jugadores mantiene un perímetro suelto, orbitando a su alrededor, manteniendo la atracción gravitacional incluso mientras su luz se atenúa. Se lanzan un balón de fútbol americano en arcos perezosos, y veo a Ben Kellerman atrapar un pase tambaleante y empezar a celebrar, hasta que se acuerda y reduce su entusiasmo al volumen de biblioteca.

La satisfacción dentro de mí se agria.

Porque no lo han abandonado.

Incluso roto, incluso despojado de su valor como entretenimiento, están aquí, con él, porque sí que les importa, joder. La cagó y lo hicieron pedazos por ser exactamente el cobarde que yo sabía que era, y ahora está rodeado de gente que elige quedarse a su lado de todos modos.

¿Cuándo fue la última vez que alguien se quedó a mi lado cuando yo estaba sufriendo?

La respuesta cae con fuerza.

Nunca, interviene mi mente. Porque nunca has dejado que nadie te vea sangrar.

De repente furiosa por el giro en mi estado de ánimo, por que la imagen de la devastación de James se haya convertido en dudas sobre mí misma, giro bruscamente. La coleta me golpea la mejilla mientras camino hacia la cafetería del campus con una agresividad deliberada que hace que los novatos se dispersen.

Pero la imagen me sigue.

El bufón roto y su corte leal.

La cafetería es una sobrecarga sensorial: el siseo violento de la máquina de espresso, el entusiasmo abrumador de la barista, y estudiantes abarrotando cada rincón, cuya mayor preocupación es si su auxiliar de Filosofía les redondeará el 89.4 a un A menos.

—¡Buenos días! ¿Qué te pongo? —La etiqueta de la barista dice Madison! con un corazón en lugar del punto sobre la i, porque por supuesto que sí.

—Café solo —digo, con la voz cortante—. El tamaño más grande que la ley te permita servir.

—¡Venti entonces! —Rebota de mi tono como esos payasos inflables que siempre vuelven a levantarse—. ¿Un nombre para el pedido?

Casi digo Morgan, pero lo que sale es:

—Morgue.

Si me queda el nombre, ¿no?

Su marcador se congela en el aire.

—Perdona, ¿puedes...?

—Morgue —repito—. Como donde guardan los cadáveres.

Hay que reconocerle a Madison que solo se detiene un instante antes de garabatearlo en el vaso.

—Enseguida te lo tengo. Qué nombre más brutal, por cierto. Muy Wednesday Addams.

Eso... la verdad no está nada mal.

Cuando anuncia «¡Venti solo para Morgue!» con la confianza de alguien presentando al próximo campeón de los pesos pesados, agarro mi vaso y escapo a las mesas de afuera, de repente cohibida porque hay un montón de gente buscando con los ojos a la chica del nombre raro.

Hay una mesa en la esquina, parcialmente oculta por una planta que ha renunciado a la vida. Me siento profundamente identificada, así que la reclamo, envolviendo mis manos alrededor del vaso de cartón como si fuera un salvavidas. El calor quema a través del cartón, demasiado caliente para beber, pero me gusta que el dolor sea cuantificable y real.

En la mesa de al lado, un grupo de chicas estalla en carcajadas por algo en el teléfono de alguien. Una —rubia, con una sudadera de PBU Hockey que definitivamente empezó la noche en la habitación de algún jugador— se desploma contra el hombro de su amiga. Se tocan constantemente, inconscientemente: una mano en un antebrazo, una cabeza contra un hombro.

Intimidad casual, tan natural como respirar.

—¿Viste su cara? —una de ellas logra decir entre risas—. ¡Como si le hubieran dicho que Santa Claus no existe!

—Para —su amiga apenas puede hablar, limpiándose las lágrimas mientras se ríe—. No puedo respirar.

Probablemente hablan del fracaso épico de algún chico de fraternidad en una fiesta anoche. Nada que importe, o eso intento decirme. Pero la forma en que se inclinan la una hacia la otra, creando su propia gravedad, eso sí importa. La rubia estira la mano para robarle el croissant a su amiga sin pedir permiso, y la amiga simplemente acerca más su plato.

¿Cuándo fue la última vez que alguien me tocó sin un cálculo detrás?

No choques de guantes después de goles ni apretones de manos profesionales. Contacto real. Del que dice elijo estar cerca sin razón estratégica, del que me dice que otra persona considera mi compañía agradable y digna de invertir tiempo más allá de lo que obtiene de mí.

El café se ha enfriado lo suficiente para beberlo, pero ahora sabe a arrepentimiento líquido.

Esto es la victoria, aparentemente. Destruí a James Fitzgerald, pero no terminé el trabajo. Porque ya sus compañeros de equipo lo atraparon en una red gigante de apoyo y lo mantienen suspendido en su sitio hasta que sea lo suficientemente fuerte para salir trepando y volver a caminar.

Mi equipo me respeta. Me teme, probablemente. Ejecutan las jugadas con precisión militar y nunca cuestionan mis decisiones. Trabajan conmigo porque les beneficia. Pero ¿se sentarían conmigo si yo no pudiera funcionar? ¿Formarían círculos protectores si apareciera rota?

Mills lo intentaría. Es leal como la que más, y se quedaría ahí parada, cambiando el peso nerviosamente de un pie a otro, queriendo ayudar pero sin tener un plano para hacerlo. Porque las he entrenado —las he entrenado a todas, he entrenado a todo el mundo— para que crean que Morgan Riley es un ecosistema autosuficiente.

Mientras mi mente da vueltas, veo a la rubia mostrarles a sus amigas un video de algo. Se inclinan hacia delante, formando un círculo que excluye al mundo sin malicia. Una le arregla casualmente el rímel corrido a otra sin que se lo pidan, y el pequeño gesto aterrizza como metralla.

James es un cobarde. Un profesional de la evasión y un toro certificado en la cristalería emocional. Pero también está rodeado de gente que presencia su peor momento y se queda. Y yo estoy aquí, sola, con café enfriándose y la silla vacía frente a mí que bien podría tener un letrero de neón:

«Espacio Intencionalmente Dejado Vacante.»

Me trago el café de un solo trago amargo que quema todo el camino de bajada.

Y justo un segundo antes de que me levante para irme, el grupo de chicas que he estado observando se dispersa. La rubia grita «¡Te quiero, perra!» al irse, y el resto del grupo responde con casuales «¡Yo también te quiero!» y «¡Escríbeme cuando llegues!».

Es conexión, calidez.

Y aquí estoy yo, fría y sola.

Muerta por dentro.

La Morgue.

Tiro los restos de mi café a la basura y me dirijo a casa, donde mi apartamento me recibe con un silencio perfecto, todo exactamente como lo dejé. Las llaves en el plato de cerámica junto a la puerta, los zapatos en el estante organizados por función, las encimeras de la cocina despejadas y una sola taza secándose sobre un paño de cocina.

Como siempre, no hay compañera de piso que interrumpa el orden con caos y no recibiré visitas sorpresa. Diablos, no hay nadie que se diera cuenta si no vuelvo a casa. Todos en mi edificio probablemente necesitarían una semana para notar que he desaparecido, y mis jugadoras solo lo notarían porque falté a un entrenamiento.

Me quedo de pie en mi sala y escucho el silencio que solía sonar como seguridad y control. Pero ahora suena exactamente como lo

que es: la ausencia de todo lo que hace que valga la pena aguantar el ruido, una soledad total y aplastante que no da tregua.

Esto es lo que tres años de defensa perfecta me han ganado.

Una posición impenetrable sin nada adentro que valga la pena proteger.

Una fortaleza tan segura que no hay nada vivo dentro.

Una trampa de la que no puedo escapar.

dieciséis

ROOK

CADA CHIRRIDO de mis zapatillas sobre el suelo de mármol resuena por el vestíbulo del complejo deportivo como una acusación. El sonido rebota en el techo abovedado, se multiplica en el espacio hueco bajo los banderines de campeonato y vuelve para burlarse de mí.

¿Y a qué suena?

Eres un bufón, Fitzgerald. Un bufón de corte para un acosador.

Las palabras de Morgan de hace una semana se han instalado de forma permanente en mi cerebro, reproduciéndose en bucle como la peor playlist de Spotify del mundo. Las oigo en todas partes, todo el tiempo, incluso cuando hay silencio. Lo peor es que dio en el clavo, y desde entonces mi confianza no ha parado de desangrarse.

Hemos perdido dos partidos desde que me destrozó en aquel pasillo, y ambos fueron el tipo de desastres chapuceros e indisciplinados que acaban en los resúmenes de ESPN por las peores razones. Y yo he sido el peor de todos, dejando entrar goles que normalmente evitaría sin esfuerzo.

Mientras tanto, su equipo ha encadenado dos victorias a base de pura determinación y ejecución de manual. La única sorpresa es que su rendimiento también ha bajado un poco, pero sus partidos flojos han sido más que compensados por la disciplina y el esfuerzo de sus compañeras.

El contraste me hace rechinar los dientes.

He sido un fantasma rondando a mi propio equipo.

En los entrenamientos, cumplo el trámite, con la voz hueca cuando canto las jugadas. El disco suena diferente al golpear mi guante, más apagado de algún modo, como si hasta el equipamiento supiera que estoy en piloto automático. En el vestuario, mis chistes caen en saco roto, y los chicos no paran de mirarme con una mezcla de incertidumbre y preocupación.

Pero lo que me destroza es esto: no se han largado.

Schmidt aparece en mi apartamento cada mañana con un café solo. El vaso siempre está un poco demasiado caliente, justo como sabe que lo odio, porque significa que tengo que esperar, que tengo que frenar. Simplemente lo deja y se va, creando una burbuja de normalidad que no merezco.

Leo me arrastra a la biblioteca cada noche y no dice una palabra cuando llevo veinte minutos mirando el mismo párrafo de sociología. Simplemente se sienta ahí, con su subrayador chirriando sobre las páginas satinadas del libro de texto en un ritmo que sería casi meditativo si mi mente no fuera todo acelerador y nada de freno.

Hasta Kellerman, siempre ansioso y desesperado por aprobación como un golden retriever en forma humana, ha estado dejando PowerBars en mi bolsa de equipo. Siempre son las de mantequilla de cacahuete con chocolate que saben a cartón, pero incluye estas notitas.

«¡Tú puedes, Capi!» fue la especial de hoy.

Soy un desastre, pero soy un desastre con red de apoyo, y lo agradezco.

Lo que me hace pensar en Morgan. ¿Cuándo fue la última vez que alguien le dejó un café? ¿Cuándo fue la última vez que alguien simplemente... se sentó con ella mientras estudiaba? ¿Quién es su Schmidt? ¿Su Leo? ¿Su Kellerman demasiado entusiasta? ¿Quién la levanta cuando cae?

¿Acaso se viene abajo alguna vez?

El pensamiento me sigue mientras cruzo el vestíbulo, esquivando a un grupo de jugadores de baloncesto. Están discutiendo sobre algo que implica muchos gestos y la palabra «bro» desplegada como

signo de puntuación. Solo he venido a recoger los papeles de viaje de la oficina administrativa, entrar y salir, y...

Una foto de campeonato me llama la atención desde el Muro de la Fama. Ahí estoy yo, junto a Mike, que sostiene el trofeo en alto. Tengo una sonrisa enorme cruzándome la cara, el pelo pegado a la cabeza por el sudor y el champán, y el brazo de Maine colgado sobre mis hombros.

Ese tipo parece invencible, mientras que yo me siento un fracaso y un impostor.

Sacudo la cabeza y retomo el paso, cuando un movimiento me detiene en seco.

Son ellos.

Galloway y Morgan.

Están dentro de una de las salas de reuniones con paredes de cristal del ala administrativa de deportes. Eso en sí no es nada inusual, pero Galloway la tiene acorralada contra el marco de la puerta, usando su cuerpo como un muro entre ella y la libertad.

Está demasiado cerca, a una distancia calculada, técnicamente profesional pero perturbadora de cojones. Su barriga tira del polo como si intentara fugarse, y hasta desde aquí puedo ver las manchas de sudor bajo sus axilas.

Morgan está de pie con la espalda tan recta que podría dar clases de postura. Lleva la coleta tirante hasta hacerse un estiramiento facial, y la mandíbula apretada hasta partirse las muelas. Todo en ella irradia una energía de apártate-de-mí-de-una-puta-vez.

Pero no puede decirlo y no puede irse, porque él controla su tiempo en el hielo, su presupuesto de equipamiento y la existencia entera de su programa. O sea, claro, podría quejarse ante la administración de la universidad, pero las mujeres que denuncian a depredadores sexuales en campus universitarios no tienen precisamente un historial de éxito.

Y la destrozaría a ella y a su equipo.

La voz de Galloway llega hasta el vestíbulo, ese retumbar condescendiente que suena como si la decepción y la superioridad hubieran tenido un hijo.

—Solo te digo, Morgan, que tu enfoque es un poco agresivo para los patrocinadores. Esperan cierta... calidez de nuestras chicas — dice.

La palabra *calidez* carga con una connotación tan pesada que podría acabar guerras, mientras que *nuestras chicas* le sale de la boca como si estuviera describiendo a otra especie. Las dos cosas me ponen los pelos de punta, igual que en el vestuario, cuando le clavó la mirada mientras ella no llevaba más que una toalla.

Cuando tú no dijiste nada... me recuerda mi mente, tan servicial ella.

Continúa, claramente entrando en calor con su tema:

—Francamente, no veo el compromiso ni los resultados en el hielo que justifiquen un aumento de presupuesto ahora mismo, Morgan. Unas cuantas victorias está bien, pero quizá si fueras un poco más... amable... podríamos llegar a algún tipo de acuerdo...

Su mano sube para darle una palmadita en el brazo, y su pulgar traza un roce lento y deliberado a lo largo de su antebrazo desnudo, piel con piel, el tipo de contacto diseñado para recordarle quién tiene el poder aquí. Al verlo, mis manos se cierran en puños, los nudillos crujiendo como hielo bajo presión.

Pero la cara de Morgan no cambia.

Ni un parpadeo.

Pero aún hay señales. Sutiles. Se ha vuelto tan buena haciéndose de mármol que incluso yo, que la he estado observando como si fuera vídeo de partidos que necesito memorizar, casi me pierdo cómo su respiración se vuelve superficial o cómo sus dedos se curvan ligeramente contra su muslo.

Está atrapada. Por su posición, por su poder, y por todo el puto sistema que dice que tiene que quedarse ahí y aguantarlo porque montar una escena sería «poco profesional» y «difícil» y toda la demás mierda codificada que usan para mantener a las mujeres a raya.

Aunque me asesinó verbalmente hace días —joder, *porque* me asesinó verbalmente hace días—, algo violento y protector detona en mi pecho. No es solo atracción, aunque eso está ahí, zumbando bajo mi piel como una valla eléctrica.

Esto es otra cosa.

Una necesidad abrumadora de ponerme entre ella y él.

Porque nadie la toca así.

El pensamiento llega completamente formado, sin necesidad de montaje, y tengo que pararme físicamente para no cruzar el vestíbulo a la carrera como un corredor desquiciado. Pero entonces otro pensamiento se abre paso a empujones: *¿Quién más lo va a hacer?*

Pienso en esta mañana, el café demasiado caliente de Schmidt humeando sobre mi escritorio. Anoche, el arcoíris de subrayadores de Leo mientras estudiaba a mi lado. Las PowerBars de cartón de Kellerman. Hay un vestuario entero de tíos que todavía me cubren las espaldas, aunque soy un puto desastre y estamos perdiendo.

Tengo respaldo. Tengo una red.

Morgan tiene... a nadie.

Está ahí de pie, soportando la jugada de poder de Galloway sola, de la misma forma en que soporta todo lo demás. Dirige ese equipo sola, pelea cada batalla sola y celebra cada victoria sola. Hasta en el hielo, apenas celebra con su equipo, les da un gesto de cabeza y patina de vuelta a su posición mientras ellas chocan los cinco.

Mis instintos me gritan que cree una distracción. Que me ponga a cantar «Sweet Caroline» a pleno pulmón, o finja un ataque de tos repentino, o tire de la alarma de incendios y culpe a un novato. Lo que sea para romper esta escena horrible sin confrontación.

Pero la voz de Morgan del otro día corta el ruido mental.

Lo hiciste entonces y lo sigues haciendo ahora.

Es el momento. La oportunidad de demostrar que no soy el cobarde que ella diagnosticó con tanta precisión. Puedo salir corriendo y fingir que no lo he visto, o puedo desviar la atención con caos, soltar un chiste, seguir siendo el bufón favorito de Galloway y mantener mi cómoda vida intacta.

O.

Puedo ser el hombre en el que mi equipo sigue creyendo, incluso cuando no lo merezco. Puedo ser la persona que se pone en la esquina de otro. Puedo ser serio y estar presente por primera maldita vez en toda mi vida.

La decisión me golpea con la claridad de salir de una sauna y caer en un banco de nieve.

Fulminante, que te corta la respiración, y absolutamente innegable.

Porque intervenir significa quemar mi relación con Galloway. Significa renunciar a mi estatus de niño de oro, mi trato preferente y mi tarjeta de libre-de-mierda-administrativa. Significa elegirla a ella por encima de él, públicamente, de una forma que no se puede deshacer con un chiste y una disculpa.

Mis pies empiezan a moverse antes de que mi cerebro firme la decisión. Cada paso sobre el suelo de mármol se siente cargado de peso. Y, por primera vez en mi vida adulta, no recurro al caos ni hago ruido. Simplemente avanzo con intención callada, deliberada y arriesgada.

Me planto junto a Morgan, lo bastante cerca como para que mi hombro cree una barrera física entre ella y Galloway. No lo miro a él. La miro a ella, encontrando esos ojos que me persiguen desde aquel verano de hace tres años.

—Morgue —digo, manteniendo la voz firme y seria. Sin chistes. Sin actuación—. La entrenadora Walsh te está buscando. Ha dicho que era urgente.

La mentira es tan transparente que se puede leer a través de ella, pero no se trata de ser creíble. Se trata de darle una salida y elegir un bando. Y ella lo sabe, porque sus ojos se abren una fracción —por sorpresa, quizá, o incredulidad de que yo sea capaz de hacer algo útil sin convertirlo en un monólogo de comedia.

La mano de Galloway cae de su brazo.

—Fitzgerald —dice, con un filo capaz de grabar cristal—. La capitana Riley y yo estamos teniendo una conversación privada.

Ahora sí lo miro, y lo que sea que ve en mi cara le hace retroceder un poco. La calidez amistosa a la que está acostumbrado —la energía de querer agradar— ha desaparecido. En su lugar hay algo frío e inamovible, como si acabara de descubrir que llevo una navaja encima y por fin hubiera decidido sacarla.

—Parecía que habían terminado —digo.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros. Los dos sabemos que estoy trazando una línea en la arena con una puta excavadora, y estoy de pie en el mismo lado que Morgan. El lado sin poder, sin protección y sin la red de seguridad de su favoritismo.

La cara de Galloway recorre un ciclo de expresiones —sorpresa, confusión, furia— antes de asentarse en una sonrisa de político que es todo dientes y nada de calidez.

—Ya veo —dice, con las palabras cargadas con la realidad de puentes que no solo arden sino que explotan como si estuvieran en una película de Michael Bay—. Continuaremos esto luego, Morgan.

No es su nombre lo que me hace apretar la mandíbula, sino la promesa en su voz, la amenaza envuelta en cortesía profesional como una cuchilla en algodón de azúcar. Este hombre tiene tan programado ser un acosador que está dispuesto a quemar su programa de hockey hasta los cimientos antes que cambiar.

Se gira hacia mí, y su sonrisa se afila.

—Fitzgerald, te espero en mi despacho mañana a las ocho de la mañana para hablar de los recientes... problemas de rendimiento de tu equipo.

La amenaza y el subtexto son claros:

Elegiste mal, chico. Ahora vas a pagarlo.

Se aleja, sus mocasines caros repiqueteando contra el mármol en un ritmo que suena como una cuenta atrás hacia mi ejecución. Varias personas en el vestíbulo ya están mirando, ese instinto de curiosidad morbosa que le entra a la gente cuando percibe drama pero aún no sabe de qué va la cosa.

Morgan no se ha movido. Me mira como si acabara de violar alguna ley fundamental de la física al hacer algo útil sin socavarlo inmediatamente con un chiste de pedos. No sé si debería irme, o decir algo, o esperar hasta que ella se vaya y...

—Sígueme —dice, con la voz baja y controlada, sin revelar nada.

Oh, mierda. Segundo asalto.

diecisiete

MORGAN

TODO en mi mente acaba de detonar.

No es una explosión controlada, sino caótica y desordenada, porque cada dato que he recopilado sobre James Fitzgerald en los últimos tres años es de pronto inservible. Porque el hombre que acaba de incendiar su reputación de niño de oro por mí no encaja en ningún rincón de mi cuidadoso sistema de clasificación.

El pulso me martillea tan fuerte que lo siento en los dientes. El letrero rojo de SALIDA sobre una escalera de servicio me llama la atención... perfecto. Le agarro el brazo sin pensar, y el contacto golpea como voltaje puro, el primer toque voluntario en tres años trayendo de vuelta todo lo que mi mente intentó borrar.

El calor sólido de su antebrazo.

La forma en que sus músculos se tensan bajo mi agarre.

Sus manos en mi pelo en aquella playa.

Su boca contra mi garganta.

La forma en que me sostuvo como si fuera algo precioso, antes de destrozarme.

Lo arrastro por la puerta antes de que me fallen las rodillas, y la escalera nos traga en polvo y sombras. Una sola bombilla sobre nosotros arroja una luz cruda que convierte su rostro en algo tallado en piedra y secretos. El aire sabe a encierro, pero él huele a hogar.

Me giro bruscamente para encararlo.

—¿Qué pretendías demostrar con eso?

Las palabras salen aserradas mientras me preparo para la rutina de siempre: la sonrisa de mil vatios, la evasiva encantadora, o algún chiste estúpido que entregará con esa insoportable energía de sol eterno. Casi le suplico que me dé al bufón, porque eso lo entiendo, y eso puedo odiarlo.

Pero no lo hace.

Solo se queda ahí, con los hombros cuadrados como si estuviera a punto de recibir un golpe, y absorbe mi rabia sin un solo chiste defensivo. La energía maníaca que normalmente irradia de él ha sido reemplazada por algo que se parece peligrosamente al hombre que entreví durante dos semanas hace tres veranos.

Algo más callado y más firme.

—Galloway es un depredador —dice, simple y directo, sin actuación y sin remate—. Y lo siento.

Mi corazón se detiene.

—Por rociarte en el hielo... por el vestuario... por los chistes después de que Kellerman soltó la barra... por todo. —Su voz baja—. Por lo de antes.

Antes.

Una sola palabra, y me ahogo, con veintiuno y dieciocho años simultáneamente, de pie en esta escalera y sentada en el capó de aquella camioneta. La palabra carga con todo: las conversaciones a altas horas de la noche en las que de verdad escuchaba, su risa cuando yo hacía un chiste, la forma en que me besaba... y el momento en que todo se rompió.

—Debí haber hecho algo distinto hace tres años —dice, callado y sincero—. En vez de ser un cobarde.

La disculpa me derrumba.

Cada barrera cuidadosamente construida se desmorona hasta volverse polvo. Porque esto es él reconociendo de verdad que me hizo daño, que lo ve, y que le importa. Y, lo mejor de todo —¿lo peor de todo?—, lo dice en serio, porque el chico que siempre huye de la sinceridad está aquí parado desangrándola.

Me niego a llorar. Pero mis ojos me traicionan de todas formas. Y, de repente, toda la dureza y la soledad y la maldita puta fortaleza

que he tenido que mantener para protegerme y apoyar a los demás se fractura en un millón de pedazos. En su lugar hay algo que probablemente se parece mucho a la esperanza.

Que es lo más aterrador que podría mostrarle a James Fitzgerald.

Ve el momento exacto en que mi armadura falla. Lo veo dudar, luchando contra el impulso de hacer un chiste o salir corriendo, de reemplazar la seriedad y el silencio con ruido y movimiento. Pero entonces traga saliva, y se queda, y de pronto la carga que se ha estado acumulando entre nosotros durante semanas no tiene forma de descargarse y disiparse.

Da un paso más cerca.

Solo uno, pero cambia toda la física del espacio. La escalera se encoge. Puedo sentir el calor que irradia de su cuerpo. Puedo olerlo, el mismo aroma que alguna vez me hizo sentir segura. Mi respiración se vuelve superficial, pequeños sorbos rápidos de aire que no traen suficiente oxígeno.

O quizá es simplemente él, estando así de cerca.

Mi mirada cae a su boca.

El aire se enciende.

Y colisionamos.

Me lanzo hacia adelante en el momento exacto en que él alarga las manos hacia mí. Su mano me acuna la mandíbula, áspera por los callos de su palo, y cálida y lo bastante grande como para que sus dedos abarquen desde mi oreja hasta mi garganta. Su pulgar me acaricia el pómulo, solo una vez, de una ternura que duele.

Entonces su boca toma la mía.

Tres años de furia y deseo reprimidos explotan entre nosotros. Me hace retroceder hasta que el concreto frío golpea contra mi espalda. La sacudida, el frío repentino a través de mi camiseta fina contrastando con el calor de horno que irradia de él, me arranca un jadeo.

Se traga el sonido con un gemido que nace en su pecho.

Su otra mano encuentra mi cintura, los dedos abriéndose. Aprieta con fuerza antes de pegarme a él de un tirón. Cada centímetro de espacio desaparece. Lo siento todo: la pared sólida de su pecho

contra mis pechos, mis pezones endureciéndose hasta puntos casi dolorosos, el calor ardiendo a través de nuestra ropa.

Y —joder— la inconfundible dureza de su erección contra mí.

Está duro por mí, y esa simple validación biológica me dispara directo entre las piernas tan rápido que me mareo. Porque es la prueba física de que lo afecta tan violentamente como él me afecta a mí. Dios, mi ropa interior está completamente arruinada, y apenas hemos empezado lo que sea que esto sea.

El beso se profundiza en algo desesperado y consumidor. Su lengua se desliza dentro de mi boca, y su sabor me hace gemir —gemir de verdad, un sonido que negaré por siempre— y entonces estamos devorándonos, intentando consumir tres años de negación en un solo encuentro.

Mis manos, que habían estado aferradas a su camiseta, vuelan hacia arriba con agenda propia. Una se enreda en su pelo, esas hebras oscuras perpetuamente desordenadas que se sienten como seda entre mis dedos. Agarro con fuerza y de un tirón le llevo la cabeza a un mejor ángulo, tomando el control, mostrándole que no soy una receptora pasiva.

Emite un sonido contra mi boca, y entonces sus caderas ondulan hacia adelante, frotando su erección contra mí. Mi cuerpo responde sin permiso, mis caderas inclinándose para encontrarse con las suyas. La posición es incorrecta —es demasiado alto—, así que el ángulo no es el indicado, pero solo el intento hace que despegue su boca de la mía.

—Joder —jadea contra mi mandíbula, la palabra más oración que obscenidad—. Morgan.

Dice mi nombre —no Morgue, no Riley— como algo precioso.

Sus labios descienden por mi garganta, calientes y con la boca abierta. Echo la cabeza hacia atrás, el cráneo conectando contra el concreto, agradecida por el dolor sordo que me mantiene amarrada a la realidad. Cuando llega a la unión de mi cuello y mi hombro, muerde —no lo suficientemente fuerte como para romper la piel, pero sí lo suficiente para encender cada terminación nerviosa.

Me arqueo contra él con un sonido que está vergonzosamente cerca de ser un quejido, frotándome contra su muslo. Y entonces me

doy cuenta de que me estoy restregando contra su muslo en una escalera polvorienta como si nos hubiéramos escapado del baile de graduación. La costura de mis jeans roza mi clítoris con cada movimiento de mis caderas, y si sigue así—

No.

No me voy a venir en una escalera.

Tengo principios.

Aparentemente flexibles, considerando mi posición actual.

Pero... ¡principios!

Uso mi agarre en su pelo para arrastrar su boca de vuelta a la mía, tragándome su protesta. Nuestras lenguas se enredan, feroces y frenéticas. Su mano se desliza de mi cintura para agarrarme el trasero. Aprieta con fuerza y me levanta ligeramente, cambiando el ángulo, y de pronto su polla está presionada exactamente donde la necesito.

—Pensé en esto —confiesa contra mi boca, las palabras derramándose entre besos desesperados—. Cada puto día desde que te vi en esa reunión.

—Deja de hablar —jadeo, porque si sigue, si convierte esto en sentimientos en vez de furia, puede que de verdad me consuma.

Pero puede que mi cuerpo ya haya pasado el punto de fusión.

No hay suficiente agua en el mundo para enfriarme.

Mejor que evacúen el campus y llamen al equipo de materiales peligrosos.

Mis manos recorren la amplia extensión de sus hombros, sintiendo los músculos tensarse y moverse. La fuerza contenida ahí, el poder que se está guardando. Mi boca se abre más, tomándolo más profundo, nuestras lenguas deslizándose juntas en un ritmo que replica lo que nuestros cuerpos están desesperados por hacer.

Su mano continúa su camino hacia arriba, y cuando su pulgar roza la parte inferior de mi pecho a través de la camiseta, y—

La puerta sobre nosotros se abre de golpe.

Ambos nos congelamos.

Pasos resuenan escalera abajo: varios pares, pesados, acercándose.

Nos separamos de un salto como si nos hubiera dado una descarga. Mi cuerpo grita ante la pérdida de contacto, mientras él tropieza hacia atrás con el pecho agitado, y por una fracción de segundo solo nos miramos bajo la dura luz fluorescente. Sus pupilas están dilatadas, su boca hinchada donde lo mordí, y hay una marca oscureciéndose en su cuello.

Los pasos están quizá dos pisos arriba.

—Mierda —susurra, y me agarra la mano—. Vamos.

Abre de un tirón la puerta del tercer piso y me arrastra al otro lado. Estamos en otro pasillo —este misericordiosamente vacío— y todavía me tiene de la mano mientras medio corremos frente a puertas cerradas de aulas. Detrás de nosotros, la puerta de la escalera se abre de golpe otra vez, y puedo escuchar voces masculinas hablando.

—...le dije a Nash que revisara el cuarto de equipos...

Uno de sus compañeros de equipo. Buscándolo.

Rook me arrastra doblando una esquina, luego otra, hasta que estamos en un ala administrativa que nunca había visto. Conoce el campus mejor de lo que yo lo conoceré jamás, pero incluso eso tiene límites, porque cuando prueba una manija, está cerrada con llave. Otra. También cerrada. La tercera se abre, revelando un armario de suministros.

Nos metemos a trompicones, él cierra la puerta y enciende la luz, y cuando se gira para encararme, su expresión refleja lo que yo siento: horror absoluto por lo que acabamos de hacer y por casi ser descubiertos, mezclado con el reconocimiento innegable de lo que esto significa.

Ya no somos rivales, pero tampoco somos aliados.

Somos otra cosa.

Algo sin nombre y peligroso.

—Morgan —dice, mi nombre áspero e incierto en su boca, y es evidente que está luchando contra el impulso de besarme —de devorarme— otra vez.

—No lo hagas —digo, porque necesito que deje de mirarme como si fuera algo precioso que acaba de reencontrar, y como si ya estuviera planeando la próxima vez.

Porque no puede haber una próxima vez.

¿O sí?

Mi cuerpo es un cable vivo, cada terminación nerviosa chispeando y cantando. Y lo peor es que ahora sé lo que me he estado perdiendo. Tres años de control cuidadoso acaban de ser destruidos en segundos por un encuentro que fue una confesión entera escrita con lengua, dientes y manos desesperadas.

—No podemos... —empiezo, sin siquiera saber cómo terminar esa frase.

—Lo sé —dice de inmediato, aunque todavía puedo ver claramente su bulto.

—Esto no cambia nada —miento.

—Claro —me miente de vuelta.

Somos pésimos mentirosos, aparentemente.

Porque esto lo cambia todo.

—Esto nunca pasó —digo, con las palabras firmes a pesar del caos en mi pecho.

Me mira durante un largo momento. Entonces algo cambia en sus ojos —no exactamente acuerdo, sino entendimiento— porque ambos sabemos que esto no puede volver a pasar, pero que absolutamente va a pasar. Porque resistir esta fuerza es como enfrentar sola una superioridad numérica de cinco contra uno.

—Nunca pasó —repite.

Pero cuando alcanzo la manija de la puerta, su mano cubre la mía por solo un segundo. Su pulgar roza mis nudillos, y ese simple toque me manda directo de vuelta a desearlo. Lo cual es genial, porque aparentemente me ha convertido en alguien que se excita con tomarse de la mano.

—Morgan —dice mi nombre otra vez, más suave esta vez, una pregunta y una promesa y una disculpa comprimidas en dos sílabas.

Le sostengo la mirada, y lo que veo ahí me aterroriza más que las amenazas de Galloway o las luchas de mi equipo o cualquier enemigo externo. Veo la posibilidad de un futuro en el que la escalera y este armario de conserje no sean el final sino el comienzo, y es todo de lo que llevo tres años protegiéndome.

—Tengo que irme —susurro—. Pero ten cuidado, porque Galloway va a ir por ti ahora que me has ayudado...

Asiente, su mano deslizándose lejos de la mía, y la pérdida de contacto se siente como perder una extremidad. Pero antes de que pueda reconsiderarlo, me escabullo por la puerta, dejándolo ahí con un caso descomunal de bolas azules y mi sabor en sus labios y el secreto de lo que acabamos de hacer suspendido en el aire.

El pasillo es cegadoramente brillante después de la escalera en penumbras.

Normal. Ordinario.

Como si los últimos diez minutos no hubieran alterado fundamentalmente mi realidad.

Logro dar tres pasos antes de tener que detenerme, apoyando la palma contra la pared para sostenerme. Mis piernas tiemblan. Todo mi cuerpo tiembla. Todavía lo siento en todas partes: sus manos, su boca, el peso sólido de él presionándome contra esa pared.

Pero por más que me mienta, está claro que la guerra entre nosotros terminó, y una alianza secreta acaba de ser firmada de la manera más volátil imaginable.

Y no tengo absolutamente ninguna idea de qué viene después.

dieciocho

MORGAN

LA MESA coja de Pine Barren Bagels está intentando asesinarme.

Cada vez que desplazo el peso entre los dos codos que tengo apoyados sobre la mesa, esta se sacude hacia un lado con entusiasmo vengativo, amenazando con volcar el café negro directamente sobre mi regazo. La pata de metal se balancea contra el suelo irregular —clic-ras, clic-ras— como una cuenta regresiva hacia el desastre.

Y, sinceramente, a estas alturas sería un acto de misericordia, porque unas quemaduras de tercer grado me darían algo en lo que concentrarme aparte del hecho de que hace menos de doce horas tenía la lengua de James Fitzgerald dentro de mi boca y su polla presionada contra mi estómago, dura y—

La mesa se tambalea de nuevo, como si me advirtiera que pare.

Agarro la taza con ambas manos y la estabilizo como si estuviera desactivando una bomba. La cerámica me quema las palmas, pero no la suelto. Porque el dolor físico es simple y tiene sentido, a diferencia de la tormenta eléctrica que sigue crepitando bajo mi piel, enviando descargas aleatorias por mi sistema nervioso cada vez que recuerdo.

El local de desayunos más popular del campus está abarrotado con el caos del sábado por la mañana. Los estudiantes se agrupan alrededor de mesas diminutas, sus risas brillantes y despreocupadas.

La máquina de espresso silba cada treinta segundos, y alguien está tocando la guitarra acústica en el rincón.

La normalidad de todo esto se siente surrealista frente a la confusión que me arremolina por dentro.

La pareja de al lado comparte un bagel, dándose bocados el uno al otro con una ternura nauseabunda. Ella tiene queso crema en la nariz. Él se lo quita con un beso. Están protagonizando su propia película de Hallmark, y me dan ganas de inclinarme hacia ellos e informarles de que las relaciones de verdad son dolor.

¿Pero quizá yo quiero eso?

¿Lo quiero a él?

Mi cuerpo no deja de vibrar. Cada terminación nerviosa se siente expuesta y en carne viva. Todavía siento el fantasma de sus manos en mi cintura, esos dedos largos abarcándome las costillas. El calor de él por todas partes, abrumador, ahogándome en un deseo que creía haber matado con éxito hace tres años, después de que me machacara el corazón hasta hacerlo pedazos.

La campanilla sobre la puerta suena, y sé que es él antes de levantar la vista. Alguna parte primitiva de mi cerebro reconoce su presencia como un diapasón reconoce su frecuencia. Y cuando levanto la vista y lo localizo, tomo una bocanada brusca de aire, porque tiene un aspecto terrible.

No físicamente terrible. Físicamente, está como siempre: injustamente atractivo con unos vaqueros gastados y una sudadera de PBU Hockey, con el pelo haciendo esa cosa en la que parece no poder decidir hacia qué lado despeinarse. Objetivamente, sería un buen partido para cualquier chica del campus, sobre todo porque a la mayoría les parecería encantador su sentido del humor.

Pero hay algo diferente en la forma en que se mueve por el abarrotado local esta mañana. La energía frenética y cinética que suele irradiar ha sido sustituida por algo más callado, más cuidadoso, como si cargara algo frágil que pudiera romperse si lo alteran.

Está buscando la mesa que le prometí conseguirnos, y un segundo después nuestras miradas se cruzan a través del local. Durante una fracción de segundo, lo veo todo —el mismo deseo, y el

mismo qué-cojones-hemos-hecho que me carcome viva— pero entonces su rostro se vuelve deliberadamente neutro, y se dirige al mostrador.

Lo observo pedir. La barista —una alegre chica de segundo año con una coleta alta— intenta coquetear, inclinándose sobre el mostrador para ofrecerle una vista que requeriría un esfuerzo activo para evitar. Hace tres semanas, Rook se habría inclinado hacia ella, habría encendido ese carisma de mil vatios y probablemente se habría ido con su número de teléfono.

Pero hoy le dedica una sonrisa educada pero distante, con el cuerpo girado hacia otro lado, y no acepta la invitación a mirar por su escote. Ya no está actuando, y la imagen me desconcierta, porque es quizá lo más perturbador que he visto desde que llegué aquí.

Cuando tiene su café, James navega entre las mesas cargando una taza que definitivamente no es solo café negro —hay crema batida de por medio, posiblemente caramelo, y sin duda virutas de chocolate— y me queda claro que este hombre pide bebidas como un niño de cinco años suelto en Starbucks.

—Siéntate —digo, más brusca de lo que pretendía—. Antes de que derrames esa bomba de diabetes por todas partes.

Se sienta, y luego saca algo del bolsillo de su chaqueta, una bolsa de papel ya traslúcida de grasa.

—Te traje algo.

La miro con recelo.

—¿Qué es?

—Un donut glaseado. Ofrenda de paz. —Lo desliza por la mesa tambaleante—. O desayuno.

—¿Intentas engordarme? —La broma se me escapa antes de poder frenarla, un intento forzado de humor, una reacción a esta situación muy antinatural.

Se le abren los ojos de par en par.

—¡No! Dios, no. Estás... o sea, eres perfecta... no es que te esté mirando... solo quería decir...

—Rook. —Arranco un trozo de donut; el azúcar me cubre los dedos—. Relájate.

—Claro. Sí. —Parpadea, como si se estuviera recalibrando, y como si no estuviera acostumbrado a que yo haga bromas, lo cual es justo, porque yo tampoco.

—Gracias. —Le doy un mordisco—. Aunque lo que has pedido sugiere que tienes el paladar de un niño de cinco años.

—Se llama alegría, Morgan —me lanza esa sonrisa de un millón de vatios—. Deberías probarla alguna vez.

Una vez que la mesa se estabiliza —relativamente hablando— el silencio se vuelve asfixiante. Él estudia su monstruosidad de crema batida mientras yo termino el donut y luego me quedo mirando un arañazo en la madera que vagamente parece un rayo.

—Necesitamos reglas básicas —digo por fin, usando mi voz de capitana—. Nuestros equipos no pueden seguir chocando en las instalaciones compartidas.

Levanta la vista.

—Reglas básicas. Claro.

—Tiempos en el hielo separados. Mínima coincidencia. Máxima eficiencia. —Termino el donut y me lamo los dedos, y entonces lo pillo mirándome y me sonrojo.

—Morgan —dice, en un tono bajo y serio. Se pasa una mano por el pelo—. ¿Podemos hablar de verdad? ¿Sin esquivarlo todo con jerga de hockey?

—Esto es hablar.

—No, esto es tú fingiendo que no pasó nada y organizando agendas para asegurarte de que no vuelva a pasar.

—Porque no puede pasar —digo—. Lo sabes.

—Lo sé. —Su voz es ronca—. Pero no porque estuviera mal.

—Claro que estuvo mal —me burlo—. Estábamos alterados, y Galloway acababa de...

—Para. —Se inclina hacia delante, la mesa se tambalea. Su rodilla roza la mía bajo la mesa, y aun a través de la tela vaquera, el contacto quema—. Puedes procesarlo como necesites una vez que termine de hablar, pero necesito que escuches algo primero. Necesito explicarte lo de hace tres años... y por qué tenías razón al llamarme bufón...

La expresión de su cara está completamente despojada de sus máscaras habituales. Este es James sin la actuación. Es aterrador. Y es como si todo Pine Barren Bagels se detuviera también, la guitarra y la máquina de espresso callándose justo en el momento exacto en que me suelta la bomba.

—Vale —digo, con cautela, deseando que mis murallas siguieran en pie, cuando en realidad él las demolió ayer.

—Mis padres... —Se detiene, vuelve a empezar—. Deberían haberse divorciado después de que yo naciera. Pasan de gritos a días de silencio y vuelta a empezar. A veces también se pegan. Es horrible, pero al crecer, el silencio era peor. Era como vivir con una bomba, esperando a que alguien encendiera la mecha.

Sus manos envuelven la taza, y está claro que no ha terminado, así que guardo silencio.

—Descubrí que podía desactivar las cosas. Hacer un chiste, romper algo, crear el caos. Lo que fuera para interrumpir la cuenta atrás. Me convertí en el número de circo de la familia, y funcionó. — Levanta la vista, encontrándose con mis ojos—. Dejaban de pelearse para lidiar con cualquier desastre que yo hubiera creado, y yo mantenía la paz siendo el desastre.

Las piezas del rompecabezas de James Fitzgerald encajan de pronto.

—Se convirtió en mi configuración por defecto —continúa—. Cada vez que las cosas se quedaban en silencio o se ponían serias, mi cerebro gritaba «¡Peligro!» y la única solución que conocía era el caos. Porque descubrí que era mejor ser un payaso que esperar la explosión inevitable. Pero en algún momento del camino, dejó de ser solo con mis padres y simplemente se convirtió en lo que soy...

Cuando hace una pausa, me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración, y asiento para que continúe.

—Aquella noche en el campamento de verano... —Su voz se quiebra ligeramente—. Me preguntaste qué venía después, y fue la pregunta más aterradora que nadie me había hecho jamás. Porque los silencios y los momentos intensos contigo no se sentían como peligro, y en ese momento me estabas mirando como si yo valiera

algo, como si nosotros valiéramos algo, y quería decir que sí a todo. Pero mi cerebro... ya...

Se me cierra la garganta. El recuerdo de aquella noche, que he reproducido a través del filtro del dolor, se desplaza de repente, mostrándome un ángulo diferente. Me muestra a un chico —todavía un chico joven— abrumado por el momento y recurriendo a su programación por defecto. No es una excusa, ni es excusable, pero es lógico.

—Me vi a mí mismo destruirlo —dice, simplemente—. Y mientras tu cara cambiaba y te cerrabas, no podía parar. Era como estar atrapado fuera de mi propio cuerpo, gritándome a mí mismo que me callara, que fuera valiente, que fuera lo que tú merecías. Pero elegí la vía de escape por encima de las emociones, la profundidad y la felicidad en las que no confiaba.

El ruido de la cafetería vuelve a filtrarse —el vapor silbando, los estudiantes parloteando, alguien riendo tres mesas más allá— pero entre nosotros, de repente hay una burbuja de honestidad devastadora. Necesito todo mi autocontrol para no alargar la mano hacia la suya o darle un puñetazo en la cara... no estoy segura de cuál...

—Cuando vi a Galloway acorralarte —continúa—, fue la primera vez que elegí lo serio por encima de lo seguro. Sin chistes... sin distracciones... solo acción. Y después, en esa escalera, cuando me miraste... —Sacude la cabeza—. Y el beso... bueno... nunca imaginé que pasaría porque por fin hice algo bien.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, pesadas y reales. No está pidiendo perdón, solo está exponiendo las piezas rotas de sí mismo. Está claro que no espera nada de mí y no espera que el beso se convierta en algo más, pero está tendiendo una rama de olivo con la esperanza de que pueda reparar las cosas entre nosotros... ¿y quizá sanarme a mí?

—¿Quieres saber algo? —me oigo decir—. Tú no eras el único que funcionaba con un guion defectuoso.

Levanta la cabeza de golpe.

—En mi tercer año de preparatoria. Mi mejor amiga, Caitlin. Éramos inseparables, cocapitanas, planeando juntas todo nuestro

futuro —digo—. Destruyó mi reputación sistemáticamente para robarme la capitanía, usando cada secreto que le había confiado como munición.

Se le abren los ojos de par en par.

—Dios, Morgan.

—Estaba celosa de la atención que recibía de los reclutadores universitarios, así que eliminó la amenaza. —Me obligo a mirarlo a los ojos—. Debería haber tenido el billete dorado a cualquier universidad que quisiera, pero en vez de eso pasé el último año como una apestada, y tuve que abrirme camino desde la División 3.

La comprensión se enciende en sus ojos.

—Aprendiste que la confianza era un lujo que no te podías permitir.

Asiento.

—Entonces te conocí en aquel campamento de verano. Durante dos semanas, me hiciste sentir normal. Como si quizá Caitlin fuese la excepción, no la regla. —Se me quiebra la voz—. Y entonces lo convertiste todo en un chiste, y demostraste que dejar entrar a la gente era lo más estúpido que podía hacer.

Parece físicamente enfermo.

—No tenía ni idea.

—¿Cómo ibas a tenerla? Tenía dieciocho años y me esforzaba tanto por aparentar que estaba bien. —Intento una sonrisa que probablemente parece más una mueca—. Resulta que los dos arrastrábamos heridas gemelas, y que somos una pareja perfectamente rota que además se le da bien el hockey.

—¿Y ahora qué? —pregunta Rook, y por una vez parece completamente perdido.

—Nuestros equipos nos necesitan trabajando juntos.

—Lo sé. —Su voz es más ronca ahora.

—Y Galloway va a por ti ahora. —Me encojo de hombros—. Bienvenido al club.

Hace una pausa.

—Pero mereció la pena.

La simple declaración envía calor que se acumula en lo bajo de mi vientre. Me revuelvo en el asiento, de pronto hiperatenta a su

presencia al otro lado de esta mesa diminuta. Sus ojos siguen el movimiento, y me descubro preguntándome qué se sentiría si esas manos me subieran por los muslos, separándolos bien.

Lo que esa boca tan lista podría hacer si la usara para algo mejor que chistes. El latido entre mis piernas se intensifica, y aprieto las rodillas con fuerza, pero mi ropa interior ya está húmeda. Joder, necesito salir de aquí antes de hacer algo monumentalmente estúpido, como subirme a su regazo.

—Los horarios —suelto de golpe, volviendo a terreno más seguro aunque se siente como arenas movedizas—. Dividimos el tiempo en el hielo y gestionamos el vestuario con más eficiencia.

Sonríe con suficiencia.

—¿Te refieres a organizarlo para que no nos crucemos cuando estemos medio desnudos?

—Exacto. —Saco el teléfono como si fuera una armadura—. Le pediré a Mills que coordine con Schmidt.

—Funciona. —Se queda callado un momento—. ¿Y qué pasa con... nosotros... fuera de lo del hockey?

—No hay un nosotros fuera de lo del hockey...

—Eso no es verdad, y lo sabes.

Levanto la vista. Sus ojos son cálidos y están llenos de algo peligroso que se parece a la esperanza. Es la misma mirada que reconozco de aquel campamento de hockey en nuestro último año, cuando se lo di todo y esperé que él mereciera la pena, y ahora me tienta a dejarme tentar de nuevo.

—Tiene que serlo —digo por fin, tirando de las últimas reservas de voluntad que me quedan—. Los dos tenemos demasiado en juego.

Asiente, pero puedo ver el esfuerzo que le cuesta.

—Si estás segura...

La forma en que lo dice me hace querer alargar la mano por encima de esta mesa tambaleante y agarrarle la mano, pero no lo hago. Porque yo también soy una cobarde que se esconde en su fortaleza emocional, tan atrofiada emocionalmente como él. Porque la última vez que intenté alcanzar algo bonito, me quemó, y no estoy segura de que pudiera sobrevivir a eso otra vez.

—Debería irme —digo, poniéndome de pie bruscamente—.
Reunión de equipo.

—¿Un sábado?

—Sí...

Sabe que miento, pero no me lo echa en cara.

—Morgan —dice—. El campamento... contigo... lo significó todo, aunque estuviera demasiado asustado para demostrarlo. Lo siento.

Me quedo helada, con la mano en el bolso. Tres años de rabia se resquebrajan, revelando algo más blando debajo —algo aterrador— así que me giro para irme, necesitando escapar antes de hacer algo estúpido, como perdonarlo o admitir que ya lo he hecho.

Pero al echar una última mirada y ver la expresión de su cara, me doy cuenta de que no merece el dolor de que me vaya sin reconocer lo que ha dicho. Así que me doy la vuelta y le tiendo la mano, tomando la suya solo el tiempo suficiente para decir dos pequeñas palabras.

—Lo sé —digo en voz baja.

El contacto no es nada —solo su mano contra la mía— pero es eléctrico. El recuerdo me inunda: su boca sobre la mía, su cuerpo aprisionándose contra la pared, lleno de deseo, y lo cerca que estuvimos de arrancarnos la ropa ahí mismo.

Y mientras mis pezones se endurecen y ese espacio entre mis muslos late, puedo ver que él también lo está recordando. Su respiración ha cambiado, y cuando su lengua asoma para humedecerse el labio inferior, durante un segundo horroroso creo que podría besarme aquí mismo, delante de la mitad de los estudiantes del campus.

Durante un segundo aún más horroroso, quiero que lo haga.

Pero entonces retiro la mano de un tirón.

—Reunión de equipo —digo, sin aliento.

—Claro —acepta, sonando igual de destrozado.

Huyo, zigzagueando entre las mesas demasiado rápido, casi llevándome por delante el amplificador del chico de la guitarra. La campanilla anuncia mi retirada, y prácticamente salgo corriendo hacia mi coche. Una vez dentro, apoyo la frente contra el volante,

aunque mi mano todavía hormiguea y todo mi cuerpo se siente a una respiración de la combustión.

Esto podría ser perdón, pero desde luego no es resolución.

Así que, ¿de momento?

Horarios separados. Distancia profesional. Una tregua cuidadosa.

Es la jugada inteligente. La jugada segura. La única jugada que no acaba en pedazos.

Entonces, ¿por qué siento que ya me estoy rompiendo?

diecinueve

ROOK

LA PUERTA del vestuario se cierra detrás de mí con su habitual chirrido de protesta metálica, capaz de perforar tímpanos —porque, al parecer, el equipo femenino no merece la inversión de un bote de WD-40—, pero hoy el sonido resuena de otra manera. Como todo lo demás, se siente descentrado, como si mi mundo entero hubiera sido reorganizado.

Y el culpable acaba de comprarme una dona en Pine Barren Bagels.

Mi cuerpo no ha dejado de vibrar desde que me levanté de esa mesa tambaleante, y no es solo adrenalina, sino algo más profundo, más celular. Es el fantasma de su contacto, la forma en que su voz baja una octava cuando dijo mi nombre, el recuerdo de momentos con él que fácilmente podrían haber sido muchos más.

Pero que ahora no pueden repetirse jamás.

El olor familiar que impregna nuestro vestuario normalmente me ancla, pero hoy hasta eso huele mal. Y sé que, en el fondo, lo que realmente me desestabiliza es que me siento vulnerable. Tengo la guardia baja, me abrí con él, y ahora tengo miedo.

Pero ni loca pienso contárselo a nadie.

El sonido de metal raspando contra metal corta mi espiral. Mills está en su taquilla, pasando una piedra de afilar por la cuchilla de su

patín. Levanta la vista cuando me acerco y entrecierra los ojos con esa marca particular de percepción que la hace peligrosa.

—A ver, ¿qué demonios te ha pasado? —Mills deja la piedra, catalogando cada una de mis microexpresiones como si estuviera recopilando pruebas para un juicio—. ¿Sonreíste sin querer esta mañana? ¿Se te rompió la cara? ¿Llamo a emergencias?

—No tengo ni idea de qué hablas —digo, pero las palabras salen planas.

—Estás... rara... —dice Mills, y luego me mira entornando los ojos como si fuera un rompecabezas al que le falta la mitad de las piezas, o como si estuviera viendo a una persona completamente nueva por primera vez. Lo cual, siendo justas, podría ser el caso—. En realidad, no. Pareces como si acabaras de follar. O de recibir un puñetazo. O las dos cosas. Sinceramente, contigo no distingo.

—Análisis fascinante —logro decir, pero la voz me tiembla. Mierda.

A Mills literalmente se le cae la mandíbula. —Dios mío. Sí que te has acostado con alguien.

—No me he...

—¡Claro que sí! ¡No me jodas, Morgan Riley tiene sentimientos y partes femeninas funcionales! ¡Alerten a los medios! ¡Paren las rotativas! ¡La Reina del Hielo se ha derretido!

—Mills...

—¿Estuvo bien? Por favor, dime que estuvo bien. Te lo mereces. Después de tres meses viéndote follarte con los ojos el cuaderno de jugadas en vez de a humanos de verdad...

—No fue sexo —suelto, e inmediatamente me arrepiento porque eso es básicamente una admisión de que fue algo.

—Vale... —Mills se queda perfectamente quieta, señalando el hormigón detrás de mí—. Pero ahora te has quedado mirando la pared detrás de ti...

Me obligo a concentrarme, a invocar la persona fría y analítica que me ha mantenido a salvo durante tres años. —Tus dotes de observación son verdaderamente revolucionarias.

Pero las palabras carecen del filo que buscaba. Suenan huecas, distraídas. Sueno como si estuviera leyendo de unas tarjetas escritas

por alguien que solo conoce el sarcasmo de oídas. Y, como respuesta, Mills se congela a mitad de movimiento, una sonrisa socarrona extendiéndose lentamente por su cara.

—Joder —susurra—. No me has devuelto el golpe.

—¿Qué?

—No me has soltado una de tus disertaciones demoledoras, ni me has lanzado una mirada capaz de fundir acero. Me has dado sarcasmo de marca blanca, genérico y sin inspiración. —Su sonrisa se ensancha—. Así es como sé que algo pasa de verdad. Suéltalo. Ya. O le mando un mensaje al equipo entero diciendo que te gusta alguien.

—No te atreverías.

—Pruébame. Tengo el chat grupal abierto ahora mismo. —Me agita el teléfono delante, con el pulgar suspendido dramáticamente sobre la pantalla—. Tres... dos...

Tiene razón, y eso es lo peor. Mis mecanismos de defensa habituales están fallando porque mi cerebro sigue procesando cómo todo el cuerpo de James cambió cuando habló de ser la muleta emocional de su familia, los hombros encogiéndose hacia dentro, esa energía maníaca drenándose como si alguien hubiera tirado del tapón.

Aborta la misión. Cambia de tema antes de que descubra que estás desarrollando sentimientos por él.

Antes de que pueda improvisar una distracción, Mills claramente ve que estoy incómoda y gira, levantando su patín como una prueba en un juicio por asesinato. Una muesca profunda recorre el filo de la cuchilla, y sé que esos patines han llegado al final de su vida útil y que probablemente ni siquiera son seguros para patinar. Pero aquí está, afilándolos.

—Mira esta mierda —dice—. Yo ahí fuera patinando con cuchillos de mantequilla mientras el equipo masculino estrena cuchillas cada vez que alguien estornuda sobre las tuyas.

El territorio familiar de la injusticia institucional es terreno firme, y me agarro a él como a un salvavidas. —No es justo, pero yo me encargo.

—Claro. —La voz de Mills arrastra unos veinte kilos de escepticismo—. Porque eso ha funcionado tan bien antes. ¿Te acuerdas de cuando pedimos camisetas de entrenamiento y Galloway nos mandó las sobras de talla grande de los hombres, que nos quedaban como vestidos a todas?

Me retiro al escritorio de la entrenadora Walsh antes de que pueda seguir indagando, agradecida por la distancia física. El portal de compras de PBU carga con lentitud glacial en el viejo ordenador de sobremesa —probablemente funciona con un software más antiguo que algunas de nuestras novatas, otra prueba de que solo recibimos lo mejor de lo mejor...

Concéntrate. Cuchillas. Dos juegos. Solicitud estándar de reemplazo.

El formulario es simple, y me lo sé de memoria. Montar un programa de hockey desde cero implica muchos formularios de compra. Tecleo la descripción del artículo, la cantidad y una justificación, y cada pulsación me ayuda a recuperar el control sobre mis pensamientos caóticos.

Luego hago clic en enviar.

Durante treinta segundos puedo fingir que todo está bien y que mi mayor preocupación es el equipamiento dañado de Mills, y que no acabo de pasar una hora desmantelando tres años de defensas cuidadosamente construidas. Pero entonces llega un correo, apenas un minuto después de enviar la solicitud.

El asunto son tres palabras:

Actualización de estado de solicitud.

Se me cae el estómago. Esto no cuadra, porque el procesamiento tarda días.

Lo abro, aunque ya sé lo que va a decir:

DENEGADA

El aire me sale de los pulmones en una exhalación cortante, porque en una universidad de este tamaño, donde el papeleo tiene papeleo, nadie procesa solicitudes tan rápido a menos que las esté esperando. Así que hago clic en el enlace con un pavor creciente, y el memorando se carga:

Con efecto inmediato, todas las solicitudes de equipamiento no esencial para el Programa de Hockey Femenino quedan sujetas a revisión presupuestaria reforzada. Esta medida temporal garantiza la responsabilidad fiscal durante el período de asignación vigente. Se consideran artículos esenciales aquellos directamente relacionados con necesidades inmediatas de seguridad. Todas las demás solicitudes serán evaluadas tras el cierre del trimestre fiscal.

El trimestre fiscal termina en tres meses, lo que significa tres meses arreglándonos con equipamiento dañado y viendo cómo la frustración de mis jugadoras se agria hasta convertirse en resentimiento. De pronto, un sabor a cobre me inunda la boca, y me doy cuenta de que me he mordido la mejilla con la fuerza suficiente como para sacarme sangre.

Y entonces la verdad me golpea: esta coincidencia temporal no es casualidad.

Menos de veinticuatro horas después de que Rook desafiara públicamente a Galloway, la represalia ha llegado envuelta en neutralidad burocrática. Galloway está desmantelando la capacidad operativa de mi programa, usando el gesto de decencia de Rook como detonante. Y sus armas son memorandos, presupuestos y negación plausible.

La voz de Mills me atraviesa. —¿Qué mierda es esa cara?

Está en la puerta con la entrenadora Walsh, las dos con expresiones de preocupación creciente. Pero esta vez Mills no se está burlando de cómo entré al vestuario, porque puede ver perfectamente la rabia contenida escrita en toda mi cara.

—¿Qué pasó? —La pregunta de Bri es cortante, ya calculando el control de daños.

Giro el monitor hacia ellas, dejando que el DENEGADA hable por sí mismo.

—¡Hijo de puta! —Mills golpea el marco de la puerta con la mano—. ¿Cuál es su puto problema? ¡Estamos pidiendo cuchillas, no una maldita Zamboni bañada en oro!

—Yo envié un presupuesto de viaje a primera hora de la mañana y también me lo rechazaron —dice Bri—. ¿Cuándo llegó el rechazo?

—Sesenta segundos después de enviarlo.

La expresión de Bri se endurece. —Todo lo que enviemos se está rechazando automáticamente.

—¿Pero por qué? —pregunta Mills—. ¿Qué cambió?

Las dos se giran hacia mí, esperando respuestas. Esperando que su capitana tenga información, que arregle esto. Y, al instante, la culpa empieza a roerme, porque un momento de debilidad ha enterrado nuestro programa. Les exijo implacablemente a mis jugadoras que eviten ese tipo de debilidad sobre el hielo, y ahora he demostrado ser una hipócrita.

Bri entrecierra los ojos. —Morgan, ¿pasó algo en tu reunión con él? ¿Dijiste algo que...?

—¿Crees que esto es culpa mía? —El chasquido defensivo me sorprende hasta a mí, porque es demasiado brusco, demasiado revelador.

—Creo que Galloway no hace nada sin un motivo —dice Bri con cautela—. Y si nos está apuntando específicamente a nosotras, algo lo provocó.

Tiene razón, y podría explicar que esto no se trata de mi agresividad sino de mi vulnerabilidad. Que Galloway nos está castigando porque James decidió, por una vez en su vida guiada por el caos, hacer algo serio. Pero eso significaría admitir que no tengo el control y que probablemente estamos jodidas.

—Yo me encargo —digo, con las palabras cortadas y definitivas.

—¿Cómo? —pregunta Mills—. Nos tiene agarradas del cuello.

—He dicho que yo me encargo.

—Vale —dice Mills, aunque nada en su tono sugiere que le parezca bien—. Pero jugamos contra Ottawa en cinco días y necesitamos equipamiento funcional.

—Lo tendréis.

Es una promesa que no tengo ni idea de cómo cumplir, pero parece satisfacerlas por ahora. Tras lanzarme una última mirada, Mills se pone sus patines rotos y sale al hielo, mientras Bri se dirige a su despacho. Eso me deja sola, sin más compañía que la culpa.

Bienvenida a la política universitaria, donde los puntos son inventados y las reglas solo aplican a quienes no tienen pene.

He intentado jugar según las reglas, y lo único que he conseguido es que un director deportivo borracho de poder me manoseara y mis chicas patinen con cuchillas rotas. Pero la alternativa, el caos y un poco de engaño, no es algo que me salga de forma natural.

Soy una mujer que se apoya en la disciplina, los sistemas, la estructura y el trabajo duro.

¿La alternativa?

Bueno, es James Fitzgerald.

Pienso en sus manos alrededor de su ridícula bebida de café. La forma en que se desnudó, explicando las heridas que lo convirtieron en quien es. Cómo todo su cuerpo vibraba con energía nerviosa, como si la quietud pudiera matarlo. Pero esa frágil tregua que negociamos ya no es solo personal.

Es una necesidad táctica.

Él tiene acceso que Galloway aún no ha cortado, conexiones con las que yo solo puedo soñar. Pero, sobre todo, tiene esa clase de enfoque caótico y poco ortodoxo que quizá sea la única forma de librar una guerra donde el enemigo controla todas las armas convencionales.

Esto no va de sentimientos. No va de perdón.

Va de supervivencia.

La supervivencia de mi equipo.

Y si eso significa convertir mi alianza con James en un arma, que empiece el partido.

veinte

ROOK

ENTRE LA MUERTE por PowerPoint y el entumecimiento de culo, esta clase de sociología va a matarme de una forma u otra.

Llevo cuarenta y siete minutos sentado en este instrumento de tortura disfrazado de silla, y estoy bastante seguro de que mi nalga izquierda ha alcanzado la iluminación al trascender por completo la sensación física. Y mientras el profesor Hendricks sigue zumbando sobre estratificación social, yo cuento los minutos que faltan para largarme de aquí.

Estoy en la última fila —mi sitio de siempre, donde puedo desconectar sin que se note demasiado—, pero hoy hasta esa pequeña rebeldía se siente vacía. Mi rodilla no para de rebotar, bailando con un ritmo frenético que empezó a las cuatro de la mañana, cuando me desperté con la voz de Morgan todavía resonando en mi cabeza.

«Tus chistes no solo se sintieron como un rechazo. Se sintieron como la confirmación cruel de una lección que ya había aprendido».

Tres años cargando con eso, y la culpa me pesa en el pecho. Es difícil enterarte de que eres una de las dos personas responsables de que alguien haya cerrado las persianas al resto del mundo, resistiéndose a la conexión humana y a las emociones por si vuelven a hacerle daño.

Pero, como mínimo, pude escuchar su versión de la historia. Y darle la mía.

Curiosamente, plantarle cara a Galloway y después compartir toda la mierda sobre mis padres y mi necesidad constante de ruido con Morgan me ha dejado sintiéndome más ligero. Y, quizás, un poco mejor. Todavía me siento un fraude como capitán, y sigo sin saber en qué punto estamos ella y yo, pero como mínimo hemos llegado a una especie de acuerdo.

Hablaremos y lidiaremos con las mierdas de Galloway si hace falta.

¿Lo demás? Bueno... quién sabe.

Hay una neurona perdida en el fondo de mi cerebro que se activa con esa idea, sugiriendo algo más —algo romántico—, pero inmediatamente ordeno al resto de mi cerebro que sofoque al rebelde. Porque lo último que necesito es cagarla cuando las cosas acaban de descagarse...

...aunque no puedo sacarme de la cabeza ese beso y nuestras manos recorriéndose.

El teléfono me vibra contra el muslo, interrumpiendo mi sesión interna de consultorio sentimental. Lo saco, comprobándolo con el mayor sigilo posible para que el profesor Hendricks no se dé cuenta, y veo que es una notificación del portal estudiantil de Pine Barren University.

Las notas de mitad de semestre están disponibles.

Abro la aplicación con esa curiosidad desapegada que reservas para comprobar el saldo de tu cuenta después de un fin de semana de excesos. El número que me recibe es un reluciente y descarado D+ en Teoría Social, y el resto de mis notas no son mucho mejores, culminando en un animoso C- en Taller de Trabajo de Campo Sociológico.

Y solo porque esa clase se evalúa principalmente por participación en los debates, y yo puedo soltar mierda con los mejores, aunque no tenga ni idea de lo que estoy haciendo.

Se me escapa un resoplido discreto. No es una risa exactamente, sino más bien la derrota reconociendo a un viejo amigo. Es casi impresionante lo bien que he perfeccionado el arte de la

mediocridad académica, y si los promedios decepcionantes fueran un deporte olímpico, yo ya tendría patrocinadores corporativos.

A mi lado, Mason Nash se remueve. Su teléfono se ilumina con la misma notificación, e inclina la pantalla hacia mí con cero sutileza, revelando un sólido D en la misma clase. Intercambiamos una mirada —esa expresión universal de insuficiencia académica compartida— y ejecutamos un choque de manos bajo, silencioso y cómplice por debajo del pupitre.

Gracias a Dios por la excepción del hockey.

Todos en el equipo conocen la política de elegibilidad académica de la universidad. Es una norma antigua enterrada en algún lugar del manual estudiantil que dice que cualquier deportista con un promedio por debajo de 2.0 queda fuera de la alineación. El equipo de golf se preocupa por ella de verdad. Los de tenis se estresan. Los de campo a través estudian.

¿Pero el equipo de hockey?

Nosotros somos diferentes.

Somos los gansos de oro que ponen los huevos de campeonato.

Llenamos el estadio, atraemos el dinero de los patrocinadores y ponemos a PBU en el mapa.

La norma bien podría estar escrita con tinta invisible, por las veces que se ha aplicado con nosotros. Joder, en mi primer año, un tío entregó un trabajo de filosofía que era simplemente la letra de «Bohemian Rhapsody» repetida durante seis páginas, y siguió jugando como si nada.

El teléfono vuelve a vibrar, y esta vez es un mensaje del entrenador Pearson:

Mi oficina. YA.

Las mayúsculas caen con fuerza, porque el entrenador Pearson no usa mayúsculas. El entrenador Pearson escribe mensajes como entrena: con las mínimas palabras y el máximo impacto. Es el padre sustituto de medio equipo, y lo más duro que nos lanza es una mueca de decepción si la cagamos de verdad.

¿Pero este nivel de furia?

Lo vi una vez desde que tomó el cargo hace poco más de un año, cuando arrestaron a Maine por mear en público en el césped del

rector. Aunque, en defensa de Maine, él pensó que era una fraternidad particularmente elegante. Como respuesta, Pearson hizo que todo el equipo corriera suicidios hasta que alguien vomitó.

—Me tengo que ir —le murmuro a Nash, que está absorto pasando el dedo por Instagram, y se limita a asentir distraídamente mientras me escabullo de clase.

Una vez de vuelta en la tierra de los libres, el camino hasta el complejo deportivo se siente más largo de lo normal, cada paso cargado de aprensión. Mi cerebro cataloga todas las posibles cagadas de la última semana que podrían tener a Pearson alterado, pero he estado prácticamente en coma desde la conversación con Morgan en la cafetería.

Ni fiestas, ni bromas, ni activaciones accidentales de alarmas de incendio.

Si va a despedazarme por algo, es un misterio para mí.

Llego al complejo deportivo y entro. La puerta del despacho de Pearson está entornada, lo cual es de alguna manera más ominoso que si estuviera cerrada. Como si estuviera tan cabreado que no se molestó en cerrarla bien, o quizás la dejó abierta para que todos pudieran oír cómo me destroza.

Ejecución pública, estilo departamento deportivo.

Llamo una vez, el golpe patéticamente suave, y la empujo. Dentro, Pearson está de pie junto a la ventana, de espaldas a mí, los puños cerrados a los costados. Sus hombros están rígidos, levantados hacia las orejas como si se estuviera conteniendo físicamente de atravesar el cristal de un puñetazo.

Sea lo que sea, esto es grave.

Invierno nuclear, asteroide impactando la Tierra, fin de temporada grave.

—¿Entrenador? —digo, con la voz quebrándose ligeramente.

Cuando se da la vuelta, me preparo para que la furia vaya dirigida a mí —por mi liderazgo de mierda, por la reciente racha de derrotas descuidadas del equipo—, pero sus ojos, enrojecidos y agotados, me dicen que algo distinto me espera y que no está furioso conmigo.

Está furioso por mí.

—Galloway nos ha jodido —dice Pearson, con la voz baja y controlada, de esa forma que significa que está a una palabra mal dicha de explotar—. No sé por qué.

Empuja un correo impreso por el escritorio con la fuerza suficiente para que pase del borde y revolotee hacia el suelo. Lo atrapo, y el encabezado muestra que es de Galloway a alguien llamada Dra. Marjorie Albright, con Pearson en copia.

Estimada Dra. Albright:

Me dirijo a usted con profunda preocupación respecto a los estándares académicos dentro de nuestros programas deportivos...

El lenguaje es formal, burocrático... un cuchillo envuelto en seda. Cada palabra ha sido elegida con precisión quirúrgica para hacer daño manteniendo una negación plausible.

Evaluaciones recientes de mitad de semestre han puesto en mi conocimiento que varios miembros de nuestro equipo masculino de hockey están rindiendo por debajo de los estándares académicos establecidos por la universidad...

Mis ojos saltan hacia adelante, buscando el golpe de gracia.

Como medida proactiva, recomiendo formalmente la aplicación inmediata y consistente de esta política para el programa masculino de hockey, con efecto inmediato.

He identificado a tres estudiantes que servirían como casos de estudio apropiados para dicha aplicación: James Fitzgerald (promedio 1.9), Mason Nash (promedio 1.9) y Bradley Stiles (promedio 1.9).

Los números se desdibujan mientras las ramificaciones van calando.

Considero que demostrar nuestro compromiso con la excelencia académica, particularmente dentro de nuestro programa deportivo más visible, enviará un mensaje claro sobre los valores de Pine Barren University...

La palabra «respetuosamente» al final me da ganas de vomitar. No hay nada respetuoso en esto. Es un asesinato selectivo disfrazado de preocupación administrativa. Y lo peor es que sé exactamente por qué lo está haciendo.

Levanto la vista del papel.

—No puede... ¿de verdad puede hacer esto?

La risa de Pearson es amarga, vacía de humor.

—No se está inventando reglas, Rook. Está pidiendo que apliquen algo que lleva escrito en los libros desde antes de que nacieras. Teníamos un acuerdo tácito: ganamos, traemos dinero, y ellos hacen la vista gorda siempre que ustedes al final se gradúen. Pero Galloway lo ha cambiado.

—Vale... —digo, con la voz apagándose, porque no estoy seguro de qué decir ni qué hacer.

Se deja caer en la silla con un gemido que habla de cansancio hasta los huesos.

—No sé por qué, pero Galloway ha decidido de repente apretar las tuercas, y eso me deja sin mi capitán y dos de mis mejores jugadores jóvenes. Es una catástrofe, y no entiendo por qué lo está haciendo...

Yo sí, pero no se lo digo. En vez de eso, resoplo.

—Pero el equipo...

—Va a quedar destripado. —Su voz es plana, derrotada—. Nash es uno de nuestros mejores goleadores. Stiles, por mucho que hable, ancla nuestra línea azul. Y tú... —Me mira con una expresión que me hunde el pecho—. Tú eres el capitán y el corazón de este equipo, por no hablar de que eres el maldito portero.

Las palabras me golpean, pero no del tipo que te derriba, sino del tipo que te suelta algo que llevaba meses atascado por dentro. Se me cierra la garganta y tengo que apartar la mirada de la cara de Pearson, porque la sinceridad desnuda que hay ahí es demasiado.

Por primera vez desde que Maine y Mike se graduaron, desde que me entregaron esta C y básicamente dijeron «no la cagues», no me siento como un fraude llevando una letra que no me corresponde. Pearson ve algo en mí por lo que vale la pena luchar, algo que vale la pena proteger, y eso lo significa todo.

Porque el entrenador Pearson no le dora la píldora a nadie.

Es una figura paterna, tranquilo y reflexivo, pero no dice tonterías.

Pero mientras la sensación cálida me recorre el cuerpo, la persigue un veneno. Porque esto no es solo sobre mí. Galloway va a

destrozar nuestra temporada porque me interpuso entre él y Morgan en aquel vestíbulo, impidiendo que fuera un acosador y la manoseara.

—¿Cuándo?

—Albright ya tiene programada una reunión de emergencia del comité para el lunes. —Pearson se encoge de hombros—. La normativa dice que primero recibirán una advertencia y treinta días para remontar las notas, y si después de eso siguen siendo insuficientes, quedan fuera de la alineación...

Treinta días para aprender lo que debería haber aprendido en tres años.

¿Treinta días para sacar un promedio de C+?

Para la mayoría de los estudiantes sería bastante fácil, pero yo nunca he sido el cerebro de la operación. Conozco mis limitaciones, y llegué a ellas más o menos en la tercera semana del primer semestre del tercer año. Tengo suerte de saber agarrar un palo y atrapar un disco de vez en cuando, porque si no estaría haciendo algo mucho más difícil para ganarme la vida.

Y ahora puede que ese sea mi futuro de todas formas.

—Entrenador, yo...

—Esto no puedo arreglarlo, James —dice, con la voz cansada, toda la pelea drenada—. Intenté hablar con Galloway y con Albright, pero no ceden, así que tú y los demás tendrán que resolverlo. Me da igual si tienen que sobornar a los profesores o estudiar toda la puta noche; necesitan sacar las notas para seguir sobre el hielo.

Hablamos unos minutos más y salgo tambaleándome de su despacho, con las piernas desconectadas del cuerpo. Me apoyo contra la pared, el hormigón frío filtrándose a través de la camiseta, intentando procesar lo que acaba de pasar. El D+ que me pareció gracioso hace veinte minutos ahora se siente como una sentencia de muerte.

Pero es una sentencia de muerte también para Nash y Stiles, y son tipos que no hicieron nada más que tener la mala suerte de sacar notas de mierda y estar en el equipo de alguien que provocó deliberadamente al director deportivo de toda la universidad.

El teléfono está en mi mano antes de que decida conscientemente sacarlo, el pulgar recorriendo los contactos. Porque necesito ayuda de alguien que ha demostrado habilidad para navegar la burocracia académica, o al menos alguien lo bastante inteligente como para ayudarme a aprender un semestre entero de sociología en cuatro semanas.

Entonces un nombre me detiene en seco.

Morgan Riley.

La mujer cuyo programa también está bajo asedio. La mujer que tiene todas las razones del mundo para mandarme a la mierda con una cuchilla oxidada de patín. Pero también la mujer que navegó el campo de minas político de crear un programa de la nada mientras mantenía la línea contra las mierdas de Galloway.

Es una estudiante de ciencias políticas que piensa en estrategias y contraestrategias mientras el resto de nosotros todavía estamos aprendiendo a jugar a las damas. Es un animal político, variedad depredador de cúspide, y dura como el acero. Y, por lo que sé de ella, es jodidamente inteligente también.

Por no hablar de que es la única otra persona que entiende la guerra que estamos librando.

Mi pulgar se queda suspendido sobre su nombre.

Esto es desesperación, pura y dura.

¿Pero qué otra opción tengo?

Necesito a Morgan.

Tomo aire, algo que no hace absolutamente nada por calmar mis nervios, y escribo un mensaje. Escribo y borro una docena de versiones —demasiado desesperada, demasiado casual, demasiado de pedir perdón, demasiado exigente—. Es como intentar resolver un cubo de Rubik donde todos los colores son distintos tonos de «patético».

Al final, me decido por algo simple:

Tenemos que hablar. A solas.

Le doy a enviar antes de poder cuestionármelo por decimotercera vez.

La burbuja de escritura aparece de inmediato. Desaparece. Aparece otra vez. Está escribiendo y parando. Mi corazón está

haciendo algo médicamente desaconsejable, posiblemente intentando escapar por la garganta. Finalmente, después de lo que parecen varias eras geológicas, llega su mensaje:

Biblioteca. Tercer piso, sala de estudio del fondo. Veinte minutos. Veinte minutos.

Apenas suficiente para cruzar el campus corriendo, pero ya me estoy moviendo, porque necesito averiguar si la tregua tentativa que negociamos tomando café es lo bastante sólida como para resistir lo que estoy a punto de pedirle, y preguntarle si me ayudará a salvarme cuando tiene todo el derecho del mundo a disfrutar viéndome arder.

Y, de alguna manera, tendré que ignorar el hecho de que no puedo estar cerca de ella sin desearla...

veintiuno

MORGAN

UN EQUIPO SIN RECURSOS.

Una guerra con el director deportivo que me reclutó aquí hace cuatro meses.

Una alianza con el tipo que me rompió el corazón.

Y... lo que sea que haya sido ese beso.

Esta no es la vida a la que estoy acostumbrada, y me tiene sintiéndome como si estuviera perdiendo el control. Y ahora James quiere verme, a solas, para hablar de vaya uno a saber qué. Así que aquí estoy, esperándolo mientras intento frenéticamente reconstruir mis muros en tiempo real.

Porque si quiere hablar de «nosotros», no estoy segura de ser lo bastante fuerte para resistirme.

La sala de estudio vacía en la biblioteca está deteriorada y desierta, un pueblo fantasma hasta que la renueven en unos meses. No hay otros estudiantes aquí, porque hay áreas de estudio mucho mejores en el campus, lo cual la convierte en el lugar perfecto para un encuentro que no queremos que nadie vea.

Como precaución extra, dejo las luces apagadas al entrar. Los focos de seguridad del pasillo cortan la entrada, creando un tablero de ajedrez de sombras y fluorescencia en las paredes. Me ubico en la casilla más oscura, con la espalda contra la pared, donde puedo verlo todo sin que nada me vea a mí.

Mi teléfono arde radiactivo en mi bolsillo, su mensaje de texto prácticamente vibrando con su propia frecuencia desesperada, palabras que llevo diez minutos diseccionando. Mi cerebro ha ejecutado diecisiete escenarios distintos, cada uno más complejo emocional y profesionalmente que el anterior.

Pero todo se reduce a una conclusión: James necesita algo de mí.

Y después de lo que pasó en esa escalera...

Afortunadamente, el sonido de pasos me impide acceder a ese recuerdo en particular. Su silueta llena el marco de la puerta, y llena es la única palabra precisa, porque James no simplemente ocupa un espacio: lo coloniza con la confianza inconsciente de alguien que nunca ha conocido una habitación que no lo quisiera dentro.

—¿Hola? —La palabra se quiebra ligeramente, dejando escapar vulnerabilidad.

No me muevo, porque he reconstruido mis defensas lo suficiente como para saber que es mejor dejar que me busque y que esté en desventaja. Y cuando da un paso adelante, sigo su movimiento con enfoque de depredadora, y cuando sus ojos por fin me encuentran, retrocede de un traspié, con una mano volando a su pecho.

—Dios santo, Morgan —jadea—. ¿Intentas matarme de un infarto?

Su mano busca a tientas el interruptor con la desesperación de alguien que necesita ver qué lo está cazando. Los fluorescentes nos agreden a ambos, pero me sorprende lo mal que se ve, con sombras oscuras excavando cráteres bajo sus ojos y su habitual energía de huracán que parece más pesada.

Algo lo ha anclado.

¿Es por eso que pidió vernos?

Está dando vueltas por la sala antes de que pueda catalogar todo el daño. Tres pasos a la izquierda, giro brusco que hace chirriar las suelas, tres pasos a la derecha. El silencio se extiende entre nosotros, pero lo dejo continuar, porque sé que es lo único que no soporta. Cede en menos de treinta segundos, y siento una pequeña oleada de orgullo.

Amateur.

El papel que saca de su bolsillo ya está destruido —arrugado y vuelto a arrugar— y lo desliza hacia mí con el gesto agotado de alguien que empuja su última ficha por la mesa de póker. Lo que sea que haya en esa página, lo ha aplastado y lo ha traído hasta mí.

—Va a lograr que me saquen del hielo —dice.

El quién está claro —Galloway—, pero el cómo es un misterio.

Tomo el papel y descubro que aún está tibio de su bolsillo y ligeramente húmedo de sudor nervioso. Antes de bajar la vista, lo miro a la cara, pero es evidente que quiere que lo lea. Y puedo entender por qué, porque solo el encabezado enciende mi radar de amenazas.

DE: Arthur Galloway PARA: Dra. Marjorie Albright CC: Entrenador Tom Pearson

Mis ojos devoran la brutalidad burocrática.

Es genial. Genialidad horrible y vengativa.

Galloway no está inventando una regla nueva de la nada ni fabricando motivos disciplinarios falsos para sentar jugadores en la banca. Simplemente está aplicando normas que han estado dormidas desde que el hockey de PBU se convirtió en el consentido del programa deportivo hace décadas. Y de repente, tipos que nunca tuvieron que estudiar ahora sí tienen que hacerlo.

—Te está castigando por lo del vestíbulo —mi evaluación es tan clínica como un informe forense—. Por la transgresión de tratarme como si yo importara.

Su risa es tan amarga como café quemado.

—Sí, no jodas. Supongo que tener agallas tiene un precio que no me puedo permitir.

Sin autocompasión, solo reconocimiento agotado, y algo se contrae inesperadamente en mi pecho. Porque conozco su sentimiento exacto —lo descubrí hace dos horas, mirando fijamente un congelamiento de presupuesto diseñado para estrangular mi programa— y de repente somos dos capitanes frente al cañón de innumerables derrotas.

Lo que significa menos dinero, menos atención y menos cazatalentos en el edificio. Y menos posibilidades de una carrera en el hockey para los jugadores de nuestros equipos. Para él, un equipo

en lo más alto de la liga al que le espera la decapitación. Para mí, un programa que morirá en su infancia por inanición.

—Siéntate —digo.

Se desploma en la silla de plástico y de repente estamos a la misma altura. A esta distancia puedo ver todo —cómo el agotamiento se ha tallado en su rostro, la forma en que su mandíbula se tensa y se afloja sin cesar— y mi cerebro reptiliano susurra observaciones biológicas inapropiadas sobre cómo yo podría ser quien lo hiciera sentir mejor...

—Se está asegurando de que a mi programa lo maten de hambre sistemáticamente —comienzo, sacudiéndome la atracción física—. Ha impuesto un congelamiento de presupuesto en todas las compras, así que no podemos comprar cinta, no podemos reemplazar cordones rotos y no podemos afilar patines porque el acero de repuesto requiere una orden de compra.

—Así que estamos jodidos los dos por culpa de Galloway —se hunde más en la silla, logrando de algún modo que una silla de tamaño completamente normal se vea aún más ridícula bajo su cuerpo de tamaño nada normal. Es como ver a un gran danés intentar caber en una cama para gatos—. Genial. Increíble. Qué bonito todo.

—No estamos jodidos, estamos bajo asedio —digo, sintiéndome más furiosa con cada palabra—. Hay una diferencia importante.

Me pongo de pie porque necesito recuperar la ventaja de altura, y necesito moverme antes de que mi cuerpo haga algo estúpido como registrar cómo sus ojos siguen mi movimiento con una intensidad que me hace sentir la piel demasiado ajustada. Y definitivamente no acabo de notar que su mirada bajó a mi pecho y volvió a subir.

—Galloway está peleando en dos frentes con la misma arma: la burocracia —me encojo de hombros—. Pero la burocracia tiene reglas, y las reglas tienen lagunas.

—Morgan, soy un estudiante pésimo —se ríe por primera vez, y el sonido rebota dentro de mí como una pelota de ping-pong—. Explícamelo fácil, o dibújamelos con crayones...

—Entonces cállate y te lo digo sin rodeos —digo con firmeza, aunque no puedo ocultar mi sonrisa—. Necesitas a alguien que entienda la burocracia académica lo suficiente como para manipularla, y después necesitas alcanzar las métricas exactas que importan gastando el mínimo esfuerzo posible. Porque, seamos honestos, la sociología no es tu futuro, ¿verdad?

—Ni de coña.

—Entonces me necesitas a mí —digo, dándome cuenta de que eso podría tener una doble interpretación—. Y yo necesito algo que tú tienes de sobra...

—¿Qué? —Sus ojos se entrecierran y puedo ver las piezas encajando, hasta que se le abren de golpe—. ¿Necesitas equipamiento?

Asiento.

—Tu programa tiene recursos en una abundancia vergonzosa, tres veces más de todo lo que necesitan. Nadie hace inventario de tus cosas, así que el equipamiento que se pide de más y se olvida o se... extravía... no va a ser un problema para tu programa, pero será la supervivencia del mío.

Sus ojos se afilan, toda esa energía caótica enfocándose de repente.

—Quieres que robe para ti.

—Quiero que redistribuyas recursos ya asignados al departamento deportivo —lo corrijo, con voz tan correcta como la de una bibliotecaria explicando multas por retraso—. No es robo si se queda en el departamento. Piénsalo como... hockey comunista. De cada cual según su excedente, a cada cual según su necesidad desesperada.

La comisura de su boca se tuerce en una sonrisa.

—¿Y a cambio me das clases particulares?

—Dios, no —y de verdad me estremezco—. Las clases particulares implican paciencia y llevar de la mano. Lo que te ofrezco es triaje académico. Será como medicina de emergencia en campo de batalla para tu promedio, mostrándote exactamente lo que necesitas hacer para sacar la nota mínima requerida. No apuntamos a sacar A aquí, James.

—¿Y Nash? ¿Stiles?

No había pensado en ellos, pero es una pregunta justa. Si le estoy pidiendo que robe para mí y mi equipo —y, formalidades y juegos de palabras aparte, eso es lo que le estoy pidiendo— entonces es justo que a sus jugadores también los cubran. Pero tres idiotas son exponencialmente más trabajo que uno, y no tengo el tiempo.

—Pondré a dos chicas de mi equipo a trabajar con ellos —me encojo de hombros—. Pero si me llega cualquier gilipollez, especialmente de Nash, se acabó.

—Nash es un cabrón, pero sabrá lo serio que es esto —dice James—. Cuenta con que el hockey le pague la universidad, así que se va a poner las pilas.

—¿Trato hecho? —digo.

—Trato hecho. —La respuesta sale tan rápido que podría haber estado reteniéndola físicamente—. Lo que quieras. Como quieras. Solo... —Se detiene, las manos hundiéndose en su pelo otra vez antes de contenerse—. No puedo perder el hockey. Es lo único que tiene sentido para mí.

La honestidad cruda en su voz me derrite, porque ahora sé que tuvo una situación terrible en casa al crecer y que prácticamente vive sintiéndose un impostor. Y si perdiera el hockey y su futuro en la NHL simplemente porque me defendió...

—No lo vas a perder —me escucho decir, e inmediatamente quiero hacerme una autotraqueotomía por sonar como si me importara.

Se pone de pie de golpe y el espacio entre nosotros se comprime peligrosamente. Está demasiado cerca, como si se estuviera asomando por encima de mis muros emocionales reparados a las apuradas pero todavía sin parchar del todo. Puedo ver el pulso saltándole en la garganta, y alguna parte primitiva de mí quiere poner mi boca...

—¿Y cómo hacemos esto? —pregunta, y tengo que sacudirme mentalmente para volver a la racionalidad.

—De forma invisible —logro decir, retrocediendo para reestablecer una distancia segura—. Todo pasa fuera del radar. Nos

vemos donde Galloway nunca miraría. Tú pides lotes pequeños de cosas extra que no le disparen una alarma a algún contador. Y nadie, absolutamente nadie, se entera.

—Una alianza secreta —dice, y su voz baja media octava de una manera que hace que mi estómago haga acrobacias—. Tú y yo contra el sistema.

—Esto es una transacción —digo, con voz cortante—. Un contrato comercial temporal y de beneficio mutuo. Nada más.

Pero incluso mientras lo digo, soy catastróficamente consciente de cómo la luz horrible hace que, de algún modo, sus ojos se vean más oscuros, de cómo irradia calor como un calefactor en modo «seducir». El recuerdo de la escalera intenta salir a la superficie otra vez, como el nivel del agua a centímetros de desbordar una represa.

—Bien. Transacción. Todo profesional. —Extiende la mano, y yo la miro con la sospecha que merece. Espera un segundo y suelta una carcajada—. ¿Qué, ni siquiera vamos a sellar nuestro acuerdo completamente profesional con un apretón de manos? Vamos, Morgan. No muerdo. A menos que quieras que muerda...

El coqueteo es tan inesperado que mi cerebro tartamudea. La sonrisa burlona en su cara dice que me está probando, y mi orgullo se encabrita, ofendido. No le tengo miedo a James Fitzgerald, ni a su mano, ni a la forma en que me mira como si fuera una ecuación particularmente compleja que está decidido a resolver o un bocado que quiere comerse.

Le tomo la mano.

El plan: breve, profesional, medio segundo de reconocimiento.

La realidad: estoy atrapada en un rayo tractor del tamaño de una palma, y puede que no escape.

Su palma es cálida, con callos en los lugares que hablan de miles de horas empuñando un palo. Sus dedos se cierran, firmes pero no agresivos, y entonces su pulgar se mueve —definitivamente de forma intencional— sobre mis nudillos en un gesto tan suave que cortocircuita todo mi sistema eléctrico.

Me retiro de un tirón, pero el daño está hecho, porque vio mis pupilas dilatarse y sintió mi pulso dispararse. Y ahora me toca ver cómo sus ojos se oscurecen con satisfacción y algo más que se

parece peligrosamente al hambre, mientras su mirada recorre mi cuerpo: labios, pecho, torso, y de vuelta arriba.

—Mañana —digo, con una voz admirablemente firme para alguien cuyo sistema endocrino acaba de cometer traición—. A las ocho de la noche. Esta sala. Trae libros de texto, todas las rúbricas de cada trabajo, apuntes de clase y café. —Hago una pausa—. Café bueno, no el agua de pantano del complejo deportivo.

—Sí, señora —dice.

—OK —digo, moviéndome hacia la puerta, desesperada por escapar antes de perder el control.

—Morgan —dice, y su voz me detiene.

No me giro.

—¿Qué?

—Muchas gracias.

Dos palabras. Completamente genuinas. De un tipo que normalmente enfrenta estos momentos con chistes y volumen.

Sonrío, pero no dejo que lo vea. Dios, no. No puede verlo.

—No me agradezcas todavía —digo—. No tienes idea de en qué te acabas de meter.

Lo dejo atrás, pero siento su mirada siguiéndome, recorriéndome el culo como manos. Y solo cuando llego a la salida y respiro el aire fresco me doy cuenta de que me tiemblan las manos. No de miedo ni de rabia, sino por la aterradora certeza de que acabo de hacer un trato con la única persona que ha demostrado ser capaz de hacerme fallar.

Pero ¿qué opción tenía?

Mi equipo necesita recursos.

Y, más que eso, él se arriesgó al ayudarme.

Así que merece un compromiso de mi parte para ayudarlo a él.

Es un trato para beneficiarnos a los dos. Una ecuación simple. Una solución. Nada más.

Repito este mantra todo el camino de vuelta a mi apartamento, pero mi cuerpo me llama mentirosa con cada paso: la piel todavía vibrando donde me tocó, el pulso aún acelerado, mi mente ya construyendo fantasías elaboradas sobre lo que esas manos callosas

podrían hacer con la motivación adecuada y significativamente menos ropa.

O quizás sin nada de ropa, doblada sobre la mesa en esa aula polvorienta...

Basta.

Para cuando llego a mi edificio, casi me he convencido de que todavía tengo el control. De que puedo manejar esto, manejarlo a él, como manejo todo lo demás: con lógica, disciplina y una dureza de granito que definitivamente no se va a agrietar aunque me mire así.

La mentira es poco convincente, pero me la trago de todas formas.

veintidós

MORGAN

LA SALA de estudio es perfecta en su esterilidad, una capilla de la virtud en la que completaremos el trabajo asignado y no sucumbiremos bajo ningún concepto a lo que chisporrotea entre nosotros. O eso me digo mientras estoy aquí sentada, esperando a James en esta celda de paredes beige y muerte fluorescente.

Es el equivalente académico de un tanque de privación sensorial, que es exactamente lo que necesito. Porque aquí dentro, con la misión que tenemos por delante, no puede haber distracciones, ni ambiente, ni absolutamente, rotundamente nada que pueda interpretarse como romántico.

Además del aislamiento y la privacidad, elegí este lugar por su absoluta ausencia de comodidad. Las sillas son instrumentos de tortura de plástico diseñados por alguien a quien sin duda rechazaron en la escuela de arte, la iluminación hace que todo el mundo parezca vagamente tuberculoso... no hay absolutamente nada sexy ni acogedor en este espacio.

Perfecto.

Organizo mis materiales. Hay una carpeta nueva con separadores de colores, porque la organización es la base de la excelencia. Hay una variedad de bolígrafos, porque Dios sabe que él no traerá los suyos. Finjo que toda la papelería del mundo podría de algún modo protegerme de la fuerza de la naturaleza que es James Fitzgerald.

Todo presente y listo.

Excepto él.

Él.

Su boca, caliente contra la mía, su mano enredada en mi pelo con la cantidad justa de fuerza, el muro sólido de músculo empujándome hacia atrás hasta que el mundo se redujo a solo nosotros, solo a—

Golpeo la mesa con la palma lo bastante fuerte para que los bolígrafos salten, porque ese tipo de imágenes ahora mismo es, francamente, una descortesía y algo jodidamente innecesario. El escozor agudo me despeja la cabeza, sustituyendo recuerdos sensoriales indeseados por un dolor inmediato que me aterriza.

Mucho mejor.

La biblioteca está silenciosa como una tumba a las diez de la noche, abandonada por todo aquel con una vida social real. En algún lugar a lo lejos, una impresora cobra vida con un zumbido, escupe páginas y vuelve a morir: la manifestación mecánica de mis intentos de resistir los pensamientos sobre él y sobre eso.

Y entonces entra él, como una banda de música en un velatorio.

Primero llega el estruendo: algo pesado golpeando el suelo sin contemplaciones unas puertas más allá, seguido de un amortiguado «¡Mierda, perdón!» dirigido al universo. Después, lo que suena como una bolsa de hockey entera volcándose, objetos cayendo en cascada en una sinfonía de caos.

Escucho, sin saber si debería sonreír con sorna, fruncir el ceño o salir corriendo. Sus pasos se acercan, de algún modo arrastrándose y atronando al mismo tiempo, como si intentara ser silencioso y fuera completamente incapaz de ello. Y entonces entra en la pequeña sala de estudio como una bofetada en la cara.

Jesucristo en patines.

Esos vaqueros deberían ser ilegales, abrazándole el culo y ciñéndose a unos muslos capaces de partir nueces. Su camiseta de PBU Hockey se ha lavado hasta la transparencia, la tela prácticamente pintada sobre su pecho. Tiene el pelo húmedo en las puntas por una ducha reciente, y puedo oler su aroma fresco desde aquí.

Esto está bien. Estás bien. No estás considerando lamer la gota de agua que le resbala ahora mismo por el cuello.

—¡Llegué! —Sonríe como si llegar un minuto tarde fuera una hazaña olímpica—. ¡Y traje sustento!

El sustento resulta ser una bolsa familiar de papas fritas de crema agria y cebolla que parece haber sobrevivido a una guerra y una botella de agua que es más abolladura que botella. Las deja en la mesa y luego saca un libro de sociología que tiene al menos una docena de cercos de café en la portada.

—James —digo con cuidado—. ¿Has estado usando ese libro como posavasos todo el semestre?

No lo confirma ni lo niega, pero la sonrisa me dice todo lo que necesito saber mientras se desploma en la silla frente a mí. Sus piernas se despliegan inmediatamente bajo la mesa, y de pronto el espacio se encoge al tamaño de una caja de cerillas. Su rodilla roza la mía —apenas un susurro de contacto— y no se aparta.

Yo tampoco, porque eso sería admitir que me afecta.

Que no me afecta.

Para nada.

El olor artificial a cebolla de sus papas fritas declara la guerra química contra el bouquet habitual de la biblioteca: papel viejo y sueños aplastados. Mi estómago ruge con la fuerza suficiente para hacer eco, recordándome que no he comido desde el mediodía porque estaba demasiado ocupada simulando cada posible desastre en que esta sesión podría convertirse.

—¿Hambre? —Empuja la bolsa hacia mí con la intimidad casual de alguien que comparte comida sin pensarlo—. Son de las buenas. Con extra de cebolla.

—No como comida procesada —miento, mientras mi mano se mueve involuntariamente hacia la bolsa como si tuviera voluntad propia.

—Claro. —Sus ojos bailan con risa apenas contenida—. Entonces ¿qué comes? ¿Col rizada orgánica y las lágrimas de tus enemigos?

Una risa corta y sorprendida me estalla antes de que pueda censurarla, un hipo de humanidad que no autoricé. Y en ese momento me doy cuenta de que James es genuinamente gracioso

cuando cuenta chistes en el momento normal y de la forma normal en que la gente cuenta chistes, en lugar de usarlos como muleta para cualquier cosa seria.

—Bueno —dice, masticando una papa frita con un volumen que parece deliberado—, ¿cómo funciona esto? ¿Me das un programa? ¿Horas de consulta? ¿Un bonito póster motivacional?

—Necesitas al menos una B en el próximo trabajo para subir tu promedio a donde tiene que... estar... —Hago una pausa, disfrutando la media sonrisa que me gana mi broma—. Después habrá un examen, que no puedo hacer por ti, pero puedo ayudarte a prepararlo. Clava el trabajo y saca al menos una C en el examen, y estás salvado...

—Fácil, ¿no? —Sonríe—. ¿Y de qué va el trabajo?

Deslizo la rúbrica plastificada por la mesa con la fuerza suficiente para establecer dominio.

—Tu profesor quiere cinco páginas analizando la desintegración social desde una perspectiva sociológica. Vas a entregar exactamente eso. Ni más, ni menos.

Se inclina hacia delante para examinar la rúbrica, y de pronto está en mi espacio, lo bastante cerca como para ver la tenue cicatriz que le cruza la ceja izquierda y sentir su calor corporal como una presencia física. La luz fluorescente atrapa motas doradas en sus ojos marrones que no tienen ningún derecho a ser tan perturbadoras.

Trabajo académico.

Desintegración social.

No estoy pensando en desintegrar la distancia profesional entre nosotros.

Sus ojos recorren el papel y luego se alzan hasta los míos con una mirada capaz de derretir vigas de acero.

—Entonces... ¿hay oportunidades de crédito extra en este... —Hace una pausa, su voz descendiendo a un registro que le provoca a mi estómago una pirueta no autorizada—. ...acuerdo nuestro?

Me recuesto en la silla, alzo una ceja y cruzo los brazos en lo que es definitivamente una demostración de poder y no un intento de evitar que mis manos hagan alguna estupidez.

—¿Quieres crédito extra? Si suspendes esta materia pierdes tu elegibilidad, así que ¿cómo te funciona eso?

Su sonrisa se ensancha.

—Pero a mí me motiva el refuerzo positivo. Estrellitas doradas. Caritas felices. —Su mirada cae a mi boca un segundo—. Otras recompensas.

Ignoro el intento obvio de coqueteo, mi voz lo bastante afilada para grabar cristal.

—Desintegración social. Cinco páginas. ¿Tu capacidad de atención puede con eso?

—No sé. —Ladea la cabeza, estudiándome con una intensidad que hace que la piel me quede estrecha—. Soy muy táctil. Necesito ir palpando el material.

El doble sentido aterriza con toda la sutileza de una carga contra las bandas, y golpeo el libro de texto con la mano.

—Página 247. Lee.

Lo abre, pero concentrarse parece causarle dolor físico. Su rodilla rebota bajo la mesa, creando un ritmo que siento a través del suelo. Al mismo tiempo, sus dedos tamborilean, su silla chirría, y entonces empieza a girar el lápiz como una pequeña batuta, casi lanzándolo al aire dos veces.

—La tesis principal del autor... —empiezo.

—...es aburrida de cojones —termina, y se lanza por la tangente—. ¿Sabes qué es una locura? La etimología de «tesis» viene de la palabra griega para «posición», lo cual es irónico porque la mayoría de las tesis no tienen ninguna posición, solo son...

—Concéntrate.

—Sí, concentrándome. —Dura quizá diez segundos antes de estirarse hacia su botella de agua, y sus dedos rozan los míos en el proceso: cálidos, callosos por el palo, demorándose un aliento de más contra mi muñeca donde el pulso me martillea como un disco contra las bandas.

—¿Decías? —Su inocencia es una actuación que merece un Tony.

Asesinato. Esa es la solución. Esconder el cuerpo en la sección de filosofía, donde nadie va. Encontrar literalmente cualquier otra forma

de salvar al equipo que no involucre sus estúpidas y perfectas manos.

Veinte minutos después, y no hemos logrado absolutamente nada excepto establecer que su cerebro funciona con caos y mi paciencia tiene límites. Ahora está doblando las esquinas de las páginas en origami mientras me explica la teoría de su compañero de equipo de que la sociología es simplemente «cotillear con citas bibliográficas».

Exploto.

—Esto no funciona. —Empujo la rúbrica con la fuerza suficiente para que aletee hasta el suelo—. No puedes concentrarte ni treinta segundos. Tus pensamientos son completamente no lineales. Crees que la escritura académica es el lugar apropiado para historias sobre los desastres de Nash en el baño...

—Eso era contexto relevante sobre vínculos sociales en comunidades cerradas...

—¡Era una historia sobre él quedándose atascado en un cubículo! Ahora está sonriendo.

—Ilustraba las dinámicas de grupo durante una intervención de crisis.

Quiero estrangularlo. Quiero besarlo. Quiero hacer ambas cosas simultáneamente.

—Olvídalo. —Me pongo de pie bruscamente, necesitando distancia, necesitando aire—. Esto fue claramente un error. Tú no puedes hacer esto, y yo no puedo enseñarle a alguien que piensa en...

—¿Explosiones? —ofrece, solícito.

—Iba a decir caos, pero vale.

Se ríe —cálido, rico, genuinamente encantado.

—Siéntate, Morgan.

—No.

—¿Por favor?

La petición es más suave, menos teatral. Cuando lo miro, lo miro de verdad, la energía maníaca se ha evaporado, dejando algo vulnerable. El mismo chico de la cafetería que admitió que el hockey es lo único que lo mantiene entero.

Me siento, dejando claro que no estoy contenta al respecto.

—Última oportunidad —digo—. Porque no tengo tiempo que perder si no te lo vas a tomar en serio, con o sin equipamiento.

—Mira. —Se frota el pelo con la mano, el gesto pura ansiedad—. Sé que no soy académico y que mi cerebro no funciona en línea recta, pero no soy estúpido.

—Yo no he dicho...

—Lo estás pensando. —Sin acusación, solo resignación—. Todo el mundo lo piensa. Que soy un deportista grandote y tonto.

La confesión toca un nervio que no quiero que toque, porque sí lo pensaba, antes. Antes de ver cómo procesa el mundo a través de conexiones que no son lineales pero tampoco son incorrectas. Puede que no esté hecho para trabajos, exámenes y asistencia puntual a clase, pero ahí dentro hay un cerebro.

—Demuéstrame que me equivoco —digo, más suave de lo que pretendía—. Olvida la estructura del ensayo y simplemente habla. Dime qué dice el autor sobre la desintegración social.

Me mira fijamente, evaluando mi sinceridad como si yo fuera una bomba con todo tipo de cables complejos. Entonces su actitud entera cambia. La inquietud cesa. Su cuerpo se aquieta con la misma concentración láser que le he visto en la portería. Hasta el aire se siente diferente, cargado con una intensidad repentina.

—Es como... —Hace una pausa, buscando—. Vale, la inferioridad numérica, ¿no? Cada uno tiene su posición. Su trabajo. El sistema solo funciona si todos confían en que los demás estarán donde tienen que estar.

Asiento, inclinándome hacia delante sin querer.

—Pero entonces uno se pone nervioso. A lo mejor ve un disco que cree que puede ganar, aunque no sea su zona, así que abandona su posición. —Sus manos dibujan jugadas en el aire con una gracia sorprendente—. De repente hay un hueco.

Otro asentimiento.

—Pues la caja entera colapsa porque una persona rompió la confianza. Eso es la desintegración social: el sistema no muere por una gran explosión, sino por mil pequeñas traiciones de confianza.

Estoy congelada, el lápiz inmóvil. Porque tiene razón. Tiene razón. Absoluta, brillantemente razón. Entiende el material a un nivel que la mayoría de los estudiantes pasarían por alto, y acaba de darme un ejemplo perfecto para ilustrarlo. Sabe todo lo que necesita saber para bordar el trabajo, lo cual podría ser señal de un milagro.

Joder. James Fitzgerald podría ser en realidad un genio disfrazado de golden retriever.

—Y el autor —continúa, los ojos brillantes de emoción—, lo que dice es que eso está pasando ahora con las comunidades. Todo el mundo persiguiendo su propio disco en vez de mantener la posición. La confianza se fue, así que toda la estructura defensiva simplemente... —Abre los dedos, imitando una explosión—. Bum. Caos.

—Eso es... —Me aclaro la garganta, intentando recuperarme del latigazo—. Eso es exactamente correcto.

Parpadea, sorprendido.

—¿En serio?

—En serio. —Agarro papel, mis pensamientos reorganizándose para descifrar cómo traducir su metáfora de hockey a lenguaje académico—. Repítelo, pero más despacio.

—¿Lo vas a escribir? —La pregunta es vulnerable, escéptica—. ¿Así, sin más?

—Voy a traducirlo a algo que tu profesor reconozca como sociología, pero las ideas son tuyas.

La mirada que me da entonces —suave y agradecida y sorprendida— me muestra que nadie le ha dicho jamás que sus pensamientos importan. Y ahí mismo me hace preguntarme si el caos y el ruido y la energía no son solo para evitar el silencio y las emociones, un mecanismo de protección contra el dolor del pasado de su familia.

¿Es posible que sea una barbaridad más inteligente de lo que nadie le reconoció?

—Vale —dice, la voz ahora concentrada—. ¿Desde el principio? Asiento, bolígrafo listo.

—Desde el principio. ¿Y James?

—¿Sí?

—Mantén las papas fritas en tu lado de la mesa.

Sonríe, más cálido ahora, más real.

—Sí, señora. Muy profesional. ¿También debería dejar de hacer esto? —Se estira, la camiseta subiéndosele para revelar sus abdominales.

Se me seca la boca como un desierto.

—Sería de ayuda.

—¿Y esto? —Su rodilla presiona contra la mía, deliberada, cálida a través de la tela vaquera.

—Sobre todo eso.

Pero ninguno de los dos se mueve. Nos quedamos ahí, rodillas tocándose, él hablando, yo traduciendo su hermoso caos en estructura mientras intento no pensar en lo fácil que se siente esto. En cómo su voz se ha asentado en algo hipnótico mientras explica coberturas defensivas como poesía.

Estás tan jodida, Morgan.

—Vale. —Forzo estabilidad en mi voz mientras conecta las zonas defensivas con la teoría del contrato social—. Sigue. Háblame del componente de la confianza.

El asombro le tiñe la voz.

—¿De verdad quieres escuchar esto?

—De verdad.

No es mentira. Quiero escucharlo todo. Quiero catalogar cada gesto y cada expresión, y quiero cosas que no tengo ningún derecho a querer del chico que se alejó hace tres años. Y a juzgar por cómo me mira —suave e intenso y hambriento, todo a la vez—, él lo sabe.

Los dos estamos absolutamente jodidos.

Y por primera vez en tres años, no estoy segura de que me importe.

ESTA NOCHE SOY un ladrón en mi propio reino.

Mi teléfono brilla como un faro de culpa en la oscuridad del almacén de equipamiento de hockey masculino, una sala cavernosa llena de todo, desde parches de «capitán» de repuesto hasta un par de Zambonis, y todo lo que existe entre medias.

Todo lo que mi equipo tiene y el de Morgan necesita.

Desde que mantenimiento por fin arregló el desastre de las tuberías y volvimos a nuestro propio vestuario la semana pasada, he intentado no pensar en el hecho de que dejamos al equipo femenino atrás en esa caja de hormigón mientras nosotros regresábamos a nuestros suelos con calefacción. Pero estar aquí esta noche, rodeado de suficiente material de sobra como para equipar a un pequeño ejército, hace que la desigualdad sea imposible de ignorar.

Su mensaje de texto está en la pantalla, una lista exacta de lo que su plantilla necesita para sobrevivir a los próximos partidos. Ya hemos completado un pedido de uniformes nuevos y otro equipamiento que tiene que fabricarse y enviarse, pero esta misión de suministro es simplemente para lo básico de existir como equipo de hockey.

La lista no solo es detallada, es de una precisión forense. No solo cinta, sino marcas y anchos específicos. Ha desglosado todo hasta el gramaje de la cera para palos, con alternativas aceptables

ordenadas por preferencia. Joder, apuesto a que tiene una hoja de cálculo para organizar sus hojas de cálculo.

O siempre es así, o piensa que soy demasiado idiota para descifrar la lista yo solo.

Probablemente lo primero, teniendo en cuenta cómo han ido los últimos días.

Un calor se extiende por mi pecho, lento e inevitable, mientras el recuerdo de las últimas sesiones de estudio en la biblioteca me inunda. No solo el hecho de que me ayudó, sino cómo me hizo sentir... no estúpido... por primera vez en todo mi tiempo en la universidad.

No se rio cuando me emocioné y empecé a dibujar jugadas de hockey en los márgenes para explicar el estado de naturaleza de Rousseau. Y, por primera vez desde primer año, estar sentado en una biblioteca no se sentía como llevar un disfraz tres tallas más pequeño.

«No eres estúpido, Rook», había susurrado, casi como si no hubiera querido decirlo en voz alta. «Es que piensas en diagonal».

Así que ahora estoy decidido a hacerlo bien y conseguirle lo que necesita, y trato los últimos artículos de su lista como si fueran la diferencia entre la vida y la muerte. Ah, aquí está: cinta atlética, una pulgada y media, blanca, adhesivo hipoalergénico... la buena, la que no deja residuos ni arranca la piel cuando la quitas.

Listo.

La tarea, aunque probablemente ilegal o inmoral como mínimo, es extrañamente reconfortante. No hace falta actuar. No hay público al que entretener. Solo yo, a solas con el chirrido de mis zapatillas en el suelo pulido, robando en silencio a mi propio equipo para salvar al de ella.

—¿Pero qué cojones?

El sonido casi me hace soltar la caja de cinta; mi corazón intenta salirse por la garganta. Erik Schmidt está en la puerta, mirándome como si me hubiera puesto a hablar en lenguas. Su expresión pasa de la confusión a la sospecha y luego a algo que podría ser genuina preocupación si Schmidt realmente procesara emociones.

—¿Te está dando un ictus? —Se acerca un paso—. ¿Por qué estás en el almacén a medianoche?

En cualquier otro momento me habría lanzado de cabeza: un chiste sobre haber desarrollado un fetiche con la cinta adhesiva, o alguna mentira elaborada sobre que el entrenador quería todo catalogado según la fase lunar. Pero la energía maniaca que normalmente alimenta mis evasivas se ha evaporado, reemplazada por algo más pesado.

—El equipo de Riley está siendo asfixiado por Galloway —digo, y las palabras salen graves y serias, sin remate, solo la verdad flotando en el aire entre los dos.

Las cejas de Schmidt ascienden hacia la línea del pelo.

—¿Y?

Me encojo de hombros.

—Pues que necesitan cosas, y nosotros tenemos cosas. Demasiadas, si soy honesto. Así que lo estoy arreglando.

El silencio se extiende entre nosotros, pegajoso e incómodo. Erik Schmidt me conoce desde hace un par de años. Me ha visto en lo más bajo —tan borracho y llorando tras una derrota desgarradora que le vomité en los zapatos (dos veces)—, pero apostaría a que nunca, ni una sola vez, me ha visto tan serio con algo.

—¿Esto va de la chica? —dice, la pregunta cuidadosa y clínica.

—Va de hacer lo correcto.

—¿Desde cuándo tú...? —Se frena—. ¿Galloway o Pearson lo saben?

—¿Tú qué crees?

Otro silencio, pero este es distinto... más pensativo... y entonces asiente.

Observo cómo Schmidt se acerca al soporte de palos de composite y descuelga un Bauer Vapor nuevo —tope de gama, de los que tienen el logo holográfico que atrapa la luz— y lo añade a la bolsa con el cuidado de quien manipula explosivos.

Su voz es plana, práctica.

—Los números de serie están rastreados, así que no les des ninguno de los palos comprados por PBU —dice—. Pero ese se lo

pueden quedar. Es un regalo de cumpleaños de mis padres, así que si alguien pregunta, te lo di para tu primo o algo.

—Gracias, Schmidty.

Me pone una mano en el hombro.

—Buen trabajo.

El gesto —tanto el palo como el elogio— me golpea más fuerte de lo esperado. Schmidt no hace gestos. Hace logística, sistemas y honestidad brutal, así que este acto silencioso de rebelión compartida significa más que cualquier sesión de vínculos étlicos.

No lo arruino contándole que yo —nosotros, el equipo— vamos a recibir algo a cambio.

Además, ya va camino de la puerta. Está claro que no le va a decir nada a nadie, pero tampoco quiere estar metido hasta el cuello en mi gran robo de hockey. La puerta se cierra con un chasquido definitivo y estoy solo otra vez con mi teléfono, mi botín y el recuerdo del rostro de Morgan.

Cuando me miraba como si estuviera viendo algo nuevo.

Como si quizá no fuera solo una decepción esperando a ocurrir.

Cierro la cremallera de la bolsa y compruebo su peso, satisfecho de que es lo bastante ligera como para que ella la cargue sin levantar sospechas. Mi pulgar flota sobre la pantalla del teléfono, y tengo que reescribir el mensaje tres veces porque encontrar el equilibrio justo entre informal, amigable y correcto es difícil.

Al final, opto por la eficiencia brutal:

Salida de servicio. Diez minutos.

Bajo hasta la salida de servicio detrás del Devil's Cauldron, donde los programas de hockey esconden todas las necesidades feas —el equipo de mantenimiento de la pista, los compresores industriales y los contenedores donde los palos rotos y las camisetas manchadas de sangre van a morir.

Perfecto para un intercambio clandestino entre dos personas que no logran descifrar qué son el uno para el otro.

El aire de noviembre tiene dientes esta noche, mordiendo a través de mi sudadera con la fuerza suficiente como para que me duelan las costillas. Podría haber cogido mi chaqueta del equipo —la

buena, con el forro polar y el año del campeonato bordado en la espalda en hilo dorado—, pero se sentía mal de alguna forma.

Como alardear delante de una chica que tiene que mendigar, arañar y robar cinta de hockey.

La bolsa pesa sobre mi hombro como una mala conciencia. No por el robo —eso apenas registra en mi radar moral, que admito no está calibrado para mucho más allá de que no te pillen y no seas un completo gilipollas—, sino porque la silenciosa simplicidad de todo esto se siente como territorio extranjero.

Ningún gran gesto.

Ningún espectáculo público.

Ningún público cuyo aplauso mida mi valor.

Solo yo, en la oscuridad, intentando ser la clase de persona que no necesita una ovación de pie para saber que hizo algo bien. Un concepto novedoso, en serio. Mi terapeuta estaría orgullosa, si tuviera una, que probablemente debería. Añádanlo a la lista de cosas de adulto que sigo prometiéndome hacer, justo después de aprender a cocinar algo.

Espero un rato, y justo a tiempo, una figura emerge del vapor.

Morgan.

Incluso en una simple sudadera gris y unas mallas negras que no hacen nada por disimular su figura, se mueve con esa misma energía contenida de siempre. Lleva la capucha puesta, su rostro envuelto en sombras, pero puedo ver sus ojos recorriendo el callejón, catalogando salidas y amenazas.

Parece una soldado entrando en territorio enemigo.

Se detiene a tres metros de distancia, manteniendo la separación como si yo fuera contagioso. Su postura grita desconfianza —el peso en el pie de atrás, lista para salir corriendo—, como si yo hubiera orquestado todo esto para dejarla en evidencia y de un momento a otro se fueran a encender las luces y Galloway fuera a aparecer con seguridad del campus.

Por una vez, no suelto un chiste sobre la estética de película de espías de nuestro punto de encuentro ni sobre que deberíamos tener nombres en clave. Simplemente dejo que la bolsa se deslice de

mi hombro, la dejo caer al suelo con un golpe sordo que parece rebotar en las paredes de ladrillo y la empujo hacia ella con el pie.

Es una ofrenda.

Una disculpa.

Una alianza cumplida.

Y, quizá, la promesa de un futuro de algún tipo.

Se acerca como si pudiera explotar y se arrodilla sin quitarme los ojos de encima. Abre la bolsa, su teléfono aparece en la mano, la linterna proyectando una luz blanca y cruda que convierte su rostro en un estudio de sombras y agotamiento. Y puedo ver el momento exacto en que la sospecha da paso a la gratitud y al alivio.

La máscara no solo se agrieta, se hace añicos, y durante tres segundos veo a Morgan Riley, la chica que conocí durante dos semanas en aquel campamento de verano, sin guardia y tierna. No la Morgue, no la capitana Reina del Hielo... solo una chica que una vez supo lo que era confiar.

Los hombros se le hunden hacia dentro, y entonces sus ojos se vuelven vidriosos con algo que podrían ser lágrimas si ella fuera la clase de persona que llora. El agotamiento emerge, y de repente parece tan jodidamente joven, tan jodidamente cansada, que siento que el pecho se me desploma.

La sensación que se extiende por mí es mejor que cualquier gol que haya parado y mejor que la bocina sonando por una victoria en la prórroga. Joder, es mejor que el rugido de diez mil aficionados coreando mi nombre o los vítores cuando ganamos el campeonato.

Se levanta, el rostro en blanco otra vez.

—Gracias —dice.

Asiento, sabiendo que ahora no es el momento de presionar ni de soltar un chiste.

—¿Necesitas ayuda para...?

—No.

Claro que no.

Morgan no necesita ayuda, especialmente cuando la necesita. Cargaría el mundo a sus espaldas antes de pedirle a alguien que le sostuviera ni un solo gramo. Es como ver a alguien intentar hacer malabares con motosierras mientras insiste en que está

perfectamente, gracias por preguntar, lo tiene todo bajo control incluso cuando la sangre empieza a correr.

—Eh, sorpresa extra —digo, cogiendo el palo de Schmidt y ofreciéndoselo.

Se le abren los ojos, porque sabe exactamente lo que cuesta ese palo. Y cuando alarga la mano para cogerlo, sus nudillos rozan el dorso de mi mano. El contacto más mínimo. Un susurro de piel contra piel que no debería importar, que no debería registrarse, pero los dos retiramos las manos como si nos hubieran dado una descarga.

Nuestras miradas se encuentran en la oscuridad, y de repente el callejón ya no es un callejón. Es el hueco de la escalera. El aire frío es su respiración entrecortada contra mi boca cuando le chupé ese punto del cuello que hizo que todo su cuerpo se estremeciera. El vapor de los compresores es el calor que irradiaban nuestros cuerpos cuando me apreté contra ella.

Sus labios se entreabren levemente, lo justo para que pueda ver la punta de su lengua tocar su labio inferior, y sé —sé— que está ahí conmigo. Recordando el choque desesperado de dientes y lenguas. La forma en que me atrajo más cerca en lugar de empujarme.

—Me tengo que ir —dice, la voz quebrándosele en la última palabra.

—Morgan...

—No. —Una advertencia. Una súplica. Una plegaria—. Gracias, James.

Desaparece en el vapor, tragada por la noche y la distancia que mantiene con tanto cuidado entre nosotros. Me quedo solo en el callejón, el dorso de la mano todavía hormigueando por ese breve contacto, el cuerpo vibrando con una corriente que no tiene nada que ver con el frío.

La picazón familiar por el ruido, por la distracción, empieza a trepar por mi columna. Hace dos semanas habría ido directo a la fiesta más ruidosa, con más gente y las bebidas más fuertes. Habría actuado hasta que el silencio no pudiera tocarme, hasta estar demasiado borracho para recordar por qué la quietud se sentía como ahogarme.

Ahora simplemente me quedo aquí, dejando que la quietud exista a mi alrededor.

No se siente como una victoria. No hay multitud vitoreando, ni compañeros dándome palmadas en la espalda, ni marcador declarándome ganador. Solo está el vapor y el frío y la presión fantasma de sus nudillos contra mi mano. Pero hay algo más también, algo sólido en mi pecho donde normalmente vive el pánico.

Tardo un momento en reconocerlo porque hace mucho que no lo siento sin un público que lo valide. Es orgullo. Orgullo silencioso, privado, que no tiene nada que ver con la aprobación de nadie y todo que ver con la expresión en su cara cuando vio ese palo y la bolsa de suministros.

Mi teléfono vibra. Durante un momento salvaje y estúpido, pienso que es ella, ya escribiendo sobre el jueves, quizá. O diciéndome que ella también recuerda la playa o el hueco de la escalera, y que quiere recordar lo que se sentía tenerme dentro antes de que yo arruinara todo al...

Pero es un mensaje de Nash:

¿¿Dónde estás?? ¡Fiesta en la casa de Theta! Esa de primero con las tetas operadas pregunta por ti, pero está lo bastante borracha como para bajar sus estándares hasta los míos...

Hace tres meses, ese mensaje habría sido un salvavidas que me rescatara del silencio peligroso. Ahora solo se siente agotador, como que te pidan interpretar a Shakespeare ante un público que solo quiere chistes de pedos, y esa fiesta es el último lugar de la Tierra donde quiero estar.

Respondo:

No puedo. Mañana entreno temprano.

La respuesta es inmediata:

¿Desde cuándo eso te frena?

La pregunta me hace parar y pensar, pero la respuesta es obvia. Desde que una chica empezó a confiarme cosas que importan. Desde que me di cuenta de que ser el más ruidoso no significa ser el líder. Desde que empecé a querer ser la clase de hombre que merece algo más que ojos en blanco y suspiros de agotamiento.

Pero no escribo nada de eso. Simplemente guardo el teléfono sin responder y empiezo a caminar de vuelta a mi apartamento. Nash estará bien en la fiesta sin mí, y yo solo quiero pasar la noche a solas en la quietud. Sin ruido, ni aplausos, ni público.

Y, por primera vez en mi vida, eso se siente exactamente bien.

EL SILENCIO sobre el hielo se siente como llevar puesto el suspensorio de otro. Técnicamente funciona, pero todo queda mal y te hace caminar raro.

Mientras mi mano aprieta el cronómetro, me pregunto si esto es lo que Morgan siente todo el tiempo, este estado de hiperalerta donde cada segundo tiene peso y cada movimiento necesita una razón. Es mucho más difícil que dejar que reine el caos mientras hacemos las cosas a medias en otro entrenamiento.

—¿Desde cuándo Rook sabe qué lado de eso va para arriba?

El murmullo de Nash se escucha a través del hielo con total claridad porque nadie se ríe y nadie bromea. La banda sonora habitual de mis entrenamientos —la cháchara constante, las puyas— ha sido reemplazada por el chirrido metálico de los patines y un silencio confuso.

Javier Martínez se limita a encogerse de hombros ante la pregunta de Nash, con los ojos desviándose de vez en cuando hacia mí, esperando el remate. Todo el equipo tiene esa cara, como si me hubieran abducido o como si todo esto fuera una broma gigante a punto de terminar en cualquier momento.

Y no son los únicos que lo llevan mal.

La necesidad de soltar un chiste me trepa por la garganta —familiar, desesperada, necesaria. Quizás sobre cómo por fin aprendí

a contar más allá de diez, o sobre cómo el cronómetro venía con instrucciones en crayón especialmente para mí. Cualquier cosa para romper el silencio asfixiante de todos conteniendo la respiración, esperando a que alguien más ceda primero.

Pero entonces la voz de Morgan durante nuestra última sesión de estudio me atraviesa el cerebro: «El caos es el enemigo del progreso, James.»

En otras palabras, si quiero que mi equipo empiece a rendir como es capaz, necesito frenar algo de la carnicería e inculcar algo de trabajo duro. Hasta ahora los chicos lo están haciendo, pero claramente no tienen ni idea de por qué ni de cuánto va a durar. Yo tampoco, siendo honesto, pero estoy haciendo todo lo posible.

—Ejercicio de salida de zona, mismos grupos que antes —anuncio—. Salidas limpias, apoyen el disco y lleguen a la zona neutra con velocidad.

Es exactamente el ejercicio que vi ejecutar a Morgan hace tres días, cuando me colé otra vez a la tribuna alta. Su equipo lo había ejecutado con precisión, cada jugadora moviéndose en sincronía. No hubo movimientos desperdiciados, ni jugadas de héroe, ni payasadas —solo una eficiencia brutal que convirtió el caos en estructura.

Mientras tanto, mi equipo parece un montaje de errores de Disney On Ice.

Nash gana el saque inicial limpiamente, el disco deslizándose hacia Erik Schmidt en la defensa. Schmidt hace la jugada inteligente, un pase limpio por la banda hacia Cooper, que ya está en movimiento. Hasta ahí, perfecto. Entonces Cooper se la pasa a Kellerman en la línea azul, y puedo ver el momento exacto en que todo se va a la mierda.

Todo el lenguaje corporal de Kellerman cambia —hombros cuadrados, barbilla arriba, esa energía de cachorro ansioso que normalmente me da ganas de revolverle los rizos color arena y decirle que es un buen chico. Ve el pase largo, ese hilo tentador por el centro donde Martínez se está desmarcando.

Es la clásica jugada de héroe. El tipo de jugada que termina en los resúmenes de mejores jugadas cuando sale bien, y que te hace

parecer que aprendiste hockey de tu tío Steve borracho cuando no. Y es exactamente lo que hemos estado haciendo cada partido de esta temporada, y la mayoría de las veces nos han dado una paliza.

¿Y esta vez?

El pase no llega ni a pasar del centro del hielo. El delantero defensor lo lee como un libro infantil y lo intercepta sin esfuerzo. El disco va para el otro lado, y si esto fuera un partido real, estaríamos corriendo de vuelta a defender, probablemente cediendo un ataque en superioridad.

Hace un mes, me habría reído del asunto, soltando algún chiste sobre Kellerman intentando enhebrar una aguja con un churro de piscina. El fallo se habría disuelto en diversión compartida y un poco de vergüenza para Kellerman, porque oye, aquí todos somos amigos, ¿no?

Pero esta vez, el pitido agudo del silbato corta el aire.

Patino directamente hacia Kellerman mientras el equipo contiene el aliento, probablemente esperando que suelte una broma. En cambio, aparto a Kellerman, lo bastante cerca como para que nuestra conversación no se convierta en entretenimiento de vestuario. La cara del chico recorre emociones más rápido de lo que su ex cambiaba su estado sentimental.

—¿Qué viste ahí? —Mi voz se mantiene calmada, canalizando cada corrección paciente que Morgan me ha dado durante nuestras sesiones de estudio.

La mandíbula de Kellerman se tensa, claramente todavía sorprendido de que no haya soltado una broma ni lo haya dejado en ridículo.

—Martínez se estaba desmarcando y pensé que lo tenía.

—Pensaste que podías ganar toda la sesión con un solo pase. —Golpeo el palo contra el hielo, un ritmo suave—. Eso es culpa mía, no tuya.

Su cabeza se levanta tan rápido que me preocupa que se desnude.

—Te dejé pensar así —continúo—. Te hice creer que la jugada vistosa valía más que la inteligente. Les he estado enseñando a ser

videos de YouTube en vez de jugadores de campeonato, pero ya no vamos a jugar ese tipo de hockey, ¿OK?

Dios, admitir el fracaso en voz alta es tan cómodo como un examen de próstata hecho por alguien con las manos heladas y ganas de venganza. Pero Morgan lo hace todo el tiempo en nuestras sesiones —reconoce cuando su método de enseñanza no funciona, se ajusta sin una crisis de ego— y claramente hace lo mismo con su equipo.

Y, maldita sea, he visto lo efectivo que es conmigo y con su equipo.

Dicen que la imitación es la mejor forma de halago, ¿no?

—Mira —digo, bajando la voz—. Estás intentando ser el héroe porque eso es lo que yo he modelado... chistes... paradas espectaculares... pero ¿sabes qué aprendí?

Niega con la cabeza.

—Los héroes salen en las noticias —digo finalmente—. Los sistemas ganan campeonatos, como pasó con Mike y el resto de nosotros el año pasado, y como va a pasar este año con el equipo de Morgan...

—OK —dice Kellerman, y asiente despacio, algo cambiando en su expresión.

—Solo saca el disco limpio —le digo—. Confía en que Cooper o Schmidt van a hacer la siguiente jugada. El sistema funciona si confías en él.

Reiniciamos, y veo el mismo saque inicial, los mismos movimientos iniciales. El disco fluye hacia atrás, alrededor de las bandas, perfecto de manual. Pero cuando llega a Kellerman esta vez, veo su cuerpo tensarse para ese pase largo. Martínez está ahí de nuevo, esa misma ventana tentadora abriéndose.

Durante un segundo que detiene el corazón, el palo de Kellerman se inclina hacia el centro del hielo.

Entonces su peso cambia. Hace la jugada simple e inteligente, un pase corto por la banda hacia Nash, que está en posición de apoyo perfecta. Nash la cruza por la línea azul con velocidad, sin resistencia, y salimos de nuestra zona dos segundos completos más rápido que en el intento anterior.

No es sexy.

No va a aparecer en ningún resumen de mejores jugadas.

Pero es limpio, eficiente, y exactamente lo que gana partidos de hockey.

—¡Ahí está! —La aprobación me explota desde dentro—. ¡Eso es hockey, chicos!

Repetimos el ejercicio seis veces más, cada repetición más limpia, más rápida y más automática. Los chicos dejan de buscar la gloria y los halagos con rascadita bajo la barbilla y empiezan a confiar en la máquina. Schmidt y Cooper trabajan las parejas defensivas en perfecta sincronización. Hasta Nash está completamente metido.

El silencio extraño y concentrado persiste, pero ahora es diferente.

No confuso ni incómodo, sino con propósito.

—Suficiente —anuncio después de la última repetición—. Estiren y a las duchas.

Mientras el equipo empieza a enfriar, un movimiento en mi periferia me llama la atención. El entrenador Pearson se despega de donde ha estado apoyado contra las bandas, con una expresión indescifrable. Ha estado observando toda la sesión desde el banquillo, tan silencioso como mis padres durante sus peores peleas.

Normalmente es él quien intenta poner orden en mi caos, pero esta temporada a los chicos les ha costado engancharse. Sin embargo, en esta sesión me ha dejado tomar las riendas, y cuando se detiene a mi lado y pone la mano en mi hombrera, se siente importante.

—Es lo mejor que hemos lucido esta temporada, Capitán —dice.

No «buen trabajo, Rook» ni «buen entrenamiento, chico».

Me llamó Capitán como si realmente significara algo.

Como si me lo hubiera ganado.

Se aleja patinando antes de que pueda responder, lo cual probablemente es bueno porque se me ha cerrado la garganta. Y solo entonces vuelvo la atención a los demás, jugadores saliendo en pequeños grupos, sus voces un murmullo bajo. Me encuentro solo,

apoyado contra el poste de la portería que he defendido durante cuatro años.

Y esta vez, el silencio ya no se siente mal.

La influencia de Morgan está en todo lo que acaba de pasar —su enfoque metódico, su paciencia con los errores y su fe en los sistemas por encima de lo espectacular. Hace dos meses, la idea de canalizarla me habría aterrorizado. Pero aquí de pie, sintiendo el peso del verdadero liderazgo asentándose en mis huesos, me doy cuenta de algo:

No me estoy convirtiendo en Morgan.

Me estoy convirtiendo en mi versión.

Alguien que puede bromear y hacer el payaso cuando es el momento adecuado.

Pero que puede encargarse de su mierda el resto del tiempo.

El pensamiento de ella —probablemente en el gimnasio ahora mismo, haciendo correr suicidas a sus jugadoras mientras se ve preciosa y aterradora— envía calor extendiéndose por mi pecho. No el calor desesperado y necesitado de desear a alguien que piensa que apenas estás domesticado, sino algo más profundo.

Complicidad.

Ella todavía no lo sabe —y probablemente nunca lo sabrá— pero he apostado todo por ella.

Mi teléfono vibra desde el banquillo. Así que, con un suspiro y agradecido de poder quitarme la fachada de seriedad que no me queda tan bien, patino hasta allí y planto el culo en la madera. Hurgo en mi bolsa, saco el teléfono, y cuando veo el nombre de Morgan en la pantalla, se me dispara el pulso.

Buen entrenamiento hoy.

Frunzo el ceño ante el mensaje. No tiene sentido, porque—

Levanto la mirada hacia el nivel superior del pabellón, recorriendo los asientos vacíos. Las gradas altas están envueltas en sombras, pero sé exactamente dónde mirar. La tercera sección desde la izquierda, última fila, parcialmente oculta detrás de una columna. Es el mismo lugar desde donde yo he estado viendo en secreto sus entrenamientos durante semanas.

Ahí.

Un destello de pelo rojo mientras se mueve, apenas visible bajo la tenue luz de emergencia.

Ha estado viéndome.

Mi pulgar se queda suspendido sobre el teclado mientras mi cerebro sufre un cortocircuito. Vio todo —cómo aparté a Kellerman, las correcciones pacientes, la completa ausencia de evasión o comedia— y me observó canalizando todo lo que ella me ha estado enseñando, lo sepa o no.

Respondo:

Aprendiendo de la mejor. Aunque podría haberte conseguido asientos más cerca. Conozco a un tipo...

Los tres puntos aparecen de inmediato, y luego llega su respuesta:

Me gusta la vista desde aquí arriba...

Sonríó de medio lado y tecleo mi respuesta:

Qué curioso, eso es exactamente lo que me digo cuando veo tus entrenamientos. O cualquier vez que te veo, en realidad.

Los puntos bailan más tiempo esta vez. Se detienen. Luego empiezan de nuevo.

Es una ilustración visual de la indecisión que espero que mi mensaje coqueto haya causado, porque llevamos semanas así, miraditas de reojo y comentarios cargados de intención. Y prácticamente puedo verla luchando contra una sonrisa desde allá arriba, ese pequeño tic en la comisura de su boca que se esfuerza tanto en reprimir.

Porque si ella me ha enseñado a aprender, enseñar y ser serio al menos parte del tiempo, creo que yo he logrado enseñarle que sonreír al menos una vez por ciclo lunar es fundamental para evitar que los de la funeraria la den por muerta, y para que las arrugas antiestéticas no le infecten la cara con una década de anticipación.

Entonces, finalmente, la respuesta:

Jueves. Biblioteca. 10:00 p.m. Tu trabajo todavía necesita arreglos.

El cambio de tema es tan clásicamente Morgan que me río en voz alta, y respondo:

Llevo café. Del bueno, de ese sitio que finges que no te gusta.

Contraataca:

Es carísimo y pretencioso.

Sonríó de medio lado y respondo:

Literalmente gemiste cuando probaste su latte de canela la semana pasada.

Una pausa larga. Luego:

No gemí...

Dudo, y luego decido ir a por todas:

Conozco tus gemidos...

Y ahí está, mi intento de cruzar esa línea hacia el coqueteo directo que ambos hemos dudado en cruzar durante semanas. Los puntos aparecen y desaparecen tres veces. Observo las sombras en las gradas altas moverse —definitivamente se está retorciendo allá arriba— y levanto la mano en un pequeño saludo.

Pero está claro que no va a llegar respuesta, así que envío un último mensaje:

Disfruta el resto de tu día pensando en mí...

Incluso desde esta distancia, juro que puedo sentir cómo pone los ojos en blanco.

Sonríó, guardo el teléfono y me levanto del banquillo. Y, mientras me dirijo al vestuario, levanto la vista hacia el banderín del campeonato sobre mí y me siento digno de él por primera vez, no como un impostor total. Porque por primera vez en mi vida, lideré.

Tomé el camino difícil, no el fácil.

Enseñé sin evasivas y mantuve a mi equipo en un estándar de excelencia, no de entretenimiento. Se sintió como ser el capitán que se supone que debo ser, el que tal vez sea digno de la mujer que ve a través de todo su ruido hasta el hombre que desesperadamente intenta salir a la superficie.

Y el pensamiento —de eso, de ella— hace que mi sonrisa se ensanche.

veinticinco

MORGAN

ESTOY MIRANDO MI PIZARRA —sí, pizarra, porque no podemos permitirnos iPads y el programa masculino no tiene excedentes— como si contuviera el sentido de la vida. Pero me conformaría con encontrar el sentido del colapso en nuestra zona defensiva del partido de esta noche, que nos costó un gol y casi nos costó la victoria.

No somos vistosas ni goleadoras. Somos disciplinadas y duras, y eso significa que un solo gol puede hundirnos. Por suerte, esta noche sacamos el partido por los pelos, gracias a una buena jugada de nuestra segunda línea, pero sigo molesta de que todo dependiera de eso. Yo cometí un error, así que cometimos un error.

Pero antes de que pueda descifrarlo, o al menos seguir castigándome, Mills se planta delante de la pizarra. Lo cual es irónico, dado que Mills es la que falló la asignación defensiva y permitió el gol. Pero ahora tiene los brazos cruzados, mientras cerca de ella, Sarah y Jen sonríen como conspiradores que acaban de dar un golpe.

—Salimos, capitana. —La voz de Mills tiene esa misma energía de que-te-jodan-no-me-muevo que lleva a la defensa de zona—. Y tú vienes.

—No. —Mi respuesta sale plana y automática, porque salir significa un bar, y un bar significa idiotas con las manos largas—.

Pero diviértanse.

Mills no se mueve. Si acaso, baja su centro de gravedad, como si yo fuera a empujarla.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo divertido?

—La revisión de vídeo y el análisis de colapsos defensivos me resultan satisfactorios —digo—. Y hay comida china sobrante en mi nevera con mi nombre puesto. Literalmente.

Sarah resopla.

—Acabamos de ganar. Ejecutamos cada ejercicio que nos machacaste, y ahora queremos celebrar contigo.

La esperanza en sus ojos golpea más fuerte que cualquier carga corporal, porque normalmente están más que contentas con la dinámica de la capitana, yo, y el equipo, ellas. Bromean entre ellas y luego se tensan cuando estoy cerca, ya sea por respeto o por miedo.

Es la primera vez que buscan incluirme.

Pero parte de mí también se pregunta si han notado el cambio en mí.

A estas alturas es innegable hasta para mí. Porque, en las dos semanas que llevo «aliada» con James —él consiguiéndome equipamiento y yo consiguiéndole una nota decente— me he sentido empezar a aflojar un poco. De hecho, en vez de que mis muros vuelvan a subir, es como si los hubieran reemplazado con un jardincito y un poco de sol.

Lo sentí primero de maneras pequeñas, negables. Una sonrisita o una sacudida irónica de cabeza ante un chiste. Pero las demás también lo están notando. Yo —nosotras— seguimos siendo tremendamente profesionales sobre el hielo, pero también ha habido un alivio mínimo de la tensión en el equipo, como si yo las tuviera a todas nerviosas y con miedo de meter la pata.

Y nuestro juego ha mejorado aún más por eso.

Somos un equipo con garra, sin concesiones en lo básico, con más brillo.

A veces solo necesitas apagar tu cerebro y ser idiota durante una hora.

La voz de James resuena sin permiso, un recuerdo de nuestra última sesión de estudio, cuando estaba tan tensa por su trabajo

que me quitó físicamente el bolígrafo rojo de la mano, sus dedos rozando los míos el tiempo justo para que mi cerebro olvidara lo que era una tesis.

Pero aunque afloje un poco, no puedo nadar del todo hasta la parte honda. Así que busco la lógica y la manera de agarrarme emocionalmente al borde de la piscina. Y está claro: la cohesión de equipo requiere experiencias compartidas, y la vulnerabilidad controlada puede fortalecer los lazos del grupo, así que salir es una opción razonable.

—Bien. —La palabra sabe a rendición mezclada con ácido de batería—. Salgo una hora, porque no hacerlo sería malo para la moral del equipo.

Mills suelta un grito que rebota en las paredes de hormigón.

—The Down Low, en una hora, y ni se te ocurra dejarnos plantadas, capitana.

Se dispersan antes de que pueda cambiar de idea, dejándome sola con mi pizarra y la aterradora revelación de que acabo de aceptar entrar voluntariamente en una situación social sin estrategia de salida.



The Down Low asalta cada sentido en el momento en que cruzo la puerta.

Los graves me hacen vibrar los huesos, el aire es tan denso que se podría masticar, y mientras atravieso el local buscando a mi equipo, hay tanto contacto físico. El codo de alguien me golpea, el pelo de una chica me azota la cara, y cuando dos tipos de fraternidad no se quitan de mi camino, tengo que contenerme para no pegarle a uno.

Encuentro a mi equipo en unas mesas altas cerca de la barra, ya con varias copas encima a juzgar por su volumen y las mejillas sonrojadas de Sarah. Rachel está demostrando algún tipo de maniobra defensiva que se parece más a danza interpretativa, y cuando Mills me ve, levanta su cerveza en señal de triunfo.

Se ven... felices.

Jóvenes.

Como estudiantes universitarias de verdad en vez de las guerreras que he estado forjando.

Después de un viaje a la barra, mi agua con gas me suda en la mano. Hago una evaluación de amenazas de cada tipo con gorra al revés en las inmediaciones: una mesa de jugadores de fútbol americano, lo bastante borrachos para creerse encantadores; un grupo haciéndose chupitos, con los ojos escaneando en busca de objetivos; y un tipo solo que lleva treinta segundos mirándole el culo a Mills...

Entonces una risa familiar corta el ruido, y mi cuerpo se pone en alerta máxima.

James.

Está en una mesa del rincón con Schmidt y Cooper, con la cabeza echada hacia atrás de la risa. Aquí, en su hábitat natural, es magnífico. El bar abarrotado que a mí me hace sentir que me ahogo parece cargarlo de energía. Transforma el caos en algo magnético, atrayendo a la gente a su órbita sin proponérselo.

Su cabeza gira, y nuestras miradas se cruzan a través del local lleno.

La sonrisa no abandona su cara, pero cambia, suavizándose en algo privado, algo que existe solo entre nosotros. Su mirada baja a mi boca un segundo —lo suficiente para saber que está pensando en la escalera, en la presión desesperada de mi cuerpo contra el suyo...

... y en aquella noche en la playa.

Yo también estoy pensando en eso. En sus manos en mi cintura, los dedos abiertos con posesividad. En el sonido que hizo cuando le mordí el labio... mitad jadeo, mitad gemido, todo deseo. En cuánto quería dejar que me levantara contra esa pared y me follara ahí mismo donde cualquiera podría habernos pillado.

Hace un mes, este momento me habría hecho salir corriendo. Pero esta noche, le doy el más mínimo asentimiento. Su sonrisa se ensancha, y es lenta y linda y encantadora y demoledora, porque ahora sé que este hombre es capaz de profundidad y de amabilidad.

Levanta su cerveza ligeramente para brindar por mí, y luego vuelve con sus amigos.

—¡Capitana! —Mills se materializa a mi lado, la cara encendida de victoria y Bud Light—. ¡Deja de ser un florero y baila con nosotras!

—No bailo.

—Y una mierda. Todo es baile. El hockey es baile. Pelear es baile. Esto solo es bailar con música de mierda.

Antes de que pueda enumerar las diferencias tácticas —nada de equipamiento protector, ningún objetivo claro, la inquietante cantidad de perreo— me agarra la mano y tira. Podría resistirme, plantando los pies y manteniendo mi posición donde es seguro y controlado, pero entonces miro de reojo y veo a James observando con esa sonrisa.

Una sonrisa que casi parece un desafío.

Algo en la luz de sus ojos me recuerda lo jóvenes que somos los dos y cuánto tiempo he perdido teniendo miedo. Todo ese tiempo, protegiéndome del dolor en vez de perseguir la alegría, desperdiciado. Así que, soltándome y viviendo solo por esta vez, dejo que Mills me arrastre al círculo que mi equipo ha formado en el borde de la pista de baile.

La música es objetivamente terrible —una pesadilla de autotune sobre botellas y modelos— y los graves se sienten como compresiones torácicas repetidas, pero a mi equipo le da igual. Se mueven con entusiasmo desgarrado, brazos sobre hombros, riéndose de su propio ritmo ridículo.

¿Pero yo?

Me quedo congelada.

Cada músculo bloqueado.

Esto fue un error.

No sé cómo simplemente... soltar.

Como si percibiera mi vacilación, Sarah me agarra una mano, ligeramente pegajosa de bebidas derramadas, y Rachel me agarra la otra. Empiezan a moverme físicamente, como animando a un maniquí, y es tan ridículo que se me escapa un sonido que no es exactamente una risa, pero se acerca, como si la maquinaria oxidada de la alegría empezara a funcionar con chirridos.

—¡Ahí está! —grita Mills, la voz quebrándosele de alegría—. ¡Sabía que Morgan estaba ahí en algún lado debajo de todo ese hielo!

Cruzo la mirada con James otra vez. Está reclinado hacia atrás, Cooper diciendo algo que requiere gestos, pero James no le presta atención. Me observa con una expresión que no logro descifrar del todo, algo que se parece peligrosamente al orgullo mezclado con deseo.

Caen los graves, y en vez de resistirme, los dejo entrar. Dejo que vibren a través de mí. Mis caderas encuentran el ritmo primero, memoria muscular de antes de encerrarme en una fortaleza, cuando era solo una chica bailando en su habitación o con sus amigas, y antes de que la traición me enseñara que la felicidad era munición para los demás.

—Joder, lo está haciendo de verdad —dice Jen, riendo, sin burla, y la distinción importa.

El movimiento se siente ajeno al principio. Mis hombros están trabados, la columna rígida, pero pronto entro en calor y de repente me estoy moviendo y riendo. No el ladrido seco que uso como signo de puntuación, sino algo que sale del fondo de mi pecho y me hace doler la cara de sonreír.

—¡Nuestra capitana es humana! —grita Sarah, echándome los brazos encima en un movimiento que hace seis semanas habría terminado con su muerte prematura.

En cambio, dejo que me arrastre más al fondo de su círculo ridículo. Mi cuerpo se afloja gradualmente —los hombros bajando, la columna suavizándose, ese nudo entre los omóplatos finalmente soltándose— y entonces estoy girando, brazos en alto, mareada y joven e imposiblemente ligera.

De pronto, en medio de este grupo de mis compañeras más cercanas, me doy cuenta de lo que es esto. Yo las he ayudado a convertirse en un equipo de hockey duro como el acero, todo acero y filo. A cambio —¿en agradecimiento?— ellas me están ayudando a redescubrir algo que estaba segura de haber perdido para siempre.

A mí.

De pronto, me doy cuenta de que estoy en una guerra de dos frentes. Por un lado, mi equipo está intentando abrirse paso hasta esa parte de mí que mantiene a todos a distancia, que no puede hacerse amiga de nadie por miedo a que me hagan daño. Y James está cazando la parte de mí que siempre quiere reconstruir muros y se niega a confiar.

Mientras bailo, lo observo, y él me observa.

Ya ni finge prestar atención a sus amigos. Solo me observa con esta expresión —como si yo fuera un regalo envuelto que lleva tiempo agitando, intentando adivinar qué hay dentro, y ahora por fin estuviera viendo pistas a través del papel. Y cuando nuestras miradas se encuentran, articula algo con los labios...

Estoy bastante segura de que es *preciosa*.

El calor me inunda. No el pico agudo de atracción contra el que llevo luchando cada vez que nos vemos, sino algo mucho más peligroso. Algo que me hace querer ir hasta allí y reclamar esa boca que lleva persiguiéndome en sueños, mostrarle a todos que es mío aunque no lo sea, no pueda serlo, no vaya a serlo...

—¡Chupitos! —Mills aparece con una bandeja de algo violentamente verde—. ¡Tradición de equipo! ¡Todas beben!

—Yo no...

—Órdenes de la subcapitana —dice, poniéndome el vaso en la mano—. ¿O te da miedo un poco de alcohol?

Mi equipo se agrupa a mi alrededor, su capitana, su Reina del Hielo, a la que quieren de todas formas.

La revelación me roba el aliento.

—¡Por la Morgue! —Mills levanta su vaso—. ¡La tía más aterradora, más dura y más cabrona del hockey universitario!

—¡Por la Morgue! —repiten a coro, y estoy levantando mi vaso con ellas, el ardor deslizándose por mi garganta, con un sabor horrible y perfecto a la vez.

—¡Otra ronda! —grita Rachel, ya encaminándose a la barra con determinación, y pobre de quien se interponga en su camino.

Debería pararla. Debería imponer límites y mantener la autoridad. Pero Mills me tiene el brazo sobre los hombros, Sarah está contando una historia de su equipo de la preparatoria que tiene

a Jen llorando de risa, y me doy cuenta de que no quiero ser su capitana ahora mismo.

Solo quiero ser Morgan, veintiún años, tomando decisiones cuestionables.

—¿Estás bien? —pregunta Mills, más cerca ahora, con aliento a cerveza barata y posibilidad.

La miro, esta chica que me siguió para construir algo desde cero y nunca cuestionó por qué su capitana era tan fría. Que siguió apareciendo, siguió creyendo, y siguió empujándome a ser humana incluso cuando nos quedábamos sin cinta y teníamos que salir al hielo a las seis de la mañana.

—Sí —digo, sonriendo por una vez—. Estoy bien.

Mills silba bajito.

—¿Quién eres tú, y qué hiciste con nuestra capitana?

—¿Morgan?

Me giro, reconociendo la voz: Leo Cooper, que se ve tan cómodo como yo, es decir, como si prefiriera estar literalmente en cualquier otro sitio. Esa lista podría incluir una cámara de tortura real, aunque al menos ahí sabría qué esperar.

—Cooper. —Asiento, intentando parecer despreocupada mientras mi corazón intenta escaparse por la garganta. Si Cooper está aquí...

—Está en el baño. —La boca de Cooper se tuerce en lo que podría ser diversión—. Pensé que te ahorraría el trabajo de vigilancia.

El calor me inunda la cara, agradecida por la luz tenue.

—Yo no estaba...

—Claro. —Se apoya contra la pared a mi lado, lo bastante cerca para que le oiga pero manteniendo una distancia apropiada—. Tu equipo se ve contento.

Sigo su mirada hasta donde mis chicas han vuelto a la pista de baile, y luego le sonrío.

—Jugaron bien esta noche —digo.

—No es eso lo que quiero decir.

Me giro para mirarlo bien.

—¿Qué?

—Se ven contentas porque estás aquí con ellas —dice—. Siendo tú misma en vez de quienquiera que creas que necesitas ser.

Las palabras se deslizan entre mis defensas, perfectamente colocadas.

—Rook es bueno en eso, haciendo que la gente recuerde quién es debajo de toda su armadura —añade Cooper—. Tú traes el acero y la disciplina...

Algo en la mirada firme de Cooper me hace pensar que lo ve todo. James de repente esforzándose por ser más serio, y yo intentando abrirme al menos un poco.

—Lo está intentando —digo—. Ser mejor.

Cooper asiente.

—Así es. Tú también. Juntos harían un equipo increíble.

El peso de esa afirmación queda suspendido entre nosotros, pero antes de que pueda formular una respuesta que no admita que James ya ha traspasado mis defensas más que nadie en años, él emerge de la multitud y viene directo hacia nosotros.

Sus ojos encuentran los míos de inmediato, y la sonrisa que se extiende por su cara es tan brillante que podría alimentar todo el bar. Siento una combinación rara de náusea y euforia, como estar en la cima de una montaña rusa sabiendo que vas a caer pero queriéndolo de todas formas.

¿Esto es lo que siente la gente normal?

—Morgue —dice James, mientras Cooper se esfuma. El apodo suena diferente ahora. Menos burlón, más cariñoso—. No esperaba verte aquí.

—Cohesión de equipo —digo, orgullosa de lo firme que suena mi voz cuando mi cuerpo se siente electrificado.

—Te veías... —empieza, luego se detiene, pasándose una mano por el pelo, que es su señal de que está intentando no decir algo estúpido—. Feliz, ahí afuera, bailando.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas de promesa, amenaza, memoria de sus manos en mis caderas, su boca en la mía, y el sonido que hace cuando se corre, en el que

definitivamente no he estado pensando en cada entrenamiento, reunión y momento de calma. Un sonido que solo escuché unas pocas veces, hace años, pero que nunca olvidé.

—Debería volver con mi equipo —digo, sin moverme.

—Ve con tu equipo. Sé humana —dice en voz baja—. Estaré aquí cuando estés lista.

Las palabras me siguen mientras Mills me arrastra hacia lo que será sin duda una masacre de beer pong. Pero lo aterrador —lo maravilloso, terrible e inevitable— es que empiezo a creer que ya lo estoy. Que quizás he estado lista desde el primer día que volvió a entrar en mi vida.

La revelación debería hacerme salir corriendo y activar cada mecanismo de defensa. En cambio, dejo que Mills me ponga otro chupito en la mano —rosa esta vez— y me permito existir en este momento donde no soy la Morgue, ni la capitana, ni la chica que construyó una fortaleza alrededor de su corazón y sus emociones.

Aquí, soy solo Morgan.

Y al otro lado del bar, James observa, paciente como la gravedad, seguro como el amanecer.

veintiséis

ROOK

EL TRABAJO se entrega en siete horas.

Es lo que domina mi cabeza, aunque mi cerebro se siente como algodón de azúcar bajo la lluvia, disolviéndose en nada en cuanto intento pensar en cualquier otra cosa. Las palabras en la pantalla de mi portátil bien podrían estar en mandarín, algo sobre estratificación social que se lee como si me hubiera dado un derrame a mitad de frase.

—No puedo —digo, levantando la vista hacia Morgan mientras la confesión se me escapa antes de poder frenarla—. Es un galimatías y mi cerebro no funciona.

—Tu cerebro funciona bien. —Su voz podría cortar cristal—. Estás catastrofizando porque estás agotado.

Se inclina sobre el estrecho hueco entre nosotros —medio metro de superficie enterrado bajo un caos codificado por colores y vasos de café vacíos—. Y, de pronto, la sala de estudio que ha sido nuestro segundo hogar las últimas semanas se encoge, y puedo oler su champú.

—Mírame. —Su voz es una orden—. Háblame de la estratificación social usando el hockey como ejemplo.

Nuestras caras están a centímetros. A esta distancia, catalogo detalles que llevo seis semanas fingiendo no notar: las sombras moradas bajo sus ojos, cómo se ha destrozado el labio inferior de

tanto mordérselo, y esa pequeña arruga de concentración entre sus cejas que quiero alisar con el pulgar.

Lleva aquí horas, negándose a dejarme abandonar incluso cuando amenacé con prenderle fuego a mi portátil solo por ver algo que tuviera sentido. Sus ojos grises se clavan en los míos con una intensidad que no tiene nada que ver con la sociología. Pero lo que de verdad me afecta es saber que está eligiendo ayudarme. No está obligada.

Nuestro trato era ayuda con los estudios a cambio de material de hockey.

Y ella ha dado diez veces más de lo que he dado yo.

—Es... —Las palabras tropiezan mientras mi cerebro hace cortocircuito por su cercanía—. Cuando tu estructura defensiva se desmorona porque un tío abandona su asignación. Cuando se cree por encima del sistema e intenta la jugada de héroe, y al final le cuesta al equipo.

Algo cambia en su expresión —reconocimiento—, así que sigo divagando.

—Pero la clave es que en realidad no cambia nada. La jerarquía se mantiene intacta. Solo crea caos mientras la estructura de poder sigue exactamente... —Clic—. Joder. Eso es exactamente lo que dice Bourdieu sobre el capital cultural. La rebelión individual sin cambio sistémico solo refuerza...

—¡Sí! —Asiente y suelta un largo suspiro de pura victoria y agotamiento. Una sonrisa real le cruza la cara, no su sonrisa de capitana ni su sonrisa de tutora, sino algo crudo y sin defensas que nadie, y mucho menos yo, suele llegar a ver—. Escríbelo.

Nos quedamos inmóviles.

Ella no se ha apartado. Yo tampoco.

El descubrimiento académico se mezcla con algo que lleva semanas creciendo en este espacio estrecho. Cada noche hasta tarde. Cada roce accidental. Cada vez que se inclina para corregirme las citas, memorizo el ritmo de su respiración como si fuera a haber un examen.

El aire entre nosotros se espesa. Sus pupilas se dilatan, y un mechón suelto se le pega ahora a la mejilla. El cansancio la hace

parecer más joven, más suave. No la Reina del Hielo que trata la emoción como si fuera contagiosa, sino la mujer que cree en mí cuando yo no creo en mí mismo.

La certeza me golpea con una claridad perfecta: se acabó fingir que esto es un negocio.

Se acabó fingir que cada momento con ella no es lo mejor de toda mi semana. Se acabó actuar como si no repitiera ese beso en la escalera cada noche antes de dormirme. Se acabó castigarme por lo que hice mal la última vez y jurar que no cometeré el mismo error dos veces.

Nos hemos estado mintiendo durante semanas, fingiendo que el aire no se incendia cuando estamos solos, que el beso en la escalera no me reprogramó el sistema nervioso entero, y que ella no lo siente también. Pero lo siente. Está ahí en su respiración superficial y en cómo se ha quedado quieta pero no se ha echado atrás.

Este es el momento.

El momento en el que normalmente suelto un chiste o hago algo monumentalmente estúpido. Y por una puta vez en mi vida, no voy a elegir el chiste. Porque aquella noche en el Down Low me demostró que hay algo ahí, pero ahora necesito convencerla de que lo admita.

—Morgan. —Mi voz sale más ronca de lo que pretendía, como si hubiera hecho gárgaras con grava.

—No. —La palabra es apenas un susurro, pero oigo el temblor—. Por favor, no conviertas esto en algo de lo que nos arrepintamos.

—¿Quién dice que nos arrepentiremos?

—La historia y el sentido común —dice—. El hecho de que tú eres tú y yo soy...

—¿La chica más increíble que he conocido en mi vida? —Las palabras se me escapan—. ¿La única persona que me hace querer ser mejor en lugar de solo más ruidoso?

Alargo la mano despacio, deliberadamente, telegrafando cada intención y dándole todas las oportunidades de apartarse. Pero no lo hace, y cuando mi pulgar encuentra el mechón suelto de pelo rojo que le cuelga por la mejilla, se le corta la respiración, brusca y sorprendida.

Cuando el mechón está de vuelta en su sitio detrás de la oreja, dejo que mi pulgar le recorra el pómulo. Su piel se calienta, y siento la tensión en su mandíbula, cómo se mantiene inmóvil. Y cuando llego a la comisura de su boca, emite un sonido —casi imperceptible, pero en la sala de estudio silenciosa es como una alarma.

Me inclino a velocidad glacial, dándole todas las oportunidades de frenar esto. Mi mirada baja a sus labios —entreabiertos, temblorosos— y el aire entre nosotros se carga de electricidad. Su espalda es de hierro, y entonces emite ese sonido. La exhalación más suave, no un permiso ni una aceptación.

Rendición.

Cierro la distancia y capturo su boca.

El beso no es suave, porque seis malditas semanas —o, joder, tres largos años— de deseo reprimido detonan al contacto. Su respuesta es feroz, y cuando mi lengua recorre la línea de sus labios, se abre con un sonido grave que esquiva mi cerebro por completo, su lengua encontrando la mía, sin titubeos, sin cautela.

Es un reclamo.

Quiero esto. Lo he querido. Me ahogo de tanto desearlo.

Sus manos suben a mis hombros. Por un latido, creo que va a empujarme, pero entonces sus dedos se aferran a mi sudadera con tanta fuerza que estiran la tela gastada. Se está anclando, acercándose más, y saber que se agarra a mí como si fuera su único salvavidas me da vueltas la cabeza.

Sin romper el beso, le agarro la cintura, las manos abarcando lo estrecho de su talle a través del jersey. Viene de buena gana —no, ansiosa— prácticamente catapultándose de su silla. En un solo movimiento, la guío hasta mi regazo y la coloco bien a horcajadas sobre mí.

La silla antigua cruje de forma ominosa —claramente no diseñada para lo que estamos a punto de hacer—, pero no me importa si se derrumba y los de seguridad del campus nos encuentran enredados en el suelo a las dos de la madrugada. Su espalda da contra la pared, dejándola un poco por encima de mí. Aprovecha la ventaja de inmediato, cambiando el ángulo para profundizar el beso.

Mis manos le abarcan la cintura como es debido ahora, y, joder, siento lo caliente que está su cuerpo a través del fino jersey. Mis pulgares encuentran piel donde la tela se ha subido —solo unos centímetros de suavidad por encima de sus vaqueros— y cuando presiono en los huecos sobre sus caderas, jadea en mi boca.

Estoy completamente duro, lo estoy desde ese primer suspiro suave, y en esta posición no hay forma de disimularlo. Solo deseo obvio y desesperado presionado contra ella, así que me separo de su boca para dejar un rastro de besos por su mandíbula, dejando claro que la quiero a ella, y esto, y todo.

Se estremece y sus caderas se mecen hacia delante por instinto.

—Joder —dice, y la palabra es tan sensual y visceral que casi pierdo el control ahí mismo.

Bajo más, recorriendo su garganta —donde el pulso le martillea, donde el cuello se une al hombro— y cuando rozo los dientes contra su piel, sus dedos se tensan en mi pelo con la fuerza justa para que el escozor sea perfecto. Y cuando succiono, se arquea con total abandono.

Ya ha encontrado un ritmo que va a acabar conmigo. Cada vaivén envía electricidad por mi columna, la fricción a través de la ropa justo en el límite de lo insuficiente pero aun así tan buena que estoy viendo colores que no existen. Empujo hacia arriba para encontrarla, puro instinto, y su cabeza cae hacia atrás contra la pared.

El quejido roto que intenta tragarse es lo más caliente que he oído en mi vida.

Es una exigencia, y en ese instante, Morgan dando órdenes mientras me monta a horcajadas se convierte en mi nueva religión. Obedezco, embistiendo mientras ella baja, encontrando un ritmo que nos deja a los dos jadeando. Mis manos se deslizan para agarrarle el culo —firme y perfecto— apretándola más con cada movimiento.

La silla protesta con fuerza, pero ninguno de los dos para. Su boca encuentra la mía otra vez, más desordenada ahora. Nuestros dientes chocan y saboreo cobre donde uno de los dos mordió demasiado fuerte, pero no importa. Nada importa excepto cómo se

mueve, los sonidos entrecortados entre besos y el calor creciendo entre nosotros.

—Deberíamos... —empieza, echándose hacia atrás.

—No. —Le tapo la boca—. Por favor. No pienses. Solo siente esto.

Me mira, y lo veo todo: deseo, miedo y la guerra entre sus reglas y lo que su cuerpo necesita. Entonces algo cambia, se asienta, decide. No es solo aceptar seguir besándonos. Es más grande. Es elegir esto, elegir soltarse, elegir soltarse conmigo y confiar en que no voy a entrar en pánico y cagarla después.

—Vale —susurra.

Me besa con más fuerza, restregándose contra mí con nueva determinación. Está persiguiendo algo ahora, sus movimientos concentrados, desesperados. El pensamiento de que Morgan podría correrse solo con esto —que podría deshacerse en mi regazo completamente vestida en la sala de estudio— me lleva peligrosamente cerca del límite.

—Eso es —digo, mi voz un murmullo contra su boca, las manos guiando su ritmo—. Toma lo que necesites.

Gimotea —de verdad gimotea— y se mueve más rápido. Sus muslos tiemblan contra los míos.

—Mírame —me oigo decir, con la voz destrozada—. Morgan, mírame.

Sus ojos se abren con un aleteo, oscuros y devastados, reflejando exactamente lo que yo siento.

—James, estoy...

—Lo sé. Déjate ir.

Se deshace con un grito suave ahogado contra mi hombro, todo su cuerpo temblando en oleadas de placer. La sostengo mientras dura, las manos suaves en su espalda, mi necesidad secundaria ante el milagro de que Morgan confíe en mí lo suficiente para deshacerse.

Cuando se queda quieta, la cara escondida contra mi cuello, siento su respiración acelerada, su pulso desbocado donde mis labios le rozan la sien. La pantalla del portátil se ha apagado. El trabajo está olvidado. Nada existe fuera de este momento: Morgan suave y entregada en mis brazos.

Esto es lo que he querido desde que volvió a entrar en mi vida. No el profesionalismo frío. No la distancia prudente. Esto. Ella. Nosotros. Así es como se supone que debemos ser. Esto es lo que podríamos haber sido, todo este tiempo, si no lo hubiera jodido tan mal en nuestro último año.

—James —murmura contra mi cuello—. Quiero más. Te quiero a ti...

Y, por una vez, voy a ser lo bastante valiente para querer algo real yo también.

veintisiete

MORGAN

¿ESO QUE JURÉ que jamás iba a pasar?

Pues sí...

Voy a dejar que James Fitzgerald me folle en una sala de estudio de la biblioteca, y la parte de mi cerebro que me ha mantenido alejada de todo el mundo —a salvo— durante tres años está gritando todas las razones por las que esto acaba en desastre. Pero, ahora mismo, me está costando que me importe una mierda.

Houston, tenemos un problema.

La pared se me clava en la columna bajo su peso, cada respiración comprimida por su pecho contra el mío. Tengo las manos enredadas en su sudadera de los Devils, suavizada por mil lavados, y mi boca se mueve contra la suya con la desesperación de alguien que ha olvidado cómo ahogarse correctamente.

La parte analítica de mí cataloga la pesadilla táctica —posición comprometida, sin estrategia de salida, probabilidad razonable de exposición pública si alguien entra en la biblioteca a esta hora, y todas las defensas actualmente en llamas—, pero mi cuerpo ha dado un golpe de estado.

Cuando rompe el beso, su frente cae contra la mía. Los dos jadeamos, compartiendo el mismo aire. A través de nuestros pechos pegados, su corazón martillea un ritmo que coincide con el mío:

demasiado rápido, demasiado fuerte, demasiado parecido al deseo como para hacernos retroceder del abismo.

—Morgan —dice, y suena como una plegaria, una pregunta y una disculpa a la vez mientras sus manos se mueven hacia mis vaqueros.

La respuesta inteligente sería una retirada inmediata, restablecer los límites y sacarme de aquí antes de que esto empeore. Podemos mantener el trato, conseguir lo que ambos necesitamos de este acuerdo —¡no sexo!— y seguir adelante.

Mi boca se abre para dar la orden de retirada.

En cambio, asiento.

Un movimiento seco y suicida de mi barbilla.

Sus dedos forcejean con el botón de mis vaqueros, temblando ligeramente, y ese pequeño temblor delator me quiebra algo en el pecho. El descenso de la cremallera es ensordecedor, cada diente de metal al separarse suena como pruebas quedando registradas. Y cuando mete la mano para tocarme a través de la ropa interior, estoy completamente perdida en él.

Alguien podría pasar. Un guardia de seguridad. Un estudiante de posgrado.

Pero me da igual.

Apoyo los pies contra sus piernas y me bajo los vaqueros de un empujón, lanzándolos con una patada a la oscuridad bajo el escritorio. La tela áspera de sus vaqueros me raspa de inmediato los muslos desnudos, y la asimetría —él completamente vestido mientras yo estoy expuesta— me hace sentir más desnuda que la propia desnudez.

Mi ropa interior está empapada, el encaje negro probablemente arruinado, y la prueba de mi capitulación absoluta me sube el calor a la cara. Cuando me toca, gime al descubrir lo mojada que estoy, y después su boca llega a mi cuello y reclama con la fuerza suficiente para arrancarme un jadeo.

Prueba visible de que dejé a alguien acercarse lo suficiente para dejar marcas.

Mi cabeza cae hacia atrás contra la pared, y cuando sus dientes rozan donde mi pulso galopa contra la piel, el sonido que se me escapa no coincide con ninguna versión de mí misma que haya

construido con esmero. Es desenfrenado, desprotegido y —por primera vez en años— descontrolado.

Lo quiero, y nada va a detenerme.

—Dios, eres perfecta —exhala contra mi garganta, y la reverencia en su voz es peor que el hambre. El hambre es solo biología, transacción, cuerpos haciendo lo que hacen los cuerpos. Pero la reverencia sugiere que esto significa algo, y eso es jodidamente peligroso...

Me baja de su regazo con cuidado, y la pérdida de contacto se siente como perder altitud demasiado rápido. Antes de que pueda recalibrar, está de rodillas sobre la alfombra. El asalto visual —este metro noventa de puro poder atlético arrodillado como si yo fuera algo digno de veneración— es abrumador e increíble a la vez.

Sus palmas suben por la cara interna de mis muslos, encallecidas por años de hockey, y la mezcla de ternura y aspereza me hace morderme el labio con fuerza. Cuando su mirada cae al encaje empapado entre mis piernas, el sonido que emite es pura admiración masculina.

Levanta la vista, y esos ojos oscuros hacen una pregunta que mi cuerpo ya ha contestado.

En cambio, asiento de nuevo, porque estoy plenamente comprometida con la autodestrucción.

Engancha los dedos en el encaje y lo baja despacio, los nudillos rozando mi humedad de una forma que me arranca un jadeo. El aire frío golpea mi coño expuesto, y soy hiperconsciente de lo mojada que estoy, de lo hinchada, de cómo mi cuerpo ya ha traicionado cada defensa que he construido.

Entonces su boca está sobre mí, y cualquier pensamiento de orden superior se vuelve imposible.

Lo único que puedo pensar es: oooooohhhh...

No hay curva de aprendizaje, ni exploración tentativa. Su lengua encuentra mi clítoris con la precisión de alguien que ha pensado en esto durante tres años. El primer contacto es tan intenso que un grito ahogado se me arranca de la garganta antes de que pueda tragármelo.

—Mierda —digo sin aliento, mientras mis manos vuelan a su pelo perpetuamente revuelto, no para apartarlo, sino para anclarme, y para sujetarlo exactamente donde está.

Trabaja con la misma concentración que lleva a defender su portería. Su lengua traza círculos devastadores alrededor de mi clítoris mientras dos dedos gruesos se hunden en mí. El doble asalto es abrumador: el calor húmedo de su lengua, el estiramiento de sus dedos y el roce de la barba incipiente contra la cara interna de mis muslos.

Un sonido resuena desde algún lugar entre las estanterías: un libro cayendo, una puerta cerrándose, alguien existiendo en nuestras inmediaciones. Los dos nos quedamos helados, y él levanta la vista hacia mí con mi excitación cubriéndole los labios, los ojos muy abiertos con el reconocimiento compartido de lo espectacularmente expuestos que estamos.

La lógica dice abortar.

La lógica dice que el universo nos ofrece una salida.

En cambio, esa sonrisa temeraria se extiende por su cara —la misma de hace tres años, cuando romper las reglas se sentía como unos preliminares— y se lanza de vuelta con renovada intensidad, y su mano libre sube para taparme la boca justo cuando otro gemido intenta escapar.

El peligro lo afila todo y me hace aún más desesperada por él. La posibilidad de que nos descubran debería hacerme huir, pero en cambio me envía electricidad por todo el cuerpo, así que cuando me meto uno de sus dedos en la boca y empiezo a chupar, él gime contra mi coño.

Es implacable, leyendo las respuestas de mi cuerpo como vídeo de partidos que se ha aprendido de memoria. Cuando mis muslos empiezan a temblar, cuando mi respiración se vuelve entrecortada contra su palma, redobla la apuesta. Tres dedos ahora, follándome con un ritmo que iguala el asalto de su lengua contra mi clítoris.

Y justo cuando estoy a punto de detonar, se aparta.

La pérdida es tan repentina, tan cruel, que casi grito mi frustración contra su palma. Pero entonces está de pie, las manos agarrándome la cintura, levantándome como si no pesara nada. El

escritorio está helado contra mi culo desnudo, lo bastante brusco para arrancarme un jadeo, pero el contraste solo añade a la sobrecarga sensorial.

Se posiciona entre mis piernas abiertas, y puedo ver su polla tensando contra sus vaqueros, el contorno grueso e insistente. Sus manos tiemblan más ahora mientras forcejea con el cinturón y después se baja los vaqueros justo lo suficiente para liberarse. Y cuando lo veo, bueno...

Bueno.

Quizá sea más grande de lo que recordaba, o quizá tres años de nada más que decepción a pilas me ha distorsionado la perspectiva. Su polla es gruesa, oscurecida por la necesidad, con presemen ya brillando en la punta, y la imagen me contrae algo en lo más profundo.

Se agarra, guía la punta hasta mi entrada y se detiene.

—¿Necesitamos protección? —dice.

—Tomo la píldora —me encojo de hombros—. Y... bueno... no he estado con nadie desde ti...

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Y aun así tomas la píldora?

—Me permite saltarme la regla cuando hay partido —digo, como si fuera obvio.

—Bueno, me hice pruebas después de mi último... lo que fuera... y estoy limpio —dice—. ¿Confías en mí?

Sus ojos encuentran los míos, y hay una pregunta mucho más profunda ahí. En realidad no solo me está pidiendo que confíe en él sin condón. Aunque eso es importante, parece que me está pidiendo que confíe en él con algo más profundo y aún más crucial.

Mi corazón y mi bienestar.

Es ahora. Un último punto de control. El momento en que podría salvar esto, preservar la distancia calculada y protegerme de lo que viene. No solo el sexo, sino lo que venga después, y la posibilidad de que entre en pánico y convierta esto en un chiste y me lleve de vuelta a hace tres años, cuando me ha costado tanto llegar hasta aquí.

Pero al parecer el masoquismo es mi nuevo pasatiempo, porque mis piernas se enrollan alrededor de su cintura y lo atraen, y él empuja dentro de mí con una embestida lenta y devastadora que me llena por completo. Estoy más mojada de lo que he estado nunca, pero aun así me impacta como zambullirme en una piscina de agua helada.

—Joder. —La palabra le sale como un golpe mientras se hunde hasta el fondo dentro de mí—. Morgan, se me había olvidado lo perfecto que se siente.

El estiramiento quema perfectamente, mi coño apretándose alrededor de él como si recordara esta ocupación específica. Es grueso y caliente y perfecto, alcanzando lugares que al parecer llevaban esperándolo específicamente a él, intocados por nadie más. La plenitud es abrumadora, no solo física, sino algo más profundo.

Tiene la voz destrozada, todo su humor habitual arrancado hasta que solo queda James. No James el portero, ni el payaso del equipo, sino el chico de la playa que me miró como si fuera algo valioso antes de enseñarme que las cosas valiosas se rompen.

Empieza a moverse, y pensar se vuelve imposible.

Cada embestida es profunda y deliberada, sus caderas ondulándose con la precisión de un atleta. El escritorio cruje con cada embate, un ritmo que cualquiera que pasara reconocería al instante. La idea debería activar la retirada. En cambio, le clavo las uñas en los hombros y le devuelvo cada embestida, mis caderas inclinándose para recibirlo más profundo.

Su boca encuentra la mía otra vez, besándome profundo y desesperado, y me saboreo a mí misma en su lengua: ácido e íntimo y abrumador. Su mano encuentra la mía sobre el escritorio, los dedos entrelazándose, y ese gesto simple amenaza mi compostura más que su polla abriéndome.

Esto no es solo sexo. Son tres años de asuntos pendientes. Cada embestida es una discusión que nunca tuvimos, cada retirada un contrapunto a palabras que nunca dijimos. Cada vez que toca ese punto perfecto en lo más profundo, es una disculpa envuelta en fricción y necesidad.

Sus manos recorren todo ahora, reaprendiendo territorio que una vez conoció de memoria. Una palma sube por dentro de mi suéter y me cubre el pecho, el pulgar encontrando mi pezón con precisión infalible incluso a través de la tela. La otra desciende hasta donde estamos unidos, los dedos encontrando mi clítoris.

Mientras tanto, mis manos no pueden parar: aferrándose a sus hombros, deslizándose para agarrarle el culo, sintiendo los músculos contraerse con cada embestida. Es toda potencia y propósito, usando cada centímetro de ese cuerpo atlético para deshacerme.

—Mírame. —La orden es brusca, despojada de su tono jovial habitual, reducida a pura necesidad—. Necesito verte cuando te corras.

Mis ojos se abren de golpe para encontrar los suyos, y lo que veo ahí —posesión, ternura, hambre desesperada— me empuja al precipicio. El orgasmo golpea como un cañonazo al pecho. Mi coño se contrae alrededor de él en oleadas, los músculos apretándose tan fuerte que roza el dolor.

Todo se vuelve blanco excepto la sensación de él dentro de mí, el escritorio crujiendo bajo nosotros y sus dedos aún trabajando mi clítoris mientras me rompo en pedazos. Le muerdo el hombro para ahogar mi grito, saboreando algodón y sal y a él, y siento todo su cuerpo ponerse rígido contra mí.

—Mierda, Morgan, voy a... —Sus palabras se disuelven en algo primitivo, un gemido gutural que vibra a través de su pecho hasta el mío.

Entonces siento su polla pulsando dentro de mí, esa primera oleada caliente de su descarga inundándome. Sus caderas se sacuden erráticamente, cada embestida empujando su semen más adentro mientras se vacía dentro de mí. La sensación de que se corra, de sentirme llena y reclamada y completamente follada, envía réplicas por todo mi sistema.

Su mano encuentra la mía sobre el escritorio, los dedos entrelazándose, y ese gesto simple amenaza mi compostura más que su polla abriéndome. No me aparto, nuestros dedos entrelazándose con presión desesperada mientras los dos

temblamos, como si aferrarnos el uno al otro fuera lo único que nos impide salir volando en pedazos.

Se desploma contra mí cuando termina, su peso presionándome contra el borde del escritorio, los dos respirando como si acabáramos de sobrevivir a una prórroga. Su cara se hunde en mi cuello, los dos empapados en sudor y temblando, y sigue dentro de mí, todavía medio duro, cada micromovimiento disparando chispas en mis terminaciones nerviosas.

Durante exactamente tres segundos, todo se siente bien.

Mi cuerpo está satisfecho de una forma que no lo ha estado en tres años.

En lugar de sentirme expuesta, me siento libre.

Entonces la realidad ejecuta su emboscada inevitable.

Estoy en una sala de estudio de la biblioteca con los pantalones en el suelo. El semen de James ya está empezando a salirse de mí sobre un escritorio donde mañana algún dedicado estudiante de primero subrayará sus apuntes de psicología. El aire apesta a sexo. Mi ropa interior está definitivamente arruinada. Mi cuello probablemente parece como si me hubiera atacado un animal.

Pero peor que todos estos fallos espectaculares es la expresión de su cara cuando se retira para mirarme a los ojos. Parece destrozado de la mejor forma, satisfecho pero también partido en dos y vulnerable. Su boca se abre, y puedo verla formándose, la pregunta que le hice hace tres años ahora en sus labios.

El recuerdo golpea como agua helada en la cara.

El capó de su camioneta. Lo más vulnerable que había estado en mi vida, preguntando qué venía después, y viéndolo transformarse en alguien que no reconocía. Los chistes. La evasión. La destrucción sistemática de todo lo que le acababa de dar, servida con una sonrisa como si todo fuera graciosísimo.

Lo hizo entonces.

Lo hará otra vez.

No por crueldad, sino por cobardía.

Cuando las cosas se ponen serias, las convierte en una broma.

Cuando importan, las hace insignificantes.

Lo que me convierte en la idiota que sabía más y aun así lo dejó entrar.

El pánico anula todo.

Empujo contra su pecho, y él retrocede inmediatamente, saliendo de mí con un sonido húmedo que nos hace estremecernos a los dos. El vacío es brutal —no solo físico, sino existencial— y me deslizo del escritorio con piernas inestables, evitando sus ojos mientras busco mi ropa.

—Morgan, espera...

Niego con la cabeza una vez.

Seco.

Final.

Mis manos operan con memoria muscular mientras me pongo la ropa interior arruinada, haciendo una mueca por la sensación. Los vaqueros se me pegan a los muslos. Puedo sentirlo mirándome, puedo percibir su confusión transformándose en algo más, dolor o rabia, pero no puedo importarme.

Importarme —sentir— es lo que me trajo hasta aquí.

Meto mis cosas en la mochila: portátil, carpeta y apuntes sobre estratificación social que ahora parecen una burla. Cada segundo aquí es un segundo más cerca de que encuentre las palabras, de que haga un chiste que me destruya otra vez, así que la retirada es la única forma de sobrevivir para pelear otro día.

—Tu trabajo va a estar bien —suelto—. Estás listo...

Y después me voy. Cada paso resuena en el silencio catedralicio de la biblioteca mientras me alejo. Medido y controlado, lo opuesto al caos en mi sistema. No miro atrás, porque mirar atrás sería comprobar los daños después de una explosión, y eso no tiene sentido cuando ya sabes que todo está destruido.

El aire nocturno golpea como un latigazo de realidad. Pasan de las dos de la madrugada, el campus está desierto, y me lleva veinte minutos volver a mi apartamento. Para el minuto diez, he reconstruido suficientes muros para funcionar. Para el quince, mis manos están firmes. Para el veinte, mi respiración es normal.

Y casi puedo convencerme de que he vuelto a la normalidad.

Fuerte.

Tranquila.
Sola.

LA HABITACIÓN todavía huele a sexo y a Morgan, y aquí estoy, con la cremallera atascada, intentando procesar lo que acaba de pasar. Un segundo se estaba deshaciendo conmigo, mi nombre escapándose entre jadeos de sus labios. Al siguiente, sale disparada como si estuviera en llamas y yo fuera el acelerante.

Mis dedos huelen a ella. Mi polla todavía está cubierta de ella. Mi boca sabe a ella. Fue perfecto, hasta que dejó de serlo, y lo peor es que no tengo ni puta idea de por qué se fue corriendo. Lo repaso otra vez, buscando el momento en que todo se torció, pero me quedo en blanco.

Primero fue el avance con el trabajo... sus ojos iluminándose cuando desciframos la consigna imposible de Tolbert. Luego el beso... suave al principio, casi vacilante, después hambriento. Luego follar... sus piernas envolviéndome, atrayéndome más cerca. Luego la explosión... acabando juntos, todo su cuerpo arqueándose...

No, todo eso parece estar bien.

¿Entonces fui yo?

¿Cómo puede ser?

No hice ningún chiste. No minimicé la seriedad de la situación. No hubo evasión ni actuación. Solo fui yo —nosotros— en carne viva, de verdad y jodidamente perfecto. En ese último momento

antes de que ella se largara, mi mente apenas había empezado a considerar lo que vendría después, y la idea me llenó de emoción.

¿Pero ahora?

Bueno... digamos que el silencio que dejó atrás me resulta tan familiar como respirar, presionando contra mis tímpanos, denso y acusador. Es la frecuencia exacta del desastre que solía llenar nuestra casa en los segundos antes de que todo estallara en catástrofe.

Mi madre se quedaba inmóvil como una estatua junto a la encimera, los hombros en posición de combate, y entonces la puerta de un armario se cerraba de un portazo tan fuerte que las vajillas temblaban. Papá se aclaraba la garganta de esa manera concreta que significaba que alguien estaba a punto de ser despellejado. Claro, cada vez había diferencias, pero tenía un ritmo y una cadencia.

Y ahí estaba yo, con catorce años y desesperado, lanzándome con mi número de comedia en la cena sobre lo que fuera —lo horrible que conducía el vecino, la resaca evidente de mi profesor de química— cualquier cosa con tal de desactivar la bomba, aunque eso significara que después me castigaran, me dejaran sin salir o los gritos me los llevara yo.

Por fin consigo abrocharme los vaqueros, con movimientos mecánicos y sintiéndome vacío. El escritorio todavía tiene una mancha húmeda donde estaba sentada ella, y tengo que apartar la mirada porque el recuerdo me golpea como un cuchillo en las tripas... su calor, lo mojada que estaba antes de que siquiera la tocara como es debido, cómo se sentía al hundirme en ella...

A la mierda, suspiro.

El camino de vuelta a mi apartamento se hace eterno. El campus es un pueblo fantasma, solo yo y los equipos de mantenimiento. Mi trabajo se entrega en unas pocas horas, pero lo único que quiero es desplomarme en la cama, taparme la cabeza con las sábanas y olvidarme del mundo un rato.

Pero no puedo olvidarme de ella.

No lo entiendo. Yo estuve ahí. Presente. Real. No hice chistes. No lo esquivé cuando se abrió sobre su pasado. No salí corriendo. Y

tampoco fue solo por el sexo. He estado esforzándome con todas mis puñeteras fuerzas por ser fiable y auténtico y por cumplir mi parte del trato.

Pero ella acaba de cambiar las reglas del juego.

Por fin llego a mi apartamento y decido, qué coño, más vale darle los últimos toques al trabajo y entregarlo ya. Me desplomo frente al escritorio, la silla crujiendo, y abro el portátil. La pantalla quema de lo brillante que está, pero sigo adelante de todas formas porque vete a saber, joder, si voy a poder dormirme.

El trabajo me devuelve la mirada, cada párrafo una colaboración. Su inteligencia se entreteje con mis ideas caóticas, dándoles solidez estructural en lugar de ser escombros ambiciosos. Las palabras son todas mías, pero están impregnadas de las ideas que ella me ayudó a encontrar.

Ella había tomado mis observaciones revueltas y me había ayudado a convertirlas en algo serio, y yo la había hecho reír con mis juegos de palabras horribles sobre sociología. «¿Bourdieu? Más bien Aburrieu, ¿no?». Dios, soy idiota. Pero a ella le había salido el café por la nariz, y durante un segundo toda su cara se había transformado.

Había tenido sentido.

Hasta que dejó de tenerlo.

Hago una última revisión, pero el texto me nada delante de los ojos. Lo único que veo es a ella inclinada sobre su cuaderno, esa pequeña arruga entre las cejas cuando se concentraba. La forma en que golpeteaba el bolígrafo contra los labios mientras pensaba. Cómo me miraba, no como si fuera un proyecto, sino como si fuera alguien en quien merecía la pena creer.

El portal de entrega carga lentamente. Adjunto el archivo, el dedo suspendido sobre el botón de enviar. Esto debería sentirse como una victoria, porque son tres mil palabras de competencia académica, suficientes para sacar una buena nota y dejarme preparado para el examen. En cambio, se siente como la prueba de lo que podríamos haber sido.

Hago clic en enviar.

La pantalla de confirmación aparece: Trabajo entregado con éxito.

Me quedo mirándola, esperando sentir algo que no sea vacío.

Qué va. Nada.

Con un suspiro, decido intentar dormir un poco, pero antes de cerrar el portátil un pequeño icono en la esquina inferior me llama la atención. Me indica que tengo un correo en la bandeja de entrada de la universidad, y eso normalmente significa algo de hockey. Como soy el capitán, no puedo ignorarlo, así que lo abro.

Solo el asunto me cristaliza la sangre: Notificación oficial: Revisión de rendimiento académico

Estimado Sr. Fitzgerald:

Tras una revisión exhaustiva de su rendimiento académico y de acuerdo con los estándares recientemente reimplementados, la presente carta sirve como notificación oficial de su estatus de Alerta Académica.

El café en mi estómago se convierte en ácido de batería.

Debido a su precaria situación académica (promedio actual: 1,9) y al compromiso de la universidad con la excelencia tanto dentro como fuera del hielo, el promedio mínimo requerido para mantener su elegibilidad deportiva ha sido reevaluado provisionalmente.

Con efecto inmediato, deberá alcanzar y mantener un promedio acumulativo de 2,5 en el semestre en curso para conservar su elegibilidad deportiva el próximo semestre. Este estándar elevado refleja la dedicación de PBU al rendimiento académico de sus deportistas.

¿Pero qué cojones?

Lo leo tres veces, mi cerebro negándose a procesar. Pearson me dijo hace un mes que los otros chicos y yo teníamos que cumplir con el estándar de siempre: un 2,0 — «con no suspender, basta». Ese ha sido el trato desde que inventaron el deporte universitario, y lo que se ha aplicado a todos los demás programas de PBU desde siempre.

Pero ahí está, en blanco y negro: 2,5 de promedio o nada de hockey en el segundo semestre.

Busco frenéticamente en Google y hago cálculos.

Aunque de algún modo sacara una A o una B alta en el trabajo que acabo de entregar, necesitaría una nota excelente en el final de sociología, o ese examen hundirá mi promedio por debajo del nuevo umbral. Y no tener un 2,5 ahora significa que no hay hockey en el segundo semestre, lo que en mi último año básicamente significa que no hay futuro.

La portería no solo se ha movido. La han lanzado a órbita.

Y justo ahí, en la línea de CC: Galloway.

Me quedo mirando la pantalla hasta que me arden los ojos. La confirmación de entrega del trabajo está en la pestaña de al lado, burlándose de mí con su marca de hora. El director deportivo me acaba de joder a lo grande, lo que significa que todo ese trabajo y todas esas noches en vela con Morgan puede que ni siquiera importen.

Morgan, que se ha ido.

Morgan, que huyó.

El peso de todo —su rechazo, la trampa de Galloway, la montaña académica imposible que tengo que escalar— se desploma de golpe. Se me cierra el pecho, cada respiración más corta que la anterior, y por primera vez desde primer año, de verdad no sé si puedo con esto.

No sé si todo mi ruido y mi caos pueden llenar tanto vacío.

La revelación se asienta fría y pesada: Morgan parecía asustada cuando huyó —no enfadada, no decepcionada, ni siquiera arrepentida— realmente asustada. De mí, de nosotros, de lo que acabábamos de hacer. Porque el miedo es lo único que he pasado toda mi vida intentando prevenir, la emoción que haría lo que fuera por ahuyentar.

Y ahora soy la causa en la única persona cuyos muros quería desesperadamente escalar, no para conquistarla sino solo para sentarme a su lado y decirle que todo estaba bien. Pero ella huyó antes de que pudiera, y ahora estoy solo con la trampa de Galloway y el recuerdo de la cara de Morgan en ese último segundo —aterrorizada y hermosa y ausente.

No tengo un chiste para esto.

No tengo ruido lo bastante fuerte para ahogarlo.

Lo único que tengo es la terrible certeza de que he perdido algo especial.

Y haré lo que sea —lo que sea— por recuperarlo.

veintinueve

MORGAN

EL AGUA que sale de la vieja alcachofa de mi apartamento quema lo suficiente como para levantar ampollas, y he decidido que si me quedo aquí el tiempo necesario, puedo escaldar lo que acaba de pasar. Lo que dejé que pasara, si soy honesta, y lo que mi cuerpo está montando una revuelta biológica en toda regla para repetir.

Me froto con la esponja, ignorando que han florecido verdugones rojos por los brazos, el pecho y la cara interna de los muslos, donde sus dedos dejaron su tarjeta de visita. Las pruebas físicas puedo manejarlas —soy jugadora de hockey con más moretones que extremidades cualquier día de la semana—, pero son las otras pruebas las que me preocupan.

Las pruebas que descienden en este momento con obscena parsimonia por mi muslo.

Su ADN literalmente escurriéndose de mí.

El pensamiento debería activarme el reflejo nauseoso. Esa es la meta: asco y repulsión, o cualquier cosa menos esta punzada vacía que mis neuronas siguen confundiendo con deseo. Pero mientras su semen se mezcla con el agua de la ducha, lo único que me queda es un cóctel de malas decisiones.

La parte racional y sensata de mi cerebro me escalda más que el agua. «Esto es lo que cuestan cinco minutos de debilidad. Tu peor

error se reencontró con tu cérvix, y de alguna forma fuiste tú la que decía por favor...»

Me echo más gel de ducha en la esponja, cuya etiqueta promete «purificar y restaurar el equilibrio». Pero cuando me exprimo medio bote directamente sobre la piel, frotándome hasta generar una espuma lo bastante densa como para ocultar pruebas, me siento igual de impura y desequilibrada que antes.

Esto no está funcionando.

Giro el grifo hasta el ártico, castigando mi cuerpo como hago después de cagarla en el hielo. El golpe de frío me roba el oxígeno de los pulmones, pero mis pezones simplemente se endurecen hasta doler, enviando señales directas a donde —joder— sigo resbaladiza a pesar de la ducha punitiva.

Mi cuerpo se ha amotinado, funcionando con algún programa primitivo que anula veintiún años de condicionamiento cuidadoso, cada neurona encendiéndose como un árbol de Navidad y enviando órdenes para que responda con solo pensar en él.

Mi teléfono se ilumina a través del cristal de la ducha:

¿Estás bien?

No, James. Estoy goteando mientras mi vagina hace campaña por un segundo asalto.

Soy la antítesis de bien.

Se ilumina otra vez:

Morgan, por favor. Solo dime que llegaste bien a casa.

El por favor casi funciona.

Casi resucita a la chica que creía en los finales felices.

Una última vez:

Sé que la cagué antes, pero... es que no lo entiendo, ¿sabes?

Cierro el grifo con la fuerza suficiente para hacer vibrar las tuberías. Después, una vez fuera de la ducha y seca (aunque aún temblando por el golpe de frío), borro las notificaciones y bloqueo su número con la eficiencia de alguien que lleva tres años ensayando este simulacro mental.

Todo nuestro historial de mensajes.

Desaparecido.

Ojalá lo real fuera así de fácil.

En piloto automático, me pongo el pijama; necesito desesperadamente dormir antes de un día brutal de entrenamiento mañana. Pero mi apartamento se siente contaminado y caótico, como si sus moléculas hubieran infiltrado de algún modo mi entorno herméticamente sellado, y sé que el sueño será esquivo.

La cocina brilla bajo una iluminación quirúrgica, cada superficie ya estéril por la rutina de esta mañana. Pero eso no importa ahora. Ataco las encimeras ya impolutas, vertiendo productos químicos sobre un granito que ya podría albergar una cirugía a corazón abierto.

Los vapores me hacen llorar.

Son los vapores, sin duda.

Cuando ya estoy de rodillas atacando unas juntas inmaculadas con un cepillo de dientes, me veo reflejada en la puerta del horno. Aquí está Morgan Riley: capitana de un programa de hockey D1, restregando contaminación imaginaria a las dos de la madrugada porque dejó que James Fitzgerald le superara la defensa y anotara.

El moretón en mi cuello está a la vista, recordándome que mañana toca cuello alto. Mis jugadoras lo sabrán de todas formas — las jugadoras de hockey huelen el sexo como los tiburones huelen la sangre—, pero no se atreverán a comentar. Reconocen la expresión facial que dice menciona esto y haré que te arrepientas.

Porque esa es mi marca.

Me siento sobre los talones, rodeada de suficientes vapores tóxicos como para arrancar pintura. Tengo las manos en carne viva y las rodillas magulladas por las baldosas, haciendo juego con los moretones que él dejó en mis muslos. El apartamento huele a escena del crimen, lo cual cuadra, porque asesiné tres años de control y ahora soy solo el equipo de limpieza.



Después de más limpieza y unas pocas horas de sueño, el camino a la pista de hielo a la mañana siguiente presenta un reto táctico. He trazado tres rutas distintas, evaluando la probabilidad de

encontrarme con James según su horario, sus rutas habituales y los puntos donde nuestros mundos podrían cruzarse.

La Ruta A me lleva por la explanada principal: treinta por ciento de probabilidad de contacto. Inaceptable. La Ruta B pasa por la biblioteca: rotundamente no, ese edificio entero es ahora territorio enemigo. La Ruta C, por la explanada este detrás de los edificios de ciencias, añade siete minutos pero reduce la probabilidad al cinco por ciento.

Perfecto.

Es lo único perfecto de todo este desastre.

Mientras camino, con los puños cerrados y emitiendo mi mejor vibra de no-me-hables-bajo-ninguna-circunstancia, el aire de noviembre me corta la cara. Cada respiración sale de mí en pequeñas nubes que se disipan en la nada —ahí y luego no, como si nunca hubieran existido, como la noche de ayer jamás debería haber existido.

Todo el rato, mi visión periférica permanece en alerta máxima mientras mantengo un paso vivo y decidido. Cada figura alta me dispara el pulso, cada cabeza de pelo oscuro activa una memoria muscular que no he desprogramado todavía, y cada grupo de tipos activa mi alarma porque él podría ser el cabecilla entre ellos.

Un grupo de chicos sale del edificio de física. Mi cuerpo se bloquea, listo para ejecutar maniobras evasivas, pero sus risas suenan demasiado agudas para ser la suya. Aun así, giro bruscamente a la izquierda, añadiendo otro desvío. Y mientras camino, intento convencerme de que esto no es evitación, que es una escisión estratégica, extirpando a James como un quiste.

Finalmente, después de tardar mucho más de lo habitual, llego al vestuario femenino.

O, mejor dicho, al vestuario compartido.

Y, por suerte, no hay chicos —ni James— por aquí ahora mismo.

Pero lo que encuentro en su lugar es a la entrenadora Walsh, paralizada, sujetando una sola hoja de papel con la delicadeza de quien manipula un artefacto explosivo. La he visto en muchas situaciones estresantes en los últimos meses desde que empezamos a trabajar juntas, pero nada parecido a esto.

—Nos ha destripado, Morgue. —Su voz tiene esa quietud peligrosa que precede a la detonación—. El cabrón se ha pasado de la raya esta vez.

Acorto la distancia entre nosotras y cojo el memorando, mi mente cambiando a modo analítico con el alivio de una articulación dislocada al volver a su sitio. Porque cualquier cosa es mejor que pensar en él y en eso y en qué demonios pasa ahora.

Membrete de la universidad.

Departamento deportivo.

La firma de Galloway trazada de un tajo en la parte inferior.

Los primeros recortes son una brutalidad predecible. Nuestro presupuesto de viaje ha sido reducido al mínimo indispensable. Y, peor aún, nos han «suspendido pendiente de revisión» la financiación de desplazamientos y las tasas de inscripción para asistir al Winter Showcase, donde aparecen ojeadores reales buscando posibles fichajes.

Traducción: que tus chicas se olviden de que las vean.

Se me encoge el estómago pensando en las jugadoras que se transfirieron aquí desde programas menores con la esperanza de que esto las acercase a las profesionales. Todavía hay posibilidades, claro, pero en un ecosistema donde cada gramo de atención y esfuerzo puede marcar la diferencia, esto podría apartar a algunas de mis chicas de su sueño.

Pero eso no es todo.

Presupuesto de equipamiento: congelado.

¿Quién necesita cinta, palos o discos, de todos modos?

Acceso a las instalaciones: las cinco de la mañana cada día es nuestra única franja de tiempo en el hielo.

La pulidora de hielo tiene prioridad...

Horas de la entrenadora Walsh: limitadas a veinte por semana.

Mátense trabajando gratis, señoritas. Contamos con ello.

Esto es más que enredar solicitudes de compra en burocracia. Es reducir nuestra capacidad para ser un equipo viable. Es muerte por mil cortes, cada uno más profundo que la tanda anterior de condiciones que impuso a nuestro programa, las cuales nos obligaron a aliarnos con James.

Entonces lo veo.

Enterrado al final:

«Nuevas directrices institucionales sobre la distribución de recursos entre equipos y los servicios de apoyo académico.»

Las palabras cristalizan en significado con una claridad de cámara lenta:

«Para mantener la integridad... queda estrictamente prohibida la distribución no autorizada de recursos entre equipos, incluyendo equipamiento, material de entrenamiento o servicios de tutoría académica...»

El memorando continúa su masturbación burocrática, pero he dejado de procesar. Mi sangre se vuelve ártica, congelándome desde dentro, porque las referencias a la distribución de recursos entre equipos y los servicios de tutoría académica me dicen que lo sabe.

Joder, lo sabe.

Lo del material robado y las tutorías de sociología.

Lo de que James y yo estábamos trabajando juntos para superar sus gilipolleces.

—¿Morgan? —La voz de Bri suena como si estuviera bajo el agua—. Te has puesto muy pálida.

—Lo sabe. —Las palabras me salen en carne viva.

—¿Sabe qué?

La verdad me pesa en la lengua: que hice un pacto con el diablo con James, que negocié equipamiento de contrabando, que lo comprometí todo por rollos de cinta y la patética fantasía de que alguien me cubría las espaldas, y que sucumbí a una tentación a la que no podía ceder.

—Morgan. —Bri se acerca, con el rostro marcado por una preocupación que aún no le han apaleado—. Si tiene algo contra ti, lo afrontamos juntas.

—Nada. —Mi voz suena mecánica—. Solo está... socavando el deporte femenino porque es su configuración por defecto.

Sus ojos se estrechan —está claro que huele las gilipolleces—, pero no presiona. Quizá reconoce la expresión que llevo puesta, o que la jugada de poder de Galloway es un ataque dirigido contra

ambos programas de hockey, no una campaña general porque sea un cabrón.

—Lo resolveremos —ofrece, aunque ni su idealismo logra venderlo del todo—. Siempre...

—Yo siempre lo resuelvo. —La corrección se me escapa antes de poder frenarla—. Esta es mi pelea, Bri, y no quiero que arruines tu carrera por esto.

Abre la boca para discutir, pero le doy la espalda y camino hacia mi taquilla con movimientos automáticos. Porque, de repente, tengo una salida para toda mi frustración, una cura para la enfermedad, y una forma de expiar todos mis errores. Igual que hace tres años, cuando convertí un corazón roto en una concentración que me llevó al hockey D1.

Estoy concentrada.

O eso necesito contarme.

Porque si no estoy concentrada, podría pensar en cómo lo besé, como si me estuviera ahogando y él fuera oxígeno. En cómo lo atraje más cerca en vez de mantener una distancia segura. En cómo lo dejé atravesar cada defensa que había pasado tres años fortificando.

Y esos veinte minutos de caos —de placer— no son reembolsables.

Y quizá el error más caro que he cometido en mi vida.

treinta

ROOK

¿DE QUIÉN FUE la brillante idea?

Estoy de pie a un lado del escenario en la gala anual de recaudación de fondos del departamento deportivo de Pine Barren University, después de haberme ofrecido para dar el discurso principal de los capitanes, el turno que ocupa uno de los capitanes deportivos de la universidad. Es una tradición que se remonta generaciones, y a los capitanes de hockey que me precedieron les han pedido a menudo que hablen.

Pero el hecho de que pasé por encima de Galloway para pedir hablar hace que esto sea una idea todavía peor.

Y ahora, mientras el presidente de la universidad suelta su monótono discurso sobre la importancia del programa deportivo para la cultura y el futuro de la universidad, mis manos no dejan de temblar. Para empeorar las cosas, mi esmoquin alquilado está intentando asesinarme activamente, la pajarita apretándose con cada trago como si supiera lo que se avecina y quisiera huir.

Buen plan de juego, Fitzgerald.

Da el discurso de tu vida, conquista a la chica y salva tu carrera.

Fácil, ¿verdad?

Durante tres semanas, Morgan ha sido un agujero negro donde antes había una persona, al menos en lo que a mí respecta. Mi teléfono es la prueba: veintisiete mensajes sin leer y unas cuantas

llamadas desesperadas sin respuesta. Y, a estas alturas, he abierto el hilo de mensajes tantas veces que me lo sé de memoria.

Morgan, por favor. Solo dame cinco minutos.

Sé que la cagué. Déjame explicarte.

Lo de la biblioteca significó algo. Tú lo sabes.

Cada mensaje es más patético que el anterior, rebotando contra sus muros como tiros de muñeca sin fuerza. En los pasillos, me mira como si fuera transparente. Cuando nos obligan a interactuar, me llama «Capitán Fitzgerald» con un tono gélido. Es como si la fortaleza que tenía no solo se hubiera reconstruido, sino que la hubiera hecho aún más formidable.

Pero a pesar de todo, estoy más seguro que nunca de que quiero a Morgan.

Así que me queda una jugada.

Es el recurso por defecto de James Fitzgerald.

Cuando llega el silencio, sube el volumen.

Cuando lo privado no funciona, hazlo público.

Toda mi infancia fue un campo de entrenamiento para este momento. Cuando mamá le daba a papá el tratamiento de silencio, era hora de que el pequeño James rompiera «accidentalmente» algo caro. Si la mesa de la cena estaba a punto de explotar, contaba un chiste, bueno o malo, no importaba.

Siempre funcionaba.

La tensión se hacía añicos, se concentraban en mí y pateaban el problema para después.

Esto es lo mismo, pero a lo grande.

A por todas con Morgan, o morir en el intento.

A fondo, sin frenos.

La coordinadora del evento —una mujer cuya cara sugiere que vive perpetuamente decepcionada de todo el mundo, pero que tiene su puesto porque probablemente se le da de maravilla sacarle dinero a capullos ricos— me da el aviso de dos minutos de que casi es mi turno.

—Esta noche soy un puto héroe —digo en voz baja, intentando convencerme.

Mi plan es sencillo.

Galloway subió la apuesta contra Morgan y contra mí, apretando las tuercas aún más a su equipo e imponiéndome condiciones académicas todavía más duras a mí y a mis chicos. Pero esta noche, solo pienso en ella. Así que pasaré por encima de Galloway, trabajaré a estos patrocinadores como una superioridad numérica y los inspiraré para que abran sus carteras por su programa.

Y entonces, ella por fin me verá.

No como el tipo que lo arruina todo.

No como el cobarde que se esconde detrás de chistes.

Sino como el tipo que dio la cara cuando nadie más lo hizo.

El tipo digno de su confianza, su amistad, y quizá algo más.

Me costará con Galloway, porque se va a poner furioso, pero ¿qué me queda por perder? Mi promedio está explorando profundidades hasta ahora desconocidas. Ese requisito de promedio de 2.5 bien podría exigirme que cure el cáncer. Mi capitanía, mi último año, todo lo que me hace ser yo... todo se está yendo por el desagüe de todas formas.

Mejor apostar todo a una última tirada de dados por ella.

—Treinta segundos, señor Fitzgerald.

El esmoquin pelea conmigo cuando intento alisarlo, arrugándose en lugares que sugieren que es alérgico a mi tipo de cuerpo. Pero sé que estoy tranquilo, porque cuando has sobrevivido cañonazos a cien millas por hora y te han estampado contra las bandas por futuros defensas de la NHL, puedes con un puñado de trajeados.

—Adelante —dice.

Cruzo las cortinas, las luces del escenario me golpean y, por un segundo, nado en blanco mientras mis ojos se ajustan. Luego la sala se materializa en forma de trescientos de los mayores donantes de Pine Barren University, observándome con el interés moderado de gente que ya va por su tercer martini.

Y ahí, tres mesas más atrás a la izquierda, está Morgan.

Verla me golpea con fuerza. Lleva negro —cuello alto, hasta la rodilla, puro negocio— pero en ella me revuelve el cerebro por completo. Lleva el pelo recogido en esa coleta despiadada que siempre me dan ganas de deshacer, de verlo suelto y salvaje mientras ella...

Concéntrate, desastre hormonal.

Pero incluso desde aquí, puedo leer su lenguaje corporal: hombros tensos, sentada rígida. La flanquean Mills y la entrenadora Walsh, ambas con expresiones neutras. Está claro que están cabreadas por tener que estar aquí, dado que Galloway ha destripado su programa, y no quieren darle más munición.

La sala espera, pesada y expectante.

Llena el silencio antes de que te devore.

—Buenas noches a todos. Puedo confirmar que este esmoquin es alquilado y sí, busqué en YouTube lo de la pajarita. —Tiro de la soga que llevo al cuello—. Tres tutoriales después, todavía no estoy seguro de haberlo logrado, así que si se rinde a mitad de discurso... finjan que es intencional.

Risas genuinas recorren el público.

Vale, puedo trabajar con esto. De momento, bien.

—Ya sé lo que están pensando: ¿qué hace el portero aquí arriba? —Hago una pausa cuando hay más risas y sonrío cuando alguien suelta un resoplido—. Bueno, tienen la suerte de que, mientras nuestros últimos cuatro capitanes cobran cheques de la NHL, les ha tocado el tipo que aspira a un D en sociología...

Más risas, e incluso las joyerías ambulantes esbozan sonrisas.

No me jodas. Los tengo.

—Pero escuchen. —Mi voz baja, se pone seria—. Ser un Devil no es solo llegar a la NHL y colgar banderines, aunque siete campeonatos quedan bastante bien. —Pausa, porque a esta gente le excita ganar—. Ser un Devil es lo que nadie ve.

Hago una pausa, dejo que unos cuantos asentimientos recorran el público, y continúo.

—Son los entrenamientos a las cinco de la mañana cuando tu cuerpo ya no da más. O el momento en que vas perdiendo por tres con dos minutos en el reloj y sacas algo extra. Porque no juegas para ti. Juegas el uno por el otro y por esta universidad.

La sala está en un silencio de iglesia.

Arriesgo una mirada hacia Morgan. Sigue congelada, pero algo ha cambiado.

Parece menos un muro de ladrillos, y está... ¿escuchando?

—Y por eso estoy aquí arriba —empujo, ganando impulso—. Porque hay otro grupo de Devils que encarnan todo lo que acabo de decir, pero que han sido tratadas como ciudadanas de segunda y que han tenido que luchar por cada trozo de cinta, cada minuto de hielo, cada gramo de respeto.

Todo el mundo está enganchado.

—Hablo del equipo femenino de hockey.

Murmullos recorren el público, y la cara de Galloway pasa de satisfecha a un púrpura de derrame inminente. Perfecto. Intentó sacarme de la lista de oradores, pero el presidente de la universidad insistió, y ni siquiera él puede joderme cuando el de arriba insiste en algo.

—Esas mujeres son guerreras. —La convicción en mi voz es de acero—. Entrenan a horas que no deberían existir legalmente. Se compran su propio equipamiento. Se llevan ellas mismas a los partidos, quemando gasolina que no pueden pagar, viviendo a base de Red Bull y perritos calientes de gasolinera.

Clavo la mirada en Morgan, pero no puedo descifrar su expresión.

—Esta noche quiero enseñarles lo que yo veo, y por qué estas mujeres merecen más que las migajas y por qué ya son campeonas. —Le hago la señal al técnico en la cabina, las luces se atenúan y las pantallas se encienden—. Conozcan a las verdaderas Devils, las que luchan en las sombras mientras los chicos se divierten bajo los focos.

La música arranca y las primeras imágenes aparecen: el equipo femenino en un movimiento bello y violento, cuerpos colisionando con furia controlada y el caos precioso del hockey en su forma más pura. El metraje es nítido, cada fotograma una obra de arte, y de repente el coste de sobornar al estudiante de artes visuales para que lo hiciera parece barato.

Perfecto. Absolutamente perfecto.

El público se inclina hacia adelante. Los teléfonos desaparecen. Están enganchados.

El montaje continúa. Entrenamiento al amanecer, el aliento visible en la pista de hielo. La marca de tiempo —5:07 a.m.— lo vende. No son solo atletas; son soldados. Luego hay material de la

sala de pesas, pura determinación, y el equipo apiñado antes de un partido.

La música cambia a algo emocional y las imágenes se vuelven más íntimas. Una jugadora sonriendo a través de la sangre, otra poniéndose cinta en unos dedos claramente rotos y volviendo a patinar, y otra de Mills en el banquillo, jadeando, obligándose a levantarse porque su línea la necesita.

Aquí es donde Morgan ve que lo entiendo, que yo...

La imagen cambia.

Mi corazón no se detiene. Explota.

Es Morgan. Sola.

Está llorando.

No un llanto de película. Llanto crudo, feo, roto. Del tipo que viene de tan profundo que deja cicatrices. Su cara es irreconocible por el dolor. Los hombros temblando con cada sollozo. Una mano presionada contra su boca, intentando contener sonidos que escapen de todas formas. La otra cerrada en un puño tan apretado que hay sangre en su palma.

La música sube, convirtiendo su agonía privada en entretenimiento. La imagen se mantiene cinco segundos. Cinco segundos de Morgan Riley, la Morgue, destrozada y servida para consumo. Y yo quiero que sea el golpe emocional definitivo que le diga a Morgan que lo entiendo y que haga que estos cabrones abran sus carteras.

Mientras el montaje continúa, la miro, mi cara estúpida todavía con gesto de triunfo, esperando gratitud. Pero en cambio, la veo morir en tiempo real. Primero, esa pequeña arruga entre sus cejas, como si estuviera procesando. Luego sus labios se entreabren y el color le abandona la cara.

Se queda pálida como un cadáver, cada músculo bloqueado.

Sus manos agarran el mantel con fuerza suficiente para rasgarlo.

Pero sus ojos.

Joder, sus ojos.

Muestran el momento exacto en que decide que no la he elevado, sino que la he ultrajado. Y mientras me mira, sé que piensa que he tomado su momento más privado y la he convertido

exactamente en lo que ha luchado por no ser: una historia triste para dar pena.

Sus ojos no son fríos. Son nucleares.

Pero debajo de la rabia hay algo peor.

Traición.

El montaje termina, pero yo me quedo ahí, mirando a Morgan, porque nada más existe. Ella no arma un drama ni monta una escena. En cambio, simplemente coloca su servilleta con precisión quirúrgica y se levanta con una gracia que me destroza lo que queda de pecho. Mills extiende la mano hacia ella, pero Morgan niega con la cabeza una vez.

No me mira.

No reconoce mi existencia.

En cambio, se da la vuelta, columna recta como un militar, hombros erguidos contra el peso de trescientas miradas, y camina hacia la salida. Sus tacones suenan sobre el mármol mientras se va con la dignidad que hace que mi gran gesto parezca exactamente lo que es: la rabieta de un niño con ropa prestada.

Es exactamente igual a lo que pasó cuando la rocié con el hielo.

La última vez que intenté un gran gesto para arreglar las cosas.

¿Y esta vez?

Trescientas personas la ven irse en absoluto silencio.

No hay un solo sonido mientras Morgan Riley sale del salón, sale de la gala y sale de mi vida. La puerta se cierra con un clic que resuena como un disparo, y yo sigo en el atril, roto pero vertical, sin saber muy bien qué hacer ahora que todo está perdido.

Mis notas.

El hockey.

La chica que quiero.

El público murmura, pero es solo ruido blanco. El foco arde, haciendo que el sudor me corra por la espalda. Nunca he estado más solo. No durante las guerras de mis padres. No después de que mis compañeros se graduaran. No en el hielo, mirando hacia arriba a ese banderín de campeonato, sintiéndome un impostor.

Ni siquiera después de que ella me dejara en aquella biblioteca.

Porque, al menos entonces, había esperanza.

Esto es diferente. Esto es saber con perfecta claridad que eres el malo. Que cada buena intención era falsa. Que ella necesitaba protección de ti más que de nadie, y en cambio causaste más daño y, de paso, cometiste el mayor error de toda tu vida.

La cagué en la situación seria y armé un desastre.

Como todas las putas veces.

EL COCHE de Schmidt apesta a ambientador de pino y a rabia apenas contenida.

Sentado en el asiento del copiloto, no paro de tirar del cinturón de seguridad, intentando encontrar una posición en la que no sienta que me está estrangulando poco a poco, pero no hay escapatoria. Schmidt está apretando los dientes tan fuerte que espero que se le parta uno. En el espejo retrovisor, Leo Cooper se limita a mirar por la ventanilla.

Pero me dan igual ellos.

Porque mi cerebro no para de reproducir la expresión en la cara de Morgan.

Cómo el color se le escurrió del rostro, dejando solo una palidez blanca de shock. Cómo se le tensaron los hombros, preparándose para el impacto de un golpe que yo ya había asestado. Cómo se marchó —sin correr, sin montar una escena, simplemente... yéndose— como si yo no mereciera ni la energía de que se cabreara.

Mi cerebro interviene, servicial: Se largó de esa sala igual que después de que te la follaras en la biblioteca, después de que la rociaras en la pista, y después de que le rompieras el corazón en el campamento de verano. Eres un desastre absoluto de ser humano, y a ti no debería haberte dado nadie un micrófono.

—Explícamelo paso a paso. —La voz de Schmidt interrumpe mi autodesprecio, cada palabra medida—. ¿Cuál era el puto plan, Rook?

Las palabras activan algo primario —ese viejo y familiar pánico que grita llena el silencio, desvía el peligro, hazlos reír antes de que puedan enfadarse— y aunque sé que es el enfoque equivocado, la boca se me abre y la función empieza antes de que pueda detenerla.

—¿Sabes qué fue lo más gracioso? —Me lanzo de cabeza, las palabras brotando como vómito—. El técnico de audiovisuales...

Schmidt gira la cabeza para mirarme, y su expresión mata mi chiste en seco, y su pregunta se queda ahí, simple y demoledora—: Rook...

—¡Estaba intentando ayudarla! —Las palabras estallan demasiado alto, rebotando contra las ventanillas—. Galloway destripó su programa, Schmidt. Les quitó todo —el presupuesto de viajes, el de equipamiento— así que tenía que hacer algo grande para ayudarlas...

—¿Le preguntaste si quería ayuda? —La voz de Leo interviene desde el asiento de atrás, plana y clínica—. ¿Le enseñaste el vídeo?

La pregunta aterriza, y el estómago se me cae a los pies. La boca me sigue funcionando, pero la convicción se desangra rápido. —Se suponía que era una sorpresa. No consigues ese tipo de impacto si lo anuncias de antemano. Los donantes necesitaban sentir algo, verlas como personas reales luchando batallas reales...

—El impacto —interrumpe Schmidt, y ahora le tiembla la voz— es que acabas de declararle la guerra a Galloway delante de todos los donantes del estado.

—Yo...

—No. —Las manos se le tensan sobre el volante, los nudillos blancos—. ¿Crees que va a dejarlo pasar? ¿Crees que no va a hundirte? ¿Hundir al equipo? —Me mira, los ojos desorbitados de rabia—. Tenemos un campeonato que defender, y tú acabas de... Joder, Rook.

—No pretendía ser—

—Ella no necesitaba un salvador —añade Leo desde el asiento de atrás.

Me giro para mirarlo, el esmoquin alquilado crujiendo. —¿Qué?

Me sostiene la mirada en la penumbra, sin pestañear. — Necesitaba un compañero. Alguien que estuviera a su lado, no por encima de ella. —Hace una pausa, dejando que cada palabra caiga como un veredicto—. No la ayudaste esta noche. La convertiste en una exhibición. Cogiste su lucha privada y la convertiste en un espectáculo de cena para ricos.

Siento que las costillas se me hunden. Quiero discutir, defenderme, pero las palabras mueren en algún punto entre mi cerebro y mi garganta. Y cuando el coche se detiene junto a la acera frente a mi edificio, Schmidt mete el freno de mano pero no me mira.

El silencio me presiona los tímpanos. Siento la piel demasiado tirante, como si fuera a reventarme si no me muevo, si no hablo, si no algo. La vieja programación se activa una última vez, desesperada y patética, el artista necesitado de público, el ruido necesitado de oyentes.

—Oye... —Me aclaro la garganta, forzando mi sonrisa de siempre—. ¿Quieren subir por pizza y cerveza?

Por favor, no me dejen solo con esto. Haré malabares. Contaré chistes. Me prenderé fuego si con eso evito quedarme a solas con lo que he hecho.

—No. —La negativa de Schmidt es seca, y sigue sin mirarme.

—Tienes que quedarte a solas con esto —añade Leo desde atrás.

El rechazo me sacude mientras busco a tientas la manilla de la puerta, los dedos de repente inútiles. Consigo abrirla por fin y salgo tambaleándome a la acera, el aire de noviembre cortante contra mi cara ardiendo. Me giro, una parte desesperada de mí esperando que uno de ellos me llame, que me lance algún tipo de salvavidas.

Pero el coche ya se está alejando, las luces traseras desapareciendo en la oscuridad.

Me quedo ahí, en la acera vacía, hasta que el frío empieza a filtrarse a través de los zapatos de vestir finos, dejándome los dedos entumecidos. Entonces me doy la vuelta y encaro mi edificio, temiendo los tres pisos que tendré que subir cargando con el peso de lo que he hecho.

Las piernas no me responden mientras subo. La escalera apesta a pizza vieja y a lo que sea que se murió entre los tabiques el mes pasado. La música de alguien retumba a través de las paredes finas —una fiesta en algún sitio, gente riendo, viviendo sus vidas normales mientras la mía implosiona a cámara lenta— y cada paso resuena demasiado fuerte.

La puerta del apartamento se atasca como siempre. Tengo que empujarla con el hombro, y casi me caigo en la oscuridad cuando por fin cede. No enciendo las luces, navegando por memoria muscular y luz de la calle, apartando a patadas lo que parece un mes de ropa sucia. La rodilla se me estampa contra la mesa de centro y me muerdo la lengua para no soltar un taco.

Me quedo de pie en medio de todo, todavía con este esmoquin ridículo que me hace parecer un crío que saqueó el armario de su padre. Tiro de la pajarita hasta que se suelta, pero el alivio es mínimo. La opresión real está en el pecho, apretando con cada respiración.

Voy hacia mi habitación y me desplomo sobre la cama sin hacer, los muelles protestando.

Y, de repente, ya no estoy en este apartamento de mierda. Estoy sobre el capó de mi camioneta hace tres años. El humo de la hoguera me escuece en los ojos. Hay una chica a mi lado —guapa, brillante, mirándome como si quizá yo valiera algo de verdad— cuyo pelo atrapa la luz del fuego mientras hace una pregunta.

«Y... ¿qué pasa cuando nos vayamos de aquí?»

Ese momento importaba.

Ella importaba.

El silencio entre nosotros importaba.

Y yo no sé cómo existir en ese tipo de silencio que importa.

Así que lo destruí.

Hice chistes. Convertí nuestra conexión en un remate. Convertí su vulnerabilidad en material para mi desesperada función en solitario. Vi cómo se le apagaba la cara. Vi cómo le volvían a subir los muros de golpe. Y después, lo peor de todo, la vi marcharse.

Y la conexión entre aquel momento y esta noche es innegable.

Los chicos tienen razón. Lo de esta noche no iba de ayudar a Morgan. Iba de mí. De mi necesidad de llenar el silencio con ruido, de convertir algo real en algo que pudiera controlar con un micrófono y un foco. Cogí su dolor —real, privado, ganado a pulso— y lo hice mío para regalarlo.

¿Lo peor? Había empezado a confiar en mí otra vez. En la biblioteca, trabajando en mi desastre de trabajo, había bajado la guardia. Se había reído de mis metáforas estúpidas de hockey. Había tenido paciencia con mi cerebro, que funciona como una máquina de pinball pasada de cocaína.

Y me había mirado como si quizá yo hubiera cambiado.

¿Lo peor?

Había cambiado.

Mi capitanía se había vuelto un poco más seria, y nuestros resultados en el hielo habían empezado a mejorar. Había empezado a tomarme los estudios más en serio, y notaba la mejora. Seguía siendo yo —James, Rook— pero pasar tiempo con Morgan me había hecho mejor, y estoy seguro de que el tiempo conmigo la había ayudado a ella también.

Y vale, ella había entrado en pánico después de follarnos.

Pero quizá eso podría haberse arreglado, con tiempo, con paciencia y esfuerzo.

Pero en vez de currar, de darle tiempo y espacio, había ido por la jugada grande y le había confirmado sus peores miedos delante de trescientas personas. Había demostrado que sigo siendo el crío de aquel capó, demoliendo cualquier cosa real antes de que pueda exigirme algo real.

Esto es lo que Leo quería decir.

Esto es con lo que tengo que quedarme a solas.

Porque esto no se arregla con energía frenética, con la necesidad de solucionarlo, ni con otro gran gesto. Todo eso es más actuación, más ruido, y más del mismo veneno que me llevo inyectando en vena desde los siete años. El trabajo de verdad —si es que hay alguna redención posible después de esta catástrofe nuclear— no es ruidoso y no es público.

Es callado, es pequeño, y consiste en presentarte cada día y hacer el trabajo sin gloria de ser mejor. De verdad mejor, no solo fingiendo serlo para quien esté mirando. Es el tipo de trabajo que haces cuando nadie te ve y cuando no hay aplausos.

Me tumbo en la cama y, por primera vez en mi vida, no intento llenar el silencio. Dejo que me entierren, me abrume, y me aplaste con tanta fuerza que quizá no vuelva a levantarme de esta cama jamás. Porque quizá eso es lo que tiene que pasar primero —un entierro completo del artista, del bufón, del conserje emocional que ha dirigido la función durante veintiún años— antes de que algo real pueda crecer.

Así que cierro los ojos y dejo que la oscuridad me presione.

Sin chistes. Sin desvíos. Sin público.

Solo yo y los escombros.

Solo y en silencio.

NO HE DORMIDO, y James es la razón por la que estoy destrozando mi cuerpo a las 6:17 de la mañana.

El golpe de mis zapatillas contra el pavimento helado crea un metrónomo brutal, cada impacto enviando ondas de choque por mis tibias que recibo como penitencia. El aire de noviembre me corta los pulmones, lo bastante frío para que me duelan los dientes, lo bastante afilado para que cada inhalación se sienta como un cuchillo en el pecho.

Es extrañamente apropiado.

Pero no es suficiente.

Ni remotamente suficiente para superar el dolor de trescientos pares de ojos presenciando mi humillación, cada uno mirándome con lástima tras ver uno de mis peores momentos en la pantalla grande. Todo gracias a que él convirtió la pobreza de mi equipo —y mi único momento de debilidad— en un arma para arrancar aplausos.

Mis cuádriceps ya arden en la milla siete, el ácido láctico acumulándose como veneno en mis fibras musculares, pero aprieto más. Mi ritmo pasa de castigador a destructivo, lo bastante rápido como para que mi Garmin empiece a pitar alertas sobre zonas de frecuencia cardíaca que elijo ignorar. 170. 175. 180.

Hiciste bien en huir de él.

El pensamiento se repite en bucle en mi cabeza al ritmo de mis pisadas. Es como una fuente de combustible alojada en mi cerebro que suministra al resto de mi cuerpo la rabia suficiente para alimentar una pequeña ciudad. Porque en cada puta oportunidad, James me demuestra que es el hombre menos fiable, más caótico y más egoísta del planeta.

Hiciste bien en ignorarlo.

Durante semanas desde que huí de aquella sala de estudio de la biblioteca —desde que me folló contra un escritorio y me hizo olvidar por un momento cada defensa que había construido tan cuidadosamente—, me he estado cuestionando a mí misma. Porque ¿y si ha cambiado? ¿Y si podríamos tener un futuro?

La memoria muscular aún me despierta por las noches. La sensación de sus manos callosas recorriendo mi cuerpo, el sabor de su boca, y la forma en que me miraba como si yo fuera algo digno de estudiar, digno de entender, digno de conservar para siempre a pesar de nuestro pasado.

Había empezado a dudar de mis instintos, como si tal vez hubiera exagerado cuando salí hecha una furia y luego reafirmé mi postura cada vez que borré sus mensajes. Pero lo de anoche demostró que mis instintos estaban en lo cierto y que mi cerebro sí sabe mejor que mi cuerpo lo que me conviene.

Tomo la curva hacia el sendero del campus norte, mi tramo favorito porque es todo cuesta arriba y duele como el infierno. Mis isquiotibiales gritan ahora, sumándose a la sinfonía de protesta de cada grupo muscular principal, porque esto no es entrenamiento, es castigo.

Sigue siendo el mismo chico que rompe cosas bonitas para arrancar aplausos.

Las palabras pulsan a través de mí con cada zancada, cerrando a martillazos cualquier grieta en mi armadura por donde la esperanza pudiera haber intentado colarse. Esos destellos que había captado —la concentración silenciosa durante nuestras sesiones de estudio, la forma en que se enfrentó a Galloway como si mi honor valiera el riesgo de perder su elegibilidad— eran solo parte del espectáculo.

Tenían que serlo.

Porque el verdadero James es el que se subió a ese escenario anoche, radiante bajo los focos mientras convertía la lucha de mi equipo en pornografía inspiracional para donantes. Mientras nos convertía en su obra de caridad del mes, tomando mi dignidad y subastándola a cambio de deducciones fiscales.

Una segunda serie de pisadas se acompasa junto a mí, y no necesito mirar para saber quién es. Mills tiene esa zancada particular —más corta que la mía pero el doble de decidida, como si estuviera negociando personalmente con la gravedad por cada pulgada de avance.

—No quiero hablar. —Escupo las palabras entre respiraciones, sin romper el ritmo y sin atreverme a parar aunque el sudor ya se me está congelando en el pelo.

—Enterada. —Mills iguala mi velocidad sin esfuerzo visible—. Voy contigo de todos modos.

Recorremos tres manzanas del campus en un silencio cargado, nuestra respiración sincronizada el único sonido en la oscuridad previa al amanecer. Las farolas proyectan sombras largas que perseguimos y abandonamos en un ritmo constante. Siento que está preparándose para decir algo, y me blindo para su análisis.

—El discurso de James anoche fue un fracaso de proporciones épicas —dice al fin, las palabras recortadas entre pisadas—. Reconoce eso primero.

—No jodas.

—Pero aquí es donde no tiene sentido. —Ni siquiera suena agitada—. Explícame los suministros y el hecho de que se enfrentó a Galloway...

No puedo, así que desvío. —Me metió en un puto zoo, Mills. ¿Viste sus caras? ¿Cómo nos miraron después? —Resoplo—. La profesora Wellington me preguntó si necesitábamos que organizara una colecta de ropa, como si fuéramos la obra de caridad del campus en vez de atletas de élite que solo quieren la misma financiación que los demás...

—No estoy diciendo que la ejecución no fuera una mierda...

—No fue una mierda, fue calculado. —Las palabras salen en ráfagas furiosas entre respiraciones cada vez más entrecortadas—.

Fue él haciendo lo que hace siempre: convertirse en el héroe de la historia de otro. Porque no le importa una mierda nuestro programa, le importa ser el tío que salvó nuestro programa.

Mis piernas se acercan al colapso, ese temblor revelador que significa que mis fibras rápidas están agotadas. Mi forma se deteriora: aterrizo de talón en vez de mediopié, los hombros subiéndome hacia las orejas. Pero aprieto más, lo bastante rápido como para que Mills tenga que esforzarse de verdad para seguirme, su respiración mostrando por fin el esfuerzo.

Mills me deja cocerme en mi rabia unos minutos. Mientras corremos, los árboles empiezan a emerger de la oscuridad, esa luz gris previa al amanecer que hace que todo parezca una fotocopia de sí mismo. Entonces su voz baja a ese tono analítico que usa cuando está a punto de asestar una carga demoledora.

—Aceptemos tu hipótesis —dice—. Es un bastardo egoísta al que solo le importa la gloria personal y arrancar risas del público.

—Lo es. —Mi voz se quiebra en la valoración, la garganta en carne viva por el aire frío y por algo más que no pienso nombrar.

—No lo es. —Me obliga a frenar en el siguiente cruce, su mano disparándose para agarrarme del codo cuando intento saltarme el semáforo en rojo. Sus dedos están sorprendentemente cálidos contra mi piel helada, y me doy cuenta de que no siento las puntas de los dedos—. No lo es, Morgan...

Resoplo y niego con la cabeza. —Y una mierda.

—Procesa la información, Morgan —dice Mills, y entonces se desvía.

Sus pisadas se desvanecen por el sendero hacia las residencias del campus este, dejándome sola con una lógica que está desmantelando todo mi sistema defensivo. Pero no quiero procesar lo que intenta decirme, así que simplemente aprieto más, corriendo lo bastante rápido como para que el procesamiento cognitivo se vuelva imposible.

Los puntos de referencia familiares del campus pasan borrosos — el edificio de ciencias donde me escondí de él y espíe sus amistades, la biblioteca donde todo se torció, la pista de hielo donde he

construido mi identidad entera en torno a ser intocable, invulnerable y estar a salvo.

Pero no puedo huir de la verdad, y cada pisada trae otro recuerdo.

La forma en que le temblaban las manos —le temblaban de verdad— cuando me enseñó su trabajo final, como si mi aprobación importara más que la nota en sí, aunque la nota determina su futuro en el hockey. La forma en que me miró en aquella sala de estudio, justo antes de besarme y follarme como un amante.

No. Aprieto más. Eso fue manipulación.

Excepto... excepto que la manipulación efectiva requiere planificación estratégica. Cálculo y ejecución consistente. Y James Fitzgerald, con todos sus otros defectos, jamás ha demostrado pensamiento estratégico. Es caos en forma humana, una bola de demolición sin plan de derribo.

Cada chiste estúpido, cada evasiva, cada momento de ruido insoportable...

La revelación golpea con la fuerza de una carga de cadera a máxima velocidad.

No son armas. Son armadura.

Mis piernas ceden sin aviso. En un momento estoy corriendo, al siguiente estoy tropezando, apenas evitando estamparme de cara contra el asfalto. Mis cuádriceps se agarrotan, los isquiotibiales bloqueados en un calambre total. Llego al banco de piedra del mirador junto al edificio de astronomía por pura fuerza de voluntad.

Me desplomo sobre el banco sin ninguna gracia; la piedra es hielo contra mi piel sobrecalentada, lo bastante impactante como para arrancarme un jadeo. Mi frecuencia cardíaca sigue en zona roja —probablemente por encima de 190— y siento el pulso en las sienes, en la garganta y en las yemas de los dedos.

Mi corazón.

El horizonte sangra rosa, ese momento previo al amanecer en que el mundo se recalibra. Estoy completamente vacía —sin reservas de energía, sin estructuras defensivas, sin cortafuegos cuidadosamente mantenidos—, nada más que terminaciones

nerviosas en carne viva y un sistema cardiovascular llevado demasiado lejos.

Me tiemblan las manos violentamente cuando intento tomarme el pulso, y desisto cuando no puedo contar lo bastante rápido. Mi sujetador deportivo está empapado, la tela mojada como hielo contra mis costillas. Y en ese agotamiento, la verdad se ensambla sola con la eficiencia despiadada de un diagnóstico de sistema que no puedo abortar.

Hipótesis inicial: la confianza es un error estratégico. James Fitzgerald siempre elegirá la actuación por encima de la conexión auténtica.

Evidencia a favor: la traición del campamento de verano y un patrón documentado de evasión.

Acción defensiva tomada: retirada emocional total tras el incidente de la biblioteca para prevenir la traición inevitable.

Resultado: el sujeto se comportó exactamente como se predijo anoche. Humillación pública conseguida. Hipótesis confirmada.

Excepto.

Excepto.

Nuevos datos que requieren integración: la expresión de su cara cuando se dio cuenta de que me había hecho daño.

Evidencia complementaria: el reconocimiento genuino, visceral, de alguien que ve cómo sus mejores intenciones detonan. Y el pasado que me reveló sobre su familia.

Mi pecho se contrae con algo que no tiene nada que ver con la deuda de oxígeno.

Espera.

No.

No.

Conclusión final: James Fitzgerald no traiciona la confianza. Entra en pánico en su presencia. No rompe cosas bonitas por diversión, las rompe accidentalmente mientras intenta hacer lo correcto. No actúa como el tío más ruidoso de la sala para llamar la atención, lo hace para desviarla de cualquier cosa seria.

Lo que significa...

Lo que significa que no huí de un depredador.

Huí de un compañero.

Un compañero profundamente imperfecto, crónicamente aterrorizado, que maneja la intimidación emocional como un novato maneja su primer partido de eliminatorias, pero un compañero al fin y al cabo. Alguien que estaba intentando, a su manera catastróficamente incompetente, arreglar lo que creía que estaba roto.

Ser el héroe que nunca le pedí porque no sabe simplemente... existir.

El amanecer se arrastra por el campus, pintándolo todo en tonos cálidos que resultan obscenos contra los escombros de mi cuerpo, mi mente y mi estado emocional. El sudor se me enfría ya, cada músculo doliéndome con ese agotamiento profundo, a nivel óseo, que viene de intentar huir de algo inevitable.

Pero nada duele tanto como la revelación de que mi fortaleza — mi perfecta, impenetrable fortaleza— no me está protegiendo.

Me está asfixiando.

Todos esos muros que levanté después de la traición de la secundaria y el rechazo de James, toda esa distancia cuidadosamente mantenida... no me mantuvieron a salvo. Me mantuvieron aislada. Convirtieron cada gesto de amabilidad en una evaluación de amenaza, y cada momento de vulnerabilidad en un error táctico.

El banco de piedra se calienta levemente con el calor de mi cuerpo, pero no puedo moverme. No puedo procesar los siguientes pasos. Porque si todo mi enfoque del mundo... de la vida... está corrupto —si la confianza no es en realidad un error sino un riesgo calculado—, entonces ¿qué cojones hago ahora?

La respuesta se asienta en mi pecho como una piedra, pesada e innegable.

Reconstrucción total del sistema.

Cada cortafuegos.

Cada protocolo defensivo.

Cada barrera cuidadosamente construida entre el mundo y yo.

Tengo que plantarme en medio de los escombros y descubrir quién es Morgan Riley cuando no es la Morgue. Y quizá tengo que

considerar la posibilidad de que James Fitzgerald, desastre humano y destructor accidental, merezca el riesgo de algo real.

La idea es aterradora, pero me quedo con ella, en el banco frío mientras el sol sale sobre Pine Barren. Mi fortaleza es ruinas a mi alrededor, y por primera vez en tres años, me permito sentir lo agotada que estoy de correr sola, manteniendo a todos y a todo a distancia.

Al final, no querer que te hagan daño acaba doliendo exactamente igual.

EL CAMINO hasta el despacho del entrenador Pearson se extiende ante mí. No queda energía frenética en mis extremidades, ningún espectáculo gestándose en mi pecho. Solo la marcha fúnebre de un tipo cuya identidad entera detonó frente a trescientos testigos ayer.

Dentro de su despacho, a través del cristal esmerilado, distingo dos siluetas. Una la reconocería en cualquier parte: el entrenador, hombros anchos, la postura paciente de un hombre que ha sobrevivido treinta años de jugadores de hockey haciendo estupideces espectaculares. La otra es angulosa, sentada rígida como una mantis religiosa esperando para atacar.

Galloway.

Por supuesto.

Llamo dos veces.

—Adelante. —La voz del entrenador tiene ese tono que dice que dio la cara por mí ante la administración, y yo se lo agradecí prendiéndome fuego en público.

Abro la puerta. Como era de esperar, Galloway ocupa la silla frente al escritorio del entrenador, con los ojos prácticamente brillando de satisfacción. Su anillo de campeonato de PBU —promoción del noventa y dos, dato que menciona más a menudo que los veganos mencionan que son veganos— atrapa la luz fluorescente mientras lo gira alrededor de su dedo de salchicha.

El entrenador Pearson está sentado detrás de su escritorio, brazos cruzados, aparentando cada uno de sus cincuenta y ocho años más intereses. Las líneas alrededor de sus ojos parecen más profundas, excavadas por reuniones exactamente como esta. Y de pronto me doy cuenta de que ser el tipo de entrenador que hace de padre en lugar del que se dedica a gritar duele más en estos momentos.

—Fitzgerald —dice Galloway.

—Siéntate —dice el entrenador.

Me desplomo en la silla vacía y, mientras miro alrededor, el despacho se siente más pequeño de lo habitual, todas esas fotos enmarcadas de campeonatos estrechando el cerco. La cara de Maine me sonríe desde la foto del año pasado, congelado a mitad de celebración con el brazo sobre mis hombros, los dos sosteniendo el trofeo como si acabáramos de descubrir el fuego.

Joder, ¿qué pensaría él de esta cagada monumental?

—Asumo que comprende la gravedad de sus actos —comienza Galloway, con la voz chorreando ese tipo de placer burocrático que suele reservarse para los funcionarios del DMV cuando deniegan renovaciones de licencia—. Su comportamiento en la gala no fue meramente inapropiado...

Abro la boca.

—Yo...

Pero mi protesta muere antes de nacer cuando Galloway levanta la mano.

—Constituyó una violación flagrante del código de conducta del departamento deportivo. La humillación pública de una compañera deportista es algo que me tomo extremadamente en serio, y dada la reacción de la señorita Morgan... bueno...

—Art. —La voz del entrenador corta el monólogo de Galloway como el silbato de un árbitro—. Acordamos que yo me encargaría de esto.

La mandíbula de Galloway se tensa, pero se recuesta con un gesto magnánimo.

—Por supuesto... —dice.

Sabe que ya ganó.

El entrenador me mira con esa expresión que de alguna manera transmite tanto esperaba más de ti como todavía no te he descartado del todo, y entonces suelta un largo suspiro y se inclina hacia delante.

—James, lo que hiciste estuvo mal. ¿Estamos claros en eso?

Le sostengo la mirada directamente. Esta vez no hay evasivas ni chistes.

—Cristalino, entrenador.

La sencillez los pilla a ambos desprevenidos. Galloway se adelanta en su asiento, probablemente esperando el circo completo de James Fitzgerald —gesticulación descontrolada, justificaciones elaboradas, posiblemente danza interpretativa— y las cejas del entrenador escalan hacia su línea de pelo en retirada.

—Humillaste a otra deportista y humillaste a este programa —continúa el entrenador, cada palabra deliberada como ganar un saque inicial—. Te humillaste a ti mismo.

Cada acusación impacta como un golpe directo, así que simplemente asiento.

—Una semana de suspensión, efectiva de inmediato —dice el entrenador—. No vestirás para el partido contra BC y tu capitanía se someterá a votación del equipo cuando regreses.

La posible pérdida de la C golpea más fuerte de lo esperado. No por el prestigio, porque eso nunca me importó una mierda, y nunca pensé que me la mereciera. Pero la idea de perderla me hace pensar en todos los chicos más jóvenes que de algún modo me miran en busca de un liderazgo que aparentemente soy alérgico a proporcionar.

—Adicionalmente —interviene Galloway, físicamente incapaz de contenerse, prácticamente rebotando en su silla—, su situación académica sigue siendo... precaria. Si no logra levantar su promedio o comete un traspie más, se acabó. Sin eliminatorias y sin defensa del campeonato. Será una historia con moraleja para futuros estudiantes.

Está prácticamente resplandeciendo, irradiando satisfacción como un calefactor puesto en modo «ufano». Este es su momento, su venganza perfecta por mi interferencia con el equipo de Morgan y

por haber alzado la voz en su defensa. El chiste cósmico de que me están crucificando por intentar ayudar mientras él da vueltas de victoria no se me escapa.

El viejo Rook habría explotado y convertido esto en un monólogo unipersonal.

Pero estoy agotado de actuar en mi propia vida.

—Entendido, señor —digo, mirando directamente la cara de hurón de Galloway—. Alto y claro.

Mi aceptación silenciosa le hace cortocircuito. Sus ojos se entrecierran, buscando el remate, el colapso, la salida dramática... como si le estuviera arruinando el guion. Pero el entrenador ya ha visto y oído suficiente, así que misericordiosamente me despide con un movimiento de cabeza.

Salgo, cerrando la puerta con el clic suave de un hombre que finalmente se quedó sin efectos de sonido, y luego me dirijo al vestuario. En el momento en que entro, la conversación se desploma. Veinte pares de ojos giran hacia mí y Schmidt se congela a mitad de palabra.

El silencio suplica mi actuación de siempre. Cualquier otro día, ya estaría a mitad de un número sobre haber entrado en mi propio velorio, preguntando quién trajo la ensalada de papas. La compulsión sube, ácida como bilis en mi garganta, pero me la trago.

Porque las palabras de Leo resuenan: Tienes que sentarte con esto. Solo.

No reclamo el centro del escenario. En cambio, simplemente les hago un gesto a los chicos y me dejo caer en un banco cerca de la pared, la espalda contra las taquillas de metal frío. El frío atraviesa mi camiseta, anclándome. Les da a los chicos una salida para ignorarme si quieren, o para elegir activamente si quieren esta conversación.

Quieren.

Uno por uno, se acercan. Schmidt y Cooper me flanquean como guardaespaldas. Kellerman merodea cerca, prácticamente vibrando en una frecuencia que solo los perros pueden oír. Hasta Nash y Stiles se ponen a tiro, manteniendo su frialdad contractualmente obligada. El resto se queda más lejos, pero ahí siguen.

—La cagué. —Las palabras salen desnudas y en carne viva, sin recubrimiento teatral. Miro a Schmidt y Cooper—. Lo de la gala no fue heroico. No fue de ayuda. Fue... —La confesión se pega como mantequilla de maní al paladar—. Fui yo cagado de miedo y fuera de control, haciendo ruido para taparlo.

La confesión quema al salir, pero deja algo casi limpio a su paso. Tiene un efecto visible en los chicos; mientras los ojos grises de Schmidt permanecen firmes, algo cambia en su expresión. Cooper se inclina hacia delante, codos en las rodillas. Sigue siendo un espectáculo, pero uno con algo de profundidad, por una maldita vez.

—Una semana de suspensión —continúo, estudiando la fascinante alfombra de goma del suelo. Las siguientes palabras se sienten como sacarse muelas—. La capitánía se vota cuando regrese.

—Rook, vamos... —empieza Kellerman, con la voz quebrándose como si volviera a tener trece años—. ¿Quién más va a...?

—No, está abierto a cualquiera que quiera levantar la mano, y probablemente merezco perderla —lo corto—. Pero suspenderme no arregla la cagada que me mandé. No ayuda al equipo femenino, no borra la humillación, y no arregla el desastre que llaman vestuario, del que acabamos de escapar.

Tomo una respiración que me llega hasta los dedos de los pies.

—Así que esta noche, a las nueve, voy a ir allá. Sus instalaciones son criminales. Pintura descascarada, sin almacenamiento, luces que parecen estar enviando código Morse. Todos lo vimos y todos lo ignoramos, porque para nosotros era temporal, pero para ellas no. Así que esta noche voy a empezar a arreglarlo.

El silencio se expande, pero dejo que la quietud exista sin rellenarla de palabras. Y, mientras me dirijo a mi taquilla, la mano de Schmidt aterriza en mi hombro. Pesada. Cálida. Real. Solo un segundo, pero el mensaje se transmite con claridad: Esto es lo que parece el liderazgo de verdad, imbécil.

Se siente como el primer día de rehabilitación de mi adicción a ser el más ruidoso en cada habitación.



Al entrar al vestuario femenino —que había sido el vestuario compartido hasta hace poco, mientras el masculino estaba fuera de servicio— las luces fluorescentes del techo me reciben con su versión de Tourette eléctrico, parpadeando a una frecuencia capaz de provocar convulsiones en adultos sanos.

—Joder, no extrañaba este agujero de mierda —susurro.

Dejo caer mis suministros sobre el concreto: dos galones de imprimante, tres de pintura y brochas que me recomendó el tipo de Lowe's. Todo mi presupuesto de comida de diciembre, transformado ahora en una disculpa, pero no me importa, porque este es el trabajo que necesito hacer, sin público y sin aplausos.

El silencio llena la habitación como agua en los pulmones. Tenía la esperanza de que los chicos aparecieran para ayudarme, pero entonces mi duda se presenta puntual como siempre, con la voz de mi padre después de la tercera cerveza: Nadie va a venir, campeón, porque eso es lo que pasa cuando lloriqueas como una nenita delante de tus chicos.

Abro la primera lata de imprimante con un destornillador y me pongo a trabajar. El rodillo se siente bien en mi mano, sólido y real y deliberado. Ataco la primera pared, empiezo por la esquina superior y bajo en pasadas uniformes y superpuestas.

La imprimante se extiende espesa, borrando años de abandono con cada pasada, y se siente como progreso. Como si quizás, si puedo arreglar esta habitación, puedo arreglar otras cosas también. El pensamiento es tan patéticamente optimista que casi me río, pero el sonido muere en mi garganta.

Con medio muro hecho, la transformación ya es dramática: de la imagen de la desesperanza a algo que al menos sugiere posibilidad. Mañana, las chicas entrarán aquí y se sentirán un poco mejor con su espacio, aunque no sepan quién hizo esto.

Y de eso se trata. Sin firma, sin crédito, sin gran revelación.

Solo trabajo.

Pero entonces la puerta chirría, y por un momento creo que me han pillado.

Schmidt se materializa primero, blandiendo una caja de herramientas, y me dedica El Gesto. Ya saben cuál. El que dice sigo cabreado contigo y sigo pensando que eres un idiota, pero aquí estoy sin desperdiciar palabras de verdad. Y, sin mediar palabra, se pone a reparar los bancos desvencijados que las chicas tienen que usar.

Leo Cooper le sigue, cargando suficientes suministros eléctricos para recablear una ciudad pequeña. Kellerman prácticamente entra corriendo, esforzándose tanto por parecer serio que podría lesionarse algo. Martínez lleva el cinturón de herramientas de su padre enrollado dos veces, porque el chico tiene la complexión de un hurón que aprendió a patinar.

Vienen todos.

Todos y cada puto uno.

Hasta Nash.

Nos distribuimos sin discutirlo, cada uno reclamando territorio como si fuera el punto de saque inicial, cada uno haciendo el trabajo con el que se siente más cómodo (o el que puede buscar en Google...). No hay música ni conversación, solo el sonido del trabajo duro.

Schmidt construye estantes para palos en la esquina con la concentración de un artificiero. Cada medida exacta, cada corte limpio. Leo hace lo que solo puedo describir como cirugía eléctrica en unas luces, y cuando termina, la luz uniforme nos hace a todos entrecerrar los ojos como si hubiéramos descubierto el fuego.

¿Y mientras ellos —y los demás— hacen un millón de tareas?

¿Yo?

Con la imprimante secándose en cada pared, estoy de rodillas frente al banco, enfrentándome a residuos fosilizados de cinta adhesiva. Me hace darme cuenta de que las chicas han estado literalmente sosteniendo este tugurio con cinta y pura rabia mientras nosotros nos quejamos si el hielo está medio grado demasiado caliente.

Lo ataco con la espátula. Cada pasada remueve quizás tres moléculas de adhesivo. Mientras trabajo, mis rodillas presentan una queja inmediata a través del concreto y mi espalda empieza a redactar su carta de renuncia, pero sigo adelante, porque este es el trabajo que necesito hacer.

Es perfecto.

Rasca.

El ritmo se vuelve casi meditativo.

Rasca.

Cada pasada arranca otra capa.

Rasca.

Un trozo de cinta prehistórica por fin se rinde con un rriip satisfactorio que envía endorfinas directamente al centro de recompensa de mi cerebro.

Mientras trabajo, Martínez se pone con las paredes ya imprimadas, pintando con la precisión constante de alguien cuyo padre le haría repetir toda la pared por una sola gota. Kellerman reorganiza el armario del equipo mientras parece tener una crisis existencial entre el sistema alfabético y el categórico.

Tres horas se evaporan.

Para cuando me pongo de pie, mis rodillas han trascendido el dolor hacia un nuevo estado del ser. Pero el suelo está realmente limpio, revelando un concreto que no ha respirado desde la Guerra Fría. Las paredes brillan de un blanco hospitalario. Los estantes de Schmidt se mantienen en posición de firmes. Las luces de Leo proporcionan iluminación real en lugar de estrobos disco mortales.

Los demás me miran en busca de más indicaciones; nadie ha pronunciado una sola palabra todavía. El viejo Rook me susurra dulces estupideces al oído: Firma con sus nombres en la pared o sube una foto a Instagram, porque entonces ella sabrá quién estuvo aquí y lo que hiciste. Te perdonará. Ella va a...

No.

Aplasto el pensamiento antes de que haga metástasis. Salimos en fila como portadores de ataúd en su propio funeral. Apago las luces y cierro la puerta con toda la ceremonia de sacar la basura. Afuera, nos disolvemos en la oscuridad sin ceremonia.

Sin abrazo grupal.

Sin discursos.

Sin chistes.

Simplemente nos dispersamos como si nunca hubiéramos estado ahí, dejando atrás nuestro único testimonio.

Una habitación que apesta un poco menos que antes.

El aire frío congela al instante mi camiseta empapada de sudor, pero caminando por el campus, siento que algo fundamental cambia. Esa necesidad desesperada de llenar cada silencio, de convertir cada momento en un espectáculo, está más callada ahora. Porque, por una vez, hice algo que nadie verá.

Algo que simplemente era... necesario y amable.

Y correcto.

treinta y cuatro

MORGAN

ODIO ESTA SENSACIÓN.

Mientras camino hacia el vestuario, odio no poder mantener la rabia limpia y quirúrgica que me ha mantenido funcional durante tanto tiempo. Odio que en algún punto entre ver a James en aquel escenario y el interrogatorio de Mills durante mi carrera masoquista al amanecer, mi furia se haya cuajado en algo infinitamente más desordenado.

Porque esto es lo que he estado intentando ignorar: durante semanas antes de la gala y antes de salir huyendo de él en la biblioteca, había catalogado la evolución de James.

La forma en que había empezado a cronometrar ejercicios con un cronómetro de verdad en lugar de convertir los entrenamientos en su espectáculo de comedia personal. Sus correcciones silenciosas con Kellerman, sin público, sin remate, solo mentoría genuina. La concentración en sus ojos cuando me ayudó con el equipo. El esfuerzo que había puesto en estudiar.

Se estaba convirtiendo en el hombre que había esperado que fuera hace tantos años.

Y entonces follamos, y salí corriendo como si tuviera el culo en llamas.

El recuerdo de esa noche en la biblioteca me embosca con toda la sutileza de un tren de carga. Esas enormes manos de portero que

podían abarcar toda mi cintura como si sujetaran un balón de baloncesto. La forma en que había gemido «Morgan» contra mi cuello mientras su polla me llenaba tan completamente que olvidé mi propio nombre.

Todavía puedo sentirlo moviéndose dentro de mí, cada embestida deliberada y lo bastante profunda como para reorganizarme los órganos internos. Cómo me abría, grueso y perfecto. Mis muslos se contraen involuntariamente con el recuerdo, y tengo que detenerme a mitad de paso para recomponerme.

Contrólate, Riley. Estás en público, no escribiendo relatos eróticos sobre tus conocidos.

Mi respuesta a toda esa vulnerabilidad aterradora había sido un silencio de radio tan completo que el SETI podría haberme usado para escuchar alienígenas. Mensajes borrados con tal meticulosidad que ni la NSA habría encontrado rastro. Evasión estratégica con la precisión de alguien navegando un campo de minas.

Una fortaleza de hielo que haría que Elsa pareciera emocionalmente accesible.

Y a lo largo de todo aquello, lo sabía hasta la médula: acabaría mal.

Porque James es literalmente incapaz de tolerar el silencio.

Es su kriptonita, su peor pesadilla, su séptimo círculo del infierno personal. Y cuando se enfrentó a mi congelamiento de nivel antártico —un vacío que no podía cruzar a base de chistes ni llenar con su caos habitual— por supuesto que entró en pánico y recurrió a su protocolo de emergencia.

El gran gesto.

El espectáculo público.

La señal de humo desesperada diciendo «POR FAVOR, MÍRAME, JODER».

La gala no fue malintencionada. Fue él ahogándose y agarrándose al único dispositivo de flotación de su arsenal, intentando ser un héroe y conseguirle a mi programa los recursos que necesita y lograr que le prestara atención por primera vez en semanas. Intentaba recuperarme y salvar el día y llenar el silencio.

Enhorabuena, genia, se burla mi mente. Le activaste la herida más profunda y luego te hiciste la sorprendida cuando sangró por todo el mármol del salón de baile.

La puerta del vestuario se cierra delante, y me preparo para otro día en nuestra mazmorra de hormigón, aunque al menos los chicos ya se han ido. Pero cuando empujo la puerta con el hombro, me quedo tan paralizada que se me bloquean los músculos, porque no es solo que algo esté mal.

Todo está mal.

El olor llega primero, pintura fresca por todas las paredes, tan intenso y limpio que me cosquillea la nariz. Luego noto la luz, estable y uniforme, sin ese parpadeo de estertor de muerte. Mi cerebro se desvive buscando explicaciones como un alumno que olvidó que había examen.

¿A Galloway le dio un derrame y desarrolló empatía humana?

¿Mantenimiento descubrió por fin lo que significa «mantenimiento»?

Me adentro más, y los cambios se multiplican más rápido de lo que puedo procesar. Pero no es solo pintura y arreglos eléctricos menores. Los bancos que antes se tambaleaban han sido reemplazados por otros más resistentes, lo bastante sólidos como para sobrevivir una explosión nuclear.

Mis dedos recorren la madera lisa, y es entonces cuando veo los estantes para palos de hockey. Están empotrados en las paredes con ranuras individuales y —tengo que parpadear para confirmar que no estoy alucinando— placas de latón esperando ser grabadas, del tipo que el equipo masculino tiene desde el Tratado de Versalles.

Pero el suelo me detiene en seco.

Alguien ha raspado años de residuo de cinta fosilizada del hormigón, un trabajo que mantenimiento no aceptaría ni en un millón de años. Completar ese trabajo habría requerido horas de raspado a cuatro patas, un esfuerzo que se parece menos a labor y más a penitencia.

Me quedo de pie en medio del vestuario durante un minuto entero, mirando a mi alrededor, sin terminar de creer lo que me muestran mis ojos. Después de tantos meses intentando sacar un

programa adelante, moldeando jugadoras nuevas hasta formar un equipo mientras peleaba simultáneamente con Galloway por recursos miserables, se siente como un sueño.

Entonces veo un envoltorio de barra de proteína, medio escondido detrás de un banco como una pieza de museo dedicada a una sola persona. La etiqueta («MONSTER FUEL») grita desde el envoltorio en letras rojas envenenadas de testosterona, y me horroriza ser capaz de reconocer al instante a quién pertenecía.

«No están tan malas, Morgue», había dicho James mientras masticaba una. «Son solo... agresivamente mediocres... como la telerrealidad o el wifi del campus».

El recuerdo me golpea a traición: él partiéndola por la mitad durante nuestras sesiones de estudio, ofreciéndomela como si fuera vino de comunión en vez de cartón comprimido y, cuando la rechacé, cómo inmediatamente soltó un chiste sobre mi «sistema digestivo pijo».

La revelación no amanece.

Detona, joder.

James hizo esto.

Después de que desapareciera de su vida con la meticulosidad de alguien entrando en protección de testigos y él respondiera con un pase a la desesperada en público que acabó con una intercepción devuelta cien yardas. Después de su crucifixión pública en aquella sala y la semana de suspensión que siguió.

James hizo esto.

La puerta se abre de golpe. Mills entra como un huracán con Sarah y Jen, ya en volumen once. «Morgue, no te vas a creer la mierda que acabo de escuchar sobre...».

Se detiene a media sílaba, la boca formando una O.

«¿Pero qué cojones?». La pregunta de Mills es un susurro, incluso mientras gira sobre sí misma como si hubiera entrado en Narnia.

Los ojos de Sarah se han vuelto pura princesa Disney. «¿Alguien... alguien se murió y nos dejó su fondo de jubilación?».

«Ha habido algunos cambios», consigo decir, las palabras como si me las arrancaran de la garganta. «Está todo...».

«Arreglado», termina Jen, su cinismo profesional resquebrajándose mientras toca la pared con algo cercano a reverencia religiosa. «A alguien le importamos de verdad».

Mills sigue boquiabierta, su verborrea habitual en punto muerto. «Galloway preferiría comerse vidrio antes que gastar un centavo en nosotras».

«Ya...». Mi voz se apaga, porque estoy desesperada por que no aten cabos, porque yo misma aún estoy procesando el golpe.

Pero Mills ya se ha dado cuenta. Sus ojos se abren, se estrechan, luego se abren más.

«Fitzgerald hizo esto, ¿verdad?».

«¿Después de que lo suspendieran?». El cinismo de Jen se evapora por completo. «¿Su respuesta a la humillación pública fue... canalizar sus sentimientos en reformas del hogar?».

La sala se queda con un silencio de catedral.

«Esto le llevó toda la noche», susurra Sarah como si describiera una donación de órganos. «Después de todo. Vino aquí y...».

«Y trabajó», termina Mills. Se vuelve hacia mí con una expresión que me reorganiza los órganos internos. «Sin público. Sin reconocimiento. Solo...».

Abarca con un gesto nuestro espacio transformado.

«Respeto», dice Mills, la palabra cargando peso atómico. «Así es como se ve el puto respeto de verdad».

La palabra reverbera en mi caja torácica, sacudiendo cosas que creía soldadas. Porque tiene razón. Lo que James hizo aquí no fue una jugada desesperada para conseguir perdón. Fue solo trabajo silencioso y anónimo de alguien cuyo mundo se estaba desmoronando activamente.

Respeto.

Puedo verlo. James de rodillas sobre hormigón implacable, raspando cinta más vieja que la mayoría de nuestras jugadoras. Los dedos agarrotados, tal vez sangrando, trabajando con la precisión que normalmente reserva para mantener los discos fuera de la portería. Todo sin testigos y sin garantía de que yo me enterara jamás.

Solo el trabajo.

Porque pensó que merecíamos algo mejor.

Porque pensó que yo merecía algo mejor.

Incluso después de que lo tratara como algo pegado a la suela de mi zapato.

Mi cuerpo organiza una rebelión contra mi cerebro. El pulso se me dispara, mi estómago ejecuta una rutina de gimnasia que puntuaría un diez perfecto, las manos me tiemblan mientras aprieto el envoltorio, y hay un dolor hueco detrás del esternón que se parece sospechosamente a la añoranza.

Cada célula de mi cuerpo reconoce lo que mi mente intenta negar desesperadamente: que este hombre, este hermoso desastre de ser humano que es incapaz de callarse ni para salvar su vida, eligió el silencio... eligió el trabajo invisible... eligió honrar lo que habíamos empezado a construir antes de que ambos lo quemáramos.

La fortaleza que acababa de reconstruir presa del pánico después de aquella noche en la biblioteca, reforzada por la gala, no se agrieta. Se vaporiza. Sin más... ya no está. Porque esta sala, apestando a pintura, es la prueba de todo aquello en lo que estuve catastróficamente equivocada, y mi corazón traicionero no va a dejarme negarlo más.

«¿Capitana?». La voz de Mills corta mi espiral. «¿Estás bien? Pareces a punto de llorar o de cometer un asesinato».

Me doy cuenta de que estoy de pie en medio de nuestro santuario transformado, aferrándome a un envoltorio de barra de proteína como si fuera la Sábana Santa, mientras toda mi visión del mundo se autodestruye. Pero la pregunta que debería haberme hecho es: ¿qué demonios voy a hacer al respecto?

Ni yo misma sé la respuesta. Así que, por ahora, miento.

«Sí», digo con voz de lija. «Estoy bien».

treinta y cinco

MORGAN

LLEVO veintisiete minutos mirando el mismo párrafo, lo que significa que o me está dando un derrame cerebral o la operación de vigilancia de Mills está funcionando.

Está frente a mí en la mesa de mi cocina, con el libro de texto abierto en una página que no ha mirado ni una vez. En su lugar, está realizando labores de reconocimiento con la sutileza de un equipo SWAT en un retiro de yoga. Cada vez que me muevo, sus ojos rastrean el movimiento. Cuando mis dedos tamborilean contra la mesa, lo cataloga.

Porque no está aquí para estudiar.

Está aquí en una visita de control, porque aparentemente mi estado emocional ha alcanzado DEFCON 2 y ha activado el protocolo de acompañamiento. Ha sido así desde nuestra carrera y el descubrimiento de que el vestuario había sido... renovado... aunque no ha dicho una maldita palabra al respecto.

Mi irritación debería ser más fuerte, pero debajo de la molestia hay una calidez diminuta y traicionera. Porque a Mills le importa lo suficiente mi estabilidad emocional como para sacrificar su noche de martes y asegurarse de que no entre en espiral de disfunción total.

Han pasado cuarenta y ocho horas desde que descubrí lo que hizo James, y mi respuesta ha sido mi versión clásica: repliegue táctico total de cualquier muestra de emociones, con muros

levantados, puentes quemados y toda comunicación cortada. James no ha intentado contactarme, ni yo a él, y normalmente eso estaría perfectamente bien.

Salvo que esta vez, el aislamiento no está entregando el entumecimiento que prometía. Mi apartamento se siente mal — demasiado limpio, demasiado silencioso, demasiado parecido a un apartamento piloto para alguien que olvidó que los humanos necesitan oxígeno y alegría— y el silencio del que he dependido durante años se ha vuelto en mi contra.

Dios, estoy tan jodidamente sola que duele.

Por mucho que todavía no haya descifrado qué hacer con el pequeño gesto de disculpa de James, la parte habitual de mí que se contenta con cerrarse y mantener a la gente a distancia está fracasando estrepitosamente. No necesariamente lo quiero a él — ¿verdad?—, pero estoy empezando a preguntarme si quiero... necesito... algo...

¿A alguien?

El libro de texto de Mills se cierra de golpe con la fuerza suficiente para provocarle un paro cardíaco a mi té.

—OK, hora de intervenir. —Su voz tiene ese filo de determinación que adquiere antes de hacer algo espectacularmente desaconsejable—. Llevas dos días disfrazada de viuda victoriana, así que nos vamos a O'Neil's, y te vas a tomar una cerveza y algo de comer...

El «no» automático me sube por la garganta, pero entonces me detengo.

Porque ¿cuál es la alternativa? ¿Otra noche perfeccionando mi imitación de mueble? ¿Otra noche de sueño inquieto, dando vueltas sobre cómo manejar lo de James y los nuevos descubrimientos sobre él? ¿Otra semana asegurándome de no sentir nada al no arriesgar nada?

Mills me observa, su expresión pasando de sargento instructor a algo más suave.

—Morgue, vamos —dice—. Una cerveza...

Se me cierra la garganta mientras cierro el portátil. La palabra sale en bruto, sorprendiéndome incluso a mí.

—OK —digo.

Las cejas de Mills se disparan hacia la línea de su pelo, su boca formando una O perfecta de asombro.

—Espera, ¿en serio? ¿Estás aceptando salir del búnker? ¿Voluntariamente?

Asiento, sin confiar en mí misma para oraciones complejas. Esto no es rendirme ante su orden; es rendirme ante la posibilidad de que mi sistema esté fundamentalmente roto y una distracción sea lo que necesito para darle largas a la reconciliación con mis sentimientos hacia James.

Su sonrisa podría dar electricidad a una ciudad pequeña.

—Joder. Que alguien marque el calendario. Morgan Riley acaba de aceptar divertirse.

—No nos pasemos —consigo decir, poniéndome de pie sobre piernas que se sienten teóricas—. Acepté cenar. Todo el mundo necesita comer, ¿no?

—Cinco minutos para cambiarte —ordena—. Y deshazte de la sudadera de la depresión. Apuntamos a «humana viva», no a «fantasma del semestre pasado».

Me dirijo a mi habitación a prepararme, intentando ignorar el pavor existencial que viene con abandonar mi cueva de la depresión. Como si percibiera mi incertidumbre, Mills se posiciona estratégicamente junto a la puerta como la portera del club nocturno más triste del mundo, lista para placarme si intento escapar.

Me quedo paralizada cuando me encuentro con mi reflejo en el espejo de cuerpo entero de la puerta del armario.

Dios.

¿Quién es esta persona?

Mi pelo, normalmente recogido en una coleta que grita «tengo mi vida bajo control», cuelga lacio y grasiento alrededor de mi cara. Las ojeras no son simples bolsas, son equipaje de lujo. Hasta mis pecas parecen agotadas, como si hubieran renunciado a intentar darle carácter a mi cara y estuvieran cumpliendo el expediente.

Pero son mis ojos los que me detienen en seco.

¿Dónde está la chica de los ojos brillantes? ¿La que solía mirar el mundo como si fuera un rompecabezas que podía resolver si se esforzaba lo suficiente? ¿Cuándo la reemplacé con alguien que

parece haber sobrevivido a base de una dieta constante de cortisol y resentimiento?

Así es como se ve ganar, aparentemente.

He defendido con éxito mi posición, mantenido mis muros, mantenido a todos a la distancia exacta necesaria para asegurarme de que nunca más me hagan daño. Misión cumplida, capitana, salvo que parezco un cadáver recalentado y hay menos de cinco personas en el mundo a las que les importaría una mierda si me quedara en la cama hasta fosilizarme.

Y peor es la verdad que se filtra como agua a través de unos cimientos agrietados: protegerme del dolor no me ha protegido de nada. Solo ha intercambiado un tipo de sufrimiento por otro. En lugar del dolor agudo y punzante de una posible traición, he elegido el dolor crónico del aislamiento total.

No he estado viviendo. He estado existiendo en una burbuja estéril de mi propia creación, tan concentrada en no sufrir que he olvidado lo que se siente sentir algo bueno. Y huir de James en la biblioteca fue solo el último episodio, huyendo de los sentimientos y del peligro y del desorden.

Y de la posible alegría.

Así que una cerveza será.

Y una cena.

Pasitos, pero pasos.

Y después de eso, quizá algunos más.

Es absolutamente terrorífico.

También es lo primero real que he sentido en días...



De repente, me pregunto por qué acepté salir de mi apartamento.

Mills me abandonó hace diez minutos por un grupo de jugadores de fútbol cerca de la diana, deslizándose en su círculo con ese encanto natural que jamás poseeré. Se están riendo de algo que dijo, dejándome en mi mesa de la esquina, que existe en su propia zona muerta social.

Porque aparentemente, incluso cuando intento socializar, repelo a cualquiera y a cualquier cosa.

Doy otro sorbo a mi cerveza y escaneo el local. Miro más allá de las chicas de primer año cuyas camisetas cortas de noviembre son un ejercicio de negación de hipotermia, más allá de los dos tipos de mi seminario de ciencias políticas que le explican el colegio electoral a una chica que lleva diez minutos intentando escapar, y más allá de...

Todo mi cuerpo se paraliza.

Está en el otro extremo de la barra. Durante un segundo, mi cerebro rechaza los datos, porque eso no puede ser James, la encarnación humana de la energía cinética que trata el silencio como un virus. Porque ese tipo está sentado inmóvil en un taburete, con los hombros curvados hacia dentro, una mano envolviendo un whiskey.

La quietud es fundamentalmente incorrecta en él.

No hay dedos tamborileando ni movimiento inquieto. En su lugar, su mano libre reposa plana sobre la madera marcada, completamente inmóvil. El letrero de neón de Coors sobre la barra le pinta sombras bajo los ojos, envejeciéndolo una década. Y, más que nada, simplemente parece solo y triste.

Mi cuerpo me traiciona al instante. El calor me inunda el estómago. El pulso me martillea en la garganta. Cada terminación nerviosa decide de repente hacer notar su presencia. Cada sinapsis me grita que camine hasta allí, lo abrace y le diga que lo perdono.

Para, intento ordenarle a mi corazón... demonios, a todo mi cuerpo. ¡Por favor, no!

Pero parar requiere un control que no tengo, porque su perfil en la luz tenue es lo más sexy que he visto, la mandíbula áspera de barba incipiente y el pelo cayéndole sobre la frente de esa manera que pide que le pasen los dedos. Y, en el momento exacto en que me siento sola y vulnerable y un poco arrepentida de cómo lo alejé...

Bueno, es letal.

Su pulgar recorre el borde de su vaso lenta, metódicamente, mientras procesa en silencio lo que sea que tenga en la cabeza. Es la misma manera en que sus manos se movieron sobre mi piel en la

biblioteca, con el mismo toque reverente que me hizo sentir como algo que vale la pena conservar.

Cada instinto entrenado me grita que me vaya, pero entonces recuerdo el envoltorio de la barra de proteínas en el vestuario recién pintado, la evidencia obligándome a modificar mi pliego de cargos, y cómo me asusté, huí y luego lo traté como residuo radiactivo.

La culpa llega aguda e inmediata, porque es lo que he estado evitando: yo ayudé a provocar el desastre de la gala. No deliberadamente, sino con silencio y cobardía. Huí, y James hizo lo que hace la gente rota cuando está en shock y alterada.

Volvió a sus patrones.

Hizo un gesto ruidoso y grandilocuente, cuando durante el último mes me había estado demostrando que hay más en él que eso. Y ahora está pagando por ello, suspendido de su equipo, todo porque intentó ayudar usando el único método que su programación le permitía una vez que lo excluí.

Mills sigue mi mirada y silba bajo.

—Joder. ¿Tú y Rook?

Las palabras de Mills quedan suspendidas en el aire.

La negación me sube automáticamente a la garganta —un mecanismo de defensa reflejo, el mismo que me ha mantenido a salvo durante años—, pero cuando abro la boca para pronunciarla, algo fundamental cambia, porque la mentira sabe a ceniza antes de que pueda siquiera decirla.

Porque este es el momento en que puedo elegir un camino diferente.

Puedo elegir sentir y vivir.

Así que no miento. En su lugar, simplemente asiento. Una sola admisión aterrorizada.

Entonces, antes de que la lógica pueda intervenir, estoy de pie.

Los ojos de Mills se abren de par en par.

—Morgan, ¿qué estás...?

No la dejo terminar, porque si dice una palabra más, me acobardaré.

Conoces este guion. Ya viviste este final. Confiarás en él, y te hará daño.

La advertencia habitual de mi mente llega fuerte y clara, tan predecible como respirar. Pero hay otra voz ahora —pequeña, insistente, terrorífica—, nacida en aquel banco al amanecer después de correr hasta casi matarme. La voz que le dijo que sí a Mills esta noche en lugar de elegir el aislamiento, la que acaba de admitir sentimientos...

¿Qué pasa si no huyes?

Mis piernas se sienten desconectadas de mi cuerpo mientras cruzo el gastado suelo de madera. Cada paso es una elección consciente... una rebelión contra cada instinto que me grita que dé la vuelta, que huya, que reconstruya los muros y que me proteja antes de que sea demasiado tarde.

Pero sigo caminando hacia él.

Cuando llego a la barra, me concentro en el camarero y me posiciono lo suficientemente cerca de James para que me note, pero lo suficientemente lejos para mantener una negación plausible si decido salir huyendo. Ni siquiera me ha notado todavía, tan perdido en sus pensamientos y tan atrapado en su aislamiento y su miseria.

—¿Sí? —pregunta el camarero.

Señalo a James con la barbilla.

—Dos de lo que esté bebiendo él.

La mirada del camarero se desliza entre nosotros, catalogando el drama.

—¿Jameson con hielo?

—Sí.

Cuando el camarero alcanza la botella, James se gira, atraído por la transacción.

Nuestras miradas se encuentran y el aire se cristaliza entre nosotros, pesado de historia y asuntos pendientes. Catalogo sus microexpresiones: pupilas dilatándose hasta el negro, labios entreabiertos sobre palabras sin formar, dedos aferrándose a su vaso hasta blanquear los nudillos antes de forzar la relajación.

Entonces, cuando el camarero pone el whiskey frente a él, la comprensión llega en oleadas a través de su rostro. Confusión, primero, porque de repente estoy reconociendo su existencia después de semanas de silencio. Después, reconocimiento del gesto.

Y, finalmente, comprensión.

Su boca se curva en algo que apenas califica como sonrisa.

Solo una comisura alzándose, tan sutil que podría ser involuntario.

Pero conozco todo su catálogo de sonrisas: las de actuación, las maníacas, las de armadura. Esta no es ninguna de esas. Esta es privada. Real y agradecida y herida y lo suficientemente cálida para fracturar algo congelado en mi pecho. Es la sonrisa de la biblioteca, de antes del desastre.

Es devastadora.

Asiente. Una vez. Apenas perceptible, pero suficiente para iniciar nuestra conversación silenciosa. Entiendo. Lo siento.

Asiento de vuelta. Seco. Definitivo. Esto no nos arregla. Pero es algo. Y yo también lo siento. La cagué.

Tregua ofrecida.

Tregua aceptada.

Me doy la vuelta y cruzo de regreso a mi mesa, cada paso más ligero. Mi piel se siente eléctrica, hiperconsciente de que está siguiendo cada uno de mis movimientos, hambrienta de más pero conforme con la frágil tregua que acabamos de alcanzar. Pero, más que nada, sabiendo que eso es todo lo que puedo darle ahora mismo.

Mills me mira fijamente, estupefacta.

—¿Acabas de...?

Asiento.

—Es un comienzo.

Agarro mi cerveza con las dos manos porque una sola no es lo bastante firme. La Ultra sabe peor ahora, pero la bebo de todos modos, porque necesito algo que hacer que no sea huir de miedo o volver a marchar hasta allí para algo catastróficamente estúpido.

Su vestuario pintado fue su primer ladrillo para reconstruir lo que sea que somos.

Este gesto en un antro universitario es el mío.

Pero, para mí, es más que eso. Es un intento de derretir el hielo alrededor de mi corazón un poco, de abrir las cortinas una rendija y dejar que la luz del sol se filtre. Es mantenerme erguida en un

mundo que puede ser tan cruel y tan doloroso y aceptar el riesgo porque es la única manera en que la felicidad y la alegría y la conexión pueden encontrarse.

¿Y a cambio?

Bueno, esa sonrisa me seguirá a casa. Vivirá en mi pecho junto a la culpa y el miedo y esta nueva sensación que podría ser esperanza. Si esperanza se siente como agrietarse. Si esperanza sabe a posibilidad. Si esperanza tiene ojos marrones y te mira como si le hubieras dado algo precioso cuando lo único que hiciste fue comprarle un trago.

Mis manos no dejan de temblar.

La cerveza sigue siendo horrible.

Pero por primera vez en quizá tres años, no estoy sola.

Es terrorífico.

Es todo.

treinta y seis

ROOK

LA HIERBA del North Campus está muerta, crujendo bajo mi peso como cristal de azúcar, y el suelo debajo está duro por una escarcha que empieza a calarme los vaqueros. Está creando una mancha helada y húmeda que sin duda va a hacer que parezca que me he meado encima, pero estoy demasiado ansioso para que me importe.

Mi pierna rebota con la energía frenética que no consigo quemar —tac-tac-tac-tac, como un pájaro carpintero enganchado a la metanfetamina—, desde que mi suspensión me dejó con nada más que tiempo y el silencio en mi cabeza. Pero al menos tengo las manos ocupadas con el libro de sociología que estoy medio intentando leer, los dedos entumecidos y torpes al pasar las páginas.

Me estoy congelando, pese a la sudadera con capucha y la camisa de franela debajo. Son casi las cuatro de la tarde, lo que en diciembre significa que el sol ya se arrastra hacia el horizonte, llevándose consigo el poco calor que ofrecía. Pero estoy aquí porque ella me lo pidió.

Mi mente sigue volviendo a hace dos días, en O'Neil's, cuando me invitó a una copa desde el otro lado de la barra abarrotada y me dedicó un gesto con la cabeza que sugería que quizá no estábamos del todo perdidos. Fue como una disculpa ofrecida y aceptada, una ofrenda de paz propuesta y acordada.

Desde entonces, miro el teléfono cada treinta segundos, borro y reescribo mensajes que nunca enviaré, y me quedo mirando su contacto como si la telepatía pudiera desarrollarse espontáneamente si me concentro lo suficiente. Y entonces, esta mañana, envió un mensaje que hizo que mi corazón intentara fugarse por la garganta:

Colina del North Campus. 4 p.m.

Miro el teléfono. 3:58. Mi aliento sale en nubes blancas que se desvanecen al instante en el viento.

Eligió este sitio a propósito. Es un rincón tranquilo al que nadie viene en invierno, salvo fumetas lo bastante valientes para luchar contra el viento y parejas que buscan intimidad a costa de una hipotermia. Porque aquí no hay público ni escenario para mí, ni rutas de escape fáciles para ella.

Un movimiento me llama la atención, y ahí está, caminando por el campo. Va bien abrigada —una bufanda gruesa y gris enrollada dos veces alrededor del cuello y una cazadora vaquera desgastada sobre capas que no alcanzo a ver—, pero el viento le azota el pelo contra la cara. Se me corta la respiración —literalmente se me corta, como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el plexo solar—, porque está...

Joder.

La coleta severa que normalmente grita «te destruiré tanto en el hockey como en la vida» ha desaparecido, y en su lugar el pelo le cae en ondas sueltas que atrapan la luz moribunda como fuego de cobre. Tiene las mejillas sonrosadas por el frío y, por una vez, los hombros no están cuadrados para la batalla.

Se parece a la chica de aquel verano, la que se reía de mis chistes horribles y me dejaba besarla bajo las estrellas hasta que se nos hinchaban los labios. Pero también a la que espanté con mi cobardía, dando lugar a la mujer de hierro que esperaba encontrar hoy.

Pero esta versión... bueno... me gusta esta versión.

A medida que se acerca, veo que la cazadora vaquera cuelga abierta y deja ver una camiseta blanca sencilla debajo de una franela que se le ciñe de maneras que deberían requerir un permiso. Cada célula de mi cuerpo rastrea su avance: la gracia atlética de su

caminar, la forma en que hunde la barbilla en la bufanda contra una ráfaga repentina, la forma en que la luz menguante le tiñe la piel de dorado.

Ya casi está en lo alto de la colina, y me sudan las manos dentro de los bolsillos a pesar del aire helado. Tengo que recordarme conscientemente que debo respirar. Dentro por la nariz, fuera por la boca. Y, mientras tanto, mi mente dispara sin parar.

No llenes el silencio con chistes. No conviertas esto en un espectáculo. No la cagues siendo tú mismo... Espera, no, eso es un consejo horrible. Sé tú mismo, pero como... la versión no mierda que no prende fuego a las cosas...

Se detiene a mi lado, mirando el suelo húmedo y medio helado.

—Estás sentado en el barro —señala, con la voz ligeramente amortiguada por la bufanda.

—Error táctico —admito, con los dientes amenazando con castañetear—. Pero me comprometí con la posición.

Ofrece una sonrisa diminuta, casi imperceptible, y luego saca un impermeable de su bolsa —siempre preparada para todo— y lo extiende sobre la hierba a mi lado antes de sentarse. Eso la deja cerca —sin tocarnos, pero lo bastante cerca como para oler el aire frío que se le pega y el champú debajo—. El espacio entre nosotros vibra con energía potencial.

—Resulta que la televisión diurna es todo un mundo que no sabía que existía —digo, manteniendo la voz ligera pero no alta. Sin actuar, solo... hablando.

Sus labios se curvan hacia arriba otra vez.

—Eso es lo que pasa cuando te suspenden. Descubres el lado oscuro de la programación por cable.

—Ayer vi tres horas de un programa sobre gente emocionalmente atada a sus coches. Tipo, románticamente atada —me encojo más en mi sudadera mientras el viento arrecia, atravesando las capas—. Había un tío convencido de que su Mustang le estaba tirando los tejos.

Se ríe de verdad —en voz baja, pero genuina— y el sonido me golpea como dopamina pura. No es una risa amarga ni cautelosa, sino un sonido fácil que le arruga la nariz un poco. La imagen es

preciosa, y ahora mismo quiero contarle cómo llevo repitiendo esa noche en la biblioteca dentro de mi cabeza.

Pero reprimo el impulso.

Nada de espectáculos. Nada de grandes declaraciones.

Solo esto.

A donde sea que nos lleve.

Nos sentamos en un silencio cómodo un momento, viendo el sol hundirse más, proyectando sombras largas y frías por el campus. Es extraño, este silencio entre nosotros. No asfixiante como la casa de mis padres, donde puedes oír el matrimonio muriendo un comentario sarcástico a la vez. Solo... silencio.

Es como aquel verano de hace unos años, en una playa con ella, pero unos treinta grados más frío.

—Ayer me dieron una noticia —dice finalmente, con la voz cuidadosamente neutra de una forma que significa todo lo contrario—. De la entrenadora Walsh.

Me giro para mirarla. El viento le ha echado el pelo sobre la cara y se lo aparta con una mano enguantada. Algo en su expresión me oprime el pecho. Agotamiento, como si llevara demasiado tiempo cargando con algo pesado. Es evidente que está esperando que suelte algo, un chiste o una evasiva, o que revele que ya sé lo que va a contarme. Pero, por una vez en mi vida, mantengo la boca cerrada.

—Galloway ha iniciado una revisión formal del programa del equipo femenino y su viabilidad para el año que viene —tira de un hilo suelto en sus vaqueros, con los dedos enguantados torpes—. Presentado como una necesidad presupuestaria, por supuesto. Todo muy legítimo y diseñado para matarnos lentamente mientras queda razonable sobre el papel.

Las palabras flotan entre nosotros en el aire helado. Puedo ver lo que no dice en la línea tensa de su mandíbula. Es una sentencia de muerte envuelta en lenguaje burocrático. Porque, aunque Morgan se graduará en seis meses y tiene futuro en una liga profesional, muchas de sus compañeras vinieron a Pine Barren con la promesa de un programa de calidad en el futuro.

No uno que esté un año y luego desaparezca.

Mi instinto inmediato me grita que salte y lo arregle. Las palabras se amontonan en mi garganta, desesperadas por estallar en un tsunami de heroicidades mal planificadas. Cada fibra de mi ser quiere levantarse de un salto, caminar de un lado a otro, esbozar un plan de diecisiete puntos para salvar a su equipo.

Pero la miro —cansada, decidida, sonrosada por el frío, sin pedir un salvador— y me obligo a tragarme cada palabra. Porque no está pidiendo un héroe, está buscando un compañero, y después de nuestra tregua en el bar está claro que —deliberado o no— esto es una prueba. Y tengo la sensación de que si la suspendo, no habrá convocatoria extraordinaria.

—Menuda puta mierda —digo en voz baja, con la voz ronca de contenerme—. Lo siento, Morgan.

Me mira, la sorpresa cruzándole las facciones como si esperara que ya estuviera a medio camino del despacho de Galloway con una horca en la mano. Y, en ese momento, bajo la luz menguante, hay una suavidad en su rostro que me hace querer ser su compañero en cada subida y bajada que traiga la vida.

Porque...

Joder, me grita la mente. Estás enamorado de Morgan Riley.

—Decidas lo que decidas hacer al respecto —continúo, sosteniéndole la mirada aunque el viento me hace llorar los ojos—, estoy contigo. No delante de ti, no intentando arreglarlo por ti. Solo... contigo. Como un compañero... o un escudero realmente competente... y seguro que van a estudiar este tipo de elocuencia en las clases...

La sorpresa en sus ojos se transforma en algo que hace que mi corazón se lance contra mis costillas. Me estudia la cara como si buscara la trampa, la actuación, el momento en que empezaré a hacer grandes proclamaciones mientras probablemente rompo algo.

Cuando no lo hago, algo en sus hombros se libera.

—Gracias —dice en voz baja, y es solo una palabra, pero suena a absolución.

Tomo aire, viendo mi aliento convertirse en vaho frente a mí.

—Mañana tengo el examen final.

Se gira para encararme más, orientando su cuerpo hacia el mío para bloquear el viento. Su rodilla roza la mía, y aun a través de los vaqueros, el roce es eléctrico. No se aparta. Se queda cerca, reclamando su terreno en cualquier alianza frágil que estemos construyendo aquí.

Es algo tan pequeño, este contacto mantenido, pero viniendo de Morgan resulta monumental. No se retira, no se blindo. Está eligiendo quedarse cerca. Y, por mucho que mi silencio sea algo grande, ese hecho parece aún más grande.

—Bordé el trabajo —trago saliva y continuo—. Pero si no saco al menos un B en el final, mi media cae por debajo del nuevo umbral de Galloway...

Su voz llega inmediata, feroz.

—Te sabes este temario, Rook. Tu problema no es la inteligencia. Tu único problema es traducir lo que tienes aquí —extiende la mano y me toca la sien con un dedo enguantado, y el breve roce me dispara chispas por el cuello— en algo que esos robots académicos reconozcan.

La confianza casual en su voz, la certeza de que soy capaz, es una validación que no sabía que necesitaba desesperadamente. A mis padres solo les importaron los resultados, y a mis entrenadores solo les importó el rendimiento, pero Morgan ve algo más y parece importarle yo.

—¿Has estado estudiando desde que... paramos..., verdad? —continúa, esquivando el hecho de que nuestra última sesión de estudio incluyó quitarnos la ropa, temblando ligeramente cuando una ráfaga nos golpea.

Me acerco más, intentando bloquearle el viento.

—Digiriendo y regurgitando el temario todas las noches —digo, con una sonrisa tirándome de los labios—. Es muy sexy, la verdad. Nada como la bulimia académica para terminar el día.

—No todo tiene que ser sexy, Fitzgerald.

—Discrepo rotundamente —el coqueteo se escapa más bajo de lo habitual, solo entre nosotros, y la forma en que sus mejillas frías se sonrojan más me llena el pecho de manera peligrosa—. Te he visto mordiendo bolígrafos cuando estudias...

—Eres idiota —dice, pero con calidez.

—Tu idiota, aparentemente —digo, y entonces quiero meterme bajo la tierra helada y desaparecer—. O sea... no es que tú... no hemos... joder... yo...

Sin duda está luchando contra una sonrisa, y eso me calla y trae mi propia sonrisa boba a la fiesta. Caemos en silencio otra vez, pero ahora es diferente. Cargado. El sol casi ha desaparecido, la temperatura cayendo en picado, pero ninguno de los dos se mueve para irse. Ya no podemos evitar el elefante con forma de biblioteca sentado entre nosotros.

—Lo de la biblioteca fue... —empiezo, y paro, buscando palabras que no sean chistes ni vías de escape.

—Un desastre —termina ella, pero con humor irónico en la voz—. Aunque terminamos tu trabajo.

—Y luego huiste —sin acusación, solo un hecho. Como «el cielo es gris» o «hace un frío que pela».

Se queda callada el tiempo suficiente para que empiece a preocuparme de que ya la he cagado, acurrucada dentro de su bufanda. Pero entonces habla por fin.

—Sí —dice, su voz un susurro arrebatado por el viento—. Es lo que hago cuando las cosas se vuelven demasiado reales y cuando empiezo a sentir cosas que no puedo controlar. Corro como Flash, pero con más daño emocional y mejor pelo.

La honestidad de sus palabras, la admisión envuelta en el humor justo para hacerla soportable, me hace querer alcanzarla. Pero no lo hago. Todavía no. Porque cuando ese momento llegue, si llega, quiero que lo elija ella, con la esperanza ingenua de que el contacto no la haga huir otra vez.

—Que salieras corriendo me mandó al modo pánico total —digo, igualando su honestidad—. ¿Recuerdas esos dibujos viejos donde el robot se confunde, empieza a echar humo y luego explota? Ese era mi cerebro.

Se gira para mirarme, algo casi suave en su expresión, y entonces extiende la mano y agarra la mía. Sus dedos enguantados se entrelazan con los míos desnudos, la lana áspera pero cálida, y joder si este no es el mejor momento de mi vida.

—Te empujé y creé la condición exacta que te haría entrar en espiral —dice.

Asiento.

—Lo de la gala fue estúpido y egoísta. Estaba en pánico y recurriendo a hacer ruido, ser el héroe, arreglar el silencio. Yo...

—James —dice.

—Lo siento mucho. Solo quería ayudar consiguiéndote los recursos...

—Rook —dice.

El uso de mi apodo me saca de la espiral, y nos miramos, nos miramos de verdad, y de repente los dos nos estamos riendo. No fuerte ni teatral, sino risa genuina y pesarosa ante nuestros propios desastres predecibles, el sonido saliendo en nubes blancas entre nosotros.

—Somos un desastre, ¿no? —dice—. Yo huyo, tú persigues. Yo me callo, tú subes el volumen. Somos como un reloj roto.

—Con la sincronización perfectamente desajustada —coincido, acercándome hasta que nuestros hombros quedan pegados contra el frío—. Aunque ¿sabes qué es gracioso?

—¿Qué? —Su voz se engancha ligeramente, y la pillo bajando los ojos a mi boca, mientras su rodilla sigue tocando la mía y su mano sigue entrelazada con la mía.

—Que somos tan predecibles —me río.

—Hacer lo mismo y esperar resultados distintos —recita.

Los dos estamos sonriendo ahora, y me sorprende lo fácil que es esto cuando no estamos actuando ni defendiéndonos. Simplemente... encajamos. Y, como para ilustrarlo, se inclina hacia mí buscando calor, acurrucando su torso contra el mío, lo bastante cerca como para contarle las pecas de la nariz.

—Bien —digo—. Así que quizá deberíamos intentar algo diferente.

Sus ojos buscan los míos, pupilas oscuras.

—¿Como qué?

Me inclino despacio, telegrafando cada movimiento, dándole cada oportunidad de huir.

Pero no lo hace.

Me encuentra a medio camino.

Cierra los ojos cuando me acerco, pestañas oscuras contra sus mejillas, y cuando mis labios por fin tocan los suyos, están fríos, pero su boca es cálida. No se parece en nada a nuestros otros besos. Ni colisión furiosa ni combustión desesperada. Es suave y cuidadoso y tierno, una pregunta formulada en voz baja y respondida con delicadeza.

Le acuno la cara, mi mano calentándole la mejilla, el pulgar acariciándole el pómulos, sintiendo piel suave como la seda, y se inclina hacia el contacto como si llevara hambrienta de ternura.

El beso se profundiza sin desesperación. La atraigo más contra mí, intentando compartir calor, intentando mantener el invierno fuera. Su lengua toca la mía, explorando. Mi otra mano le encuentra la cintura a través de la gruesa cazadora vaquera, atrayéndola hacia mí.

Cuando enreda sus dedos enguantados en mi pelo, las uñas raspándome suavemente el cuero cabelludo a través de la lana, el sonido que hago debería darme vergüenza, pero estoy más allá de eso. Y, en respuesta a ese medio gemido medio gruñido, siento su sonrisa contra mis labios, lo que me hace querer repetirlo.

El beso se rompe de forma natural, sin que ninguno se aparte bruscamente. Nos quedamos acurrucados, frentes tocándose, y simplemente respiramos, compartiendo el mismo espacio diminuto, nuestros alientos mezclándose en el aire helado. Mi mano se queda en su mejilla, el pulgar trazando la tenue constelación de pecas.

—Eso ha sido sin duda diferente —susurra contra mis labios, con la voz cálida y un poco sin aliento—. Tú callado, y yo sin salir corriendo ni levantar muros...

—Pues hagámoslo costumbre —susurro de vuelta, y me inclino para besarla otra vez, ignorando la escarcha del suelo y el viento cortante, porque lo único que importa es el calor que hay aquí.

treinta y siete

MORGAN

LAS PALABRAS SABEN a cristal roto al salir de mi boca:

—Necesito que estén conmigo.

Veinte pares de ojos me devuelven la mirada en nuestro vestuario recién pintado. Por un momento, me pregunto si he calculado terriblemente mal esta situación y mi posición con estas chicas. No las culparía; llevo tanto tiempo alejándolas... ¿Quién soy yo para pedir ayuda ahora?

Pero entonces Mills rompe el silencio.

—Joder, ya era hora —dice, con un suspiro exasperado.

Empiezo a responder, pero la voz se me quiebra, traicionando el control cuidadoso que he pasado tres años perfeccionando. Pero no me importa mostrar algo de emoción esta mañana. No desde que un chico con caos en la sangre aprendió a quedarse quieto, y yo aprendí que ser fuerte no significa estar sola.

La entrenadora Walsh da un paso al frente, su blazer profesional enmascarando la furia que irradia en oleadas.

—Estamos contigo, Morgan, todas y cada una, en cada paso del camino.

Hay asentimientos y palmadas en la espalda y acuerdo entusiasta, los sonidos de un equipo que ha sido subestimado todo el semestre y no ha hecho más que ganar, a pesar de los esfuerzos de su propia administración. Entonces, como una sola, nos

levantamos de nuestras taquillas y comenzamos la marcha hacia nuestro enfrentamiento con Galloway.

Lidero la caminata hasta el edificio de administración, y todo mi equipo me sigue detrás, veintiún pares de zapatillas creando un ritmo como una marcha militar. Cuando llegamos, la puerta de la sala de juntas se yergue ante nosotras, toda madera oscura e intimidación institucional, la misma sala en la que Galloway se me insinuó.

La misma sala en la que Rook dio la cara por mí.

Estuvo conmigo, a mi lado.

Mills se acerca.

—¿Lista para mandar todo a la mierda, capitana? —murmura.

A pesar de todo, mis labios se tuercen.

—¿Con esa boca besas a tu madre?

—Solo los domingos.

La normalidad de su humor vulgar afloja la tenaza alrededor de mis pulmones lo justo para que el oxígeno llegue a mi cerebro. Así que, con un último asentimiento, empujo la puerta y entro, seguida de Mills, la entrenadora Walsh y el resto de las chicas, que llenan el espacio en los bordes de la sala como llenamos una zona defensiva.

Galloway está sentado a la cabecera de la mesa de conferencias, los dedos gruesos unidos en punta de una forma que estoy segura de que él cree contemplativa pero que en realidad se parece a un sapo intentando rezar. Parece uno de los retratos de hombres blancos muertos que adornan la pared, que sin duda tenían opiniones sobre los tobillos femeninos al descubierto.

Dos miembros de la junta lo flanquean como gárgolas custodiando una catedral particularmente insulsa. La mujer tiene el pelo de un gris acero recogido en un moño severo, y el hombre a su lado luce la expresión permanente de alguien que descubre que su café es descafeinado cuando ya es demasiado tarde.

—Señorita Riley —dice Galloway, saboreando cada sílaba—. Qué... concienzuda por su parte, traer a todo su equipo a lo que debía ser una simple reunión presupuestaria.

Tomo asiento frente a él, colocando mi carpeta sobre la mesa con la precisión de un francotirador montando su posición. Mi equipo

se alinea contra la pared del fondo, un jurado silencioso en carmesí y negro que me hace sentir simultáneamente poderosa y expuesta, como si hubiera traído testigos para verme desangrar.

—La transparencia parece importante cuando se discute el futuro de mi equipo y las atletas que lo integran —digo, manteniendo la voz uniforme a pesar del ácido de batería haciendo parkour en mi estómago—. Y cuando se discuten las promesas que se les hicieron a ellas, por usted, cuando me reclutó a mí para liderar su programa femenino de hockey.

Su sonrisa es tan falsa como su pelo.

—Qué admirable, aunque me temo que sus futuros son precisamente lo que necesitamos discutir. Las realidades fiscales de mantener un programa que aún no ha demostrado su viabilidad están resultando especialmente difíciles, y...

Se lanza a su presentación de PowerPoint sin la PowerPoint, pura palabrería y masturbación burocrática. He oído esta sinfonía antes, distintos directores pero siempre el mismo crescendo: No importas. Nunca importaste. Eres una partida presupuestaria que puedo borrar.

Me pican los dedos por desplegar mi carpeta —mi hermosa arma de documentación masiva, codificada por colores y con referencias cruzadas, que contiene cada promesa que me hizo— pero sé que no importará. Esto siempre iba a ser una ejecución; simplemente elegí morir con testigos.

Entonces se abre la puerta.

Y él entra.

Todo mi sistema nervioso experimenta lo que solo puede describirse como un reinicio catastrófico en el segundo en que James entra. No hay entrada maniática que haría parecer sutil a un golden retriever, ninguna voz que trate el control de volumen como una sugerencia.

Se mueve con el propósito controlado que solo le he visto cuando está concentrado en un partido, leyendo las jugadas tres movimientos por delante mientras custodia su portería. La camiseta de hockey de PBU sobre sus hombros le hace cosas a mi función cognitiva que preocuparían a un neurólogo.

Cuando nuestras miradas se cruzan a través de la sala, me dedica el más mínimo asentimiento y después una pequeña sonrisa, que sé que es solo para mí. Luego se funde con el fondo, en vez de dar un paso al frente y hablar o contar un chiste, que es el punto exacto en el que mi cerebro arranca y procesa toda la magnitud de lo que está pasando.

Todo el equipo masculino de hockey entra en fila detrás de él. Kellerman y Schmidt primero. Luego Cooper, con cara de preferir estar haciéndose una colonoscopia. Incluso Nash y Stiles están aquí, su habitual chulería de machotes cargada de testosterona reemplazada por algo que podría ser solidaridad si entrecierras los ojos. Luego los demás.

Están todos aquí.

Se posicionan a lo largo de las paredes con precisión militar, llenando la sala de camisetas oscuras y brazos cruzados. Mientras todos contemplan el espectáculo —Galloway y las gárgolas incluidos— siento cómo la dinámica de poder de la sala se desplaza como placas tectónicas.

Porque digan lo que quieran sobre los directores deportivos, al final del día saben que sus puestos dependen de los atletas. Y como un dictador que se da cuenta de que ha perdido a su ejército o un jefe que descubre que los trabajadores de la planta se han marchado, llega un momento en que a los burócratas hay que decirles...

Basta.

Mi corazón intenta una especie de rutina de gimnasia complicada: parte conmoción, parte gratitud, parte desbordamiento. Porque le conté a James la situación, y él eligió venir a ayudar, pero, lo crucial, no se está robando el protagonismo ni empeorando las cosas.

Solo está... aquí... callado y apoyándome... en completo silencio.

Y ha traído un ejército.

La cara de Galloway recorre toda la escala de pH, de un neutro petulante a un púrpura ácido.

—Esto es sumamente inapropiado. Esta es una reunión cerrada...

—No estamos en la reunión —dice Schmidt, con la voz tan plana como un animal atropellado—. Solo estamos aquí de pie.

—En un edificio público —añade Cooper con su característico tono monótono que de alguna manera logra sonar sarcástico—. En horario público.

—A menos que tenga algo que esconder, señor —hasta Kellerman encuentra su voz—. Y... eh... ieso!

La mandíbula de Galloway se mueve como si intentara triturar diamantes con las muelas, y luego mira más allá de mí y se clava en James.

—Esto es un patético intento de intimidación, y esperaba más de usted, Fitzgerald. Aunque, dadas sus recientes... dificultades académicas... quizás no debería sorprenderme.

La amenaza velada sobre las notas de James hace que mis manos se cierran en puños. Pero James no muerde el anzuelo ni llena el espacio con palabras. Solo se queda ahí, justo a mi lado, tan inamovible como la roca madre, su silencio hablando por sí solo en idiomas que Galloway nunca se molestó en aprender.

Entonces la puerta se abre otra vez.

El entrenador Pearson entra y se coloca junto a la entrenadora Walsh. La imagen se me quedará grabada para siempre, los dos entrenadores de pie juntos, unidos de una manera que hace que el púrpura de Galloway se profundice hasta una berenjena médicamente preocupante. Porque demuestra que, por mucho que lo haya intentado, no nos ha dividido ni nos ha roto.

—Pearson —dice Galloway, aferrándose al control como un hombre que se ahoga agarrando alambre de púas—. Seguramente no estará avalando este circo.

—Estoy avalando el derecho de mis jugadores a apoyar a sus compañeros atletas —dice Pearson con ecuanimidad—. ¿Hay algún problema con eso, Art?

La temperatura cae a niveles árticos. Los miembros de la junta intercambian miradas de las que preceden a reuniones de emergencia y renunciadas apresuradas. Moño de Acero se aclara la garganta con la autoridad de alguien que ha despedido a hombres más grandes por infracciones menores.

—Quizás deberíamos...

La puerta se abre una tercera vez.

Mi cerebro experimenta lo que solo puedo describir como una pantalla azul de la muerte cuando el capitán del equipo de fútbol americano entra. Marcus Washington, un corredor de metro noventa y tres que está construido como si alguien le hubiera pedido a Dios un tanque humano y Dios se hubiera excedido, y quizás la única persona en el campus más reverenciada que el equipo de hockey de PBU.

El capitán de baloncesto lo sigue. Luego fútbol. Béisbol. Lacrosse. Natación. Atletismo. La sala de juntas que hace veinte minutos parecía espaciosa ahora es exclusivamente para estar de pie, y para cuando la puerta se cierra de nuevo, todos y cada uno de los capitanes que representan a PBU en el deporte universitario están en la sala.

Marcus da un paso al frente con la gravedad de alguien que sabe que su mera presencia altera los campos gravitacionales.

—Señor Galloway, nos hemos enterado de patrones preocupantes en relación con la asfixia presupuestaria de ciertos equipos, y nos preocupa que cualquiera de nosotros podría ser el siguiente si le caemos mal.

Joder, va directo a la opción nuclear.

—Esa es una acusación seria —balbucea Galloway, pero Marcus continúa con la fuerza inexorable de una ofensiva cuidadosamente planificada.

Moño de Acero se inclina hacia delante con la intensidad de un raptor detectando movimiento.

—Joven, ¿qué está insinuando exactamente?

Marcus se vuelve hacia ella con una precisión diplomática ensayada.

—No estoy insinuando nada, señora. Le estoy informando de que los estudiantes-atletas de Pine Barren University han votado. Si el señor Galloway mantiene su puesto, iniciaremos una huelga general. Sin partidos. Sin campeonatos. Sin ingresos.

El silencio que sigue es tan completo que puedo oír mis sinapsis disparándose.

Mis ojos encuentran a Rook al otro lado de la sala. Sigue de pie en silencio con su equipo, observándome con esos ojos marrones imposiblemente cálidos que me han visto en mi peor momento — huyendo de los sentimientos como si fueran contagiosos, levantando muros como si me preparara para un asedio, tratando la vulnerabilidad como si fuera mortal— y que de alguna manera siguen mirándome como si yo mereciera que se orquestaran golpes de estado.

Y de repente, con la fuerza de una superioridad numérica perfectamente ejecutada, lo entiendo. Esto no fue impulso. Esto no fue caos. Esto no fue Rook intentando ser el héroe con focos y fanfarria. Esto fue una puta partida de ajedrez ejecutada con precisión quirúrgica, y acaba de dar jaque mate.

El chico que una vez intentó salvarme con una función desastrosa ha evolucionado en un hombre que desmantela imperios mediante el silencio estratégico. No solo trajo a su equipo, construyó una coalición. Aprovechó redes a las que yo no tenía acceso y cobró favores acumulados durante años.

Y, para que funcionara, me necesitaba a mí abierta, dejando entrar a otros, confiando en alguien.

Los dos hicimos lo que ninguno podía hacer solo.

La revelación me golpea con la fuerza suficiente para reorganizar mi estructura molecular. Me agarro al borde de la mesa para no tambalearme visiblemente, porque James Fitzgerald acaba de revelarse como exactamente la pareja que necesito, y estoy condenadamente segura de que él diría lo mismo de mí en este preciso momento.

—Esto es extorsión —dice Galloway, pero su voz ha perdido los dientes, desinflándose como un ego pinchado.

—Es negociación colectiva —corrige el capitán de baloncesto—. Algo que aprendimos en la clase de historia laboral del profesor Williams.

El del Descafeinado finalmente habla, cada palabra arrastrada como si le doliera físicamente.

—Las implicaciones financieras de una huelga deportiva general serían...

—Catastróficas —termina Moño de Acero, su mirada diseccionando a Galloway como si fuera un espécimen que está a punto de preservar en formaldehído—. Solo la atención mediática hundiría la matrícula, sin mencionar que tendríamos exalumnos sedientos de sangre y sanciones de cada una de las conferencias deportivas que pagar...

Están haciendo cálculos rápidos, y Galloway sale como un déficit que no se pueden permitir.

—Esto es ridículo —farfulla—. No puede hablar en serio...

—Señor Galloway, ya ha dicho suficiente —interrumpe Moño de Acero con la contundencia de una guillotina—. Haga lo correcto, o votaremos por alguien que lo haga.

La boca de Galloway se abre y cierra en una imitación aceptable de un pez dorado. Luego, con el colapso repentino de un hombre que ve su reino convertirse en cenizas, se desinfla en su costoso trono de cuero. Porque, sea cual sea su ego, sabe que al director deportivo lo puede destituir la junta con una votación, y ha perdido los números.

—El programa de hockey femenino recibirá la restauración completa de su financiación —dice, cada palabra extraída como una muela podrida.

Sonríó, saboreando la victoria, y luego decido tentar mi suerte e ir a por la yugular.

—¿Y los... «requisitos elevados de promedio académico»...?

—Suspendidos de inmediato. —Me fulmina con la mirada al decirlo, y yo le devuelvo la más dulce de las sonrisas—. Para todos los programas.

Marcus asiente una vez, satisfecho.

—Entonces agradecemos su tiempo, y esperamos que la junta honre sus compromisos.

La sala se vacía en orden inverso: los jugadores de fútbol americano primero, luego los otros capitanes, después el equipo masculino de hockey. Cada grupo sale en fila con el mismo silencio con el que entró, su punto hecho sin una sola voz alzada ni un solo puñetazo.

La entrenadora Walsh guía a mi equipo hacia afuera y me aprieta el hombro al pasar.

—Buen trabajo, Morgue —murmura.

Luego, solo quedamos James y yo.

Él espera junto a la puerta mientras recojo mis cosas con manos que tiemblan como si me hubiera inyectado espresso en vena. Mi hermosa carpeta, jamás abierta, se siente como el atrezo de una obra cancelada en la noche del estreno. Todas esas horas de preparación, todos esos argumentos codificados por colores, y no disparé ni un solo tiro.

No. Eso no es cierto.

La batalla se ganó porque por fin aprendí que la vida no es una misión en solitario.

Somos los últimos en salir, y en el pasillo, me detengo frente a él.

—No hiciste ni un solo chiste —digo, y mi voz sale suave, con asombro.

—Me pareció que la sala ya estaba bastante llena de ruido. —Sonríe—. Además, tú no intentaste entrar ahí sola, así que parece que los dos estamos aprendiendo.

Me mira a los ojos entonces, firme y claro y absolutamente nada parecido al chico disperso que convirtió aquella gala en una película de catástrofes. Y, una vez más, deja que los dos existamos en el silencio, cómodos en el momento. Él no está llenando el silencio con bromas, y yo no estoy huyendo de la seriedad de todo esto.

No lo pienso. Simplemente me muevo.

Choco contra su pecho, mis brazos rodeando su torso antes de que mi cerebro alcance a mi cuerpo. Se congela durante medio latido, probablemente porque que yo inicie contacto físico con alguien es tan probable como que Galloway desarrolle una conciencia.

Entonces sus brazos me envuelven, sólidos y cálidos y presentes, y algo dentro de mí que ha estado apretado durante tres años simplemente... se libera. Presiono la cara contra su hombro, y por una vez no analizo por qué estoy haciendo esto ni qué significa ni cuán vulnerable me hace.

Simplemente me dejo sostener y siento cómo nosotros empezamos a echar raíces en tierra que creía demasiado dañada para que creciera nada. Porque tiene razón. Estamos aprendiendo. Aprendiendo a confiar, a apoyarnos, a ser cómplices. En vez de que él piense que tiene que llenar cada silencio y yo esté convencida de que estoy mejor sola.

Aprendiendo que a veces el amor no son grandes gestos ni palabras perfectas ni focos y discursos. Que a veces es simplemente presentarse y quedarse quieto, o dejar que alguien más —o, para ser precisa, todo un campus lleno de atletas— se ponga a tu lado.

Finalmente, levanto la mirada hacia él.

—Lo hicimos —digo.

—Sep. —Sonríe—. Ahora solo necesito aprobar con nota mi examen final...

Frunzo el ceño, sorprendida.

—Pero Galloway dijo que los...

—Quiero aprobarlo con nota, Morgan. —Apoya la cabeza en mi mentón—. Lo necesito.

De repente, lo veo. Ha estado tan centrado en hacer lo correcto por mí que ha suprimido lo que quiere —y lo que necesita— durante días. Claramente sabía que existía la posibilidad de que Galloway revocara los requisitos académicos draconianos que había impuesto al equipo masculino, pero no quiere tener éxito basándose en eso.

Quiere hacerlo.

Quiere demostrar que no es el deportista tonto.

Quiere demostrar que es un capitán digno que está a la altura del desafío.

Y yo quiero ayudarlo.

Le sonrío.

—¿Cuándo es el examen final?

—Mañana por la mañana... —Suspira, sonando de repente derrotado.

—Bueno, será mejor que nos preparemos. —Me separo de él y luego sonrío con suficiencia—. ¿Vienes?

LA PUERTA del apartamento de Morgan se cierra a mi espalda con un clic que suena definitivo como el de una celda.

El espacio es exactamente lo que esperaba. Estéril, organizado hasta el último milímetro, y cada superficie reluce. No hay un solo calcetín perdido ni una botella de agua vacía que rompa la perfección militante, ni nada del caos que hace que mi apartamento parezca la casa de vacaciones de un huracán.

Me quedo plantado cerca de la puerta, con los brazos colgando torpemente a los lados mientras mis dedos tamborilean un ritmo nervioso contra los muslos. Cada superficie inmaculada parece juzgarme, y tengo un miedo genuino de que mi mera presencia esté de algún modo contaminando su ecosistema perfecto.

Mi instinto habitual me grita que llene este silencio asfixiante con ruido, pero mi garganta ha olvidado su función principal. Porque Morgan me está mirando —no, no solo mirando, acechando— mientras se apoya contra la puerta que acaba de cerrar con llave.

Joder, ¿cuándo aprendió a sonreír así?

El control rígido que normalmente la define se ha derretido en algo líquido y peligroso. Sus ojos gris pizarra me rastrean con una concentración depredadora, y de repente entiendo cómo se sienten las gacelas cuando se dan cuenta de que la hierba se movió raro o de que uno de sus compañeros no apareció para el almuerzo...

—Estuviste ahí para mí —dice—. Con Galloway, te pusiste de mi lado.

La sala de juntas destella en mi mente, llena de la coalición que pasé tres días construyendo en silencio a base de cadenas de mensajes y sobornos con café. Luego vino el hermoso silencio de una rebeldía unificada, la forma en que sus ojos se abrieron de par en par con genuina sorpresa al darse cuenta de lo que había orquestado.

—Así que ahora —continúa, despegándose de la puerta con una gracia fluida— quiero ayudarte.

Avanza hacia mí con paso acechante, y mi cerebro primitivo empieza a lanzar bengalas de emergencia.

¡Peligro! ¡Depredador acercándose!

¡También, extremadamente excitado!

¡Confundido, envíen ayuda!

¡O no!

¡De hecho, definitivamente no! ¡Nos arriesgamos!

—¿Ayudarme? —Mi voz se quiebra como si tuviera trece años otra vez, plantado frente a todo octavo grado con una erección inoportuna durante mi presentación de historia.

Su sonrisa se profundiza, algo perversamente divertido bailándole en los ojos. —Tu examen final de sociología es mañana.

—Sí, yo...

—Y necesitas sacarte un diez.

No es una pregunta, pero asiento de todas formas. El peso de eso cae con fuerza, porque incluso con las restricciones de Galloway suspendidas, necesito esto. Necesito demostrarme a mí mismo, a mi equipo y a ella que soy más que el idiota ruidoso que hace reír a todo el mundo cuando las cosas se ponen demasiado serias.

Tengo que demostrar que puedo hacerlo.

—Bien. —Se desliza hasta la mesa de centro, donde descansa un libro de sociología—. Entonces vamos a estudiar.

—Vale... —digo.

—Pero —añade, girándose para encararme del todo, cambiando el peso de una forma que hace que sus caderas hagan algo clasificado X— vamos a hacerlo interesante.

Mi cerebro suministra de inmediato unas diecisiete interpretaciones distintas de «interesante», cada una más pornográfica que la anterior. —¿Interesante?

Coge el libro, abriéndolo por una página marcada sin mirar, con los ojos clavados en los míos. —Por cada pregunta que respondas correctamente, obtienes una recompensa.

La palabra «recompensa» en su boca golpea como una promesa envuelta en alambre de púas: peligrosa pero imposible de resistir. Y de pronto soy visceralmente consciente de cómo su blazer entallado traza curvas que acechan mis sueños, y de cómo la luz del atardecer le prende fuego al pelo.

—¿Qué tipo de recompensa? —Mi voz sale rasposa, como si hubiera estado haciendo gárgaras con grava y malas decisiones.

En vez de responder, cambia directamente a modo profesora. —¿Cuál es el argumento principal de Durkheim sobre la función de la desviación en la sociedad?

La pregunta es como un cubo de agua helada volcado sobre mi libido. Mi cerebro, que hace dos segundos calculaba el tono exacto de sus labios, tiene que ejecutar un giro de emergencia de vuelta a lo académico. Rebusco entre archivos mentales, esquivando el pánico como si fuera un defensa. —Eh...

—Esto te lo sabes, James —me reprende—. Supongo que no quieres tu recompensa...

—La desviación sirve para... para clarificar los límites morales. —Sonríe, como si acabara de conquistar el Everest o ganar la Stanley Cup—. Define lo que es aceptable mostrando lo que no lo es. Como que solo valoramos lo normal porque vemos cómo luce lo jodido.

—Bien.

La aprobación en su voz me llega directa a la polla. La validación académica no debería ser tan excitante, pero aquí estamos, abriendo nuevos caminos en fetiches educativos que no sabía que existían. Pero cualquier exploración adicional de ese tema muere cuando ella alza los brazos y, despacio, deliberadamente, se quita el blazer.

Sí, en ningún universo esperaba ver a Morgan haciendo un striptease.

El blazer se desliza por sus brazos a cámara lenta, revelando una blusa blanca impecable que de repente es la prenda de ropa más erótica jamás creada. Lo deja sobre el sofá, cada movimiento deliberado, controlado y específicamente diseñado para asesinarme por frustración sexual.

—Siguiente pregunta —dice, con la misma naturalidad de quien comenta el tiempo—. Explica el concepto de alienación de Marx bajo el capitalismo.

Me lleva tres intentos recordar que las palabras existen y que teóricamente soy capaz de producirlas. Ella está ahí de pie con su blusa y sus pantalones, completamente serena mientras yo estoy sufriendo lo que parece un evento cardíaco, pero al final escupo la respuesta.

—Los trabajadores se... alienan del producto de su trabajo —logro decir—. No controlan lo que producen ni cómo lo producen. Solo venden su tiempo, sin crear nada significativo. Lo comprendo perfectamente, porque en este momento estoy experimentando esa misma alienación respecto a mi capacidad de formar pensamientos.

—Muy bien. —Sus dedos se desplazan al primer botón de la blusa—. Dos de dos, al parecer...

Joder, Jesucristo.

Miro hipnotizado cómo abre el botón con una paciencia agónica. Luego el segundo. Luego el tercero. Cada uno revela otro centímetro de piel pálida, un atisbo de encaje negro. Para cuando llega al último botón, he olvidado mi nombre y posiblemente todo el inglés.

No se quita la blusa, solo la deja abierta como cortinas enmarcando la mejor vista que existe. El sujetador negro es sencillo, elegante y absolutamente devastador contra su piel. Puedo ver los músculos definidos de su abdomen, cada línea esculpida por años de entrenamiento brutal, y joder, cómo la deseo.

—Los tres tipos de autoridad de Weber —dice, arrancándome de mis pensamientos, ignorando que está ahí de pie pareciendo cada fantasía que he tenido jamás.

—Tradicional —grazno—. Basada en... en la costumbre y la historia. Legal-racional, basada en normas y leyes. Y carismática...

Se desliza la blusa de los hombros. —¿Carismática? —me insta, dejando caer la blusa.

—Basada en... en las cualidades personales del líder. —Las palabras salen a trompicones, desesperadas—. Su capacidad de inspirar devoción.

—Perfecto.

Lleva las manos a la cintura de los pantalones, y tengo que agarrarme al brazo del sofá para que las rodillas no me cedan. El botón se abre con un suave chasquido que retumba en el apartamento silencioso. La cremallera sigue, cada diente separándose tan lento que es una tortura.

Se baja los pantalones por las caderas, revelando unas bragas negras a juego que me inundan la boca de deseo. Sus piernas son una puta perfección: muslos poderosos que podrían aplastar el cráneo de un hombre (y qué forma de morir) y pantorrillas definidas que hablan de miles de horas sobre patines.

Cuando sale de los pantalones y los aparta de una patada, me lanza la siguiente. —Describe el enfoque dramático de Goffman sobre la interacción social.

¿Cómo cojones se supone que voy a recordar a sociólogos muertos cuando ella está así? ¿Cuando puedo ver el leve moratón en su cadera del partido de la semana pasada, morado verdoso y absolutamente hermoso en su imperfección? ¿Cuando la luz que entra por sus ventanas impolutas le hace brillar la piel?

—Las personas... las personas interpretan roles —tartamudeo, mi voz descubriendo nuevas octavas—. El escenario es cómo actuamos en público, los bastidores son lo privado. Gestionamos impresiones, controlamos lo que los demás ven. Personalmente, en este momento estoy sufriendo un fracaso escénico total y no recibiría críticas positivas.

—Excelente comprensión.

Lleva las manos a la espalda, y sé lo que viene, pero aun así estoy completamente desprevenido cuando el sujetador se suelta. Lo sujeta en su sitio un momento, esos ojos analíticos oscurecidos por algo que no tiene nada que ver con la evaluación académica.

Luego lo deja caer.

Sus pechos son perfectos. No perfectos-de-revista-retocada, sino reales, tocables, devastadoramente perfectos. Suaves y pequeños, con pezones rosa pálido ya duros, suplicando por mi boca. Ante la visión, se me escapa un sonido que generosamente podría llamarse un gemido pero que probablemente se asemeja más a un alce moribundo.

—Una pregunta más —dice, enganchando los pulgares en sus bragas—. Y obtienes tu primera recompensa de verdad.

—Morgan... —Tengo la voz destrozada, como si hubiera estado gritando en un partido durante tres períodos más prórroga.

Descarta mi intento de interrumpir con un gesto. —Explica la relación entre el poder institucional y la agencia individual.

Es compleja, el tipo de pregunta que normalmente me lanzaría en espiral hacia el pánico académico. Pero algo en la forma en que me mira —paciente, expectante, absolutamente segura de mi capacidad, sexy a más no poder— hace que todo cristalice.

—Las instituciones moldean nuestras opciones pero no las eliminan —digo, las palabras fluyendo con más facilidad a pesar de mi distracción total—. Operamos dentro de estructuras de poder pero mantenemos la capacidad de resistir y de generar cambio desde dentro, así que la agencia existe incluso bajo restricción.

—Eso es absolutamente correcto.

Las bragas bajan con la misma paciencia deliberada que ha aplicado a toda esta exquisita tortura. Sale de ellas y se queda ahí de pie, desnuda en su apartamento prístino, mirándome con una expresión que hace que mi pecho se sienta demasiado pequeño para mis pulmones.

Es magnífica. Cada centímetro en equilibrio entre fuerza y suavidad: la V de músculo en sus caderas apuntando hacia el paraíso, la curva suave de su cintura, la forma segura en que se sostiene. Entre las piernas, está depilada salvo por una franja cuidada de ese mismo rojo impactante, y la visión tiene mi polla dolorosamente dura.

—Te has ganado tu primera recompensa extra —dice, su voz descendiendo a un susurro ronco que me esquivo los oídos por completo—. ¿Quieres saber cuál es?

Solo puedo asentir, probablemente pareciendo uno de esos perritos cabezones del salpicadero, solo que significativamente más excitado e infinitamente menos digno. Pero no puedo hacer más que eso, porque un momento después está cruzando la habitación y empujándome hacia atrás sobre su sofá.

Y entonces me besa.

No —besar es demasiado suave. Me está devorando, su boca caliente y exigente, su lengua deslizándose entre mis labios con la confianza de alguien que sabe exactamente lo que quiere y cómo tomarlo. Besa como juega al hockey —agresiva, estratégica, absolutamente comprometida con ganar— y eso me arranca un gemido.

Sus manos atacan mi ropa. La camiseta me la arranca por la cabeza con fuerza suficiente para provocar un latigazo cervical. Mis vaqueros podrían estar hechos de papel de seda por la velocidad a la que los abre y los baja junto con los bóxers. El aire fresco impacta mi polla y siseo, ya goteando de forma vergonzosa.

—Morgan, joder...

—Siguiente pregunta —dice contra mi boca, y me doy cuenta con un horror y una excitación crecientes de que no hemos terminado ni de lejos—. Define capital social.

—¿Lo dices en serio...?

Se aparta, una ceja alzada de esa forma que me hace querer discutir o rendirme incondicionalmente. —¿Quieres tu recompensa o no?

—El capital social es... —Mi cerebro se siente como helado derretido: inútil y pegajoso. Está a horcajadas sobre mis muslos, desnuda, su calor húmedo lo bastante cerca de mi polla como para sentir la diferencia de temperatura, ¿y espera sociología?—. Son redes de relaciones que aportan valor.

—Bien.

Me recompensa envolviendo la mano alrededor de mi polla, y casi me corro ahí mismo, la dignidad desperdigada a los cuatro vientos. —¿Y el capital cultural? —dice.

—Jesucristo, Morgan...

—Eso no es una respuesta.

Su mano empieza a moverse, lenta y tortuosa. —El capital cultural es... joder... es el conocimiento, la educación y las competencias culturales que otorgan estatus.

—Muy bien.

Se desplaza, deslizándose por mi cuerpo con una gracia fluida. Cuando me mira desde entre mis piernas, sus ojos grises oscurecidos de intención, me olvido de la función respiratoria básica. Su aliento roza mi polla, cálido y provocador, y me cuesta cada gramo de voluntad no empujar las caderas hacia ella.

—Aquí va tu siguiente prueba —dice, su lengua asomando para probarme, haciendo que mis caderas se sacudan involuntariamente—. Explica la movilidad social mientras yo hago esto.

Entonces me mete en su boca, y toda mi visión del mundo se reconfigura.

Su boca es caliente y húmeda y devastadora. Sabe exactamente lo que hace, la lengua trazando círculos antes de llevarme más adentro. De nuevo, lucho contra el impulso de empujar hacia arriba, las manos agarrando los cojines con la fuerza suficiente para dañar la tela.

—La movilidad social es... —¿Cómo se supone que piense?—. Es el movimiento entre clases sociales. Puede ser intergeneracional o...

Ahonda las mejillas y succiona con fuerza. Veo estrellas, posiblemente constelaciones enteras. La cabeza se me va hacia atrás, y durante un minuto no siento nada más que a ella, cualquier pensamiento de estudio o sociología o cualquier cosa que no sea boca y polla borrado de golpe de mi mente.

Hasta que para.

—O intrageneracional —jadeo, desesperado porque continúe—. Ocurre dentro de una sola vida. Joder, Morgan, por favor...

Besa mi punta, sus labios apenas rozando el extremo de mi polla. —¿Qué factores la afectan?

—La educación. —La palabra sale estrangulada. Me está acariciando ahora, manteniendo la presión perfecta para tenerme en equilibrio al borde.

—No es suficiente...

—A quién se lo dices... —Suelto una risa brusca—. Oportunidad económica. Redes sociales. Discriminación. Barreras sistémicas... joder.

Recompensa mi respuesta tragándome hasta el fondo, tan profundo que siento su garganta trabajar. Y decido aquí mismo que así es como voy a morir: recibiendo la mejor mamada de mi vida mientras me examinan de teoría sociológica. Tendrán que poner «Muerte por Estimulación Académica» en mi lápida, y mis padres van a estar tan confundidos.

—¿Cuál es la teoría del poder de Foucault? —pregunta, apartándose, y su imagen así casi me remata.

—Morgan, no puedo...

—Sí puedes. —Me acaricia despacio, manteniendo justo la estimulación suficiente para mantenerme desesperado—. Sé que puedes. Háblame de Foucault.

—El poder no es solo... represivo —logro decir entre jadeos—. Es productivo. Crea sujetos, conocimiento, discurso. Está en todas partes, no solo en las instituciones.

—Perfecto —murmura, y me toma de nuevo en su boca.

Esta vez es implacable, usando boca y mano en coordinación perfecta, tragándome profundo y luego retrocediendo para concentrarse en los puntos sensibles, su lengua haciendo cosas que deberían requerir licencia. Los sonidos húmedos, su zumbido de satisfacción cuando empuja involuntariamente... es demasiado...

—Morgan, voy a...

Se aparta del todo, y literalmente me arqueo fuera del sofá, un sonido desesperado arrancándose de mi garganta.

—Todavía no —dice, limpiándose la boca con el dorso de la mano, lo cual es de algún modo burdo y elegante al mismo tiempo—. Una pregunta más.

—Me estás matando. Van a encontrar mi cuerpo aquí, y la causa de muerte serán bolas azules terminales combinadas con sobredosis de sociología.

Se ríe —de verdad se ríe— y es el sonido más hermoso. Luego su expresión se vuelve seria, pero hay algo más suave en sus ojos. —Si

quieres acabar en mi boca, necesito que me expliques el concepto de efervescencia colectiva de Durkheim.

Es rebuscado, sacado de su sociología religiosa, algo que definitivamente no estaba en las lecturas asignadas. Me está poniendo a prueba para ver si he hecho más que el mínimo. Y de repente quiero demostrar que sí, que valgo su fe, que valgo su amor.

—Es la energía que se crea en las reuniones grupales —digo, mirándola a los ojos—. La experiencia emocional compartida que genera vínculos sociales y refuerza la identidad del grupo. Como lo que pasa en los partidos, en el vestuario, cuando todos estamos centrados en el mismo objetivo.

Se queda completamente inmóvil, la mano congelada en mi muslo.

—¿Cómo sabías eso? —Susurra—. Se suponía que ibas a fallar esa.

—Yo... —Trago con dificultad, sintiéndome de pronto expuesto más allá de lo físico. La verdad pesa en mi garganta, el recuerdo de todas esas noches en que la ansiedad me mantenía despierto, cuando el silencio se volvía demasiado ruidoso y no podía apagar mi cerebro—. He estado haciendo lecturas extra por las noches cuando no puedo dormir. Quería demostrar que no soy solo el deportista tonto que todo el mundo asume que soy.

Algo cambia en su expresión, y lo que veo entonces es suave y sorprendido y quizá orgulloso. Se inclina hasta que sus labios apenas rozan los míos. —Hombre precioso y brillante —susurra, y la honestidad cruda me abre el pecho en dos—. Ahora puedes elegir: acabar en mi boca, o jugar la segunda ronda...

Mi polla me grita que tome la primera puerta, pero de pronto no quiero que este momento termine. —Segunda ronda... —grazno.

Esa sonrisa perversa regresa, más cálida ahora, y se desplaza justo lo suficiente para rozarse contra mi polla, haciéndonos jaderar a los dos. —Esperaba que dijeras eso...

La combinación de amenaza y promesa en esas palabras me arranca un gemido.

treinta y nueve

MORGAN

SU POLLA se yergue rígida frente a mí, oscura de sangre y húmeda en la punta, y la imagen envía satisfacción posesiva quemándome desde el centro.

Levanta la mirada hacia mí con esos ojos marrones cálidos, el pecho agitándose en respiraciones entrecortadas que hacen que sus abdominales se contraigan a intervalos medibles. Sus manos se aferran a los cojines del sofá, los nudillos blancos, librando una batalla interna entre alcanzarme y obedecer mis reglas tácitas.

La desesperación en su rostro, la adoración cruda escrita en cada músculo tembloroso... esto es control. Control de verdad. No la fortaleza frágil que construí a mi alrededor, sino algo vivo y eléctrico, algo que hace que mis terminaciones nerviosas se disparen en patrones que los libros de anatomía no cubren.

Nunca pretendí que acertara la pregunta sobre Durkheim. Ese detalle oscuro sobre la efervescencia colectiva debía ser mi interruptor de emergencia, una negación calculada para mantenerlo desesperado, concentrado y completamente a mi merced, pero me sorprendió.

Algo que hace cada vez más últimamente.

Pero la sorpresa sienta bien porque, por primera vez en tres años, no solo estoy sobreviviendo detrás de mis muros. Estoy viviendo. La armadura está esparcida por el suelo de mi

apartamento junto con nuestra ropa, y en lugar de sentirme expuesta, me siento poderosa. Y, en algún punto del camino, sucedió lo imposible.

Empecé a confiar en él.

—Siguiente pregunta. —Trazo una línea con el dedo por su pecho, catalogando cada espasmo involuntario—. Una fácil esta vez. Define estratificación social.

Traga con dificultad, la garganta trabajando visiblemente.

—Las desigualdades sistemáticas entre grupos en la sociedad. Basadas en riqueza, poder y prestigio.

—Bien. —Me inclino hasta que mis labios apenas rozan su oreja, notando cómo todo su cuerpo se estremece—. Dime qué quieres, James.

Cuando habla, la honestidad cruda atraviesa mis defensas con precisión quirúrgica.

—Quiero probarte. Por favor. Llevo semanas pensando en ello.

El calor se acumula entre mis muslos, pero es la mirada en sus ojos lo que más me llega —no solo deseo, sino una necesidad genuina de darme placer, de adorarme como debería haberlo hecho hace tres años— y justo en ese momento me doy cuenta de que podría pedir cualquier cosa y diría que sí.

Me muevo en el sofá, pasando una pierna por encima para sentarme a horcajadas sobre su cara. La posición me deja expuesta de maneras que no tienen relación con la desnudez; es íntima y vulnerable, requiere que me ponga en sus manos (o, más bien, en su boca). Pero mientras que hace un mes mi cerebro habría estado gritándome, ahora mismo está ansioso.

Sus manos agarran mis muslos, guiándome hacia abajo con suave insistencia. El primer toque de su lengua me arranca un jadeo, impactante contra terminaciones nerviosas sensibles, y él gime contra mí como si yo fuera sustento, la vibración resonando por todo mi sistema nervioso.

Y, justo entonces, tomo una decisión consciente: me suelto.

Dejo de pensar y simplemente siento —el calor húmedo de su boca, la barba áspera contra la cara interna de mis muslos, la forma en que gime como si complacerme fuera su objetivo primario. Mis

manos se enredan en su pelo, ese suave caos que he querido agarrar desde el primer día, y cuando tiro más fuerte de lo que pretendía, emite un sonido de pura aprobación.

—Joder, James, justo ahí...

Redobla el esfuerzo con entusiasmo, sugiriendo que ha encontrado su vocación, la lengua trabajando mientras sus manos aprietan con fuerza suficiente para dejar huellas dactilares que catalogaré después. Cuando desliza dos dedos dentro de mí, la tensión en mi centro alcanza masa crítica, y mi orgasmo llega vergonzosamente rápido.

Grito, fuerte y sin restricciones de una forma que nunca me he permitido, mi cuerpo convulsionando mientras el placer me envuelve como la marea. No es solo liberación física, es una pérdida total de cada último vestigio de defensa contra James Fitzgerald mientras me deshago en su lengua.

Después, estoy deshuesada, temblando, sostenida únicamente por sus manos. Cuando consigo moverme hacia atrás, me mira como si acabara de revelar algún gran secreto del universo. Sus labios y barbilla brillan con la evidencia, y sus ojos están suaves con algo que me constriñe el pecho.

—Eres preciosa —dice, ronco y maravillado—. Dios, Morgan, eres tan jodidamente preciosa cuando te sueltas.

Me inclino y lo beso, saboreándome a mí misma. Es ácido, íntimo, prueba empírica de confianza. Sigue dolorosamente duro contra mi estómago, y cuando me muevo deliberadamente, gime dentro de mi boca con una desesperación que desata una espiral de excitación fresca a través de mí.

—Otra pregunta —murmuro—. ¿Cuál era la teoría de Weber sobre la autoridad legítima?

Se ríe, sin aliento y algo histérico.

—¿En serio? ¿Mi cerebro es sopa y todavía quieres seguir con esto?

—Contesta la pregunta. —Le aparto la mano de un manotazo cuando intenta alcanzar mi pecho—. O se acabó la diversión.

—Tres tipos —jadea mientras me froto contra él, sintiendo su longitud deslizarse contra mi humedad—. Tradicional, basada en la

costumbre. Legal-razional, basada en normas. Y carismática... —Se corta con un sonido estrangulado cuando envuelvo mi mano alrededor de él—. Basada en las cualidades personales del líder.

—Buen chico. —El elogio lo hace contraerse, otra gota formándose—. ¿Qué quieres ahora?

—A ti. —Sin vacilación, sin actuación. Solo honestidad que impacta con fuerza—. Quiero estar dentro de ti mientras te hago mía y tú me haces tuyo.

Nuestros ojos se encuentran y considero cruzar este último umbral. Me doy cuenta de que ni siquiera hay un instante de vacilación. Me posiciono sobre él, tres años de rabia y atracción negada cristalizándose en este único momento, sabiendo que esta vez no voy a huir.

—Morgan —susurra, y mi nombre nunca ha sonado así. Es un juramento, una súplica y una respuesta a preguntas no formuladas, todo en uno.

Me dejo caer sobre él en un movimiento lento y deliberado.

Los dos gritamos, la sensación abrumadora, él estirándose, llenándose por completo, calor y presión hechos uno. Sus manos vuelan a mis caderas, agarrando con fuerza, pero no me importa porque quiero pruebas de que esto sucedió, de que lo dejé entrar, de que nos elegimos.

Marco el ritmo, subiendo y bajando, observando su cara contorsionarse de placer rayano en la agonía. Sus ojos no paran de cerrarse y abrirse de golpe como si temiera que voy a desaparecer si parpadea. La maravilla mezclada con la desesperación mezclada con algo peligrosamente cercano a la devoción acelera mi ritmo cardíaco.

—Se siente increíble —jadea, sin filtro—. No puedo...

Lo silencio con un beso, tragándome sus palabras y sus sonidos desesperados mientras lo monto más fuerte. El ángulo es óptimo, golpeando un punto que hace que mi visión se fracture. Se lo doy tan fuerte como puedo, pero justo cuando siento que su cuerpo empieza a tensarse y su liberación empieza a construirse, me doy cuenta de que quiero más.

Quiero desmontarlo por completo.

—Una pregunta más —digo, levantándome del todo, la pérdida arrancándonos un quejido a ambos.

—Morgan, joder, por favor...

—¿Cuál es el concepto de habitus de Bourdieu?

De hecho se ríe, sin aliento y roto.

—Me estás matando.

—Contesta la pregunta.

—Son las disposiciones internalizadas que guían el comportamiento. La forma en que las estructuras sociales pasan a formar parte de cómo pensamos y actuamos inconscientemente. Como la manera en que yo aparentemente estoy condicionado a ponerme más duro cada vez que me examinas sobre teóricos franceses muertos.

—Bien. —Me recoloco en el sofá, a cuatro patas, la espalda arqueada en una invitación clara—. Ahora fóllame como si te lo hubieras ganado.

El sonido que emite desafía clasificación. Entonces está detrás de mí, manos marcando mis caderas, deslizándose de nuevo dentro con un gemido que parece molecular. Esta posición es diferente —más profunda, más intensa, con ángulos que me hacen ver mapas de constelaciones y estrellas por descubrir.

Mientras establece un ritmo brutal, su mano encuentra mi clítoris, frotando círculos apretados mientras habla como si estuviera confesando.

—No he dejado de pensar en ti, Morgan. En cómo te veías en aquella biblioteca, deshaciéndote entre mis brazos. Llevo semanas pajeándome con ese recuerdo.

La imagen —él solo, la mano alrededor de sí mismo, pensando en mí— me lanza en espiral. Pero entonces ralentiza, me levanta hasta que mi espalda se apoya contra su pecho, un brazo acunando mi pecho con ternura... con protección... mientras el otro continúa su trabajo devastador sobre mi clítoris.

—Lo siento —dice contra mi oreja—. Por todo. Por aquel verano. Por ser un cobarde. Por la gala. Por cada vez que elegí la risa fácil en lugar de la verdad difícil.

La disculpa —directa, sincera, sin evasión— desbloquea algo profundo.

—Me estaba enamorando de ti aquel verano —admito.

—Lo sé. —Sigue moviéndose dentro de mí, lento y profundo, pidiendo perdón con cada embestida—. Estaba aterrorizado. Tú eras real, seria y perfecta, y yo no sabía cómo ser eso. Así que hice lo que hago siempre —convertirlo en una actuación— y me he arrepentido cada día desde entonces.

Me giro para mirarlo.

—No lo hagas otra vez —digo, apenas audible.

—Nunca. —Me besa con desesperación, firmando un contrato vinculante con su lengua.

Entonces se mueve más rápido, ayudándome a escalar hacia algo masivo, algo que reestructura cosmovisiones. Y cuando el orgasmo golpea, grito su nombre, convulsionando, los músculos internos apretándose alrededor de él tan fuerte que podrían no soltarlo nunca.

Lo siento seguirme, pulsando dentro de mí mientras se corre con un sonido roto que podría ser mi nombre, podría ser una oración, o podría ser ambas cosas. Y cuando terminamos, nos desplomamos hacia delante, él aún dentro de mí, respirando como si hubiésemos jugado una prórroga a muerte súbita. Su peso debería sentirse opresivo. En cambio, se siente perfecto.

Después de un momento, se retira con cuidado antes de enroscarse a mi alrededor en mi sofá. Estamos enredados, sudorosos, con el corazón todavía desbocado, y no estoy segura de haberme sentido nunca más feliz. Porque por primera vez en años me siento cálida y conectada y plena. Y no hay una sola parte de mí que quiera huir.

—Bueno —dice finalmente, besándome el hombro—. ¿He aprobado?

Me río, sorprendiéndome a mí misma.

—El examen es mañana, idiota.

—Me refería a tu prueba.

Me giro para mirarlo. Su cara es suave, vulnerable y completamente sin máscara.

—Los resultados preliminares son prometedores —digo—. ¿Qué viene después?

La pregunta queda suspendida, cargada. Porque este es el momento en que todo podría irse a la mierda. Pero también es el momento en que podríamos desbloquear una posibilidad si él quiere. Y, por primera vez en tres años, puedo imaginar un futuro no construido sobre el aislamiento, un futuro donde la confianza no es una debilidad, un futuro con él.

—Todo —dice simplemente—. Desayunos donde quemo los huevos. Yo en cada partido, con tu número. Discusiones en el supermercado sobre leche orgánica. Peleas por Netflix —tú querrás documentales, yo querré comedia, y llegaremos a un acuerdo con true crime— y sexo realmente espectacular.

—Son muchas promesas.

—Las cumpliré todas —dice—. No me voy a ninguna parte. Si me aceptas.

Una sonrisa genuina se extiende por mi cara.

—Somos un equipo, Fitzgerald —digo.

Su sonrisa en respuesta podría alimentar toda la costa este.

—El mejor puto equipo.

Me incorporo, los músculos protestando, y me bajo del sofá. Él emite un sonido de protesta, las manos estirándose, pero me levanto de todas formas, gloriosamente desnuda y sin una pizca de pudor por posiblemente la primera vez en mi vida. Sus ojos me recorren con un calor que me hace querer abandonar todo plan y volver a montarme encima de él.

—Vístete —digo, deslizándome en voz de capitana teñida de afecto y satisfacción posorgásmica—. Tenemos trabajo.

—Morgan... —Parece que le hubiera cancelado la Navidad.

—Tienes un examen mañana. —Recojo mi ropa interior del suelo y me la pongo—. Pese a lo que acaba de ocurrir, todavía necesitas estudiar.

Gime, dejándose caer hacia atrás con puro melodrama.

—¿De verdad me vas a hacer estudiar después de eso?

Me pongo el sujetador, notando cómo sus ojos rastrean cada movimiento para futura referencia.

—Sí, vamos a estudiar.

—¿Vamos? —Se incorpora tan rápido que casi se cae, la esperanza iluminando toda su cara—. ¿Del tipo pregunta-respuesta-y-follamos?

Le lanzo sus bóxers a la cara con quizás excesiva fuerza.

—Eres un desastre andante...

—He recordado el habitus de Bourdieu mientras estaba dentro de ti —señala—. ¿Seguro que eso cuenta como crédito extra?

Se levanta y se acerca hasta donde estoy abrochando su camisa, que confisqué durante nuestro enredo de ropa. La tela huele a él, y he decidido que ahora es mía. Sus manos se posan en mi cintura, cálidas a través del algodón fino, atrayéndome contra él para un beso lento, profundo y perfecto.

—Gracias —dice contra mi frente—. Por confiar en mí, por otra oportunidad, y por la mejor sesión de estudio en la historia académica.

—No me las des todavía —digo, sonriendo de esa forma preocupantemente natural y nueva—. Espera a ver mis métodos de estudio reales. Tarjetas con código de colores organizadas por marco teórico, desarrollo cronológico y probabilidad de aparición en el examen basada en patrones previos.

Se ríe, brillante y genuina y completamente sin guardia.

—Eso es lo más sexy que has dicho en tu vida.

Nos vestimos —más o menos—, él en bóxers y vaqueros peligrosamente bajos, yo en su camisa y mi ropa interior. Es doméstico de una forma que debería activar mis protocolos de seguridad pero no lo hace. Nos movemos el uno alrededor del otro con una facilidad sorprendente, como si lleváramos años haciendo esto en lugar de horas.

Cuando nos sentamos a la mesa de mi cocina con su maltrecho libro de texto y mis extensas notas (plastificadas, con referencias cruzadas, obviamente), estira la mano para tomar la mía. Y la sostiene, durante mucho tiempo, mientras discutimos las teorías de hombres europeos muertos.

Es el primer paso en un futuro que ninguno de los dos vio venir pero que ambos elegimos. Es una señal de que nuestra verdadera

historia —no la escrita por heridas y estrategias defensivas— acaba de empezar. Y por primera vez en tres años, no me pregunto cuándo fallará ni estoy empeñada en estar sola.

Solo estoy... feliz.

cuarenta

ROOK

LAS NOTAS se publican en doce minutos y trece segundos, y ni siquiera puedo concentrarme en eso.

Porque tengo el peso de Morgan sobre el pecho, su pelo rojo desplegado como una especie de bengala de emergencia preciosa, haciéndome olvidar del portal de la universidad que espera para decirme si tanto estudiar para el examen me ha bastado para aprobar.

Los últimos tres días se difuminan en uno solo: su apartamento convirtiéndose en nuestro espacio, esos pequeños soniditos que hace cuando se concentra, el descubrimiento de que no se quita los calcetines durante el sexo cuando hace frío (lo cual es, de algún modo, lo más caliente que he experimentado en mi vida), y aprender que debajo de esa coraza hay algo suave.

La luz de la mañana se filtra por sus persianas, pintando líneas sobre la cama. Ella sigue profundamente dormida, lo que no sorprende después de nuestra maratón de anoche... y de las tres de la madrugada... y otra vez a las seis, porque al parecer tres años de tensión sexual acumulan intereses como un usurero verdaderamente agresivo.

Se remueve contra mí, su muslo deslizándose entre los míos. — Buenos días —murmura contra mi pecho, el aliento cálido sobre mi piel.

—Buenos días. —La atraigo para un beso, lento y concienzudo, aliento matutino incluido—. Las notas se publican a mediodía.

Morgan se apoya sobre los codos, sus pechos presionando contra mi torso de una forma que manda la sangre al sur, directa a mi polla. —Sabíamos que esto iba a pasar.

—Sí, pero saber y saber son cosas distintas. —Mis manos encuentran sus caderas, necesitando un ancla—. ¿Y si la cagué? ¿Y si...?

Me silencia con un beso. —No la cagaste. Te sabías todas las respuestas durante nuestras... innovadoras sesiones de repaso...

—Morgan, hablo en serio. —Las palabras se me escapan en carne viva—. Necesito saber que puedo con esto. Que no soy solo un deportista idiota que tuvo suerte con la política de exenciones, y que merezco liderar a esos tíos en el hielo, aunque lo haga solo la mitad de bien que tú...

—Para. —Su mano se apoya sobre mi corazón desbocado—. No eres idiota, tu cerebro simplemente funciona distinto, con un procesador caótico en vez de uno lineal. Hiciste el trabajo, James, tanto el de estudiar como el de la capitanía, cariño. Cada traspasada, cada pregunta de práctica, cada sesión extra en el hielo, cada vez que no te rendiste.

—Pero yo...

—No —dice—. Tus chicos te quieren, tanto al payaso como al capitán al que siguen ahora que entienden tu ritmo y ven que te lo tomas en serio.

La sinceridad en su voz me aprieta la garganta. La atraigo para otro beso, volcando en él todo lo que no sé decir. A mitad del beso, justo cuando las cosas amenazan con desviarse hacia territorio caliente, mi estómago ruge con la fuerza suficiente para despertar a los vecinos si no fuera ya mediodía.

—Dios, ¿eso has sido tú o un oso? —Se rueda de encima de mí, y al instante echo de menos su calor—. Venga, necesitas comer antes de que te consumas.

No hago ningún amago de salir de la cama, y me limito a mirar cómo se levanta y se pone mi camiseta y nada más. El dobladillo apenas le cubre el culo, y cuando estira el brazo para coger una

goma del pelo, me da un destello que me cortocircuita el cerebro y me pone la polla en posición de firmes otra vez.

—Comida —digo—. Sin duda estoy pensando en comida.

Me lanza su cepillo, pero se está riendo. —Pervertido —dice.

En la cocina, la luz del sol ilumina su sistema de organización quirúrgico. Todo está alfabetizado y ordenado. En los tres días que llevo compartiendo su espacio, me he inventado un jueguecito que consiste en dejar rastros de mi presencia en cada rincón perfectamente organizado.

—Tu tarea —dice, señalando la tostadora—. Tiene dos modos: crudo y carbón, con una ventana de tres segundos entre ellos.

—Atleta de División I. —Me encojo de hombros—. Creo que puedo con un pan.

Me dedica una mirada que sugiere serias dudas, y luego se vuelve hacia su cafetera, una especie de nave espacial italiana con más botones que mi PlayStation. Pero aunque estoy encargado de la tostada, no puedo evitar mirarla agachada, buscando filtros en un armario bajo, la camiseta subiéndose, revelando la curva perfecta de su culo.

La tostadora puede esperar, exige mi cerebro. De hecho, la tostadora que se vaya a la mierda.

Me acerco por detrás, mis manos encontrando sus caderas, atrayéndola contra mí para que sienta exactamente lo que esa vista me provoca. —Te deseo... —digo.

—James, la tostada...

—Que le den a la tostada. —Encuentro ese punto detrás de su oreja que la derrite. Mis manos se deslizan bajo la camiseta, sobre piel cálida, subiendo hasta cubrirle los pechos. Sus pezones ya están duros contra mis palmas, y cuando los ruedo entre los dedos, se arquea hacia atrás.

—Nos quedan como cinco minutos antes de...

—De que se publiquen las notas. Lo sé. —La giro, la levanto y la siento en la encimera. El frío le arranca un grito, pero entonces la estoy besando y ella me devuelve el beso, sus piernas envolviéndose en mi cintura, atrayéndome más cerca. Después, la camiseta

desaparece, revelando toda esa piel pálida marcada con moratones de hockey y las huellas de mis dedos.

Le beso el cuello hacia abajo cuando el recuerdo me golpea, repentino y vívido. El aula del examen, las luces fluorescentes zumbando sobre mi cabeza, la mano agarrotada mientras miraba fijamente la pregunta treinta y siete: Explique la teoría del poder de Foucault y su relación con el conocimiento.

Mi mente se había quedado en blanco. Entonces recordé a Morgan de rodillas, mi polla en su mano, mirándome hacia arriba con esos ojos desafiantes mientras me hacía una pregunta muy parecida. Me había recompensado metiéndosela hasta el fondo en la boca, y ese recuerdo fue lo que me permitió escribir la respuesta en el examen.

—¿James? —La voz de Morgan me trae de vuelta—. ¿Adónde te has ido?

—Pensando en tus métodos pedagógicos.

Sus ojos se oscurecen con el recuerdo. —¿Eficaces?

—Dignos de un Nobel. —Me sitúo entre sus piernas—. Te necesito.

—Entonces deja de hablar.

Me bajo los bóxers y entro en ella de una sola embestida, y los dos gemimos. Está empapada, y me hundo hasta el fondo como si mi polla bajara por un tobogán acuático. Después de tres días, pensarías que la novedad se habría desvanecido, pero cada vez es como llegar exactamente a donde pertenezco.

Encontramos un ritmo entre la adoración y la desesperación. Ella hace esos sonidos que anulan mi cerebro por completo, y pronto la siento acercarse, sus músculos palpitando a mi alrededor. Llevo la mano entre nosotros, encuentro su clítoris, lo rodeo con el pulgar con la presión constante que he descubierto que la vuelve loca.

—James, voy a... joder, ahí, justo ahí...

Y entonces lo huelo.

Humo.

Humo de verdad.

No humo metafórico y sensual.

Auténtico algo-se-está-quemando-sin-duda humo.

—¿Se está quemando algo? —digo.

Abre los ojos de golpe. —¡La puta tostada!

El humo negro sale a borbotones de la tostadora como si estuviéramos señalizando nuestra posición a los equipos de rescate más cercanos, y un segundo después la alarma de humo se dispara, chillando a una frecuencia capaz de romper cristales y posiblemente mis ganas de vivir. Porque no hay nada como un fuego literal para matar el metafórico.

Salgo de ella, mi polla protestando a base de latidos, y nos lanzamos a la acción. Ella agarra un paño de cocina mientras yo arranco el enchufe de la pared. Mientras nos movemos, estamos completamente desnudos, mi erección balanceándose como si estuviera personalmente ofendida por la interrupción y sus pechos rebotando mientras ella se mueve.

—¡Abre la ventana! —grita.

—¡Lo intento!

Tiro de la ventana, pero está sellada con pintura por generaciones de caseros que jamás han conocido una solicitud de mantenimiento que no pudieran ignorar. Desistiendo, miro cómo Morgan se sube a una silla, todavía desnuda y jodidamente sexy así, y pulsa el botón de la alarma hasta que por fin se calla.

Nos quedamos de pie en el silencio repentino, rodeados de humo, mirándonos. Tiene el pelo salvaje, hollín en la mejilla, y una mano en la cadera como si estuviera a punto de hacerle una evaluación de rendimiento a la tostadora. Entonces empieza a reírse —una risa real, descontrolada, de lágrimas rodando por las mejillas—.

—Tu cara —consigue decir entre jadeos—. Parecías tan personalmente traicionado, como si la tostadora hubiera conspirado específicamente contra tu polla.

—¡Así fue! —protesto, aunque mi polla sigue igual de dura por ella—. ¡Estábamos teniendo un momento! ¡Un momento precioso y libre de Foucault!

—¡Casi incendiarnos mi cocina!

—Tostado agresivo, como mucho. El humo es solo... vapor de entusiasmo.

Sigue riéndose cuando su teléfono vibra. Lo mira. —Mills se ha adelantado un minuto —dice, girando la pantalla hacia mí—. Tiene un contacto.

FITZGERALD, JAMES R. SOCIOLOGÍA 421 — NOTA FINAL: B—

El mundo se detiene. —Yo... —Se me quiebra la voz del todo—. Joder.

Sus brazos me envuelven antes de que me dé cuenta de que estoy llorando —no sollozando, pero las lágrimas están ahí sin duda, y me da igual porque he sacado mejor nota que el C+ de media que le estaba suplicando al universo—. Es una nota real, legítima, un aprobado que significa que podría seguir jugando incluso si no le hubiéramos parado los pies a Galloway.

—He aprobado —respiro contra su cuello—. Morgan, un B— de nota final significa que saqué como mínimo un A— en el examen.

Se separa, enmarcándome la cara con las manos. El orgullo en sus ojos hace que el pecho se me expanda peligrosamente. —Hiciste el trabajo, James. Esto es tuyo.

—No —corrijo, volviéndola a sentar en la encimera—. Esto es nuestro, porque sin ti Foucault me habría fulminado.

Su risa de sorpresa es mejor que cualquier regalo. —Mírate, haciendo chistes sobre académicos muertos...

—Estudiante de sociología con un B— ahora, así que soy prácticamente un erudito. —Sonríó—. Puede que empiece a llevar esas gafitas pequeñas y a cargar libros por ahí.

Me besa entonces, lento y profundo. —Deberíamos celebrarlo —dice, su mano envolviéndose alrededor de mí.

—El partido...

—Es dentro de tres horas. —Me acaricia despacio, deliberadamente—. Tenemos tiempo.

—Morgan...

—Cállate y fóllame, Fitzgerald. Soy tu premio al rendimiento académico.

Así que lo hago. Ahí mismo, en su cocina con olor a humo, con tostada carbonizada como incienso y un B— demostrando que soy más de lo que nadie pensaba. La follo despacio y profundo, memorizando cada expresión —cómo se le abre la boca, el rubor

extendiéndose por su pecho, cómo se muerde el labio cuando está a punto—.

Cuando se corre, mi nombre en sus labios, apretándose alrededor de mí con tanta fuerza que veo estrellas, la sigo al otro lado.

Después, cuando hemos ventilado la cocina y ella ha preparado unos huevos que no requieren extintor, nos sentamos a su mesa mirando mi nota en su portátil. Ella lleva mi camiseta otra vez y yo solo los bóxers, y parecemos un anuncio de felicidad doméstica dirigido por alguien con estándares de seguridad cuestionables.

—¿Sabes lo que esto significa? —pregunta, buscando mi pie con el suyo bajo la mesa.

—¿Que mi cerebro coopera de vez en cuando?

Me da un capirote en la oreja, pero suave. —Significa que estás habilitado. Oficialmente.

Sonrío y asiento, porque en unas horas pisaré el hielo para el último partido en casa del semestre. Y quizá, por primera vez en todo el año, sabré que merezco estar ahí. Seré un hombre que se ha ganado la capitanía, el respeto de sus compañeros y de su universidad, y que sabe ser serio y divertido cuando el momento lo pide.

—Gracias —le digo—. Por creer en mí, por la enseñanza creativa...

—¿Especialmente eso?

—Especialmente esos. —Le beso cada nudillo—. Pero sobre todo por verme. Al yo de verdad.

Su mirada se suaviza. —De ese es del que me enamoré.

—Bien. Porque ahora es tuyo. Sin devoluciones ni cambios.

—¿Garantía de por vida?

—Con cobertura extendida y mantenimiento gratuito.

Se ríe. —James, yo...

—Te quiero —le digo, cortándola.

Sonríe, radiante y real, y pienso en cómo hace tres años huí de este sentimiento. Ahora, sentado en su cocina con el fantasma de la tostada flotando todavía, con ella envuelta en mí, no me imagino en

ningún otro sitio. Y aunque no esté lista para decirlo aún, no pasa nada, porque sabe que hablo en serio.

Y sé que ella no va a salir corriendo.

—Venga —dice, poniéndose de pie, tirando de mí—. No puede ser que nuestro portero titular llegue tarde porque estaba celebrando su nota mediocre en sociología.

—¡Un B— está por encima de la media!

—Para jugadores de hockey, quizá.

La persigo hacia el dormitorio, los dos riéndonos, esquivando muebles como si estuviéramos haciendo ejercicios, y pienso que quizá esto es lo que se siente de verdad al ganar. No el rugido de la multitud ni el peso de los trofeos, sino esto: la risa de Morgan resonando en las paredes, un aprobado que demuestra que soy más de lo que nadie pensaba, y la seguridad de que por fin estoy exactamente donde pertenezco.

Cómodo con ella, con mi equipo y conmigo mismo.

El silencioso y la Reina del Hielo, aprendiendo a ser ruidosos juntos.

epílogo 1

MORGAN

EL MOMENTO en que decido quedarme en esta reunión familiar en lugar de huir a mi coche podría ser lo más valiente que he hecho en todo el mes, y eso incluye plantarle cara a Galloway con un ejército de deportistas. Y si eso no es prueba de cuánto me estoy enamorando de James, entonces no sé qué lo es.

De pie en la esquina del salón, aferrándome a una botella sudada de Bud Light, observo el caos de la familia Fitzgerald desplegado en todo su esplendor. La calefacción está a tope para compensar las corrientes de las ventanas, creando un microclima tropical y sofocante dentro de la casa. Los niños juegan, los adultos discuten por encima del rugido del partido de fútbol americano en la tele, y el aire huele a una mezcla de velas de pino y carne quemada.

Y en medio de todo, James es el artista que entretiene a los niños.

—¡Tío Jamie! ¡Tío Jamie! ¡Mira, voy a hacer la rueda!

—¡No, mírame a mí! ¡Yo puedo hacer dos ruedas!

—¡Tío Jamie, puedo eructar el abecedario!

Tengo que admitirlo: tiene gracia ver cómo lo asaltan tres niños cargados de azúcar que por lo visto comparten el gen del caos alegre que lleva en el ADN. Y ahora mismo está tirado boca arriba en la alfombra de pelo largo, con todo el cuerpo vibrando de risa.

Una sobrina le cuelga del brazo, usándolo de gimnasio de barras; otra se le ha sentado en el pecho y está demostrando lo que suena como el abecedario filtrado por un triturador de basura; y la más pequeña —de unos cuatro años, con sus mismos ojos marrones— lo está enterrando metódicamente bajo una montaña de cojines.

El caos y el volumen absolutos —niños chillando, rock clásico atronando desde la cocina, la voz retumbante de Sean Fitzgerald desde la terraza cada vez que abre la puerta corrediza— deberían estar volviéndome loca, obligándome a replegarme dentro de mí misma.

Hace un mes, lo habrían hecho.

Pero aquí estoy, tomando la decisión consciente, momento a momento, de quedarme.

—Morgan, cariño, ¿podrías sacar la ensalada de papa del refrigerador? —pregunta Karen Fitzgerald, pasando a toda prisa con una bandeja de aperitivos.

Asiento y dejo mi cerveza. —Claro que sí.

Y cuando me doy la vuelta, añade: —Y asegúrate de que Sean no haya dejado sus latas de cerveza por toda mi encimera limpia antes de volver a salir al frío.

La cocina parece un santuario de la agresividad pasiva. Todo está etiquetado, y hay una lista de «REGLAS DE LA COCINA» pegada al refrigerador que incluye joyas como «NADA DE CUCHARAS MOJADAS EN EL AZÚCAR» y «EL LAVAVAJILLAS SE PONE A LAS 8 P.M. — SIN EXCEPCIONES».

Encuentro la ensalada de papa. Junto a ella, tres latas vacías de Coors Light se alzan en formación desafiante sobre la encimera de mármol, colocadas con lo que tiene que ser un antagonismo deliberado junto a un cartel que dice: «NADA DE BEBIDAS EN LA ENCIMERA — ¡¡¡Usa un posavasos!!!»

Podría dejarlas, porque este no es mi circo y no son mis osos emocionalmente atrofiados. Pero James me invitó aquí, a este campo de minas donde creció aprendiendo a navegar, confiando en mí lo suficiente como para enseñarme de dónde viene y quizá —sin decirlo con palabras— para mostrarme parte de la historia.

Y la complicidad significa que a veces recoges las latas de cerveza aunque cada instinto te grite que mantengas una distancia segura de la disfunción ajena. Así que las recojo, las tiro al reciclaje y siento una microdosis de orgullo al desactivar las minas de Sean.

Cuando vuelvo al salón, ensalada de papa en mano, la escena ha cambiado. James ha escapado del fuerte de cojines y está de pie junto a la puerta corrediza. Afuera en la terraza, envuelto en un abrigo pesado con una cerveza en la mano enguantada, Sean Fitzgerald ejecuta el antiguo ritual suburbano: asar carne bajo temperaturas heladas porque «la carne no debería activar la alarma de humo».

Sean abre la puerta corrediza, dejando entrar un chorro de aire ártico que choca violentamente con el salón recalentado. —La clave —anuncia a toda la sala, gritando por encima del viento— es el dorado. Quieres que las marcas de la parrilla queden perfectas. Eso es lo que separa el asado de verdad de las tonterías que Karen hace con su parrillita eléctrica de George Foreman...

—Los vas a quemar otra vez —Karen le corta el sermón desde la puerta de la cocina—. Como la última vez. Cierra la puerta, estás dejando salir el calor.

La presión del aire desciende, y he jugado suficiente hockey como para reconocer la pausa antes de que el defensa se lance al golpe. La máscara jovial de Sean se desliza, revelando algo más mezquino debajo.

—Sé cómo asar una hamburguesa, Karen —suelta, plantado en la puerta abierta, dejando que la corriente helada nos congele a todos.

—Y aun así, de alguna forma, siempre terminan sabiendo a cenicero. —Ella sigue sin mirarlo, con las manos ocupadas acomodando servilletas—. Pero qué voy a saber yo, si solo soy la que tiene que ver cómo todos ahogan sus hamburguesas en condimentos para que la suela de zapato sea comestible.

La familia entera contiene el aliento. El cuerpo de James cambia: los hombros se aprietan, el peso se desplaza a la punta de los pies, y de verdad puedo ver cómo calcula qué caos desatar. ¿Debería tirar el tazón de papas fritas? ¿Contar un chiste inapropiado? ¿Lanzarle un cojín a su sobrino?

Pero entonces sucede algo extraordinario.

Se queda quieto. No congelado, sino sereno, como nubes de tormenta que deciden no romperse. Camina hacia la puerta corrediza, apoya una mano en el marco para bloquear el viento y se gira hacia su padre. Cuando habla, su voz no lleva nada de su volumen performativo habitual. Es baja, firme y absolutamente inamovible.

—Papá, ya está bien —dice—. Morgan está aquí, y estamos intentando pasarla bien, así que hoy no, ¿ok?

Las palabras aterrizan en mi pecho como tragar luz de sol, porque este es James eligiendo algo diferente, también. Yo había elegido quedarme y mantenerme abierta, y él había decidido desactivar la situación no con payasadas y melodrama, sino con la autoridad serena de un hijo mayor.

La boca de Sean se abre. Se cierra. Se abre otra vez. Claramente intenta procesar la nueva información, el hecho de que su hijo —el conserje emocional de la familia, el que se supone que desvía, no confronta— acaba de trazar una línea en la arena frente a todos.

—¿Disculpa? —La voz de Sean baja a ese tono peligrosamente quieto que pone nerviosos a niños y perros.

—Dije que no vamos a hacer esto. —James no se mueve y no se inmuta. Su quietud es magnética, de pie entre la calidez del salón y el frío de la terraza.

—Cocina las hamburguesas como quieras, y mamá puede opinar lo que quiera, pero no vamos a convertir esto en un lío. Hoy no.

Observo el rostro de Sean recorrer confusión, rabia y luego cálculo. Se da cuenta de que la marea está en su contra —con su hijo en franca rebelión y los demás visiblemente incómodos—, así que pivotea. Entra, cierra la puerta corrediza contra el frío y le da una palmada pesada en el hombro a James. El gesto parece paternal pero se siente depredador.

—Hablando de «hoy no» —la voz de Sean tiene ese tono particular de los padres que alcanzaron su cúspide en la preparatoria —, leí un artículo el otro día que decía que tal vez no te seleccionen en verano. —Deja que eso cale, mientras se baja la cremallera del

abrigo—. Todo ese talento desperdiciado, James. ¿Para eso fue todo lo que sacrificamos?

Las palabras dan justo en el blanco. Son lo bastante públicas como para que James no pueda retirarse sin quedar mal, lo bastante específicas para herir, y dichas con la dosis justa de decepción para activar cada miedo de infancia programado en él. Es magistral en su naturalidad, y lo odio un poco por lo bueno que es en esto.

Sean Fitzgerald es un compositor experto de manipulación emocional y miseria familiar.

Veó las palabras dar justo en el blanco, el momento en que la herida se abre en los ojos de James, ese destello de miedo de niño pequeño de que no es suficiente. El chiste se está formando — puedo verlo construyéndose detrás de sus dientes, listo para explotar y desviar— porque está claro que sin importar cuánto haya avanzado, hay dolor que corta demasiado hondo.

Así que no pienso, solo me muevo.

Cruzo el salón y le tomo la mano libre, entrelazando los dedos con certeza deliberada. Su palma está caliente, y aprieto con la fuerza necesaria para que lo sienta a través de cualquier espiral en la que esté entrando. El toque dice lo que no puedo decir en voz alta.

Te quiero. Todo entero. Eres suficiente. Estás a salvo conmigo. Y él es un imbécil.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos, casi desesperados. El temblor se estabiliza. Cuando habla, su voz se mantiene tranquila. — En realidad, papá, acaban de nombrarme Portero del Semestre de la NCAA y mi agente me acaba de decir que prácticamente estoy asegurado para ir en las dos primeras rondas de la selección.

Las palabras aterrizan con precisión perfecta. La boca de Sean se mueve sin sonido. La cabeza de Karen se gira de golpe desde la cocina. Hasta los niños perciben algo importante, y su caos se apaga para observar. Devuelve el foco a la basura y la crueldad de Sean, y él se marchita bajo el reflector.

Pero yo estoy demasiado ocupada celebrando a James como para importarme.

Nunca me había contado este logro enorme, esta prueba concreta de que no solo es bueno sino excepcional. Algo feroz y protector me inunda el pecho. Se guardó esta verdad tranquila para sí mismo, valiosa por derecho propio, sin necesitar convertirla en espectáculo para recibir validación.

—Pero eso es asunto mío —continúa James, todavía firme, todavía sosteniendo mi mano—. Mi carrera, mis decisiones, mi vida. Ya no la vamos a disecar mientras comemos hamburguesas.

El rostro de Sean pasa por una recalibración rápida. El guion de las críticas se ha roto, dejándolo como un idiota, así que recurre por defecto al orgullo excesivo y performativo. —¡Portero del Semestre! —Su voz retumbante regresa mientras se quita el abrigo—. ¿Oyeron eso, todos? ¡Mi hijo! ¡De eso es de lo que hablo! Siempre supe...

—Sí —lo corta James con un pequeño encogimiento de hombros—. Es lindo contar con tu apoyo de siempre, papá.

Eso es todo, un pequeño comentario sarcástico, y seguimos adelante. Me aprieta la mano una vez más y me regala una sonrisa que es enteramente privada, un secreto compartido a plena vista. La sonrisa hace que algo en mi pecho se tense con reconocimiento, porque esto se siente como la mayor victoria para él.

—Morgan sabe todo sobre construir éxito —dice James, redirigiendo con soltura—. Está levantando un programa de División 1 desde cero.

Y así, sin más, me ha integrado en la conversación sin convertirme en el centro de atención. Me doy cuenta de que sigue regulando la temperatura emocional, pero ahora por elección, no por compulsión. De hecho, es bastante atractivo verlo manejar la sala con intención en vez de pánico.

Empiezo a hablar del equipo, dejando que la logística conocida me calme los nervios. El rostro de Karen pasa de la sorpresa a algo que podría ser interés. Sean parece estar tragándose la lengua, porque su hijo acaba de poner un límite y su novia aparentemente tiene opiniones.

—Ese nivel de organización —dice Karen, saliendo de la cocina, secándose las manos con un paño—. Solo la política...

—El programa anterior de Morgan pasó de club a División 1 en dieciocho meses —añade James, con orgullo calentándole la voz—. Este año, lideran la conferencia en su primer año.

—Pero Jamie va directo a la profesional —dice Sean, abandonando la parrilla afuera para recargarse contra la pared, como si fuera un problema evidente que requiere solución inmediata—. ¿Tú qué piensas hacer, seguirlo a todas partes? ¿O mantener algo a distancia mientras él viaja con el equipo que lo seleccione?

La pregunta está diseñada para crear conflicto, para socavar mis propias perspectivas profesionales y para resaltar una incompatibilidad que ninguno de los dos ha resuelto todavía. La vieja Morgan se habría puesto fría, habría levantado muros. El viejo James habría hecho un chiste. En cambio, nos miramos, y sonreímos.

—A Morgan también la van a seleccionar —dice James, simplemente—. Lo resolveremos.

—Juntos —añado, apretándole la mano, sintiéndolo más de lo que esperaba.

Sean abre la boca —probablemente para citar estadísticas de divorcio—, pero Karen lo interrumpe.

—Las hamburguesas se están quemando —dice, mirando por la puerta corrediza donde columnas de humo salen de la parrilla—. Sean, por el amor de Dios.

Él maldice y abre la puerta corrediza, corriendo de vuelta al frío. La fiesta retoma su ritmo caótico. Los niños vuelven a destruir el salón. La hermana de James llega sacudiéndose la nieve de las botas. El nivel de ruido regresa a su rugido anterior.

Pero algo fundamental ha cambiado. James no actúa por el resto de la tarde. Cuando su padre intenta arrastrarlo a los viejos patrones —como con una historia vergonzosa del primer partido de hockey de James o pullas sobre sus calificaciones—, James simplemente las deja llegar y disiparse.

Ya no participa en la función.

Más tarde, cuando el cielo invernal afuera se ha vuelto negro azabache y los niños se han derrumbado por el bajón de azúcar repartidos por varios sofás, me encuentro en la isla de la cocina con Karen. Ella está empacando sobras, y yo la ayudo porque la

organización me calma. Podríamos ser amigas si ella no fuera tan aterradora.

—Está diferente —dice de repente, sellando un recipiente con fuerza innecesaria—. Más callado.

—No más callado —la corrijo, entendiendo exactamente a qué se refiere—. Solo más intencional con respecto a cuándo hace ruido.

Lo considera, sosteniendo una tapa de táper como si contuviera información clasificada. —¿Tú hiciste eso?

—No. Él lo hizo. Yo solo... —Busco palabras que no suenen a lenguaje de terapia—. Yo solo lo acompañé en el camino, y él me acompañó a mí también.

Karen me mira entonces, de verdad me mira, y por un segundo veo más allá de su armadura algo vulnerable debajo, quizá la mujer que se enamoró de Sean y tuvo la esperanza de poder cambiarlo pero nunca pudo. O quizá la madre que se acostumbró tanto a depender de su hijo para apagar incendios que olvidó cómo hacerlo ella misma.

—Siempre pensé que necesitaba hacer ruido —dice en voz baja—. Que simplemente era así.

—Así es —digo, entendiendo su miedo de haber perdido a su hijo por el cambio—. La diferencia es que ahora es una elección, no una muleta para los demás.

Asiente, y eso es todo. Poco después navegamos los abrazos de despedida y recogemos nuestros abrigos de la pila tambaleante sobre la cama de invitados. Justo cuando nos dirigimos a la puerta, Sean acorrala a James en el pasillo. Todos los músculos de mi cuerpo se tensan, lista para intervenir, pero James me atrapa la mirada y niega ligeramente con la cabeza.

—¿Tu agente está seguro de que vas a ser seleccionado?

—Sí, lo está, papá.

Sean se remueve, visiblemente incómodo con este nuevo hijo que no necesita ni su aprobación ni sus críticas para saber lo que vale. —El premio. Eso es... algo.

—Sí, lo es.

Se quedan ahí, dos hombres que no saben cómo hablar sin su guion familiar de actuación y reacción. Pero la diferencia es que

James ya no necesita las chispas para impulsarse, mientras que está claro que Sean no sabe funcionar sin la fricción. Finalmente, Sean le da una palmada en el hombro a James, más suave esta vez, menos posesiva.

—Maneja con cuidado —dice—. Las carreteras pueden estar resbalosas.

—Así lo haré.

En el coche, el silencio es un alivio bendito. La calefacción zumba mientras nos alejamos del caos. James se estira y me toma la mano. Manejamos en silencio por millas, y la quietud se siente sagrada después de tanto ruido. Su pulgar traza patrones en mi palma que podrían ser palabras, podrían ser promesas, o simplemente él necesitando tocarme.

—Gracias —dice finalmente—. Por venir. Por estar a mi lado. Por... verlo.

—¿Ver qué?

—El momento en que no actué. —Su voz lleva asombro—. Casi lo hago. Dios, casi lo hago. El chiste estaba ahí, listo para disparar. Algo sobre que la parrilla de papá es peor que su golf, para hacer reír a todos y devolver todo a terreno seguro.

—Pero no lo hiciste.

—No. —Me mira un instante—. Recordé que tenía opción. Que el silencio no es mi responsabilidad de llenar. Tú me enseñaste que la calma puede ser segura.

Las palabras llegan a algún lugar profundo. —Y tú me enseñaste que confiar y estar cerca de alguien no siempre significa ceder el control o salir herida.

Me sonrío.

—Hablando de eso —digo, necesitando aligerar las cosas antes de hacer algo vergonzoso—, ¿Portero del Semestre? ¿Pensabas mencionarlo en algún momento?

Se encoge de hombros, con los ojos en la carretera. Y eso, quizá más que cualquier otra cosa hoy, me muestra cuánto hemos avanzado los dos. Su logro existe sin necesitar audiencia, mi presencia no requiere muros, y nuestra conexión es lo bastante

fuerte para sostener a dos personas que hasta hace poco estaban muy rotas.

—Te quiero —le digo, las palabras todavía lo bastante nuevas como para sentirse peligrosas.

—Yo también te quiero —dice, llevándose mi mano a los labios—. Ya no te vas a librar de mí...

—Sí —digo—. Creo que no.

Pero no se siente como estar atrapada.

Se siente como elegir quedarme, elegir confiar y elegirlo a él, caos incluido.

Se siente como llegar a casa.

El sonido de mi teléfono interrumpe el momento, y lo miro. —Mierda...

—¿Qué? —dice.

—Es Walsh —digo, sin aliento, mientras leo las palabras en la pantalla—. Nos acaban de duplicar el presupuesto, y el programa se extiende al año que viene...

—Va a sobrevivir después de que te vayas —sonríe—. Estoy orgulloso de ti, capitana, porque peleaste por esas chicas y construiste algo que va a perdurar.

Asiento, cerrando los ojos para saborear el momento solo un segundo, y luego me giro hacia él con una sonrisa pícara. —¿Hay alguna playa apartada por aquí?

Él se gira hacia mí con el ceño fruncido. —¿Por qué? Está helando.

—Porque quiero celebrar —digo—. Quiero hacer ruido contigo.

epílogo 2

ROOK

LA ARENA muerde fría bajo mis pies descalzos, que ya se me congelan bajo el viento de diciembre, mientras Morgan camina a mi lado, con los dedos entrelazados con los míos. Mientras caminamos en silencio, no dejo de mirarla de reojo como si tuviera quince años y ella fuera la chica de último año que me sonrió sin querer en el pasillo.

Porque aparentemente ahora soy uno de esos idiotas cursis.

La playa se extiende vacía excepto por nosotros y unas gaviotas encogidas contra el frío. En cierto modo, me recuerda a aquella playa donde, hace años, los dos tuvimos nuestra «primera vez» juntos, y luego unos días después lo destruí todo porque ella me hizo una pregunta de verdad y yo me convertí en un descarte ambulante de Comedy Central.

Pero ahora, viéndola en el crepúsculo, con el aire salado del invierno convirtiendo su pelo en un caos precioso, el recuerdo parece menos melancólico y más bien una historia de origen. Porque de alguna manera, volvimos del abismo, a pesar del tiempo y de bastante más que un poco de rencor.

Era un tiro imposible, pero la metimos.

Morgan me centra al instante, con su mezcla particular de preocupación y diversión.

—¿En qué estás pensando?

Mi sonrisa probablemente se ve desde la Estación Espacial Internacional.

—Aquel verano. Aquella playa. Tú en ese bikini negro microscópico.

Levanta las cejas, pero un destello de calor parpadea en esos ojos gris pizarra.

—¿Ah, sí?

—Específicamente —invado su espacio, agradecido por el calor que irradia su chaqueta—, estaba pensando en cómo te hice correrte tres veces en la arena antes de siquiera entrar en ti.

Se le corta la respiración en una nube de vaho blanco.

—Bueno, yo recuerdo a alguien que duró aproximadamente treinta segundos una vez que lo hiciste, seguidos de veinte minutos de disculpas...

—Oye, tenía dieciocho años, y tú eras... —gesticula frenéticamente señalándola de arriba abajo— básicamente un arma de destrucción masiva.

Da un paso más cerca, con la palma plana contra mi pecho donde el corazón me martillea.

—¿Crees que podrías hacerlo mejor ahora? ¿Con toda esa supuesta experiencia?

—¿Supuesta? —La palabra sale más ronca de lo que pretendía—. Nena, voy a hacer que te olvides hasta de tu nombre.

Me agacho, le engancho el brazo detrás de las rodillas y me la echo al hombro.

—¡James! ¡Bájame! —chilla, con los puños golpeándome la espalda mientras salgo disparado hacia el mar—. ¡Estás completamente loco! ¡Estamos bajo cero!

—¡Querías algo mejor! —grito por encima de sus protestas—. ¡Pues te doy legendario! ¡Épico! ¡De las historias que nuestros nietos estarán demasiado traumatizados para escuchar! ¡Chapuzón polar! ¡Vamos!

—¡James, no!

La primera ola me golpea en las espinillas con agua que parece nitrógeno líquido, pero el impulso es algo maravilloso. El chillido de Morgan se transforma en un grito de pura conmoción cuando las

salpicaduras nos empapan a los dos. Sigo avanzando hasta que el agua se arremolina alrededor de mi cintura, lo bastante ártica como para que ciertos rasgos anatómicos presenten una queja.

La bajo de un giro pero la mantengo apretada contra mí mientras una ola más grande nos revienta encima. Los dos jadeamos, temblamos violentamente y estamos completamente empapados. Su camiseta ha abandonado toda pretensión de ser ropa, transparente y pegada a cada curva, los pezones marcándose en puntas duras a través de la tela empapada.

Me mira desde abajo, con el agua chorreándole por la cara, los ojos prometiendo violencia y sexo a partes iguales.

—¡Te voy a matar! —jadea, con los dientes ya castañeándole.

—Te encanta.

—Te quiero a *ti* —corrige, y estrella su boca contra la mía con la intensidad de una superioridad numérica en el tercer periodo.

El beso sabe a océano, a desafío y a hogar, pero el frío ya nos roe hasta los huesos. Su lengua se desliza contra la mía, agresiva y exigente. Mis manos desarrollan su propia agenda, deslizándose bajo su camiseta empapada en busca de piel que se enfría rápido, adaptándose al aire. Estamos locos. Esto es una locura. Gime, y me lo trago con avidez.

—Camioneta —tartamudea contra mis labios, con el cuerpo temblando contra el mío—. Calor. Ya.

—Camioneta —coincido, con la adrenalina disparada.

La levanto en brazos de nuevo, chapoteando fuera del oleaje mientras el viento nos atraviesa la ropa empapada como cuchillos. Cruzamos la arena helada a toda carrera, riendo y maldiciendo, hasta llegar a mi camioneta. Manoteo con las llaves, se me caen, maldigo, las agarro y por fin abro la puerta.

La empujo al asiento del copiloto y salto al del conductor, cerrando de un portazo contra el invierno. Arranco el motor y pongo la calefacción al máximo. El silencio repentino de la cabina, cortado solo por el rugido de las rejillas de calefacción, resulta íntimo y desesperado.

—Quítatelo —ordena, con los dedos ya arrancándose la camiseta empapada—. Todo lo mojado. Fuera.

Es un frenesí de tela vaquera mojada y maldiciones. Mis vaqueros pesan una tonelada y están helados, resistiéndose con saña, pero he plantado cara a delanteros lanzados a la carga y he sobrevivido a las cenas de Acción de Gracias de Karen Fitzgerald, así que puedo con unos pantalones rebeldes. En cuestión de segundos, la ropa húmeda se amontona en el suelo, y ya sube vapor de nuestra piel mientras la calefacción nos sacude.

Morgan se baja las mallas mojadas, lo que me deja frente a frente con una experiencia religiosa en forma de bragas de encaje rosa. No la ropa interior deportiva negra y práctica que se pone normalmente, ni las invisibles color piel que desaparecen bajo el equipamiento.

—Joder —susurro, mirándola bajo la tenue luz del salpicadero—. Te las pusiste para mí. *Planeaste* esto.

No contesta con palabras. Solo baja la mirada con esos ojos gris pizarra, la piel de gallina trepándole por los brazos, y asiente una vez.

—¿Te gusta?

El encaje rosa no sobrevive al primer contacto con mi entusiasmo. Engancho los dedos en la tela delicada y la deslizo hacia abajo despacio, observando su cara mientras la descubro ante el aire caliente de la cabina. Está completamente lisa, depilada del todo, y la visión me convierte las neuronas que me quedan en ruido blanco.

Me lanzo por encima de la consola central, arrancándole la camiseta del todo por la cabeza de un solo tirón. El sostén va detrás —algodón blanco vuelto transparente— hasta que está completamente desnuda en mis brazos. El último resplandor de la luz interior atrapa las gotas de agua en su piel, haciéndola brillar.

—Arriba —gruño, y sabe exactamente lo que quiero decir porque siempre nos hemos entendido mejor con el cuerpo que con las palabras.

Salta, confiando en que la atraparé, y lo hago, tirando de ella hasta mi regazo mientras reclino el asiento. Sus piernas se enganchan alrededor de mi cintura, y de repente está justo ahí, calor húmedo y resbaladizo contra mi erección, sin que el impacto del chapuzón haya aplacado en absoluto lo duro como una piedra

que estoy por ella. La camioneta nos mece mientras me agarro y me coloco en su entrada.

—Mírame —exijo.

Lo hace, ojos gris pizarra fijos en los míos con la misma intensidad que usa para destruir a sus rivales, y entro en ella de una sola embestida profunda. Los dos gemimos, el sonido tragado por el rugido de la calefacción. Es imposiblemente estrecha, incandescente comparada con el agua fría de la que acabamos de escapar, y estar dentro de ella nunca pierde.

Disfrutando de cada aleteo, cada pulsación, y de cómo se aprieta cuando cambio de ángulo, empiezo a moverme, despacio al principio, levantándola con cada embestida. El contraste entre el parabrisas helado y el calor de horno de nuestra piel es embriagador, haciéndola jadear y clavarme las uñas en los hombros.

—Más fuerte —exige contra mi oído—. Deja de tratarme como si fuera a romperme.

Desafío aceptado.

Le agarro el culo con las dos manos, abriéndola más, los dedos hundiéndose en músculo firme mientras embisto más profundo. Las ventanillas se empañan por completo mientras acelero el ritmo, follándola con la intensidad obsesiva que llevo a los partidos de eliminatoria. La playa podría estar llena de espectadores y no me enteraría.

Que vean cómo es ganar de verdad.

Sé que está cerca, porque a estas alturas ya me sé el libro de jugadas de su cuerpo. Cómo se le fractura la respiración, el temblor en los muslos, ese patrón de aleteo-contracción-aleteo que significa que lo está resistiendo. Cambio de ángulo, encuentro uno que le arranca un gemido, y me clavo en ella sin tregua.

—Eso es —gruño contra su garganta, saboreando sal y piel—. Te tengo.

Se rompe con un grito que podría ser mi nombre o puro sonido. Su cuerpo se contrae en oleadas que me arrastran con ella. Embisto hasta el fondo una última vez y me corro con fuerza, llenándola mientras la suspensión nos mece suavemente. Y cuando los dos bajamos del subidón, no salgo de ella enseguida.

Todavía dentro de ella, me echo hacia atrás para estudiarle la cara. Maquillaje destruido, pelo salvaje, un moratón ya floreciendo en su garganta donde me dejé llevar. Nunca ha estado más guapa, y nunca he visto su cara más suave ni más relajada. Me regala esa sonrisa tímida y adorable que casi me hace querer repetir.

—Probablemente deberíamos irnos —dice Morgan, cortando la idea de raíz, temblando ligeramente mientras el sudor se le enfría en la piel—. Antes de que la hipotermia nos convierta en un cuento con moraleja.

—Vaya titular, eso sí —replico, apretando los brazos—. «Estrellas locales de hockey mueren en apasionado abrazo». Retirarían nuestras camisetas. Nos harían un monumento.

—James...

—Vale. —La bajo con cuidado hasta el asiento del copiloto, y los dos gemimos cuando salgo de ella—. Pero cuando lleguemos, voy a calentarte como es debido. Con la lengua. Durante horas.

—Promesas, promesas.



¿Lista para más?

Cassidy Vance no necesita que la salven.

Necesita espacio. Seguridad. Alguien firme.

Ben Kellerman está hecho para las tres cosas.

Relación falsa. Sin sentimientos. Solo protección.

Ese era el trato.

¿Pero el gigante silencioso que arregla cosas rotas?

Se está enamorando de la chica que cree que no tiene arreglo.

👉 ¡Empieza *La Señal Rota* ahora!

O sigue leyendo para ver una muestra.

¡Únete a mi familia de lectoras!

- Únete a mi newsletter en ClaraWestBooks.com
- Sígueme en Amazon para no perderte ningún lanzamiento
- Encuéntrame en redes sociales o envíame un mensaje a través de mi web.

extracto de la señal rota

uno

BEN

EL RASPAR del acero contra el hielo es mi sonido favorito en el mundo.

No el rugido de la multitud cuando anotamos —aunque ese también está bastante bien—, sino esto. El chas preciso y cristalino de una cuchilla afilada tallando hielo limpio, el golpe percusivo de un disco contra las bandas, y el ritmo superpuesto de diez tipos moviéndose con propósito.

Es un lenguaje que entiendo en los huesos, tanto como los circuitos eléctricos o las ecuaciones matemáticas complejas. No me exige buscar las palabras correctas a tientas ni preocuparme por estar a punto de decir algo monumentalmente estúpido, que es, fuera del hielo, lo que pasa la mayor parte del tiempo.

Pero aquí fuera, sé exactamente lo que hago.

Giro con fuerza, pasando del patinaje hacia atrás al de frente en un solo cruce fluido, los filos mordiendo hondo mientras acorto la distancia con Mason Nash. Tiene velocidad —eso se lo concedo—, pero la velocidad sin estrategia es solo ruido, y Nash siempre es ruido.

Viene lanzado en un ejercicio de dos contra dos, Stiles arrastrándose detrás como un terrier fiel, los dos vacilando lo bastante fuerte como para que los oiga por encima del caos del

entrenamiento. Siempre es igual: ruido y vaciles haciéndose pasar por talento, pero los tengo controlados.

—¡Eh, Kell, no te vayas a hacer daño! —grita Nash.

Stiles, que jamás desaprovecha la oportunidad de amontonarse, añade:

—¡Este va a tropezar con sus propios patines!

No pico. No necesito hacerlo. El disco es lo único que importa ahora mismo, y el manejo de Nash, aunque vistoso, tiene un tic. Siempre —siempre— corta con fuerza hacia su derecho justo antes de intentar una finta. Es un detalle minúsculo que la mayoría no ve, pero yo conozco el patrón.

El mismo movimiento, cada vez.

Física elemental.

Corta, pero yo no sigo la finta. En su lugar, inclino el palo hacia abajo, y en el segundo en que se compromete con el movimiento, ejecuto un robo de palo de manual que le arranca el disco limpiamente de la pala. Sale rebotado hacia la banda, y Nash, pillado a contrapié, pasa de largo tambaleándose con una maldición entre dientes.

—¡Mierda!

Ya estoy en transición, recogiendo el disco con el palo y enviándolo por la banda hacia mi compañero en el ejercicio, Erik Schmidt. Lo recibe y lo devuelve a nuestra zona sin decir una palabra. Me acomodo en posición.

—Una lectura de puro culo —murmura Nash mientras vuelve a su sitio.

—Qué va, Kell estaba plantado —dice Stiles, como si posicionarse defensivamente fuera hacer trampa.

Debería contestarle. Llamarlo imbécil. Convertirlo a él en el chiste.

Pero no lo hago, porque la cagaría.

Así que me quedo callado.

Como si percibiera mi inseguridad, Schmidt pasa patinando a mi lado y me golpea suavemente el casco con el guante. Es un gesto pequeño, pero aterriza como la aprobación de una deidad. El palo

me pesa menos en las manos, como si alguien me hubiera mejorado todo el equipo mientras no miraba.

—Sólido —dice, con un tono seco pero genuino, el elogio más efusivo que se le conoce a Schmidt.

Golpeo el palo contra el hielo, una sonrisa estúpida amenazando con partirme la cara en dos.

—Gracias —consigo decir, y la voz me sale más firme de lo que me siento.

La aprobación de Schmidt no sale barata. No es Rook, todo sonrisas fáciles y ánimos constantes. Hay que ganársela, lo que significa que cuando la consigues, significa algo. Y ahora mismo, un poco más erguido, los hombros un poco menos encogidos, siento que quizá —solo quizá— de verdad pertenezco a este sitio.

Suena el silbato, señalando el final del ejercicio, y el caos se reanuda. Los chicos patinan en círculos perezosos, vacilándose mutuamente con esa clase de pullas fáciles e implacables que definen a este equipo. Es un lenguaje propio —mitad insulto, mitad cariño—, y yo todavía no lo domino del todo.

—Eh, Stiles, ¿has visto ese robo de palo? —grita Leo Cooper, su voz cruzando la pista—. A Nash le acaban de pasar por puto encima.

Nash, que jamás deja pasar una pulla sin responder, contraataca:

—Iba tranquilo.

—¿Tranquilo? —Rook, nuestro capitán y portero titular, se acerca patinando con la soltura desgarbada de un tipo que no ha conocido un silencio que no pudiera llenar. Su sonrisa es ancha, los ojos marrones brillantes de picardía—. Nash, ibas a tope y Kell te limpió igual. Asume la derrota, tío.

—Y una mierda. Tenía otra marcha.

—¿Sí? —La comisura de Cooper se eleva apenas—. ¿Marcha atrás?

El grupo estalla en carcajadas, y la mandíbula de Nash se tensa, la boca abriéndose para una réplica que nunca llega. Observo el momento exacto en que decide cortar pérdidas, alejándose con una maldición murmurada que solo hace que todos se rían más fuerte.

Estoy en el círculo con ellos, riéndome en los momentos adecuados. Pero también estoy fuera de él, observando todo a

través de un cristal. Son una banda que lleva años tocando junta, y yo soy el tipo que se presentó sabiendo los acordes pero no el ritmo, sin terminar nunca de enganchar con el compás.

Sé que debería participar, quizá reírme más alto, añadir mi propia historia o lanzar alguna pulla. Eso es lo que hacen los que de verdad encajan. Pero cada vez que lo he intentado, me ha salido el tiro por la culata y los tíos se han acabado riendo de mí, porque no pertenezco a este sitio.

Así que me callo y patino en un círculo lento, dejando que el aire frío me llene los pulmones.

Porque esto es algo que nadie te cuenta sobre ser bueno en el hockey cuando simultáneamente eres malo siendo «uno de los chicos»: después de la bocina, vuelves al mundo real, donde saber leer una jugada no te ayuda a leer un ambiente.

Aquí fuera soy un defensa. Leo jugadas, freno ataques y protejo la portería. Mi valor es claro, medible e innegable. Pero cuando toca salir del hielo y encajar con estos tíos, ¿con la mayoría de la gente?, ¿con las chicas, sobre todo?

No tengo ni idea de lo que hago.

—¡Kell! —La voz de Rook corta en seco mis pensamientos en espiral, y levanto la vista para encontrarlo sonriéndome, el palo apoyado con naturalidad sobre los hombros, como si hubiera nacido sabiendo exactamente cómo ocupar espacio en el mundo—. ¿Vienes a Malone's esta noche?

El patín se me engancha ligeramente en un surco del hielo, apenas perceptible, pero suficiente para romperme el ritmo. Me recupero, pero el tropiezo refleja el que está pasando dentro de mi cabeza, el que ocurre cada vez que me señalan entre la multitud en cualquier tipo de situación social.

Viernes por la noche en Malone's. Ya puedo verlo: un bar a reventar, Rook y los chicos dominando una mesa, chicas acercándose, y yo en la esquina intentando reírme cuando toca mientras además intento descifrar si mirar a alguien a los ojos ya cuenta como ligar.

—Eh, sí, quizá —digo—. Pero tengo ejercicios que entregar el lunes, así que...

—Tío, son cervezas y alitas —interrumpe Rook—. Puedes hacer tus mierdas de empollón mañana. Vive un poco esta noche, come algo, bébete unas cervezas, y a lo mejor hasta ligas...

—Kell no liga, pero aun así deberías venir —dice Nash, pasando de largo—. ¿O te vas a pasar otro viernes por la noche manoseando tus trastos?

El énfasis deja claro que se refiere al equipo electrónico con el que me gusta cacharrear, pero el doble sentido queda ahí flotando, esperando a que alguien pique. Como si fuera una señal, el grupo se ríe, y yo fuerzo una sonrisa, incluso mientras el estómago se me contrae en un nudo duro. Porque nunca debería haberles contado aquello.

Olvidé la regla de oro: nunca les enseñes las partes de ti que usarán como munición después.

Lo intenté siendo sincero una vez. De pie en el pasillo fuera de la cafetería, contándole a una chica lo de la radio antigua que había restaurado durante el fin de semana. Cómo su expresión pasó de curiosa a incrédula. Cómo se rio, no con maldad, pero como si acabara de contarle un chiste genial.

Se rio. No una risa educada de qué-curioso. Una de verdad. «¿Eso es lo que haces para divertirte? Eres como un chatarrero», dijo.

No volvimos a hablar.

Así que ahora tengo una norma: mantener las cosas de empollón bajo llave y mimetizarme con la multitud todo lo posible. Estos tíos saben de mis aficiones y mi negocio paralelo, pero mientras haga mi papel y deje claro que me río con el chiste, funciona.

Rook bufa, cansado de esperar mi respuesta.

—Eres un rarito, Kell.

—Sí, pero es nuestro rarito —dice Erik.

Sonríó más amplio, porque eso es lo que esperan. La confirmación de que participo del chiste y de que conozco mi lugar. Porque, para ellos, soy el hermanito inofensivo que hace cosas raras y no sabe hablar con chicas pero es lo bastante bueno en la línea azul como para que me tengan cerca.

Es una jaula cómoda, y he aprendido a vivir en ella.



—¡Kell! —La voz de Nash retumba en el vestuario—. ¡Ven aquí!

Mierda.

Cada célula de mi cuerpo grita.

Replégate, busca cobertura y hazte invisible.

Porque si me acerco a su taquilla, esto acaba mal. Él y Stiles van a querer hablar del fin de semana, de chicas, de planes de los que no formo parte. Entonces diré algo torpe, se reirán, y tendré que fingir que estoy dentro del chiste cuando en realidad lo único que quiero es que el suelo me trague entero.

—Déjalo en paz —la voz de Schmidt corta el ruido, serena y razonable.

Gracias, Schmidt. Eres un caballero y un erudito, y le pondré tu nombre a mi primogénito, pienso, pero no me atrevo a decir.

—Qué va, tío, esto es importante —dice Stiles, y puedo oír la sonrisa en su voz, lo cual nunca es buena señal—. ¡Kellerman! ¿Estás sordo?

No estoy sordo. Solo espero que si lo ignoro, se aburrirá. Mantengo la cabeza agachada, pero los depredadores están rodeándome. Mi móvil está en el banco junto a mi bolsa, y al verlo un pinchazo frío de pavor me atraviesa las tripas.

Debería haberlo guardado en la taquilla. ¿Por qué no lo guardé en la taquilla?

—Tío, deberías pensar más en la seguridad de tu móvil. —Stiles lo agarra antes de que pueda impedírselo, poniéndome la pantalla delante de la cara para desbloquearlo.

Se me cae el alma a los pies.

—Devuélvemelo...

—Relájate, Kell, solo te vamos a buscar una cita. —Nash se asoma por encima del hombro de Stiles, los dos clavando la vista en mi pantalla, deslizándose con la confianza despreocupada de tipos que jamás se han preocupado por lo que la gente piensa de ellos—. Es un servicio público, como una obra de caridad o una mierda así.

Debería quitárselo. Debería decir algo. Pero estoy congelado, las manos todavía agarrando la correa de la bolsa, y lo único que puedo hacer es observar mientras abren la aplicación de citas que me descargué hace dos semanas en un momento de optimismo desesperado y que desde entonces he abierto exactamente cero veces porque la idea me aterroriza.

—A ver, Kell tiene... Tinder... un clásico. —Nash sonríe—. Veamos con qué estamos trabajando.

—No... —empiezo, pero Stiles ya está deslizando, y un par de tipos más se acercan, porque por lo visto mi humillación es el entretenimiento de esta noche.

—Tío, ni siquiera has rellenado tu bio —dice Stiles, con una expresión de incredulidad teatral—. Con razón no consigues ningún match.

—Ese es tu problema —añade Nash—. Te dedicas a trastear con tostadoras rotas y movidas así, y luego te sorprendes de no estar ahogándote en coño.

La acusación me parece injusta, porque nunca me he quejado de no ligar. Pero no reacciono, porque reaccionar les demuestra que me han tocado. Así que despliego la sonrisa autoconsciente que dice ya sé que soy patético, todos lo saben, así que ¿podemos pasar página?

—Vamos a arreglar esto —dice Nash, deslizando ahora a toda velocidad: izquierda, izquierda, izquierda, derecha...

—Eh, espera, vuelve atrás —dice Stiles, agarrando la muñeca de Nash—. Esa.

—Mira la bio —dice Nash, girando la pantalla hacia el grupo. Stiles sonríe.

—«Amante de la segunda mano y los hallazgos de época.»

Una chispa de esperanza se enciende en mi pecho, brillante y peligrosa.

Hallazgos de época.

Eso es... parecido a lo que hago yo. A lo mejor le molan las cosas antiguas, y le parecería genial que yo pueda devolver aparatos muertos a la vida. ¿Y si pudiera hablar con ella? ¿Y si le mandara un

mensaje sobre ese mercadillo de antigüedades raro junto a la Ruta 9 que es básicamente una mina de oro si sabes lo que buscas?

Me inclino hacia delante, la voz saliéndome demasiado ansiosa, demasiado sincera, pero no puedo frenarla.

—Podría enseñarle el microondas que pillé en Marketplace por cinco dólares la semana pasada. Me costó un rato, pero lo dejé funcionando. Solo necesitaba un nuevo...

Me detengo.

Porque la sala se ha quedado de repente tan silenciosa como un velatorio.

El ruido —el parloteo constante y superpuesto de veinte tíos— simplemente... se detiene. No es natural. Es el silencio que se abre justo antes de que ocurra algo terrible, el momento antes de un accidente de coche en que el tiempo se ralentiza y te das cuenta de que el desastre viene y no hay nada que puedas hacer para frenarlo.

Todos y cada uno de los tipos a mi alrededor me están mirando. Nash tiene la boca ligeramente abierta, como si acabara de decirle que colecciono memorabilia nazi de época. Stiles parpadea, la cara congelada en una expresión de lástima confusa. Incluso Schmidt, normalmente imperturbable, parece estar intentando descifrar si estoy de broma.

Y entonces alguien suelta una única carcajada ahogada.

Eso es todo lo que hace falta.

La sala explota.

Nash se da una palmada en la rodilla.

Stiles se limpia los ojos.

El calor me inunda la cara, instantáneo y total, un rubor ardiente que empieza en el cuello y trepa hasta la raíz del pelo. Quiero que el suelo se abra. Quiero una segunda oportunidad, un Ctrl+Z, lo que sea. Pero las palabras ya están ahí fuera, flotando en el aire del vestuario como un virus que no puedo retirar.

Esto es. El último recordatorio de que mi verdadero yo no es solo imposible de querer. Es un chiste. Es lo más gracioso que estos tíos han oído en toda la semana. Así que me repliego dentro de mí mismo, obligándome a seguir sonriendo y a esperar a que acabe, porque si les dejo ver cuánto duele, será peor.

Entonces cruzo la mirada con Schmidt.

No se está riendo. Solo me observa, su expresión cuidadosamente neutra, y hay algo en sus ojos que parece lástima. Eso es peor que las risas, porque eso lo puedo aguantar, pero Schmidt me ve tal como soy y siente pena por mí.

—Kell.

La voz de Rook corta el caos, y las risas empiezan a apagarse. Está de pie a un par de metros, su expresión irradiando preocupación sincera y bienintencionada, y sé —sé— que va a intentar ayudar, lo cual va a hacer que esto sea mucho peor.

—Ven un momento —dice, señalando con la cabeza hacia el pasillo.

Lo sigo, porque ¿qué otra cosa voy a hacer? A mi espalda, oigo a Nash diciendo algo sobre «enseñarle a Kell a mostrarles la polla en vez de su colección secreta de trastos», lo que arranca otra carcajada, y cuando giro la cabeza para mirar, veo a Stiles usando mi palo como un pene de atrezo.

Rook se para justo fuera del vestuario, lo bastante lejos para que nadie nos oiga.

—¿Estás bien? —dice.

Asiento, pero no digo nada.

—Escucha, tío —dice, y su tono es tan genuinamente amable que me duele el pecho—. Ya sé que los chicos pueden ser brutos, pero solo intentan ayudar. Tienes que lanzarte... tener confianza... y si lo haces, los tíos aflojarán y estarás hasta arriba de chicas.

Lo miro fijamente.

Va en serio. De verdad cree que esto es un consejo útil. De verdad cree que el problema es que no tengo suficiente confianza, no que cada vez que abro la boca... con los tíos... con una chica... hago un completo ridículo o simplemente me bloqueo por completo, como acabo de hacer.

—Simplemente... no le des tantas vueltas —continúa Rook, dándome una palmada en el hombro—. Eres un tío genial, Kell, así que deja que la gente lo vea.

Asiento otra vez.

—Buena charla. —Sonríe, me da otra palmada de ánimo y vuelve al vestuario, dejándome ahí plantado, solo.

No puedes ser tú mismo. No con ellos. No con nadie.

Lo sé desde hace años, pero sigo pensando que quizá la próxima vez sea diferente. Quizá estos tíos, mis compañeros, mis hermanos, lo entiendan. Pero no lo entienden, y nunca lo harán, y no es culpa suya. Porque yo soy el denominador común en cada fracaso.

Esa chica de la cafetería espantada por «el nerd».

Mia, disgustada porque no la defendí.

Un millón de veces más.

Soy el tipo intentando encajar en un mundo que nunca se diseñó para alguien como yo, y ningún esfuerzo va a cambiar esa incompatibilidad fundamental. Cada vez que se me olvida y bajo la guardia, el mundo me recuerda exactamente cuál es mi lugar.

Así que hago lo que hago siempre.

Fuerzo una sonrisa payasa, empujo la puerta y vuelvo a entrar en la ráfaga húmeda del vestuario, convirtiéndome a mí mismo en el chiste.

—Entendido —digo en voz alta, lo bastante fuerte para que las conversaciones se apaguen, lo bastante fuerte para sentir a Nash, Stiles y medio equipo girándose a mirarme. La voz me sale firme, como si estuviera dentro del chiste, como si no me estuviera muriendo por dentro—. Nueva norma: nada de hablar de electrónica hasta la tercera cita.

Durante un segundo, hay silencio.

Y entonces la sala estalla.

Nash suelta un ladrido de risa y me da una palmada en la espalda lo bastante fuerte como para que trastabillo un paso.

—¡Eso es, Kellerman! ¡Vas aprendiendo!

Otra voz —creo que uno de los de segundo— grita:

—¿Tercera cita, Kell? ¡Primero tienes que tener una primera cita!

Hay más risas aprobatorias y de buen humor. Las que dicen que sigo siendo uno de ellos, el hermanito adorable que solo necesita un poco de ayuda. Sonríe más amplio, porque eso es lo que esperan: la confirmación de que no me lo estoy tomando demasiado en serio y de que conozco mi lugar.

dos

CASS

EL ACORDE final atraviesa la sala de ensayo como una bola de demolición: espeso, cálido y hermosamente sucio.

Mi guitarra canta a través de mi viejo amplificador Fender Bassman, el tono que llevo tres años persiguiendo, y durante un segundo perfecto, todo está bien. El sonido está vivo, empujado justo al borde de la saturación, ese punto dulce donde las válvulas empiezan a gruñir.

Es el sonido de cada disco punk que venero, el dedo medio sónico que hace que Pinebox suene como nosotros y no como una versión pulida y castrada de una banda. Pero tan rápido como llega, desaparece. El acorde muere, y en su lugar, en vez de silencio, ahí está.

Ese maldito zumbido.

Grave. Persistente. Horrible. Un zumbido de sesenta ciclos que se instala en la sala como un secreto sucio que no puedo esconder. Siempre está ahí, agazapado debajo de cada canción, apareciendo cuando menos lo espero. Pero esta vez, cuando dejamos de tocar, es lo único que queda, como un fantasma malévolo en la máquina.

No me muevo. Mi mano se queda congelada en el mástil, la otra palma silenciando las cuerdas, deseando que el zumbido simplemente desaparezca por pura fuerza de negación. Mis ojos se

desvían hacia el panel de control gastado del amplificador, confirmando que todo está exactamente donde debería estar.

Excepto por el zumbido.

—Bonito —dice Milo desde detrás de su batería, divertido.

Lo fulmino con la mirada mientras se quita las gafas y las limpia con el borde de su camiseta de Black Flag, como si esto fuera entretenimiento para él. Normalmente, su estado natural de ironía despegada me resulta encantador —el mundo es un chiste, y él es el único que lo pillá—, pero ahora mismo solo me resulta irritante.

Joel, por otra parte, no está divertido.

Deja su bajo con esa precisión cuidadosa que solo puede significar que está a dos segundos de perder los estribos, y cuando me mira, su expresión es tensa. Es la cara de un tío que lleva semanas conteniéndose un sermón y por fin ha decidido que es hora de soltarlo.

—Vale, Cass —dice, con la voz calmada, lo cual de algún modo es peor que si estuviera gritando—. Creo que deberíamos hablar del elefante en la habitación.

Suspiro, porque sé exactamente lo que va a decir.

—El ampli está bien, Joel, así que déjalo ya.

—El ampli —dice Joel, como si yo no hubiera hablado— tiene un zumbido que es fuerte, molesto, y cada vez peor.

—No es para tanto...

—Sí es para tanto. —Cruza los brazos, su tono entrando de lleno en modo déjame-guiarte-por-tu-propio-fracaso—. Imagínate esto: por fin conseguimos que alguien de algún sello indie venga a uno de nuestros shows, la sala está abarrotada, la energía es perfecta, y entonces empezamos el set.

Cuando hace una pausa, suspiro otra vez, porque sé que, con Joel, lo único peor que uno de sus sermones es interrumpirle.

—Continúa...

—Abrimos con «Broadcast» como siempre —dice—. La intro tranquila que es toda tuya, tono limpio, ese riff arpegiado, ¿y qué es lo único que oyen?

Suspiro.

—Me imagino que me lo vas a decir...

Señala mi amplificador.

—Ese puto zumbido.

El escenario se desarrolla en mi cabeza. La intro silenciosa que derrite a todo el que la escucha, y luego el zumbido llenando el espacio como un letrero de neón que parpadea AMATEUR una y otra vez. La expresión del tipo del sello cambiando. El educado «ya te llamaremos» que nunca llega. El sueño, acabado.

Y será culpa mía.

Mi mano se mueve para posarse sobre el chasis maltratado del Bassman, los dedos acomodándose en el surco desgastado por décadas de otras manos. El metal está caliente, todavía irradiando el calor de las válvulas de dentro —válvulas que probablemente son originales del amplificador, sesenta años de shows, sótanos y bares.

Durante un segundo, vuelvo a tener dieciséis años, en la casa de empeños de Newark donde enchufé esta cosa por primera vez. Todavía recuerdo cómo el sonido me golpeó en el pecho. Había sido como aprender la contraseña secreta de un club al que llevaba toda la vida desesperada por entrar.

Retiro la mano.

Milo resopla desde su batería.

—Tiene razón. Esa cosa está jodida.

Giro la cabeza bruscamente hacia él.

—No estás ayudando.

—No era mi intención. —Milo sonrío, haciendo girar una baqueta entre los dedos—. Pero en serio, lleva haciendo ese ruido desde, ¿qué, abril?

—Que te jodan, Milo —espeto—. Estoy en ello.

La sonrisa de Milo se ensancha.

—Por eso me encantan los ensayos. Es como terapia, pero con amplis.

Me giro de nuevo hacia Joel.

—No se trata del zumbido —digo—. Se trata del tono. La calidez. Ese es el sonido, Joel. Es lo que hace que suenemos como nosotros. ¿Quieres que me vaya a comprar una mierda estéril de transistores que nos haga sonar como todas las demás bandas indie?

Es un buen argumento. Casi me lo creo yo misma.

Joel exhala lentamente por la nariz, como hace cuando intenta no llamarme idiota.

—No te estoy pidiendo que compres un ampli de transistores. Te estoy pidiendo que arregles este o lo sustituyas. Porque, ahora mismo, nos hace sonar como amateurs.

La palabra abre una trampilla bajo mis pies.

Amateurs.

Corta hondo. Es la palabra que he oído de tíos toda mi vida, haciéndome sentir como una niña jugando a disfrazarse, fingiendo ser música mientras los verdaderos profesionales —los tíos— que de verdad saben lo que hacen solo observan y niegan con la cabeza.

¿Por qué no lo entiende?

Si lo reemplazo, el tono cambia.

Y si el tono cambia, ¿qué nos hace diferentes?

¿Qué me hace necesaria?

Sería rendirme ante todos los capullos que alguna vez dudaron de mí.

De repente, estoy de vuelta en aquella cafetería con el tío con el que me puse seria en tercero. «Solo eres una chapucera de tres acordes con una cara bonita», había dicho, su expresión pasando de un interés leve a un desprecio aburrido en el lapso de una sola confesión mía.

¿Y mi crimen?

Había cometido el error de ser honesta con él, de pensar que le interesaba la chica debajo del maquillaje, la ropa rasgada y las medias de rejilla. Admití que no entendía realmente las escalas menores armónicas, y que tocaba de oído, por sensación e instinto, y me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza.

Tercer strike en el marcador de «Cassidy Vance Deja que los Tíos se Acerquen y No Les Gusta Lo Que Hay Debajo del Envoltorio».

Joel me sigue mirando.

—¿Cuánto tardarás en arreglarlo?

—Un par de semanas.

—Sabes —añade Milo, su sonrisa audible en la voz—, no tiene nada de malo admitir que esto te queda grande.

—Yo sé cosas —murmuro.

—Sabes algunas cosas —dice Milo con generosidad—. Cosas de guitarra. Riffs y voces. Pero reparar amplis es como hacer cirugía espacial, Cass.

—Eso ni siquiera tiene sentido.

—No tiene por qué. Soy batería.

Joel suspira, y esta vez hay algo casi suave en el suspiro. Como si intentara tener paciencia con una niña testaruda.

—Cass, no estoy intentando cagarme en tu amplificador ni en tu sonido. Sé que adoras esa cosa, pero tenemos shows próximamente...

Suspiro.

—Lo arreglaré.

—Cass...

—He dicho que lo arreglaré.

No se lo traga. Puedo ver la duda en sus ojos, el cálculo silencioso de un tío intentando decidir si presionar o dejarlo estar. Y veo el momento exacto en que decide dejarlo, lo cual agradezco, aunque piense que estoy equivocada.

O sea, sí he intentado arreglarlo. Pasé dos semanas viendo vídeos en YouTube y leyendo publicaciones en Reddit. Reemplacé el cable de alimentación, recableé el jack de entrada, y hasta abrí el panel trasero y me quedé mirando el nido de ratas de cableado antiguo, esperando que el problema simplemente se revelara solo.

No lo hizo.

Desesperada por cambiar de tema, agarro el cable de la guitarra y lo arranco del amplificador con más fuerza de la necesaria, el conector raspando contra la placa metálica del jack. El zumbido se corta de golpe, y el silencio que sigue se siente más pesado que antes.

Acusatorio.

—Ensayemos «Landmine» otra vez —murmuro, sin mirar a ninguno de los dos.

Vuelvo a enchufar el cable. El zumbido regresa, grave y paciente. Esperando.



La caminata de vuelta a la residencia después del ensayo debería despejarme la cabeza.

No lo hace.

En cambio, la voz de Joel se repite en mi cráneo como un disco rayado atascado en la peor parte de la canción, mientras construyo el argumento que debería haber dado en defensa de mi amplificador y mi sonido. En mi cabeza, soy una abogada en un tribunal, y Joel parece arrepentido, quizá incluso disculpándose.

En la realidad, solo me puse a la defensiva y testaruda, que es prácticamente mi modo predeterminado cada vez que alguien se acerca demasiado a las partes de mí misma que he etiquetado «No Tocar».

El campus está tranquilo a esta hora de la noche, la explanada casi vacía salvo por unos cuantos rezagados. Las farolas recortan sombras largas sobre los senderos de ladrillo, y en algún lugar a lo lejos, los graves retumban desde una fiesta fuera del campus: sonidos normales de universidad en una noche normal de universidad.

Delante de mí, una pareja sale tambaleándose de una residencia, la mano de la chica metida en el bolsillo trasero del chico como si hubiera encontrado un hogar permanente. Están tan envueltos el uno en el otro que ni me ven. Por un segundo, quiero pararlos.

«¿Cómo hacen eso?», les preguntaría. «¿Cómo dejas que alguien se acerque tanto sin que acabe descubriendo que eres un desastre y se largue?»

En cambio, sigo caminando.

Mi edificio de residencia, achaparrado y de ladrillo, se alza delante. Cuando llego a la puerta, tiro de ella y subo las escaleras de dos en dos, mis botas resonando como disparos en la escalera de hormigón. Afortunadamente, nadie intenta hablarme de nada, y enseguida estoy en mi puerta.

La puerta está empapelada de pegatinas de bandas y lemas punk, mi declaración de exactamente quién soy. Normalmente, verla

me da un pequeño subidón de orgullo desafiante, pero esta noche parece algo que haría una novata de primero cuando se esfuerza demasiado.

Fantástico. Añade «crisis existencial por la decoración de la puerta» al derrumbe de esta noche.

La abro y la cierro de una patada detrás de mí.

Mi habitación es un caos: ropa tirada por todas partes, cama sin hacer, cables de guitarra serpenteando por el suelo. Pero es mi caos. Excepto que esta noche, el desorden se siente como una prueba. Como si alguien entrara aquí, echara un vistazo y pensara: pues claro que está fracasando en todo...

Dejo caer la funda de la guitarra y la mochila, luego me desplomo en la silla del escritorio, sabiendo que acaban de publicar las notas del parcial de teoría musical. Debería mirar la nota por la mañana, porque nada empeoraría más este día que haber suspendido otro examen, pero decido abrazar el dolor.

Nada más punk que eso, ¿no?

Mi portátil está enterrado bajo planificadores de estudio y viejas listas de canciones, pero consigo excavarlo como si buscara tesoros en un vertedero. Cuando mi mano agarra el portátil, una lista de canciones arrugada del show de la semana pasada me llama la atención. La aliso, reviviendo los treinta minutos de música.

Los únicos treinta minutos de mi semana en los que siento que estoy exactamente donde se supone que debo estar.

¿Pero y si Joel tiene razón? ¿Y si el zumbido sí nos hace sonar como amateurs, y por fin conseguimos una oportunidad real —un escaparate, un cazatalentos de un sello— y lo único que recuerdan es que mi amplificador sonaba como una nevera agonizando?

¿Y si yo soy la razón por la que nunca salimos de los bares de mala muerte?

Con un suspiro, abro el portátil y navego hasta el portal de la universidad. De repente, esto se parece a la escena de toda película de terror donde el público grita «¡No entres ahí!» y el personaje entra de todos modos porque la trama lo exige. Yo soy ese personaje. Ahí está, mi nota.

Examen parcial: 58/100

No es exactamente un suspenso, pero lo bastante cerca como para que se sienta como la diferencia entre ahogarte a dos metros de profundidad o a dos y medio. Escuece, porque nunca he sacado una nota tan baja en mi vida. Incluso en el instituto, cuando iba tirando con puro talento natural, sacaba Bs.

Esto es diferente.

Esto es una prueba.

Se me cae el estómago, una sensación enfermiza y vacía expandiéndose hacia fuera hasta que todo mi cuerpo se siente frío. Quiero cerrar el portátil, hacer como que no lo he visto, pero mi mano sigue bajando sola, porque por lo visto, si voy a hundirme del todo, necesito el peso de los comentarios de mi profesor para terminar de llegar al fondo.

El PDF carga, y la tinta roja del Dr. Atwood cubre casi todas las páginas. Ya me siento en carne viva después de la discusión con Joel, pero la letra de Atwood es quirúrgicamente precisa, como si estuviera realizando una autopsia de mi ignorancia con el bisturí de un calígrafo.

Aplicación incorrecta de la teoría armónica.

Identificación errónea de la dominante secundaria.

Este análisis carece de rigor.

Cada comentario es un corte pequeño y preciso.

Entonces veo la última nota: la del final de mi ensayo.

«Su análisis demuestra cierta comprensión instintiva del material, pero sigue siendo técnicamente poco sofisticado. Usted toca de oído, y eso es evidente. En un contexto académico, este enfoque es insuficiente, por lo que le sugiero encarecidamente que asista a sesiones de tutoría para abordar estas lagunas fundamentales.»

Traducción: Estás fingiendo, y se nota.

Puedo imaginármelo diciendo las palabras, y su tono exacto. Amable en la superficie, pero con una dosis de desestimación cortés, la evaluación clínica de que no eres del todo lo bastante buena, y que no perteneces del todo a este mundo, por mucho que lo intentes.

De repente, estoy de vuelta en aquella cafetería la primavera pasada, luz gris filtrándose por ventanas sucias, sentada frente a

Eric (a quien he bautizado El Crítico). Estudiante de posgrado y bloguero musical, parecía diferente de los tíos de bandas con los que suelo salir.

Había venido a un show, se acercó después, y me dijo que quería entrevistarme sobre mi «proceso de composición». Me sentí vista por primera vez en años. Hicimos la entrevista y luego nos acostamos ahí mismo en su sofá, la química entre nosotros instantánea.

Durante un mes, fue bueno. Hablaba de música con un vocabulario que yo no tenía —intercambio modal, acordes prestados, cadencias frías— pero no me hacía sentir estúpida por no conocer los términos. Llamaba a mi forma de tocar «cruda» y «auténtica», y me dejé creer que era un cumplido.

Debería haberlo sabido.

Cierro los ojos, pero el recuerdo se reproduce de todos modos.

Una noche, después de follar en su diminuto apartamento encima de un restaurante chino, me preguntó por mi proceso. No en modo entrevista, sino con esa voz suave de después del sexo que te hace pensar que la vulnerabilidad es segura, y que la intimidad se recompensa en vez de castigarse.

Así que le dije la verdad.

Le dije que no entendía realmente las escalas menores armónicas, que tocaba de oído, por sensación e instinto, y que estaba aterrorizada de que el programa de música se diera cuenta de que no pertenecía ahí y me revocara la beca. No podía verle la cara en la oscuridad, así que continué, pensando que su silencio era aceptación.

«A veces me siento una impostora», le dije. «Fingiéndolo en las clases de teoría y esperando que nadie se dé cuenta...»

Yo pensaba que eso era la intimidad: mostrarle a alguien las partes desordenadas y que no saliera corriendo. Pero él siguió callado. No un silencio cómodo, sino del malo, de esos en los que sientes que la temperatura cae diez grados y la persona contra la que te acurruacas de repente se siente rígida como un cadáver.

Entonces lo dijo: «Sabes, pensaba que eras auténtica, pero cruda. Me equivoqué. Solo eres una chapucera de tres acordes con

una cara bonita.»

Lo dijo en tono casual, como si estuviera comentando el tiempo en vez de detonar una bomba en mi pecho, y antes de que tuviera oportunidad de reaccionar, se había levantado para ducharse. Me vestí y huí de su apartamento mientras estaba en el baño, con el sabor de él todavía en la boca.

Se me corta la respiración con el recuerdo, y con el golpe de la nota, y el escozor caliente detrás de los ojos es una advertencia que he aprendido a ignorar. Pero no lloro, porque llorar significa rendirse, y darles a todos los capullos que han dudado de mí la satisfacción de tener razón.

Porque este es el patrón, con cada tío al que he dejado entrar en mi vida, romántico o no. Es una puerta giratoria por la que sigo pasando, aprendiendo la misma lección una y otra vez como si estuviera en algún mito griego jodido donde estoy condenada a repetir mis errores para siempre.

Los tíos se sienten atraídos por el personaje. La chica en el escenario que gruñe al micro, toca la guitarra como un arma, y parece capaz de incendiar el mundo entero. Les encanta la energía cruda, el espectáculo, y la fantasía de la chica punk que le importa todo una mierda y con la que sería genial follar.

Pero cuando las luces bajan y el volumen baja, se acercan lo suficiente como para ver la realidad —la chica desordenada y autodidacta que creció pobre, no entiende la música de verdad, y se queda despierta aterrorizada de ser un fraude— y retroceden.

Estaba Blake («El Fan»), al que le encantaba verme actuar, gritando más fuerte que nadie. Pero cuando intenté compartir mi ansiedad antes de los shows, me miró confundido, como si estuviera rompiendo el personaje, como si la yo de verdad fuera una intrusión incómoda en su fantasía.

Desapareció de mi vida dos semanas después.

O James («El Adicto a la Adrenalina»), al que le encantaba el caos y el peligro que yo proyectaba. Siempre era el primero en el mosh pit, mirándome con una sonrisa enorme y amor en los ojos mientras me tiraba del escenario, sin comprobar si alguien estaba preparado para atraparme.

Le encantaba la idea de que yo era intrépida, hasta la noche en que estalló una pelea de bar en uno de nuestros bolos y me escondí en el camerino, temblando y llorando. Me encontró ahí, vio la grieta en mi armadura, y su atracción murió como si alguien hubiera apagado un interruptor.

Y ahora, en una sola noche, Joel y el Dr. Atwood me han rechazado también.

Las lágrimas se liberan de todos modos, calientes y furiosas. Me las limpio de un manotazo, enfadada conmigo misma por la debilidad. Se me cierra la garganta, me duele el pecho, y quiero gritar o golpear algo o simplemente desaparecer. Porque no se trata solo de la nota o de que Joel sea un capullo con lo del amplificador.

Se trata de cada tío que me mira y ve una fantasía, no una persona.

El personaje es lo que quieren, ¿pero la persona?

Es un fraude. Una carga. Un desastre.

Me entierro la cara en las manos, y los sollozos llegan más fuertes, feos y ahogados. Me tiemblan los hombros, y odio esta debilidad, el hecho de que no puedo ser la chica del escenario todo el tiempo. Porque esa chica es invencible, toda aristas afiladas y energía rabiosa, mandando a la mierda al mundo entero.

¿Pero esta chica?

Es real, desordenada, aterrorizada, y se está ahogando.

La tinta roja garabateada por todo el examen se difumina en mi mente, fundiéndose con la frustración de Joel, con el zumbido que no puedo arreglar, y con las palabras decepcionadas de cada tío que vio a la yo real debajo. Y todo se trenza en una sola verdad asfixiante.

No pertenezco aquí.

Nunca pertenecí.

Y tarde o temprano, todos se van a dar cuenta.

tres

BEN

EL BAR SE LLAMA THE RUSTY TAP, y no debería estar aquí.

El suelo está tan pegajoso que mis zapatillas hacen un leve sonido de despegue con cada paso, probablemente por una mezcla de cerveza derramada, sudor y el limpiador industrial que usen para fingir que este sitio cumple las normas sanitarias. Es como si toda la sala estuviera recubierta de una película de malas decisiones, y yo soy una capa más.

Pero Nash y Stiles habían tenido otras ideas después del entrenamiento de hoy.

—¡Vamos, Kellerman, vive un poco! —había bramado Nash en el vestuario—. No puedes pasarte todas las noches trasteando con chatarra.

Era una lámpara antigua, no chatarra, y vale cuarenta dólares cuando la revenda.

Pero explicárselo a Nash sería como explicar mecánica cuántica a una pared de ladrillos, excepto que al menos la pared tendría la decencia de quedarse callada. Así que probé el enfoque más seguro: una negativa educada seguida de un intento de escabullirme hacia la puerta.

No había funcionado.

Ahora estoy encajado en un reservado que ha conocido décadas mejores, el vinilo agrietado y remendado con cinta americana,

escuchándolos hacer de comentaristas de mis perspectivas románticas como si esto fuera ESPN y yo fuera el desfavorecido en un campeonato que nadie quiere ver.

—OK, OK, ¿y qué tal ella? —Stiles señala con el dedo hacia una morena cerca de la diana—. Está buena.

Stiles entrecierra los ojos y luego niega con la cabeza como un juez en un concurso de talentos.

—Se lo comería vivo.

—Cierto —dice Nash—. Y él le daría mil vueltas al acercamiento, se quedaría paralizado intentando pensar en la frase de apertura óptima, y ella se largaría antes de que abriera la boca.

Stiles resopla.

—Qué va, se pasaría veinte minutos explicándole cualquier cosa de ingeniería, y ella se iría antes de que terminara.

Los dos se ríen, y yo le doy otro trago a mi cerveza.

—No creo que necesite encontrar una chica esta noche...

—¿Y la rubia de la barra? —interrumpe Stiles, alzando la voz, haciendo que unas cuantas personas en las mesas de al lado se giren a mirar.

Esta es la parte en la que una persona normal se plantaría y les pediría que pararan. Y si siguieran insistiendo, le tiraría la cerveza a Nash en la cara, saldría dando un portazo y pasaría el resto de la noche haciendo literalmente cualquier otra cosa. Pero yo me quedo callado, porque encajar es más importante que destacar.

Con un suspiro, echo un vistazo a la rubia. Es guapa, pero también está enfrascada en una conversación con un tipo que parece salido de un anuncio de colonia: todo mandíbula afilada y pelo artísticamente despeinado, la clase de tipo que probablemente hace llegar a una mujer al orgasmo con un susurro al oído.

—Está con alguien —digo.

—Solo es un chico, no es su chico —dice Nash—. Ve a usar la magia Kellerman.

—La magia Kellerman —repito con tono plano.

Stiles asiente.

—Confianza... humor autodespreciativo... ¡Se lo va a tragar!

Sé que soy incapaz de eso, porque ya lo he intentado. Hay una diferencia entre «encantadoramente autoconsciente» y «por favor, deja de hablar, estás haciendo que esto sea raro», y yo siempre, siempre, soy lo segundo. Así que, normalmente, sufro un cortocircuito, balbuceo algo vergonzoso y salgo corriendo.

Pero Nash y Stiles me miran con la energía expectante y ligeramente maníaca de un público pidiendo un bis, y sé por experiencia que no van a dejarlo pasar. Si no lo intento con la rubia, se pondrán cada vez más ruidosos e insoportables, mientras que si lo intento y me estrello, se reirán y pasarán a otra cosa.

Quizá.

Así que la única salida es ir hacia delante.

—Bien —digo, y la palabra me sabe a derrota.

—¡Así se habla! —Nash me empuja fuera del reservado.

Me abro camino hacia la barra, con el corazón ya haciendo eso de intentar abrirse paso a zarpazos fuera de mi pecho y correr hacia la salida sin mí. Podría seguirlo puerta afuera, y me lo planteo brevemente, hasta que recuerdo que no tengo coche y un Uber hasta casa desde aquí me dejaría en la ruina.

Solo es una conversación. Has tenido conversaciones antes. Hablas con gente todos los días. Eres un ser humano funcional. Puedes hacerlo.

Excepto que no puedo. Porque hablar con mi compañera de proyecto, Anya, sobre la ley de voltaje de Kirchhoff en el laboratorio de ingeniería no es lo mismo que hablar con una chica en un bar. Anya y yo nos comunicamos en el idioma compartido de los diagramas de circuitos y los humos de soldadura. ¿Pero esto?

Esto es saltar por encima de una trinchera para enfrentarse a las ametralladoras enemigas.

La rubia se gira cuando me acerco, y su sonrisa es cálida y amistosa, el tipo de sonrisa que en cualquier otro contexto pondría a alguien a gusto. Pero mi cerebro la interpreta como un foco, un reflector cortando la oscuridad para dejar al descubierto el fraude que soy.

Abro la boca.

No sale nada.

Ni siquiera un sonido.

Su sonrisa flaquea, un destello de confusión cruzándole la cara.

—¿Estás... bien?

Lo intento de nuevo. Esta vez consigo producir algo que generosamente podría llamarse una sílaba, pero sale estrangulada y rota, y su expresión pasa de amistosa a preocupada a —y esta es la peor parte— compasiva. Es la misma mirada que la gente le dedica a los niños perdidos en el supermercado, y yo la recibo con regularidad siendo adulto.

—Lo siento —dice con suavidad mientras busca una salida con la mirada—. Creo que mi amiga me está haciendo señas.

Se ha ido antes de que pueda siquiera procesar el rechazo, deslizándose entre la multitud con la soltura practicada de alguien con mucha experiencia escapando de situaciones incómodas. Sé que su amiga no le está haciendo señas; es solo la mentira educada que la gente cuenta cuando necesita alejarse de ti sin montar una escena.

A mi espalda, el reservado estalla.

—¡Y ahí la tienen, señoras y señores! —la voz de Stiles corta el bar como una sirena de niebla—. ¡La Retirada Kellerman, en vivo y en directo!

Tengo dos opciones: volver al reservado y aguantar una hora de esto, o encontrar otro sitio —cualquier sitio— donde estar. Elijo el mosh, porque la banda acaba de arrancar, y son ruidosos. Lo bastante para ahogar las risas de Nash y Stiles y las de los pocos en las mesas cercanas que vieron lo que pasó.

Es objetivamente el peor plan posible. El mosh es el caos encarnado, una masa agitada de cuerpos chocando unos contra otros. Pero es el único refugio disponible que no implica volver con Nash y Stiles, así que me abro paso y dejo que la avalancha de desconocidos me engulla.

Es tan fuerte que no puedo oír mis propios pensamientos, lo cual es casi un alivio. La música es un muro de ruido: guitarra pesada y distorsionada, un ritmo de batería que se siente como un segundo latido en mi pecho, y una línea de bajo tan profunda que me vibra

en los huesos. Me concentro en eso, dejando que ahogue el recuerdo de la sonrisa compasiva de esa chica y la risa de Stiles.

Un tipo me embiste por la izquierda, y otro me roza por la derecha. Soy demasiado alto, un blanco demasiado fácil, y los demás parecen disfrutar rebotando contra mí. Así que, mientras las guitarras arrasan, me desplazo hacia el escenario, intentando encontrar un hueco de caos ligeramente menos violento.

Entonces es cuando la veo.

Y durante un segundo, mi cerebro se queda completa y maravillosamente en silencio.

Mide quizá metro setenta, de pie al frente del escenario como retando al público a acercarse. Un pelo rubio cortado a trasquilones le cae sobre una cara que no sonríe —que ni siquiera lo intenta— y que en cambio luce una mirada feroz y desafiante que la hace parecer lista para pelear con Dios y ganar.

Lleva una falda de cuadros sujeta con imperdibles en unos quince sitios, medias de rejilla rotas y botas militares. Y es casi lo más naturalmente hermoso que he visto en mi vida: una chica cómoda en su propia piel, gritándole al mundo.

Pero no hermosa de la manera segura, ni fácil, ni diseñada para hacerte sentir cómodo. Es hermosa como lo es una tormenta eléctrica: peligrosa, impredecible, imposible de dejar de mirar incluso cuando tu cerebro te grita que te pongas a cubierto.

Tiene las piernas separadas, plantada, la guitarra colgada baja a la altura de las caderas como un arma. No está pidiendo la atención del público. La está exigiendo, y el público se la da —yo se la doy—, mi concentración en ella cortando el caos como una cuchilla.

Incluso desde aquí, puedo ver la intensidad en sus ojos, cómo todo su cuerpo está tenso, un muelle comprimido hasta el punto de ruptura y listo para explotar. Y entonces explota, sus dedos volando sobre el mástil, rápidos y precisos, produciendo un riff arrollador y furioso que golpea como un tren de mercancías.

No puedo quitarle los ojos de encima.

No es solo que esté buena —que lo está, de una manera que hace que mi cerebro olvide cómo procesar información visual—, es la confianza. La forma en que se adueña del escenario, la forma en

que le importa una mierda lo que piense cualquiera. No está tocando para el público. Está tocando contra ellos, y se lo comen.

Una chica así jamás se fijaría en alguien como yo.

Ella es todo lo que yo no soy.

Segura de sí misma, sin miedo, y en completo control del espacio que ocupa.

Pero incluso mientras ese pensamiento se asienta, otra cosa se activa.

Algo más silencioso, pero igual de poderoso.

Oigo el sonido.

No solo la música, sino el sonido en sí, el carácter específico de su tono. Es precioso: cálido, denso, con esa saturación ligeramente crujiente que solo ocurre cuando llevas válvulas antiguas justo al límite, trabajando con la guitarra para darle ese gruñido que corta la mezcla como una cuchilla.

Es perfecto.

Pero debajo de su tono perfecto, mi oído capta otra cosa. Un zumbido bajo y persistente. Sesenta ciclos. Es tenue, enterrado bajo la distorsión y el volumen, pero está ahí, acechando en los espacios silenciosos entre los acordes como un fantasma en la máquina.

Ella está luchando contra él.

Lo veo ahora: cómo su pie izquierdo marca un golpe en uno de sus pedales —no por efecto, sino por control— y cómo su mano derecha se desplaza al potenciómetro de volumen de la guitarra, bajándolo ligeramente para matar el zumbido antes de que se haga demasiado fuerte. No solo está tocando; está resolviendo un problema, navegando el fallo en tiempo real.

Y sin perder ni un compás.

Pero antes de que termine mi análisis del problema, ella hace prácticamente lo único que no esperaba. Da tres pasos atrás, toma impulso, y entonces carga, lanzándose del escenario hacia el público con el tipo de abandono temerario e intrépido que me para el corazón.

Está en el aire, su guitarra aún aullando, su cuerpo un borrón de movimiento y puro coraje sin filtrar. Un segundo después, el público la atrapa —a duras penas— y está surfeando, pateando con las

botas, sin dejar de tocar, y yo estoy ahí de pie, atónito y completamente fascinado.

Así es como se ve cuando alguien no tiene miedo de nada.

Y entonces lo veo.

Un tipo cerca del frente cambia de agarre, y su mano se desliza hacia abajo, descarada y deliberada, agarrándole el culo. Ella no se inmuta, ni siquiera parece notarlo, pero yo sí. Y un segundo después, veo otra mano —de un tipo completamente distinto— extenderse hacia arriba y agarrarle el pecho.

La fascinación se esfuma.

La música se esfuma.

De pronto, ya no estoy en The Rusty Tap. Estoy de vuelta en aquella fiesta oscura y empapada en cerveza de mi último año de instituto, la fiesta en la que me quedé en los márgenes del salón y vi a mis compañeros de equipo burlarse de Mia, sus voces altas y crueles, y yo no dije una sola palabra.

Simplemente me quedé ahí, en silencio, dejando que pasara porque estaba demasiado asustado para decir nada, demasiado desesperado por su aprobación para arriesgarme a dar la cara. Me dije que se les pasaría, que intervenir solo lo empeoraría, y que no era para tanto.

Y cuando rompió conmigo al día siguiente, su voz había sido tranquila.

Decepcionada.

No estoy enfadada porque te rieras, Ben. Me rompe el corazón que simplemente... no dijeras nada, me había dicho. Pensé que tú eras el bueno de verdad.

He cargado con esa frase desde entonces, la segunda cicatriz que nunca sana. Pero no voy a dejar que pase esta vez. No otra vez. Porque, aunque esta rubia de pelo corto no es —ni será nunca— mi chica, merece a alguien en su esquina, defendiéndola de estos babosos de mierda.

Me abro paso a empujones, usando mi tamaño por una vez, y mi codo conecta con las costillas de alguien —el tipo que le agarró el pecho— y trastabilla hacia atrás. Otros se apartan mientras planto los pies y los bloqueo, el mismo movimiento que uso en el hielo para

proteger el semicírculo, mi cuerpo un muro entre las manos que manosean y ella.

Los cuerpos se dispersan a nuestro alrededor, y en algún punto del caos, la música se detiene en seco, el silencio repentino llenándose con el chirrido agudo del acople de su amplificador aún encendido. Me giro para mirarla, y me doy cuenta con horror de que he hecho un trabajo demasiado bueno quitándole a los asquerosos de encima.

Está cayendo.

La atrapo.

No es elegante. No es suave.

Es un salto torpe y desesperado que termina con ella cargada al hombro como un bombero, la guitarra colgando, su respiración rápida y cortante contra mi espalda. Mientras ella protesta, el público se queda en silencio, y de pronto me doy cuenta de que todas las personas del bar me están mirando.

No sé qué hacer.

Mi cerebro me grita que la baje, que me disculpe, que le explique, pero mi cuerpo se mueve en piloto automático, llevándola de vuelta al escenario como si fuera una granada activa de la que necesito deshacerme antes de que explote. La subo al escenario, y en el segundo en que sus botas tocan la madera, la suelto y retrocedo, con el corazón martilleándome.

OK. Bien. Misión cumplida. Está a salvo. Ahora vete.

Me giro para irme.

Una mano se estrella contra mi hombro, deteniéndome en seco.

Es ella.

Sus ojos arden, su mandíbula apretada, y cuando habla, su voz es baja y furiosa, dirigida solo a mí.

—¿Qué mierda fue eso? —dice.

—Eh... —intento responder. Intento explicar: las manos, lo que vi, cómo estaba intentando ayudar. Pero las palabras no salen—. Yo...

Está pasando otra vez.

—¿Te crees que puedes poner las manos donde te dé la gana sin pedir permiso? —Su voz tiembla ahora, no de miedo, sino de furia—.

¿Con qué derecho?

—Yo... —consigo decir, pero es inútil. La frase muere en mi garganta, sin terminar, estrangulada.

Díselo. Solo dile lo que viste. Pon las palabras juntas. Puedes hacerlo.

Pero no puedo.

Me estoy ahogando delante de un público, y no viene ningún salvavidas.

Me mira fijamente un segundo más, su expresión pasando de la rabia al desprecio. Un desprecio desconcertado y agotado, como si yo no mereciera ni la energía de seguir enfadada. Como si fuera solo otro problema en una larga hilera de problemas con los que ha tenido que lidiar esta noche... todas las noches... toda su vida.

Entonces me da la espalda, agarra el micrófono, lo atrae de un tirón hacia ella, y su voz corta el silencio como una cuchilla.

—THIS ONE'S ALL TORN DOWN!

Los otros miembros de la banda captan su entrada a la perfección, y la música estalla de vuelta a la vida, más fuerte y más furiosa que antes. Miro durante una fracción de segundo, con la cara ardiendo, el pecho apretado, y entonces hago lo único que hago siempre cuando llega el momento de alzar la voz o hacerme notar.

Me retiro.

Porque hacer cualquier otra cosa solo lo empeora.

cuatro

CASS

LA ÚLTIMA CANCIÓN es nuestro himno más grande, la que parte del público siempre nos corea a gritos, y la destrozo como si me hubiera hecho algo personal.

Cada gramo de rabia que llevo encima —por las manos, la humillación, y ese gigante tartamudo que me manoseó— se canaliza directamente a través de mis dedos hacia las cuerdas, convirtiendo la canción en un arma y soltando la bomba de furia sobre el pit que tengo delante.

Mientras toco, mi ampli ruge bajo mis manos, esa hermosa y cálida saturación de válvulas funcionando exactamente como la necesito. Es el sonido que nos hace ser nosotros, y nos separa de cada banda indie estéril con su equipo impoluto. Y esta noche, lo llevo al límite.

El tono empieza a deshilacharse en los bordes, el gruñido controlado convirtiéndose en algo más crudo, más agresivo, el tipo de sonido que hace que la gente o se enamore o se largue. Me da igual cuál de las dos, porque el pit es una masa hirviente de cuerpos y sudor, y siento su energía devolviéndose hacia mí.

Pero en el acorde final, el ampli me traiciona.

Lo que debería ser una nota triunfal, capaz de mover los cimientos, se desintegra en un chillido penetrante y horrible de acople descontrolado que no consigo cortar. Llevo la mano de un

tirón al potenciómetro de volumen, lo giro a tope, y piso mi pedal de noise gate, pero es demasiado tarde.

El chirrido atraviesa la sala como el taladro de un dentista, y veo en tiempo real cómo la energía del público se desinfla. Unos cuantos hacen una mueca, alguien cerca del frente se tapa los oídos, y el torbellino que había estado construyendo se convierte en un desastre confuso.

Mis manos se congelan sobre la guitarra, y me quedo ahí parada, mirando el ampli como si fuera un amigo que acaba de apuñalarme por la espalda. El chasis está caliente bajo mi palma cuando apoyo la mano, el metal todavía vibrando tenuemente con el fantasma de la última nota.

Construí todo mi sonido alrededor de este ampli —la calidez, el gruñido, la forma en que se satura cuando lo empujas. Eso es Pinebox. Eso soy yo. Y acaba de humillarme delante de un público. Cuando corto la corriente, el acople muere con un quejido patético.

El silencio que sigue es peor que el chillido. Al otro lado del escenario, el bajo de Joel le cuelga del hombro, y sus ojos se encuentran con los míos. No dice nada. No hace falta. La única sacudida cansada de su cabeza lo dice todo.

Te lo dije.

La rabia y la adrenalina que me sostuvieron durante el set se evaporan al instante, dejando un dolor frío y hueco en el pecho y la sensación fantasma de manos extrañas sobre mi cuerpo. El show se acabó, y estoy de pie frente a unos cuantos cientos de personas que acaban de verme cagarla en el final.

—¿Viste a ese cabrón de leñador? —escupo, las palabras vibrando de adrenalina mientras me limpio el sudor de la frente—. ¿Me agarra como si fuera un saco de harina en pleno set? ¿Quién coño hace eso?

—Sabes —dice Milo, su voz un contrapunto bajo al bullicio del bar —, el tipo al que le gritaste no era uno de los que te manosearon. Era el que los apartó a empujones. Vi todo desde la batería. Alejó a los cabrones. Luego te caíste, y él te atrapó.

Las palabras son un impacto agudo e inmediato contra mi esternón.

Oh.

Oh, mierda.

Abro la boca para discutir, para decir algo, para defenderme, para aferrarme a la rabia porque la rabia es más segura que la culpa, pero la certeza a la que me había agarrado —la furia justa que me sostuvo los últimos minutos— se desmorona. Porque Milo no miente, y no tiene motivo para hacerlo.

Si él dice que eso fue lo que pasó, eso fue lo que pasó.

Y eso significa que le grité al tipo equivocado.

Pero es peor que eso. No solo le solté una descarga a un borracho cualquiera que se lo merecía. Le grité a alguien que estaba intentando ayudarme, y lo hice delante de cien personas. Lo convertí en el villano cuando era el único que intentaba ser el héroe.

—Genial —murmuro, más para mí que para Milo.

Milo se encoge de hombros, metiendo las manos en los bolsillos como si acabara de dar el parte meteorológico. Ya pasó página, como si esta revelación fuera solo otro dato medianamente interesante en su estudio permanente del caos humano, pero yo no tengo ese lujo.

Necesito cobrar.

Salto del escenario y sigo caminando hasta llegar a la barra de madera llena de marcas y al hombre detrás de ella, Frank Kowalski, el dueño del bar. Su cabeza medio calva brilla de sudor bajo las luces tenues, y su trapo húmedo le cuelga del hombro como una especie de medalla al mérito.

No levanta la vista, solo se lame el pulgar y cuenta los billetes con la eficiencia mecánica que dan décadas de exprimirle hasta el último dólar a universitarios sin blanca y músicos desesperados. Pero paga puntual, casi siempre, así que da igual.

—Pedazo de show, fierecilla. —Desliza el dinero sobre la barra—. Al público le encanta ese tipo de drama. ¿El salto al público? ¿El manoseo? ¡Bueno para el negocio!

Lo miro fijamente.

Bueno para el negocio.

No «¿Estás bien?».

No «¿Quieres que eche a esos tipos?».

Ni siquiera un «Siento que te haya pasado eso, chica» de puro formulismo.

Solo bueno para el negocio.

El comentario aterriza con una familiaridad nauseabunda. Como todos los demás, a Frank le encanta la actuación y el espectáculo: la chica en el escenario con el pelo desigual y las botas militares que surfea y la manosean y sigue tocando como si nada porque eso es lo que hacen las chicas duras, ¿no?

Aguantan y siguen adelante.

Él y todos los demás hombres de este bar no quieren conocerme.

Quieren el producto. La idea. El póster en la pared.

Pero si vieran a la persona real y desordenada que hay debajo — la chica pobre de Camden que está aterrada de fracasar, que se detesta y duda de su talento la mayor parte del tiempo, y que está a un parcial malo de quedarse fuera de la universidad— saldrían corriendo.

Arranco el dinero de la barra con la mandíbula tan apretada que me duele.

—Sí, muy inspirador. —Le dedico la sonrisa que reservo para los hombres que creen que estamos en el mismo equipo—. Me aseguraré de que me manoseen otra vez la semana que viene.

Su sonrisa flaquea un segundo —lo justo para que yo vea el destello de confusión— antes de recuperarse con una risa forzada.

—Así se habla.

Me alejo antes de decir algo que consiga que veten a Pinebox para siempre, y los halagos baratos de Frank todavía me resuenan en los oídos cuando lo veo. El tipo alto que me sacó del aire, me echó al hombro como un bombero, y me depositó de vuelta en el escenario.

El blanco de mi furia equivocada.

Está sentado en un reservado cerca de la pared del fondo, rodeado de tipos que parecen sacados directamente de un póster de reclutamiento universitario del «kit básico de deportista genérico». Hombros anchos, gorras al revés, la energía fácil y escandalosa de gente que nunca ha dudado de sí misma ni ha dejado de encajar.

Son ruidosos, se ríen, y le están dando mierda por algo de forma bastante obvia. Uno de ellos —un tipo con una mueca burlona que parece quirúrgicamente pegada a su cara— está recreando algo con gestos exagerados, y la mesa estalla en carcajadas.

He estado cerca de suficientes grupos de tíos como para reconocer su comportamiento de manada de lobos: aislar al miembro más débil y destruirlo delante de todos para ver si pelea o se rinde. Y el objetivo tiene exactamente dos respuestas aceptables: reírse con ellos y demostrar que puede aguantarlo, o plantarles cara.

Pero el que me rescató no está haciendo ninguna de las dos.

Está ahí sentado, con los hombros anchos encorvados hacia delante como si intentara hacer desaparecer su metro noventa y tres en el asiento de vinilo. Tiene las manos aferradas a un vaso de cerveza vacío, los nudillos blancos como hueso, y simplemente se queda ahí, aguantando.

No se ríe.

Joder, ni siquiera sonríe.

Es desconcertante.

Después de que me recordaran tan vívidamente el patrón asqueroso y prepotente que he aprendido a esperar de los hombres —la sonrisa viscosa de Frank, las manos entre el público, el ciclo interminable de ser reducida a un espectáculo— ver al tipo alto así se sale por completo del guion.

No me miró con lascivia. No me agarró. No se rio cuando sus amigos convirtieron la humillación que le hice pasar en el entretenimiento de la noche. Intentó ayudar, y cuando le grité por ello, no se puso a la defensiva ni agresivo. Solo... lo aguantó.

Y ahora está aquí sentado, dejando que sus amigos lo despedacen, y parece que cree que se lo merece. No cuadra, pero incluso mientras intento descifrarlo desde el otro lado del bar, otro pensamiento llega, cortando a través de la mugre y la culpa de la noche.

Es lindo.

No solo lindo. Es diferente. Guapo de una forma estúpida y frustrante que me irrita sin lógica alguna. Cómo no. El tipo al que

acabo de destruir en público resulta ser además del tipo de atractivo que debería llevar etiqueta de advertencia.

No sé por qué no me di cuenta antes. Tal vez porque estaba demasiado ocupada estando furiosa o demasiado concentrada en la humillación de que me manoseen delante de un público, pero ahora, de pie aquí bajo la luz tenue del bar, lo veo con claridad.

Pelo castaño revuelto que parece que intentó domarlo esta mañana y se rindió a mitad de camino. Una mandíbula fuerte y angular tan apretada ahora mismo que me sorprende que no se le hayan partido los dientes. Y esos ojos —verdes, amables, y completamente miserables mientras sus amigos le dan caña.

Está destrozado. Está fuera del círculo, incluso sentado en medio de él. Y eso lo hace seguro.

Es un problema que no pedí.

Pero uno que de repente me siento obligada a resolver. Es una distracción, claro, pero es más que nada retomar el control. Estoy harta de ser la víctima pasiva de esta noche —la chica a la que le pasan cosas. Quiero ser la que inicie la colisión para variar. Quiero ver si el tipo que me salvó es real.

No pienso; solo me muevo, y la conversación se corta a mitad de frase cuando me acerco. Las sonrisas burlonas de sus amigos se congelan, y sus miradas se desplazan hacia el tipo alto con el tipo de anticipación gozosa que se reserva normalmente para ver un choque de coches a cámara lenta.

Levanta la vista.

Sus ojos se abren con puro terror animal. Su boca se abre, luego se cierra, luego se abre otra vez, pero no sale ningún sonido. Lo observo, confundida, mientras su cerebro se bloquea visiblemente y el pánico se le pinta con claridad en la cara. Lo que sea que esperaba que pasara cuando vine hasta aquí, no era esto.

—Parece que le grité al tipo equivocado —digo, casual y con media sonrisa, intentando reiniciar las cosas con él.

No dice nada, todavía mirándome como si le estuviera hablando en chino.

Sus amigos intercambian miradas. Uno de ellos —un tipo de pelo oscuro que parece haber nacido con una sonrisa de comemierda—

se recuesta en su asiento, brazos cruzados sobre el pecho, prácticamente vibrando con el esfuerzo de no reírse. Observa esto como si fuera el mejor espectáculo que ha visto en todo el año.

No me disculpo. Las disculpas saben a ceniza. Pero siempre pago mis deudas.

—Déjame invitarte a una copa —digo, ignorando a la galería—. Para compensarte.

Durante un segundo, se me queda mirando con la boca abierta. Luego intenta hablar.

—Yo... eh... o sea...

Las palabras se le atorán en la garganta, estranguladas y rotas. Se mueve en su asiento, sus piernas largas golpeando la parte inferior de la mesa con la fuerza suficiente para hacer que los vasos de cerveza salten y tintineen. Uno se inclina, y él se lanza a agarrarlo con el tipo de reflejo de pánico que usarías para atrapar a un bebé cayendo.

Falla.

La cerveza se derrama.

Toda encima de mí.

—¡Joder, Kellerman!

—¡Eso ha sido precioso! ¡Que alguien lo grabe!

Mientras miro hacia abajo a mis botas y piernas, ahora empapadas de cerveza, él —¿Kellerman?— se pone de pie a trompicones, con la cara de un tono de rojo que no existe en la naturaleza. Sus ojos buscan frenéticamente un trapo de bar, una sudadera suelta, cualquier cosa para limpiarme la cerveza.

Cuando no encuentra nada, murmura algo ininteligible —algo que podría ser «me tengo que ir» o «lo siento» o posiblemente solo una cadena de vocales unidas en una súplica desesperada de muerte— y huye.

No camina. No se retira. Huye.

Es un borrón de franela y vergüenza, sus piernas largas llevándolo hacia la puerta principal con la velocidad desesperada que normalmente se reserva para huir de desastres naturales. Y luego desaparece, y me quedo de pie en el vacío de su partida, empapada en media pinta de cerveza.

Lo cual ni siquiera es tan grave, siendo honesta.

Me han tirado y derramado cosas peores encima en bolos...

La mesa está en silencio durante exactamente dos segundos. Luego el tipo de pelo oscuro —el de la sonrisita— suelta un silbido bajo y apreciativo. Se recuesta de nuevo, visiblemente disfrutando del espectáculo, y su satisfacción petulante me da ganas de agarrar mi guitarra y estampársela en la cabeza.

—Eso salió bien —dice.

La mesa estalla en carcajadas otra vez, más fuerte esta vez, el tipo de risa escandalosa e incontrolable que surge de presenciar algo tan absurdo que trasciende la experiencia humana normal. Me quedo ahí parada, con los ojos todavía en la puerta, todavía intentando descifrar qué lo hizo salir corriendo.

Pero mientras les levanto el dedo a los demás y me alejo, una media sonrisa se me escapa, porque el misterio del grandote —Kellerman— se acaba de volver infinitamente más interesante de lo que esperaba. Quería invitarle una cerveza, quizá tirármelo para sentirme mejor por lo del ampli...

¿Pero esto?

Esto es infinitamente más fascinante.

también de clara west

La serie Pine Barren University

Más Allá de los Límites

La Práctica Hace la Perfección

Cambiando las Reglas del Juego

La Colisión Perfecta

La Apuesta Más Arriesgada

La Señal Rota

Todos estos libros tienen un final feliz garantizado y pueden leerse en orden o de forma independiente.
